

LINDSEY
DAVIS

FLAVIA ALBIA: LA NUEVA GENERACIÓN FALCO

LOS IDUS DE
ABRIL



Lectulandia

Flavia Albia es la hija adoptiva de Marco Didio Falco y Helena Justina, una conocida familia de investigadores. Desafiando a la tradición en un mundo dominado por los hombres, vive sola en la colina del Aventino y se enfrenta a una carrera profesional en solitario. Como mujer y extranjera, Albia tiene un punto de vista diferente de lo mejor y lo peor en la Antigua Roma.

Cuando uno de sus clientes muere en circunstancias misteriosas, Albia descubre que mucha gente ha muerto de forma similar por toda la ciudad, y, sin embargo, las autoridades no lo habían advertido. Los guardias son incompetentes. Y, mientras, el magistrado local está dedicado a la organización de los Juegos de Ceres, famosos por el ritual de las antorchas encendidas atadas a las colas de los zorros. También Albia, por su parte, está algo despistada por un amor: Andrónico, un atractivo archivero capaz de ofrecer todo aquello que una joven viuda puede desear.

Conforme el festival de Ceres avanza, el barrio se adentra en el caos y se convierte en el territorio de un asesino despiadado. Albia y sus compañeros lo buscan, pero él, a su vez, los acecha entre las sombras, acercando el asesinato cada vez más a sus casas...

Lectulandia

Lindsey Davis

Los Idus de abril

Flavia - 1

ePub r1.1

Gand 17.09.14

Título original: *The idus of April*
Lindsey Davis, 2013
Traducción: Mihaela Panayotova

Editor digital: Gand
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

DRAMATIS PERSONAE

Familia y vecinos:

Flavia Albia: lista para cualquier situación, sin esperar nada bueno.

Marco Didio Falco y Helena Justina: su padre y su madre, padres típicos.

Julia y Favonia: sus hermanas pequeñas, chicas normales.

Póstumo: su hermanito, un chico muy raro.

Hurón: en busca de problemas.

Junilio: un primo, sordo pero no tonto.

El difunto Léntulo: un buen hombre que murió joven.

Rodan: un nefasto gladiador que no morirá.

Prisca: la dueña de unos baños.

Serena: su pequeña y fuerte masajista.

Cloe y Zoé: chicas gladiadoras, grandes y fuertes.

La familia Mythembal: tapadera local de Albia.

Robigo: un zorro urbano.

Tito Morelo: investigador de los vigiles, inútil pero servicial.

Casio Escauro: su superior, un tribuno inferior.

Félix: el cochero de Falco, un señuelo.

Kicker: su mula, que se mueve con elegancia.

Piddle, Diddle y Willikins: tres gallinas involucradas en un incumplimiento de la ley.

Los muertos y sus dolientes:

Lucio Basso: fallecido a la edad de tres años, una tragedia.

Salvidia: fallecida, la clienta que nunca paga.

Metelo Nepote: un cliente engañado que sí paga.

Celendina: una víctima anciana que habló demasiado.

Kylo: su hijo, que no recuerda nada.

Lupo: fallecido, quince años, otra tragedia.

El padre y los hermanos de Lupo: que no vieron nada sospechoso.

Julio Viator: veintitrés años, en forma, aburrido y fallecido.

Casiana Clara: su desolada viuda, que oculta algo.

Laia Gratiana: en el culto de Ceres, una mujer con un pasado.

Venusia: su criada, que no dice nada.

Marcia Balbila: una rival iniciada en el culto, una mujer de sorpresas.
Ino: su criada, fallecida, un recuerdo conmovedor.
Un director de funeraria: le va bien alejado de todo esto.

Otras partes implicadas:

La diosa Ceres: proporciona abundancia (de problemas).
Andrónico: un archivista, un partido curiosamente atractivo.
Tiberio: un agente secreto con preguntas que contestar.
Manlio Fausto: un edil plebeyo, una incógnita.

ROMA,

el monte Aventino: marzo-abril, año 89 d. C.

I

Lucio Basso tenía tres años cuando se alejó de la vista de su madre y salió corriendo de la casa para ir a jugar. Vivían en el Clivus Publicius, una calle empinada del monte Aventino, donde al crío lo atropello con su carro un constructor. El carro, que se escapó del control del conductor mientras bajaba la cuesta a toda velocidad, era propiedad de Metelo y Nepote, una empresa que tenía sus instalaciones en un patio situado en la colina. Nadie hablaba de Nepote, así que, en un principio, pensé que podría ser una invención para algún tipo de fraude fiscal.

Este negocio no era más turbio que la mayoría en la Roma imperial. Se dedicaban a hacer reformas en bares que aspiraban a subir de categoría: de tugurios de mala muerte a locales con una cierta apariencia de higiene. El equipo de Metelo solía hacer una oferta para una limpieza profunda y una renovación sofisticada, con la promesa de terminarla en un máximo de ocho semanas. Pero, en la práctica, cada proyecto tardaba dos años y además escatimaban con las instalaciones. Enlechaban las barras de mármol, cambiaban el umbral por uno nuevo, instalaban un rótulo con errores y por ello cobraban una pasta. Para entonces, sus clientes, incapaces de trabajar en una nube de polvo permanente, ya habían perdido su clientela y estaban yéndose a pique. Me dejaba perpleja el hecho de que los demás propietarios, aun viendo lo que ocurría, continuasen solicitando los servicios de esa empresa, pero así era. Con los años, Metelo y Nepote habían aligerado cortésmente los bolsillos de los vendedores de licores baratos de la ciudad que confiaban ciegamente en ellos. Pero matar a un niño, en el unido vecindario del Aventino, donde teníamos ciertas normas, podría resultar muy estúpido desde el punto de vista comercial.

Lucio murió en el acto. Ni siquiera tuvo una oportunidad. Expiró en la acera. Sin poderlo evitar, en ese mismo momento su madre salió angustiada de la casa, lo cual ayudó a aumentar aún más la indignación de la gente.

El carro destartado tenía exceso de carga. Hacía mucho que los bueyes que lo tiraban habían pasado su mejor momento. Sin duda, el conductor estaba borracho del todo. Él lo negó por principios, siendo esos principios que Salvidia, la viuda amargada que había heredado el negocio de reformas del marido que había llevado a la tumba, no le pagaría si decía la verdad. Había testigos, muchos de los cuales se reunieron en la calle Clivus demostrando interés, pero todos desaparecieron en cuanto un entrometido sacó una libreta y empezó a tomar nota de sus nombres.

Cuando pasó el funeral con el pequeño y patético ataúd, unos vecinos bienintencionados empezaron a insinuar que, a lo mejor, la familia tenía derecho a una indemnización por la terrible pérdida. Todos coincidieron en que debían contratar a un informante para investigar los aspectos jurídicos. Si una maceta caída en la cabeza de alguien podía dar derecho a una indemnización, ¿cuál era el precio de la

vida de un niño según el derecho civil? Alguien —se rumoreaba que era el entrometido de la libreta que os he mencionado— incluso dejó en un muro un ruego para que los ciudadanos preocupados que hubiesen asistido al accidente fueran a declarar. Debió de aparecer antes del uno de abril, porque yo lo vi ese mismo día, en las calendas. El cartel parecía oficial. Aunque en realidad no ofrecía ninguna recompensa, insinuaba la posibilidad de obtener un beneficio. Como la profesional que era, lo leí con interés. Lo encontré sutil.

Para entonces, ya me había dejado involucrar. Cualquier investigador al que le sonriera la Fortuna sería contratado por la desconsolada madre para negociar una indemnización. Era una tarea cívica con la que una persona respetable podía mantener su conciencia tranquila: analizas los hechos, se los presentas de forma sucinta a la parte culpable y dices: «Soy un informante de éxito, esto es pan comido para mí. Un niño ha muerto y el jurado estará conmocionado, pero nosotros no queremos que esto llegue a juicio, ¿verdad?». Los culpables sueltan el dinero y tú te llevas tu comisión.

Pero no yo. La Fortuna nunca me sonrió y el problema de ser una mujer era que algunas veces sólo podía conseguir los trabajos que todos los informantes masculinos ya habían rechazado. Éste era uno de esos meses. Fui contratada por Salvidia. La propietaria de Metelo y Nepote quería que la ayudara a oponerse a la demanda de la madre. Típico.

A la luz de lo que acabo de contaros sobre esta empresa de construcción, era fácil deducir que, si no ganaba, no cobraba. De hecho, estaba empezando a pensar que, aunque ganara, los bastardos no me pagarían todo lo debido, como me sucede en muchos de mis trabajos. Después de una semana, estaba lista para abandonar este encargo deprimente, pero ya le había dedicado bastantes horas y, además, nunca me ha gustado perder. El cartel que hacía el llamamiento a los testigos sugería que había alguien más que se sentía como yo.

El grafito del muro incluía una dirección donde la gente podía ir a declarar, así que, habiendo llegado a un punto muerto, me acerqué a ver si alguien lo había hecho. Mi excusa sería que, como representante de una de las dos partes en el litigio, tenía derecho a preguntar. Siendo mujer, no tenía ninguna prerrogativa en absoluto en cuestiones legales, pero ¿por qué dejarme intimidar por ello? En cualquier caso, esperaba que la parte contraria negociara un acuerdo. Uno cualquiera, para que aquello se acabara rápido y pudiera cerrar el caso.

La dirección era el Templo de Ceres. Estaba cerca de mi casa-despacho, aunque en una calle bastante más grande que el callejón ciego donde yo vivía. Cualquier sitio sería mejor que ése. La plaza de la Fuente no tiene ningún atractivo para los fundadores de refinados edificios religiosos.

Concertar citas en los templos es muy común en Roma. Para los que no se

conocen, es un lugar neutral. Por ejemplo, los hombres casados ven los escalones de los templos como un sitio muy cómodo para recoger a prostitutas. Cuanto más grande es el templo, más repugnantes son los que allí se convocan. No obstante, acostumbrada ya al lado sórdido de nuestra ciudad, la gente pasa sin hacerles caso. Suponía que sugerir un encuentro en un templo era una simple cuestión de conveniencia. Sin pensarlo demasiado, fui a ver qué pasaba.

Sólo cuando pregunté por el contacto del cartel, descubrí que era un pez gordo de toga ribeteada de púrpura que pertenecía a un antiguo orden de magistrados. El Templo de Ceres era su cuartel general y almacén de archivos.

Me lo replanteé. Decidí volver a casa y cambiar mi aspecto. Iba a visitar la oficina de unos hombres muy importantes en Roma, hombres ricos y poderosos. No me imaginaba a «Manlio Fausto» escribiendo de su puño y letra un cartel en el Clivus Publicius, pero algún subordinado debió de hacerlo por él. Ese subordinado seguramente confiaba en que a Fausto le encantaría hacer gala de su autoridad. Por definición, ese magistrado era una de esas amenazas que vuelven locos a los vendedores controlando los pesos comerciales. Aprendí de mi padre a evitar tipos como él, aunque esos presuntuosos enchufados no se suelen enredar conmigo. Tengo contactos, pero ninguno de ellos vuela tan alto.

Aun así, siempre es mejor respetar a tu oponente. Así que me puse una túnica larga de un tono neutro, ni blanca ni tampoco de lino crudo, pero limpia, aseada y no intimidatoria. Tenía un escote bordado que sugería dinero, que a su vez hacía pensar en una mujer rodeada de hombres influyentes, una que era mejor no despachar demasiado rápidamente o de manera muy grosera. Mis pendientes eran unas sencillas rosetas de oro. Añadí una hilera de pulseras para más confianza. Pelo recogido. Tres toques de un perfume discreto. Una amplia estola: el típico aspecto de viuda recatada y respetable. Soy viuda de verdad, así que esa parte era cierta.

Madre me había enseñado a posar como una mujer sumisa. Era ridículo e hipócrita, pero ahora esa actuación me salía muy natural y podía ponerla en práctica sin reírme.

Así que, convencida de que era tan válida como ellos y que podía tratar con esos bastardos, salí hacia mi primer encuentro con los ediles plebeyos.

II

Como estaba en el barrio, el Templo de Ceres era tan habitual para mí que solía ignorarlo. Se encontraba en la cuesta septentrional del Aventino, a mitad de la pendiente que subía desde el extremo del Circo Máximo en el que estaban situadas las verjas de salida. Este robusto edificio fue diseñado en el pasado lejano y parecía más griego que romano, en un modo arcaico. Las pesadas columnas grises que lo rodeaban tenían bases gruesas y capiteles curiosos que, si estáis interesados en este tipo de cosas, no eran ni jónicos ni dóricos. Creo que la expresión correcta es «de transición». No pienso que esa distinción preocupara a muchas personas, porque lo más probable es que nunca hubieran mirado tan alto para notarla. Pero mi infancia transcurrió a unas mil millas de Roma —en un poblado rústico que era un erial cuando yo era un bebé y aún hoy tiene poca importancia desde el punto de vista arquitectónico—, así que, cuando veo que se ha hecho un esfuerzo para construir algo diferente, suelo prestar atención educadamente.

La verdad es que, tras ser traída a Roma por la familia que me adoptó, tuve que darme prisa en conocer las personas y el lugar. Por ese motivo, a menudo sabía más sobre mitos y monumentos que la mayoría de los nativos. Tenía unos quince años entonces y quería conocer el mundo. Me proporcionaron una buena educación. A medida que me enseñaban a leer y escribir, devoraba los hechos. Algunas veces esto me ayudaba en el trabajo. Pero más a menudo simplemente me dejaban asombrada la historia y las costumbres tan raras de los romanos, que se creían los amos del mundo civilizado.

Por lo menos ellos tenían una historia. Conocían sus orígenes, lo cual era más de lo que yo podía decir de mí.

El templo era el hogar de una tríada: tres dioses que compartían casa, todos sagrados e íntimos, entre el incienso y las tartas de mosto. Además de la Madre de la Tierra, Ceres, mujer majestuosa que llevaba gavillas de espigas y que era una de las doce deidades del Olimpo, también hospedaba a Liber y Libera, dos dioses menores de los que apuesto que nunca habéis oído hablar y cuya importancia tampoco yo me preocuparía en conocer. Este triple culto tenía sus orígenes en los rituales de fertilidad, ¡muy bien podríais gemir!

Inútil decir que por el templo daba vueltas un conjunto organizado de mujeres de espíritu religioso. A ningún santuario serio le puede faltar un grupo de entrometidas como éstas que forman un altivo aquelarre: es una excusa para que las mujeres del barrio puedan salir de casa una vez a la semana. A mi abuela le encantaba: un montón de representantes de la clase alta, aventurándose en la benevolencia local, chismorreando y después bebiendo vino juntas, sin que sus maridos puedan echarles la bronca. Mi abuela senatorial era una mujer maravillosa, sólo superada por su

homologa plebeya, cuyas normas domésticas eran legendarias en todo el Aventino. Si llegaba a mencionarla en el puesto donde solía comprar raíces para sus guisos, el verdulero fingía huir horrorizado.

Un culto como ése puede ser un argumento en contra de dejar a las mujeres al mando de las cosas. A pesar de que Ceres era portadora de abundancia, sobre todo a favor de los plebeyos, descubrí que entre sus devotas había una pajarita flacucha que había sido malcriada desde que nació y se creía muy superior. Olvidaos de la generosidad. Las esclavas públicas que barrían los escalones y se ocupaban de la seguridad me llevaron hasta ella porque yo era una mujer, por lo que no les daría las gracias. Probablemente vieron que era una persona por completo diferente y esperaban echarse unas risas.

La hermandad entre mujeres no intervino en nuestra reunión.

La arrogante reina del santuario se llamaba Laia Gratiana. Me lo había dicho la esclava pública: ella no se presentaría, por si le ensuciaba el nombre utilizándolo. Era rubia y yo soy morena, éste era sólo el principio de nuestras diferencias. Pensé que era más mayor que yo, aunque en realidad habría podido no serlo. Se comportaba como una vieja matriarca dominante, con cinco generaciones de familia acobardada, cuyos miembros tenían todos miedo de que pudiera cambiar su testamento en el caso de que estornudasen. Su traje era de tela cara, elegantemente drapeado con muchos pliegues, aunque de un asqueroso color morado que algún tintorero astuto debió de estar encantado de endosar a una idiota. Mientras barría, tratando de encararme desde lo alto, me puse de los nervios. Vi que ella se sentía igual, en mi opinión, con menor fundamento.

—¿Qué quiere?

—Estoy buscando a Manlio Fausto.

—No querrá verla.

—Me gustaría preguntárselo yo misma. Estoy aquí por un anuncio público que lleva su nombre.

Como me mantuve firme, se inquietó. Se dignó mencionar, a regañadientes, que los ediles trabajaban en una oficina situada en una calle lateral, junto al templo. Creo que me lo dijo sólo porque lo habría podido descubrir yo misma con facilidad.

Nos despedimos secamente. Si hubiese sabido en ese momento que Gratiana y yo tendríamos una historia en el futuro, me habría sentido aún más malhumorada.

* * *

Mis dos tiernas hermanitas creían que un atuendo tan cuidado como el que llevaba esa tarde tenía el poder de propiciar el encuentro con el amor de mi vida. Por lo visto, eso no iba a pasar hoy. Mi primer acercamiento fue realmente horroroso: mientras examinaba un edificio soso que debía de ser el cuartel general de los ediles, una amenaza masculina salió a la calle y chocó conmigo. Gruñó irritado. La culpa era

suya, desde luego. Estaba demasiado preocupado encorvándose para pasar desapercibido, aunque era una cosa que conseguía sin ningún esfuerzo. El bastardo taimado tenía túnica de cáñamo y barba de varios días. Para nada mi tipo. ¡Perdonadme, hermanitas esperanzadas!

—¡No se preocupe por pedir disculpas! ¿Es ésta la oficina de los ediles?

Se fue cabizbajo sin contestarme. Mientras me frotaba el brazo amoratado, le hice un saludo militar, pero creo que pasó inadvertido.

Mientras entraba en el edificio, cambié el ceño fruncido por mi luminoso rostro encantador para causar una buena impresión en los ocupantes. No había nadie a la vista.

El pequeño y oscuro vestíbulo conducía a unas habitaciones minúsculas. Más allá había un exiguo patio con una diminuta fuente con forma de concha. De ella salían unos patéticos chorritos de agua que luego se filtraban por un caminito de limo verde en la parte exterior del estanque. Los mosquitos se apiñaban anhelantes.

Me quedé quieta, escuchando durante un rato. No llamé a la puerta ni me aclaré la garganta. Mi padre también era un informante privado y, según algunos —él, por ejemplo—, era el mejor de Roma. Fui entrenada para aprovechar la oportunidad, abrir puertas, mirar a mi alrededor.

Siempre soñamos con encontrar un diario inesperado que revela una historia de amor conmovedora —eso no quiere decir que a mí me haya pasado—, pero ahora todos tenían mucho cuidado. Bajo nuestro último emperador, cuando la gente cometía adulterio —cosa que hacían como conejos, porque era un déspota y necesitaban levantar los ánimos de alguna manera—, no tomaba nota de los detalles. Para Domiciano, castigar los comportamientos escandalosos era un deber sagrado. Sus agentes siempre estaban en busca de pruebas.

La represión se había extendido hasta los ediles. Animados por nuestro austero y seco gobernante, los vigilantes del mercado eran más meticulosos de lo normal esos días. Aplicaban mano dura a las estafas con las etiquetas, con los pesos fraudulentos, con la invasión de aceras, aunque con lo que más se lucraban era con la prostitución. Aquí, en su madriguera, vi sólidos baúles blindados, que probablemente contenían todo el dinero de las multas que recibían las pobres camareras..., un blanco de burlas para la policía puritana. Era tradición que, cuando una chica servía una bebida a un cliente, éste podía pedir un polvo como tapa. Eso si quería coger piojos o arriesgarse a tener que pasar un soborno a un agente, en el caso de que las autoridades vinieran de visita a ese bar buscando putas no registradas y encontrándolas inevitablemente.

Supongo que los sobornos iban directos a las riñoneras de los ediles. Me pregunté si se podía untar a Manlio Fausto. ¿Qué parte de sus ingresos provenía de los sobornos?

El edificio olía a polvo. Era un sitio de pergaminos de consulta sin utilizar y

mapas descoloridos en las paredes. Viejos bancos de madera llenaban habitaciones incómodas para entrevistas donde los ciudadanos, arrastrados para un interrogatorio, podían llegar a sentirse culpables de una de esas infracciones de las que todos esperan librarse. Vi una cosa que me asustó: una celda que contenía grilletes, pero sin ningún prisionero en ese momento.

* * *

Alguien había aparecido detrás de mí.

—¡Veo que estás admirando nuestras instalaciones!

Me di la vuelta. El hombre encantador, pulcro y agradable, ronroneó su apreciación de mi aspecto. Fingió suponer que había venido para una visita guiada.

—Su eminencia ya ha quitado de en medio los presos hoy, así que me temo que no te puedo enseñar ninguno.

Hay días en los que el sol simplemente sale e ilumina tu mundo. Nos entendimos de inmediato. Esa chispa mágica.

Lo miré con fijeza; una experiencia placentera. Tenía más o menos mi edad, no era un pelirrojo verdadero, pero tenía los ojos, el pelo, las cejas, la barba y el bigote, hasta los pelitos en el dorso de las manos y en los brazos, de un marrón anaranjado..., el juego completo. ¿Origen? Difícil decirlo, aunque su acento era sofisticado. Si trabajaba en una oficina pública, casi con seguridad era un liberto, probablemente de primera generación. No menosprecio a los antiguos esclavos. Yo misma podría ser una. Nunca llegaré a saberlo.

—El cuenco de gachas parece que se ha usado hace poco.

Le di un empujoncito con el dedo del pie. Me había hecho la pedicura y mis sandalias eran nuevas. Normalmente, calzaba zapatos más adecuados para una señora anciana y coja, atados desde la parte delantera hasta el tobillo, en el caso de que tuviera que hacer una marcha, pero para esta visita me había decantado por un calzado más femenino. Las suelas dejarían marca si le diera una patada a alguien, pero la parte alta consistía sólo en dos finas cintas doradas. Si este funcionario fuera un fetichista de los pies, mi empuje alto le haría latir el corazón con fuerza.

—Me alegro de no tener que robar las llaves para liberar a alguien a tus espaldas.

—¡Suenan como si lo fueras a hacer de verdad! —murmuró con admiración.

—Así soy yo.

Tenía las puntas de las orejas un tanto dobladas hacia delante, lo cual denotaba carácter, que en mi opinión implicaba personalidad, humor e inteligencia. Su físico esbelto sugería una vida sencilla: al igual que yo, él también probablemente sabía lo que era luchar. Lo mejor era que también a él parecía habersele iluminado el día al encontrarme en el vestíbulo. Me sentí feliz.

—Andrónico —se presentó—. Trabajo aquí como archivista.

—¿Centenares de registros de multas mercantiles?

—¡Sería tedioso! —dijo Andrónico, aunque yo había sido neutral.

Los registros públicos, ordenados con escrupulosidad, pueden ser una bendición para el tipo de trabajo que hago. Nunca menosprecio la burocracia.

—Los ediles plebeyos reciben decretos del Senado que tienen que depositar bajo custodia en el Templo de Ceres, aquí al lado. Yo soy el responsable de todos esos registros. —Estaba exagerando su importancia, pero no se lo reproché—. Los cuido con devoción, aunque nunca nadie pide consultarlos.

—Pero apuesto a que si en algún momento pierdes un pergamino o dejas que un ratón lo mordisquee, entonces un pomposo sujeto vestido de púrpura vendrá a requisarlo.

—¡Qué bien conoces el mundo!

La sonrisa de Andrónico era triste y encantadora, y él lo sabía.

—La vida tiene su lado bueno. De vez en cuando, los cuatro ediles se reúnen —tenemos dos plebeyos y dos patricios, como seguramente sabrás— y para evitar que se manchen con tinta, me otorgan el privilegio de ser su secretario de actas. Supongo que imaginas que mi tarea consiste en anotar medidas que ninguno de los niños mimados llevará a cabo.

Sabía que me estaba tomando el pelo o por lo menos eso creía él. Aun disfrutando del momento, nunca olvidaba que los hombres son astutos.

—¿Siempre flirteas con las visitantes? —le pregunté.

—Sólo con las atractivas.

Vestía de manera respetable: su túnica estaba limpia, ni siquiera una mancha de tinta, y aun así consiguió darme la impresión de que sus pensamientos eran sucios. Me gustaba lo suficiente para disfrutar de ello.

—Ah, no esperes que con esta cháchara caiga rendida a tus pies, Andrónico. Paso mucho tiempo explicando a mujeres estúpidas que la pura y dura traición masculina es el motivo por el que sus maridos se han esfumado. Aunque se supone que los esposos de mis clientas siempre son los mejores hombres, ninguno de los cuales haría daño a una mosca, mis investigaciones tienden a demostrar que han huido de manera del todo inusual con una camarera. Alguien con una cadena en el tobillo, siempre es así. Y para entonces embarazada de cinco meses.

—¡Ooh! —canturreó el archivista de manera procaz—. ¿Participas en la campaña moral del emperador? ¿Llevas a esos fugitivos al juzgado?

—No, localizo a maridos libertinos por orden de sus esposas abandonadas que no pueden permitirse acudir a la justicia. Mis clientas tienen que conformarse con pegar a los bastardos con pesadas sartenes de hierro.

—Tengo la impresión de que sujetas a los hombres mientras eso sucede.

Andrónico estaba sonriendo de oreja a oreja. ¿Para qué aguarle la fiesta? Le devolví la sonrisa.

—Este es mi servicio de lujo... Has mencionado antes a tu jefe —hice una alusión vaga, volviendo al grano—. Creo que es a él a quien busco. ¿Está disponible el dignatario que se hace llamar Manlio Fausto? ¿O me vas a soltar la vieja frase de «lo siento, pero se acaba de ir»?

Me lanzó una mirada irónica.

—Fausto está fuera de verdad. Casi no me atrevo a decirlo, pero efectivamente se ha ido justo antes de que llegaras.

—¿No será ese bruto que casi me derriba en la puerta?

Me pareció ver un titileo en la mirada del archivista, pero contestó con calma:

—Oh, habrá sido nuestro mensajero. —Hizo una pausa y luego añadió—: Tiberio. ¿Has hablado con él?

—No. —¿Por qué debería?—. Era un bastardo desagradable. Y Fausto, ¿cómo es?

—Mejor no hacer comentarios. Sabe demasiado bien que este trabajo se lo debo a él.

—¿No os lleváis bien? —supuse.

—Digamos que si crees que nuestro mensajero es arisco, Fausto no te gustará.

Andrónico parecía tener ganas de seguir con la conversación. Me preguntó por el motivo de mi visita, así que le hablé del accidente en el Clivus Publicius y del cartel que buscaba testigos, firmado por Fausto.

—Parece él —comentó Andrónico—. Es bastante entrometido.

—Bueno, supongo que es su trabajo... ¿Ha aparecido algún testigo?

—Sólo tú.

Sonreí con la complicidad tan agradable que habíamos, desarrollado entre nosotros.

—No habría venido si no estuviera tan atascada... ¿Vas a hablarle a Fausto de mí?

—¿Por qué? No me has dicho nada.

Andrónico me lanzó a su vez una sonrisa conspiradora. Me gustaba tratar con este hombre. Era mucho más barato que los funcionarios que normalmente tenía que importunar o sobornar.

—Quiero pedirte un favor descarado. Si alguien viene a declarar, ¿podrías avisarme?

—Me encantaría. —Y tras expresar su entusiasmo, Andrónico me preguntó—: ¿Y dónde te puedo encontrar?

Siempre me paraba a pensar con mucho cuidado en ello. La gente sabe dónde está mi despacho, porque, en caso contrario, no podría trabajar. Pero había una diferencia entre los clientes, que estaban demasiado preocupados por sus problemas para crear otros adicionales, y los oportunistas que podrían tener retorcidos motivos personales

para perseguirme.

Andrónico trabajaba para un magistrado. ¿Esto me proporcionaba garantías reales de su fiabilidad? Le dije donde vivía.

En cualquier caso, tenía a Rodan.

—Hay que subir un trocito y no es fácil de encontrar. Pero mi portero acompaña a los visitantes. Rodan te guiará.

—¡Tiene pinta de exclusivo!

Resoplé.

—¡Tienes razón! La plaza de la Fuente es el barrio bajo más exclusivo del Aventino.

Y aún no había visto a Rodan. No le quería estropear la sorpresa.

—¿Es lo mejor que puedes permitirte?

—Sólo soy una pobre viuda.

Nunca hay que insinuar que se tiene dinero.

—Oh, ¿es eso cierto? —se burló Andrónico.

Examinó mi atuendo con detenimiento. Me gustan los hombres con sentido del humor. En realidad, me gustan los hombres que se dan cuenta de que te has arreglado para ellos. Aunque no me conocía bien. Todavía no.

—¿Y por quién tengo que preguntar?

—Flavia Albia. Sólo pregunta por Albia. Todos me conocen.

Muchas personas sabían quién era, pero, aun así, decir «todos» era un poco exagerado. Esta era otra táctica defensiva que había aprendido: daba la impresión de que podría haber mucha gente buscándome.

Le dije que me tenía que ir. Él dijo que había sido un placer conocerme. Ahora estaba llegando más gente por motivos oficiales, de modo que me acompañé a mí misma hasta la puerta: parecía ser la costumbre en esa oficina. En la mía, me gusta asegurarme de que las visitas se marchan, pero Andrónico no necesitaba este tipo de precauciones.

* * *

Así que ningún edil. Había sido un viaje en balde, como muchos otros. Estaba acostumbrada. Una vez en la calle, me paré y miré el cielo romano. Escuché el jaleo que me rodeaba en el Aventino y que venía también desde muy lejos por encima de la ciudad. Me llegó el olor a aceite de las planchas a la hora de comer. Me sentí oprimida por el Templo de Ceres, que arrojaba su sombra oscura sobre la calle.

Les pedí disculpas mentalmente a mis tiernas hermanitas. A pesar de mi elegante atuendo, no encontraría al amor de mi vida esa tarde. Sin embargo, acababa de tener una experiencia agradable en extremo. Era una mejoría.

En cualquier caso, ya había encontrado el amor de mi vida hace mucho, mucho tiempo. No os sorprenderá más que a mí, cuando tenía la sabia edad de diecisiete

años, que el hombre flirteara conmigo y luego me dejara cuando vio que la cosa se estaba poniendo seria. El dolor no duró demasiado: pronto conocí y me casé con el Chico Granjero y, si la gente creía que era un amor de rebote, no sabían nada de mí. No había nada falso en mi afecto por él.

Aún estaba por ahí. No el Chico Granjero, él murió. El otro. Por motivos familiares nos cruzábamos en reuniones sociales y de vez en cuando hasta trabajaba con él. Hoy en día, nuestro pasado parecía incomodarlo a él bastante más que a mí.

Algún resultado había conseguido con la visita a la oficina de los ediles. Si algún día la relación empezada hoy con el archivista avanzara, sería divertido.

Algo pasaría con Andrónico. ¡Por Hades!, era una informante. Sabía reconocerlo.

III

El hombre arisco que llamaban Tiberio estaba sentado en la barra de un bar, un poco más arriba en la calle principal. La mayoría de las personas habría pasado sin acordarse del mensajero de los ediles, pero la buena observación es parte de mi trabajo. Pasé de largo con tranquilidad, por el otro lado de la calle, sin hacer contacto visual. Estoy segura de que no me vio.

Fuera la que fuera la naturaleza de las tareas por las que le pagaban los ediles, el caudal de trabajo no debía de ser muy grande. Tenía delante un vaso y el tablero de damas del bar, y parecía tener intención de quedarse allí durante toda la tarde. Estaba pensando en ir a decirle: «¡Tres rábanos dice que te puedo machacar!». Sabía que podía. El Chico Granjero, mi difunto marido, me había enseñado a jugar a las damas y se dejaba ganar de continuo con amabilidad. Nunca le importó quién ganaba, simplemente le gustaba jugar conmigo. Le gustaban la mayoría de las cosas que hacíamos juntos y, como decía un tío mío para quien trabajaba, tenía el corazón tan grande como Partia.

* * *

Yo tampoco tenía nada que hacer en ese momento, pero una mujer presentable de veintiocho años no debería entrar sola en un bar, a menos que no sea uno de esos de desayuno rápido, donde puedes tomarte un bollo y una bebida caliente antes de que se despierte la mayoría del barrio. Incluso en ese caso, tienes que actuar como si tuvieras un puesto de lechugas: llegar al amanecer a lomo de burro, desde un huerto de mercado lejos en la Campaña, da hasta a una mujer un legítimo medio de sustento. En caso contrario, todos pensarían que estás ofreciendo sexo a cambio de dinero. Los hombres con proposiciones indecentes ya son bastante pesados, pero las viejecitas enfurecidas que te echan maldiciones son aún más insoportables. Las abuelitas romanas son expertas en expulsar a un elemento frívolo de su calle echándole el mal de ojo. Las peores lo hacen con todo el mundo, por si se les escapa alguien.

Los pensamientos sobre las desagradables señoras mayores me llevaron a recordar a mi clienta.

Tenía que apretar los dientes e ir a visitarla. En mi carrera de casi doce años como informante solitaria, había sentido lo mismo por muchos de mis empleadores. No es un trabajo que te lleva a conocer a la crema de la sociedad. De hecho, si queréis ver los peores modales, las costumbres más vulgares y la moralidad más deplorable, ésta es vuestra profesión. Los informantes están rodeados de desesperanza en todos los niveles.

Salvidia, como os he comentado antes, había heredado la empresa de construcción después de la muerte de su marido. Nadie tenía nada que decir sobre él,

pero yo intuía que había sido el típico constructor que tiene su propio negocio: algunas veces habrá trabajado duro, pero por lo normal sería un vago y un pésimo administrador, con problemas de dinero. Pronto Salvidia lo puso a raya. Llegó como una tormenta y transformó la empresa en una máquina de extorsión hasta que Metelo y Nepote se convirtieron en los excelentes reformistas sin escrúpulos que eran ahora. Nepote desapareció, tal vez echado a propósito, mientras que Metelo llegó al final de su carrera un par de años más tarde, ante la eficiencia directiva de Salvidia.

Bajo la dirección de la mujer, la empresa obtenía enormes beneficios, pero no lo diríais al ver el sucio patio donde trabajaban y los espacios estrechos de la vivienda que tenía al lado. Siempre habían tenido las instalaciones en el Vicus Loreti Minoris, calle del Laurel Menor. Como la mayoría de las calles que discurrían en medio del enjambre de templos del Aventino, ésta se creía superior y, sin embargo, tenía sus malos olores y su lado sórdido. Empezaba cerca del Templo de Ceres, en la parte noroeste del monte, encima del barrio de los barberos y del edificio de distribución de trigo, y subía con suavidad hacia el espacio, abierto en su día, donde Remo había recibido los augurios en la contienda para ver quién sería el fundador de una nueva ciudad, Roma. Ya conocéis la historia. Perdió contra su hermano gemelo Rómulo, quien tenía todas las cualidades ideales para ser un buen líder, y con eso quiero decir que era un tramposo. Hoy en día, la cima del Aventino estaba completamente edificada. Desde la mayoría de los miradores apenas se podía ver el cielo, y menos contar la suficiente cantidad de pájaros para predecir el ascenso de una gran nación.

La calle del Laurel Menor se convertía en la calle del Laurel Mayor en el cruce con la calle del Armilustrio, un largo camino apartado que pasaba cerca de donde vivía yo. Estas fueron unas de las primeras calles que conocí cuando me mudé a la plaza de la Fuente. Todas ellas ocupaban la parte del monte justo encima de donde mis padres tenían su casa, a orillas del río. Estaba un poco más abajo de los almacenes de sal y de la Puerta Trigémica. Cuando la vida se hacía dura, podía caminar rumbo a la escalera, bajar corriendo por la escarpa empinada y esconderme en casa. A menudo sólo iba a visitarlos. Eran buena gente.

De todas formas, ese día no iba en busca de refugio: estaba enardecida, en plena actitud profesional. Había decidido que era hora de decir a Salvidia que se podía quedar con su comisión. «Quedar» era una palabra más educada que la que tenía preparada para mi discurso.

Y fui aún más descortés cuando se frustró mi plan.

* * *

Había ido antes al patio, porque la arpía solía estar allí, amargando la vida a sus empleados. Era un revoltijo de tablas, planchas de mármol —casi todas rotas—, carretillas y viejos cubos llenos de cemento seco. La capa de polvo que lo recubría todo lo convertía en un sitio ideal para los asmáticos. Dos trabajadores con túnicas

desgarradas estaban agachados encima de una columna horizontal; un perro guardián delgado y encadenado amenazaba con arrancarme la pierna si me acercaba. Los hombres parecían demasiado deprimidos para hablar y el chucho retrocedió hasta una pared dismantelada cuando miré en su dirección. Me negué a saludar a los hombres, pero hablé al perro, que se acordó de mí y gimió esperanzado. La última vez le había dado un trozo de una albóndiga bastante asquerosa que me había arrepentido de haber comprado, pero hoy no tenía nada para él. Por lo menos se libraría de un dolor de barriga.

Me dirigí con cuidado al despacho, intentando mantener mis sandalias limpias sin demasiado éxito. Un enano que se hacía llamar encargado de obras estaba escondido en un cuchitril entre montones de guardapolvos. Fue él quien me dio la mala noticia. Mi esperanza de cobrar, aunque sólo por el trabajo que ya había hecho, se esfumó. Salvidia había muerto.

* * *

Estaba abatida. Dije:

—He tenido clientes que han llegado a extremos inimaginables para evitar pagarme, pero fallecer es demasiado.

—Ha vuelto a casa de comprar, se ha acostado en la cama y ha dejado de respirar.

—¿Qué le habrá pasado? No era mayor.

—Cuarenta y seis —gimió.

El empleado, deformado por la decepción y por una dieta pobre, probablemente tenía cuarenta y cinco: de repente se había puesto nervioso por la fugacidad de la vida. Tal vez no había apostado por tantos caballos lisiados y no se había revolcado con tantos mozos de altar como habría esperado.

Maldije de una manera fina —más o menos: «¡Oh, qué engorro!»—, y como no tenía nada más que decirme, entré en la casa. Fingí que quería presentarle mis respetos para poderlo comprobar con mis ojos. La verdad es que se me pasó por la cabeza que Salvidia podría no haber muerto, sino haber organizado esta obra de teatro para librarse de mí. Hasta me pregunté si estaba intentando escabullirse de todas sus deudas con la intención de retirarse a alguna villa secreta. En Roma, cualquier otra persona que tuviera mucho dinero pasando por sus manos se habría comprado una segunda casa cerca de un lago, en la costa o en una isla.

En Roma, cualquier otro que tuviera dinero y una empresa de construcción propia habría vivido en algún sitio mejor que este tugurio decrepito en la calle del Laurel Menor, con el soportal apuntalado con un palo y tejas rotas apiladas a ambos lados del umbral de la puerta. Una adelfa olvidada en una maceta habría convencido a un informante más entusiasta que yo de que Salvidia había fallecido por un envenenamiento, pero yo mantuve la calma.

En el interior de la casa había algo menos de polvo, pero estaba abarrotado con

casi la misma cantidad de materiales de construcción que el patio de al lado. En lo que se hacía pasar por un atrio, y que no tenía ninguna fuente o mosaico de buen gusto, se erguían unas cuantas estatuas que habían sido claramente sacadas de las casas de otra gente. Una criada me confirmó que, en efecto, su ama estaba muerta. Había fallecido esa misma tarde. Si quería, podía ver el cadáver.

A lo mejor vosotros os habrías negado, pero yo no. Es verdad que Salvidia era casi una desconocida. Sólo la había visto en un par de ocasiones y en ninguna de las dos me había gustado. En cuanto a mí, no le debía ningún respeto a esa mujer y podría haberme ido para reducir mis pérdidas.

Sin embargo, mi padre era realmente uno de esos informantes entusiastas que os acabo de mencionar: veía maldad en todo y tenía desde siempre la manía de encontrarse en situaciones en las que la gente moría de manera sospechosa. Averiguar qué había pasado en realidad era una manera de ganar unos sestercios. No había ningún motivo para que yo pudiera sospechar que algo raro le había sucedido a Salvidia. Era una mujer nada amigable que, es probable, se hubiera ahogado en su bilis. Aun así, me habían enseñado a inventarme siempre una excusa para explorar un cadáver. Y que me invitasen a ver uno era un gran privilegio, así que entré como un piojo en la túnica de un vagabundo.

IV

Como me habían dicho, la mujer yacía en el dormitorio, una de las pocas estancias de la casa que estaba amueblada con normalidad. Años atrás, ella y Metelo habían invertido en una cama matrimonial bastante sólida, aunque el soporte ahora se hundía demasiado para mi gusto. Supuse que nunca habría tenido un amante, porque en caso contrario habrían rodado constantemente uno encima del otro durante las horas de descanso. ¿Por qué será que la gente que está rodeada de obreros nunca les pide que le arreglen, cosas?

La habitación tenía los habituales armarios y baúles. No había ventanas, así que, a pesar de no oler demasiado a rancio, la falta de aire fresco era sofocante.

—Estaba así cuando la he encontrado —vibró la voz de la criada desde la puerta.

No tuve nada que contestar. Estaba preguntándome cuánto tiempo tenía que quedarme con ademán solemne al lado de la cama antes de que fuera educado marcharme.

Salvidia yacía boca arriba. Sus brazos estaban extendidos a los lados, parecía relajada: o se ha muerto en el sueño o alguien le había cerrado los párpados. Con toda la vida a sus espaldas, era como una concha, de mediana edad real, pero ahora hundida como una anciana. Ciertamente, una mujer que afirmaría haber tenido una vida dura.

Salvidia había tenido un cuerpo robusto, el típico que llega tras la menopausia. Su pelo estaba recogido en un simple moño que casi seguro se había hecho ella misma. Tenía brazos flácidos y una cara arrugada y hundida. Llevaba ropa de día, el mismo tipo de túnica plisada con la que la había visto y un corsé que la apretaba tan fuerte como si quisiera atrapar allí dentro su constante ira contra todo. La alianza y otro anillo sencillo le ceñían los dedos; sus pendientes eran simples gotas de oro que daban la impresión de haber sido el único par que se había puesto en los últimos veinte años. No tenía más joyas y tampoco ningún joyero que yo pudiese ver; ninguna crema ni botes de cosméticos. No desperdiciaba el dinero en adornos personales.

Supuse que su corazón se había parado de repente, o algo por el estilo. Es lo que parecía. No había nada que sugiriera ningún tipo de interferencia. En su piel había algunas manchas marrones informes, típicas de una mujer de su edad, y nada más. Ninguna moradura. Lo que sí vi fue un pequeño y fino rasguño en su brazo izquierdo, con una rojez tenue a su alrededor, pero era como un arañazo que cualquiera se podría haber hecho rozando contra algo. Salvidia no había sido de movimientos ágiles.

Incluso un cuerpo sin vida podía emitir un aura. La infinita inquietud de esta mujer había terminado y, sin embargo, su cadáver comunicaba una decepción

permanente. Sentía su infeliz sumisión a la muerte tras una vida que en mi opinión, y es probable que también en la suya, había sido en esencia desperdiciada. ¿Había conocido en algún momento el placer? Lo dudaba.

* * *

Salí del dormitorio deprimida. La criada se quedó para velar a su ama, con mayor lealtad de la que me habría imaginado. Parece que el personal iba a olvidar lo molesta que había sido. Seguramente sentirán una tristeza normal por su temprana desaparición. Eso me debería haber inspirado fe en la decencia humana y, no obstante, me sentía turbada. Necesitaba recuperarme, así que me dirigí a una pequeña área externa, más allá del atrio, que había divisado antes.

Con unos dueños mejores, este lugar habría podido convertirse en un elegante jardincito. Salvidia lo había llenado casi por completo con una enorme fuente de piedra, del tipo que se podía encontrar en los baños públicos, pero ésta era tosca y fea, nada de alabastro o pórfido de grano fino. Apoltronado en una esquina, el monstruo era tan rígido y pesado en apariencia que no podía imaginarme cómo hubiesen podido manejarlo ni por qué se hubiesen preocupado en hacerlo. Estaba guardado, sin que nadie lo utilizase, y destrozando lo que podía haber sido un agradable lugar de descanso.

Vi un banco, volcado contra un murito bajo. Nadie podía haberlo usado durante años. Con un esfuerzo, lo volví a poner recto en una pequeña zona iluminada por el sol y me senté encima, intentando evitar las partes cubiertas de musgo. Estaba reflexionando pensativamente en un modo que suele denotar enfado y así era en efecto. Estaba furiosa porque, por culpa de la muerte inoportuna de Salvidia, había perdido mi dinero.

* * *

Supuse que nadie me molestaría mientras estaba sentada rumiando. Desde la casa adyacente sólo venía silencio, como si también la criada se hubiera marchado. No había visto ningún otro miembro del personal y me pregunté si la señora había sido demasiado agarrada para tener más o si, cuando murió, aprovecharon la ocasión y se fueron corriendo. La mayoría de los hogares tienen olor a comida, perros ladrando, ruidos y pasos lejanos, fragmentos de conversaciones indescifrables. Aquel lugar estaba inmóvil, desierto en apariencia. Ni siquiera una paloma compartía mi escondrijo. Todo daba la impresión de que nunca hubiese pasado nada interesante ahí. Hasta parecía exagerado llamarlo «hogar».

Por lo menos era tranquilo. Por fin, mi irritación y mi melancolía cedieron. Justo cuando estaba a punto de irme, de repente apareció alguien. No lo oí venir y él estaba igualmente sorprendido de verme.

El recién llegado tenía treinta y muchos, cuerpo delgado, rostro corriente, ropa

decente, pero no cara. Podía decir que no era, y nunca había sido, un esclavo. Ni musculoso ni polvoriento en exceso, parecía más un empleado de papelería que uno de los obreros. Si hubiese creído de verdad que Salvidia tenía un amante, podía haber sospechado que era él, pero, aunque tenía un cierto aire de propietario, lo dudaba. Otra vez mi instinto.

Por la manera tan sigilosa de acercarse, podía haber sido un ladrón que tentaba la suerte. Si así fuera, supuestamente habría cruzado el atrio para buscar en el interior objetos fáciles de sustraer, y no habría venido aquí para desplomarse encima del murito entre las columnas del peristilo, con la moral tan baja como yo. A lo mejor se sentía desanimado por motivos similares. ¿También venía de ver el cuerpo? Al verme, no hizo ningún gesto de marcharse. Y, curiosamente, tampoco me echó. Me saludó sin más con la cabeza, como un desconocido sentado cerca en un parque público, y luego se perdió en pensamientos contemplativos. Así que me quedé y esperé a ver qué pasaría. Mi padre diría que ese tipo de curiosidad le había traído un montón de problemas. Pero hay que confiar en la propia intuición. (También esta idea, como observaría secamente mi madre, había metido a menudo a mi querido padre en la boñiga de vaca hasta los tobillos).

Al final el desconocido se levantó y se presentó. Se llamaba Metelo Nepote y era el único heredero y albacea. Pregunté por su nombre, porque sabía que «nepote» era «sobrino» en latín.

—Sólo es un nombre —me contestó con brusquedad, como si le hubiesen hecho esa misma pregunta demasiadas veces—. ¡Mi nombre!

Perfecto.

Los romanos se enorgullecen de su magnífica organización, pero cuando se trata de asignar nombres a los bebés, les suele faltar lógica. Nunca intentes decir eso a alguien durante una cena, sobre todo si ese alguien tiene un nombre estúpido.

Se relajó lo suficiente para contarme que el primer Metelo que creó la empresa era su padre, mientras que Salvidia había sido la segunda esposa de éste, su madrastra. Nepote me confesó que no tenía intención de seguir con el negocio y que lo traspasaría. Lo dijo con tanta amargura que confirmó mi idea de que había sido arrinconado por la madrastra. Por lo menos se había ido y había hecho lo que siempre había querido: convertirse en quesero. Dije que eso era diferente. Él replicó que en realidad no mucho, si te gusta el queso.

Así es. Tuvimos una comunión mental, aunque no demasiado extravagante.

Decidió ponerse serio.

—¿Puedo preguntarle qué está haciendo aquí?

Lo veía venir y no encontré ningún motivo para tergiversar.

—Mi nombre es Flavia Albia. Trabajo como informante. Salvidia me contrató para presionar legalmente a unas personas que tenía que indemnizar.

—¿Tras hacer una chapuza?

Estaba claro que conocía bien la empresa familiar. Le conté la triste historia del atropello del pequeño Lucio Basso. Nepote me preguntó por la cantidad que pedían los padres, y cuando se lo dije, contestó de inmediato:

—Me parece justo. Dígales que, en cuanto venda eso, les pagaré.

Estaba sorprendida.

—¡A decir verdad, mi trabajo era evitar esto!

—¿A pesar del conductor borracho y del exceso de carga?

—Metelo Nepote, no me gustan todos los trabajos que tengo que hacer.

—La familia se merece algo. Estoy invalidando la decisión de Salvidia. Nunca estuvimos de acuerdo. ¿Y a usted se le debía algo?

Aún desconcertada por su actitud, le dije lo que había esperado poderle cobrar a Salvidia, más los gastos. Nepote aceptó pagar eso también. Decidí no mencionar el acuerdo de «si no ganas, no cobras».

No creí que aquel hombre se hubiera vuelto benévolo por el sufrimiento profundo. Era más probable que estuviera sólo mintiendo para deshacerse de los acreedores. Tras amansarlos con sus promesas, agarraría la herencia y desaparecería. No me había dicho dónde estaba su quesería. Fuera de Roma, seguro.

No obstante, podría ser inusualmente honesto. Si quería ser amable por algún tipo de purificación moral, era cosa suya. No suelo encontrar mucha gente así, pero estoy abierta a las novedades.

Entonces Metelo Nepote se apoyó contra un pilar, miró hacia arriba, al pequeño trozo de cielo que se veía encima de nosotros, y soltó un suspiro pesado que me resultó demasiado familiar.

—Ese suspiro parece salido de uno de mis clientes en su primera consulta —dije. Parecía realmente preocupado—. Cuando se pregunta si su encargo parecerá una locura —lo cual a menudo es cierto— y me dice: «Creo que mi mujer se acuesta con el carnicero». Eso también suele ser cierto. Una repentina efusión de escalopes en la cena suele ser la señal reveladora.

—Dígame qué tipo de trabajo hace —me instó Nepote. No era una pregunta social.

Le conté mi biografía profesional. Hice hincapié en la parte mundana: ir detrás de adolescentes huidos de sus padres, búsquedas rutinarias de partidas de nacimiento o certificados de baja militar desaparecidos, o de herederos desaparecidos, o de gallinas desaparecidas que los vecinos malos ya habían cocinado con estragón... Le hablé también de otros aspectos de mi experiencia profesional extrañamente variada. De esa vez que investigué al matasanos que violaba a sus pacientes femeninas tras administrarles somníferos. De como algunas veces hurtaba a sospechosos inocentes de las investigaciones de los vigiles, cuando nuestros oficiales, justos e imparciales,

escogían la opción fácil sin preocuparse de las pruebas. Luego estaban los trabajos que hacía de vez en cuando para los hermanos Camilo, dos fiscales prometedores que a veces necesitaban la ayuda de una mujer a la hora de recoger pruebas.

—¿Impresionado?

—¿Trabaja usted sobre todo para mujeres?

—Así es.

Las mujeres se fiaban de mí. Evitaban informantes masculinos que tenían fama de meter mano y de indecencias peores. Además, muchos de ellos no eran nada eficaces.

—¿Por qué me lo pregunta, Nepote? —Tenía una oscura premonición.

—¡Haga algo por esa mujer! —Nepote fue breve—. La contrataré. Quiero que alguien investigue la muerte repentina de mi madrastra.

Me chocó. Yo pensaba que buscaba a un informante porque creía que un rival taimado le había sustraído su mejor receta de queso.

—Nepote, si no hubiese necesitado el dinero, ella no habría conseguido nada de mí en vida.

—Entonces ayúdela ahora que está muerta, Albia.

Sobresaltada, volví a repasar todos los argumentos, ya concebidos en mi interior, que explicaban por qué el fallecimiento de Salvidia no tenía ningún interés en absoluto.

—Que alguien muera de forma inesperada no quiere decir que su muerte sea anormal. Sucede. Sucede una y otra vez. Mucha gente muere por motivos que nunca se llegan a descubrir. Pregúnteselo a cualquier director de servicios fúnebres.

—No —objetó—. Esta muerte no es justa.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que le preocupa?

Nepote se movía nervioso.

—La vieja señora era muy fuerte, no tenía ni cincuenta años, estaba sana del todo. Su gente dice que estaba perfectamente esta mañana y, sin embargo, según parece, entra, deja su compra en la sala y se desploma así, sin ningún motivo. No me lo creo. Es imposible. No me llevaba bien con ella, pero no cuela.

—Nepote, no hay indicio de crimen. Quédese con la comisión.

Decidí que él no era la única persona en Roma que podía tener un gesto. Además, tenía esa terrible sensación de angustia que experimento cuando un caso agotador ya cerrado vuelve a emerger de repente.

—Contratándome, desperdiciaría su dinero.

—Eso lo decido yo —contestó Metelo Nepote con un tono abatido—. O lo investigo por mí o contrataré a otro.

Así que acepté el trabajo. Si el hijastro tenía ganas de gastarse el dinero recién heredado, ¿por qué debería beneficiarse algún otro informante? Estaba aquí, en posición, así que me ofrecí servicialmente, asumí el encargo y di las gracias con

educación.

Tenía que estar equivocado.

Pero entonces siempre te asalta esa pequeña duda que no quiere irse. Se presenta siempre. ¿Y qué pasa si sus ridículas sospechas no lo son tanto? ¿Qué pasa si tiene razón?

V

No podía creerme que tenía un caso para investigar, pero aun así empecé a indagar los hechos. Había un procedimiento y lo estaba siguiendo. Nepote me perseguía como un sabueso hambriento, así que no podía proceder de manera inconexa. En cualquier caso, quería de verdad que mi informe final lo tranquilizara. A veces el objetivo es ése: decir a tus clientes que no tienen por qué preocuparse.

En ocasiones, cuando es mejor protegerlos de la verdad incómoda, tienes que decirles que todo va bien —aunque hayas demostrado que sus sospechas tienen fundamento—, pero en aquel caso no me esperaba un resultado semejante.

* * *

Volví a examinar el cadáver, esta vez con el hijastro al lado para poderle enseñar su triste normalidad. Aspiró sin convicción.

En las siguientes horas estuve rastreando los movimientos de Salvidia durante ese día. Interrogué a la criada y a un par de otros miembros del personal doméstico que Nepote trajo para mí de los cuartitos traseros. Comprobé que su señora no había dado señales de quererse suicidar. Hablé con los obreros en el patio. Me dijeron que estaba decididamente llena de planes —planes para sacar dinero a sus clientes— con los que iba a disfrutar mucho. Después la criada me acompañó por todos los puestos del mercado donde Salvidia solía comprar provisiones. Descubrimos los que había visitado esa mañana examinando los productos que aún estaban en sus cestas de la compra. Nadie en el mercado me contó nada inusual.

Ponderé el motivo. Imaginemos que Nepote tuviera razón. La muerte anormal suele tener una causa —que en este caso no podíamos identificar— y también un autor. Si era cierto que la mujer había sido enviada al otro barrio a propósito, ¿quién querría hacerlo? El cuadro que emergió coincidió con la imagen que me había hecho de Salvidia gracias a mis experiencias previas: tenía un carácter malhumorado que no te animaba a compartir con ella ni el aire que respirabas, pero, al fin y al cabo, había sido una empresaria y no tenía ningún interés en llevarse del todo mal con la gente. Mandaba a sus esclavos domésticos, pero no era insoportable; causaba estragos en el patio, pero los obreros estaban acostumbrados; decepcionaba regularmente a sus clientes, pero ellos rara vez se molestaban en poner quejas. Su agresividad llegaba hasta ahí. En su trato conmigo tuvo una actitud hosca, pero no tan mala como para que me negara a aceptar su caso. Había decidido que podía trabajar con ella. Así que, al preguntarme ahora si tenía enemigos, la respuesta era que ninguno en especial. Roma estaba llena de mujeres tan desagradables como ella.

Señalé a Nepote que la única persona que se podía beneficiar de la muerte de Salvidia era él, el heredero. Estuvimos de acuerdo en que, si hubiese acabado con su

vida de alguna manera imperceptible, sería muy estúpido de su parte llamar la atención. En caso de que lo hubiese hecho, contratarme podría ser una cortina de humo. Pero a menos que tuviéramos a otros sospechosos, no tenía necesidad alguna de prender la mecha.

Me aseguré de tomar en consideración a la familia del niño, Lucio Basso. El conductor borracho y el carro sobrecargado de Salvidia habían matado al crío. Y, sin embargo, ella había intentado evitar el pago de la indemnización de manera descarada. Eso significa que los padres enlutados podrían albergar verdadero odio hacia ella. Pero iban a ganar una enorme suma de dinero muy pronto —porque, siendo realistas, habían interpuesto una demanda por negligencia imbatible que no habría podido ganar ni con mis mejores esfuerzos— y era de su interés mantenerla viva para que pudiera pagarles. En cualquier caso, fui a verlos. Todos tenían coartada.

Nepote aceptó a regañadientes que nada apuntaba a una desgracia. Aun así, quería traer un médico para que viera el cuerpo. Lo convencí de que se ahorrara el dinero y solicitara la opinión de un director de servicios fúnebres, que tenía que ser contratado de todas formas. Ellos tienen ojo para dar el mejor asesoramiento sobre lo que le puede haber pasado a un muerto.

El señor que vino parecía competente. Examinó el cadáver y no se excitó. Tomó nota de la marca que yo también había observado en el brazo de Salvidia, aunque, al igual que yo, pensó que era un rasguño accidental. Afirmó que varias mujeres habían fallecido en silencio por toda Roma, sin ninguna causa evidente. Tal vez alguna enfermedad invisible estaba cobrándose vidas, pero todo apuntaba a una simple coincidencia estadística. Su veredicto fue: «Hay mucho de eso por allí».

Se llevó a la muerta. Prometí a Nepote que asistiría al funeral. Es un buen momento para reclamar honorarios, antes de que los herederos se dispersen.

Acabé bastante más tarde de lo que había esperado aquella mañana, cuando salí hacia la oficina de los ediles. Pero en mi trabajo eso es normal. Estaba anocheciendo y necesitaba algo de comer, así que fui a visitar a mi familia. Me proporcionarían una cena en un hogar de verdad, lleno de calor, luz, comodidad y conversaciones animadas. Mejoraría mi estado de ánimo. También podría consultarlos sobre Salvidia, aunque resultó que nadie fue capaz de aportar ninguna reflexión útil. Estuvimos todos de acuerdo en que ya había hecho todas las investigaciones posibles. Si eso no había llevado a nada era porque no había nada que encontrar.

VI

Cuando volví a mi edificio, ya era muy tarde. Gran parte de Roma estaba durmiendo. Los despiertos estaban enfermos, hacían el amor, se suicidaban o cometían robos. Los dejaría hacer.

Teníamos una costumbre. Al anochecer, las familias ricas mandaban a casa a sus hijas que habían ido de visita en sillas de mano, transportadas por esclavos musculosos con antorchas deslumbrantes. Me desplazé así. El tambaleo me mareaba, pero acepté la escolta para mantener la paz en casa. Cuando la silla llegó a la plaza de la Fuente, ya estábamos en mi territorio y mandaba yo. Los porteadores sabían que me tenían que dejar al lado del alfarero. Su tienda cerrada estaba en la esquina opuesta a la entrada de mi edificio y había dejado un cirio titilante para que iluminara el rótulo. Alguna noche el cirio quemaría las instalaciones e incineraría sus pilas ladeadas de escurridores de uvas y morteros con fondo de gravilla, pero mientras tanto proporcionaba un tenue punto de luz. Bajé de un salto y me quedé en silencio, escuchando y asegurándome de que ningún merodeador estaba a punto de atacarme.

En la esquina, antes de dejar el callejón, los porteadores siempre miraban hacia atrás. Si les hacía seña de que todo estaba bien, seguían su camino. Si notaba algo raro en la calle, los volvía a llamar. Nunca me arriesgaba. Estamos en Roma. La mitad de la gente asaltada por la noche es atacada en su mismo portal.

A lo mejor os preguntáis por qué los porteadores no me acompañaban hasta dentro. Claro, ¿y así enseño a todos los villanos del Aventino cuál es mi portón? Una mujer sola —en esta ocasión con ropa elegante— que vuelve exhausta y un poco achispada... Estaba lista para acostarme. No quería tener que clavar un trinchante en algún ladrón o violador.

Admítelo, Albia: vale, me habría apañado perfectamente sola. Sólo que no podía aguantar tener que estar sentada hasta el amanecer en alguna fría sala de interrogatorios en el puesto de guardia de los vigiles, volviéndome loca por culpa de un imbécil casi analfabeto que intenta deletrear «defensa propia». Rufiniano, sin duda. Era un hombre honrado, pero bobo sin discusión.

Sí, una vez apuñalé a un intruso y, estúpida de mí, denuncié el hecho.

Sí, tardó un poquito en morir.

No, no me arrepiento.

* * *

El Edificio del Águila, plaza de la Fuente. Todos lo llamaban aún «la vieja lavandería», a pesar de no serlo ya desde hace años, y nadie sabía qué le había pasado al propietario. Hay gente que se habría retirado con las ganancias, pero se rumoreaba que el nuestro se las había bebido.

Miré arriba hacia el tosco edificio de viviendas, medio vacío como era habitual esos días: apenas se veía algún resquicio de luz, hasta en los pisos que sabía que estaban habitados. Los inquilinos que tenían trabajo madrugarían para empezar sus tareas agotadoras; los vagos y los demás indigentes no podían permitirse el aceite de las lámparas. Seis plantas de miseria destartada se abalanzaban sobre mí como una horrorosa fortaleza negra donde torturaban prisioneros de guerra durante toda la noche. Tal vez era una ilusión óptica por culpa de la oscuridad, pero algunas veces el montón entero parecía inclinarse de tal manera sobre el callejón que tenía la impresión de que iba a desmoronarse. Era el tipo de construcción donde, tras la muerte de una persona solitaria, el cuerpo se quedaba sin descubrir durante semanas. Si no veíamos a alguien durante un tiempo, simplemente suponíamos que se había escondido de su esposa o de las autoridades. ¿Qué era un mal olor entre tantos?

Un tipo rancio había sido el propietario de este sitio durante muchos años, hasta que lo compró gente concienzuda. Los planes bienintencionados de reformarlo habían acabado en nada, derrotados por fallos estructurales que, según descubrieron, llegaban hasta los cimientos. El nuevo propietario contrató a un constructor; el constructor convocó a un arquitecto; el arquitecto trajo a un ingeniero, y el ingeniero dijo: «Olvídenlo, quédense los honorarios, porque ni con dinero extra tocaría este sitio».

El Edificio del Águila seguía allí, aguantando de alguna manera. Si algún inquilino tenía una tos fea, le pedían que se fuera unos días con algún amigo por sí, a causa de la reverberación, se desprendía algún elemento estructural crucial.

Yo vivía en el bloque sin pagar el alquiler. Mi nostálgico padre veía ese horripilante edificio como el hogar de su juventud despreocupada. Así que fue mi familia loca la que lo compró. En un principio, habían tenido sueños caritativos de llenar las viviendas con inquilinos dignos y agradecidos, pero este grillado idealismo se vino abajo cuando los primeros vagos «se olvidaron» de pagar el alquiler y usaron las escaleras como baño. Ahora nuestra intención era derribar aquel viejo y tambaleante edificio y vender el solar vacío a un senador millonario, haciéndole creer que sería perfecto para una villa privada. Y sucedería. Un general ambicioso de las provincias quedaría deslumbrado por el elogio de la exclusividad del Aventino, un lugar poco conocido donde refugiarse del bullicio de la ciudad, un histórico distrito romano donde la excelente tierra estaba lista para ser explotada a un precio razonable, una rara oportunidad para construirse una casa personalizada...

No creáis que nos hacíamos ilusiones con este plan. Ya teníamos a un candidato. Se llamaba Trajano.

Sí, a lo mejor habéis oído hablar de él, y sí, a día de hoy ya posee una discreta mansión privada en el Aventino. Mi padre podría parecer un fanático loco, pero viene de una línea de mercachifles descarados que podrían vender hielo a los esquimales.

Mi abuelo, por ejemplo, era un rico subastador, lo que significa que —teniendo en cuenta la habitual discreción a la hora de declarar ingresos para fines fiscales— tenía tanto dinero que no podría necesitar más. Tras su muerte, nos beneficiamos todos, yo incluida.

El hecho de disponer de dinero no ayudó al Edificio del Águila. Invertir en él habría sido dinero perdido. Un muro lateral se movía y la suciedad se hacía cada vez más negra. Ya no era seguro utilizar ni el balcón de mi despacho de la planta de arriba, a pesar de que era lo único bueno de mi casa. Tenía que mudarme, pero seguía ahí, porque estaba acostumbrada. El escondrijo en lo alto siempre había sido el despacho de un informante, así que los posibles clientes habían oído hablar de él y podían encontrarlo. Una vez subidas las seis rampas de escalera, incluso los que creían que iban a ver a mi padre se rendían y se decidían por mí.

Mi piso, por el contrario, estaba escondido —mucho más abajo, creedme— y era un refugio cuya existencia la mayoría de la gente ignoraba del todo. Era allí donde había vivido durante los tres años felices de mi matrimonio. Después continué viviendo en él sola, porque, aunque la vida siguiera adelante, nunca pensé que el destino volviera a favorecerme una segunda vez. Me quedé allí con mis recuerdos. Eran todo lo que tenía. La felicidad había venido y se había ido.

Mi marido murió en un accidente. Ocho años antes de coger el caso de Salvidia. Ya era una informante entonces y me ganaba la vida como un gesto de independencia, a pesar de que la herencia de mi abuelo había dejado a mi familia en una posición acomodada. Sólo tenía veinte años cuando enviudé. Mi familia me ofreció volver a casa, pero decliné hacerlo amablemente. Había echado raíces en aquel lugar. Antes de ser adoptada por los Didio, mi infancia había sido terrible. Para mí era importante que durante mi breve matrimonio había sido capaz de construirme una buena vida.

Mucha gente habría elegido el camino fácil. Yo seguí trabajando, porque encontrar soluciones a problemas tenía para mí un atractivo lógico. A veces podía conducir a otras personas a la paz de espíritu. Cuando ya has tenido toda la felicidad del mundo y no esperas que el destino te depare nada más, lo que necesitas son metas.

* * *

Debía de estar más cansada de lo que creía. Me estaba volviendo sensiblera.

Hora de irse. Sabía cómo desaparecer en la oscuridad. Por suerte, aquí en las calles no había faroles, así que un merodeador tendría que esforzarse mucho para verme.

Crucé la calle. Me movía con cautela, por experiencia. En la plaza de la Fuente por la noche solía guiarme por los olores. No obstante, aun teniendo práctica, podía acabar pisando algo con mis sandalias de oro. Tal vez apoyar mi pie descalzo en algo

medio muerto que aún se movía...

* * *

El edificio tenía un soportal que se estaba desmoronando, pegado a un pórtico que bordeaba la calle. En ese soportal, hacía unos años, habían colocado una reja de hierro. No me sorprendió ver que Rodan la había dejado estúpidamente sin cerrar.

A ambos lados del vestíbulo había un cuartito al lado de unas viejas escaleras de piedra que soportaban bastante bien el edificio. Poco más que cuchitriles, en uno de ellos guardábamos las escobas y los cubos, y en el otro mi padre había instalado a un portero que, se suponía, tenía que echar un ojo a los visitantes mientras usaba las escobas y los cubos. Como siempre, alguien que le daba pena le había pedido trabajo. Rodan. No era de los mejores empleados de padre, pero la selección del personal no era su fuerte y ése era sin duda el peor ejemplo.

Una lámpara que arrojaba una luz tenue estaba puesta en el suelo, fuera del escondrijo donde Rodan tenía permiso para vivir. Creo que allí, en su momento, se había estado escondiendo la lavandera de la ira de las mujeres cuyas túnicas de amarillo azafrán se habían teñido por accidente de verde veteado; allí sorbía de una jarra para olvidar su vida deprimente. Aún hoy, aparecían clientes despistados preguntando a Rodan por sábanas que habían dejado para lavar cinco años atrás.

—¡No tan rápido!

—¡Maldita sea, Rodan!

Me había parado mi propio conserje. Saltó fuera de su cubículo y me empujó hacia atrás hasta sacarme del soportal. Podría jurar que no era tan eficiente con los desconocidos. Era grande, pero parecía somnoliento y estupefacto.

—¿Qué haces aquí en plena noche, idiota?

Rodan era un antiguo gladiador. No podía asustar ni a una mosca. Debe de ser el exgladiador más viejo del mundo. Normalmente, hasta los que se ganan la libertad acaban tan agotados por la arena que no sobreviven mucho una vez retirados, pero, si seguía comiendo sus lentejas, Rodan llegaría a los noventa. Tenía la nariz rota de manera horrorosa, pero fue culpa de un inquilino que lo golpeó en la cara con un mazo. En realidad, había aguantado justo porque nunca había tenido lesiones en su profesión. Como gladiador había sido tan inútil que su entrenador no lo había dejado pelear. Durante la mayor parte de su vida, Rodan simplemente había deambulado por el Aventino, haciendo de guardaespaldas y cobrador de alquileres. Ahora estaba acercándose a la senilidad natural y además tenía demasiado sueño para darse cuenta de que la mujer a quien estaba cerrando el paso era la que le pagaba el sueldo. Debería hacerlo padre, pero detestaba tener que tratar directamente con Rodan.

—¡Oh, es usted! —murmuró.

La furia con la que le di una patada en el tobillo cuando intentó empujarme fuera del pórtico debería habérselo hecho entender.

—Ha sido una gran noche. Un tipo ha venido a verla.

—¿Una sola visita? ¿Y a eso lo llamas una gran noche?

—Estaba cenando —se quejó Rodan patéticamente—. He tenido que acompañarlo hasta arriba y luego otra vez hasta aquí. Mis tripas de cerdo se han enfriado y después de todo eso ni siquiera me ha dejado una propina por la molestia.

—¿Quién era, un cliente? ¿Qué pasa, trabaja hasta tarde y no puede venir en horario de oficina? Puedo atenderlo mañana, espero que se lo hayas dicho. ¿Cómo se llama?

Rodan se sorbió los mocos. No lo suficiente. Se limpió la nariz con la manga.

—No me lo dijo.

¡Dioses sagrados! Por este motivo Rodan era una criatura despreciable, según la tradición familiar. Con lo fácil que es preguntar: «¿De parte de quién?». Sobre todo después de varios años explicándole con amabilidad cómo hacerlo. Ni siquiera tenía que anotar los nombres. Rodan no sabía escribir.

Me sobrevino un pensamiento. ¿Podría ser el archivista de la oficina de los ediles? Si es así, era realmente impaciente. Casi demasiado impaciente, diría un cínico. Describí a, Andrónico.

—Un tipo amigable. Ojos claros y pelo anaranjado.

Rodan me lanzó una de sus miradas ausentes.

—¿Llevaba una túnica blanca con ribete azul?

A veces me preguntaba si lo hacía adrede.

—Podría.

Le dije que si el hombre volvía, tenía que llevarlo directamente al despacho y ser considerado.

—Si no estoy, concierta una cita como se debe.

Estaría allí. Me quedaría adrede, por si había sido el archivista.

El portero idiota por fin confesó que el visitante había prometido volver al día siguiente. Eso me alegró tanto que no intenté darle otra patada al despedirme.

* * *

Puede que el cerebro de Rodan nunca haya sido hecho papilla en la arena, pero había nacido zote. Estaba bastante segura de que nunca se había fijado en la ubicación de mi vivienda. En este caso, era una cosa buena, porque no podría revelárselo a nadie.

Yo vivía en la segunda planta. Tenía una puerta de entrada. Estaba bloqueada por macetas polvorientas, con las plantas muriéndose como si el último inquilino se hubiese fugado. Cabía la posibilidad de saltar las macetas, pero raras veces entraba o salía de ese modo.

En su lugar, subía sólo una planta, hasta desaparecer de la vista de Rodan o de cualquier otra persona en la entrada. Me escucharían entrar en un piso ocupado por

una familia norteafricana. Bueno, la mayor parte de la familia. La madre vivía allí con un número cada vez mayor de niños andrajosos que venían en una gran variedad de tonalidades de piel. Ninguno de ellos sabía decir ni una palabra en nuestro idioma, lo cual me eximía de tener que preguntarles por su padre.

Tenían cuatro habitaciones, dispuestas a lo largo de un pasillo, pero sólo vivían en tres. Ejerciendo el privilegio de ser la hija del propietario, yo misma utilizaba la última. Hasta tenía un sofá y otras cosas allí dentro. Pero su utilidad principal era darme acceso a una decrepita pasarela de madera que había sido construida como escalera de incendios. Tiempo atrás, cuando este sitio era una lavandería, la escalera conducía hasta una abarrotada área de secado en la planta baja. Ahora era un patio abandonado con acceso tanto a la calle como a un callejón trasero. En el caso de que alguien me siguiera alguna vez hasta el apartamento de los africanos, encontraría mi habitación vacía y supondría que habría salido y me habría ido hacia abajo.

Podría parecer que tenía manía persecutoria. Era la consecuencia de haber apuñalado al intruso. La invasión del hogar deja un daño permanente. Nunca te recuperas de ello de verdad.

Como la mayoría de las viviendas romanas, el Edificio del Águila tenía dispositivos de seguridad mínimos. Aparte del primer nivel, que había sido construido de manera más robusta, la escalera de incendios hacia las plantas superiores se había podrido y no se había sustituido. En caso de incendio, todo el mundo en la parte de arriba se quedaría atrapado. Pero la vieja pasarela hacía algo más que marcar mi itinerario de vuelo personal. Tras un corto tránsito por ella, se llegaba a un viejo panel apoyado contra el muro. Ocultos detrás de él, se encontraban unos escalones empinados y estrechos. Conducían dentro, hasta mi casa de verdad.

Este refugio mío siempre había sido el mejor piso del edificio. Era pequeño, con sólo tres estancias buenas, una de las cuales tenía un fogón que utilizaba para calentar bebidas. Raramente cocinaba en serio, porque nunca había aprendido y, de todas formas, no quería que el sitio se llenase de humo. A lo largo de los años lo había decorado con muebles bastante elegantes y cómodos gracias al comercio con antigüedades de mi familia. Cuando volvía a casa tras un día agotador, encontraba paz, alivio para el alma y sosiego. Era mi lugar de recuerdos felices.

Entré, cerré la puerta tras de mí, me quité la ropa y me desplomé en la cama. Muy poca gente sabría donde estaba. Sólo me podían molestar las pesadillas y esa noche, por suerte, no tuve ninguna.

VII

A la mañana siguiente, a primera hora, ya estaba arriba, en mi despacho. Mi corazón trepidaba ligeramente por la emoción. Hice esas cosas tontas que matan el tiempo, como vaciar la papelera, ordenar las cartas que no tengo tiempo de contestar y jugar al solitario con los dados.

Oí los pasos de Rodan y del visitante. Desde algunas plantas más abajo, Rodan gruñía sin aliento, dando la impresión de que estaba a punto de desmayarse. Si algún día subiese con un indeseable que necesitase mano dura, me vería obligada a apañármelas sola. Tendría que echar al sujeto problemático, después subir aquí de nuevo y bajar al jadeante Rodan.

Por suerte, este visitante era amigable. Al igual que todos, no había caído en moderar el ritmo mientras subía, así que escuché su gran suspiro de alivio al llegar a la última planta. Allí, pasaría por una antigua colección de ánforas vacías antes de llegar a la maltrecha puerta. La abrí de golpe. Mi corazón incrementó sus latidos al ver la figura esbelta y la expresión entusiasta del hombre encantador que había conocido el día anterior.

Andrónico seguía mirando el azulejo con la mística luna creciente. La gente por aquí pensaba que yo era una druida. Eran tontos, pero no les hacía caso. A los clientes les encanta el ambiente exótico.

—¡Andrónico! ¡Qué sorpresa! Gracias, Rodan, ya puedes irte.

Empujé a Rodan fuera lo más rápido que pude, mientras el archivista estaba en la puerta, contemplando mi recibidor.

Lo había transformado en unos aposentos muy diferentes a la cruda guarida masculina que había heredado. Se pueden hacer virguerías con unos pocos muebles. Un informante no debería entrevistar a la gente en un agujero vacío, como el cuarto trasero de algún bar donde se reúnen chulos y jugadores. Bueno, a menos que todos sus clientes no sean chulos y jugadores. Puede pasar. El nuestro es un sector de nivel bajo.

El pequeño espacio ahora estaba preparado para conversaciones agradables. Tenía mi propia silla con respaldo alto, un trono de mimbre que sugería a las claras quién era la jefa. Había un sofá —donde los clientes agitados podían hundirse y descargar sus penas— que tenía una colcha colorida y cojines sueltos que podían abrazar nerviosamente mientras me contaban sus historias. Tenía una mesita redonda de madera con una superficie taraceada, donde se podían servir refrescos una vez acordados los pequeños detalles sobre mis honorarios. En una repisa había colocadas piezas de arte griego seleccionadas con cuidado. Eran préstamos de la casa de subastas y cambiaban con regularidad. El arte siempre implica gusto y confianza. El arte sugiere que podrías haber recibido estas cosas bonitas como regalo de antiguos

clientes que tenían un motivo para estar agradecidos. Era mucho más sutil que colgar elogios escritos, porque la gente siempre creía que eran falsificaciones creadas por ti mismo.

El arte, si es lo bastante sólido, también puede usarse para golpear en la cabeza a los hombres groseros que te molestan.

—¡Qué agradable sorpresa! —Me senté y le indiqué el sofá—. Alguien vino anoche cuando estaba fuera...

—Yo no.

Pensé que Andrónico quería ocultar su entusiasmo.

—¿Dónde estabas?

Tenía un ligero ceño entre esos ojos separados y casi excesivamente intensos. Pero yo estaba demasiado feliz para preocuparme. De todas formas, era sólo conversación.

—Con mi familia.

—¿Ningún amante?

Ese hombre iba directo al grano. Me hizo un guiño para señalarme que se daba cuenta de que su pregunta era insolente.

Gracias a una larga práctica, lo acogí con humor.

—Oh, el del velero está fuera de la ciudad: lo último que sé es que fue detenido por una infracción aduanera y se prevé que esta vez no se irá de rositas. El actor también me dejó tirada: estaba babeando detrás de un grupo de viejas viudas ricas. Se hernió al levantar sus cofres de joyas...

—Veo que lees mucha poesía satírica.

—No, yo misma la escribo.

No tenía ningún amante en ese momento. Llevaba mucho tiempo sin tener ninguno, pero una chica nunca debe parecer demasiado disponible. No en la primera cita. Tenía mi amor propio.

Andrónico acabó con el interrogatorio. Se acomodó frente a mí en una pose relajada, rodeando con un brazo el respaldo del sofá. Me gustaba su manera de ponerse cómodo, como si estuviera en su casa. Nos examinamos el uno al otro, fingiendo no hacerlo. Seguía encontrándolo encantador.

—Perdona —dijo, leyéndome la mente—. ¡Tú eres la que hace las preguntas aquí!

Mantuve la conversación ligera.

—Así es. No me gustaría desperdiciar las habilidades interrogativas que tanto me ha costado aprender... ¿Qué te trae aquí?

—¡No pierdes el tiempo! —Se inclinó hacia delante con expresión seria—. Hay novedades. Quería ser el primero en contártelo.

—¡Te has preocupado! ¡Qué emoción! ¿Y cuales son esas novedades?

—Saldivia está muerta. Alguien de su familia —un sobrino— vino a informar a Fausto ayer por la tarde.

Decidí no revelarle a mi nuevo amigo que ya estaba al tanto de la muerte de la mujer y tampoco lo corregí sobre el parentesco real de Metelo Nepote. Andrónico me gustaba, pero no lo conocía lo suficiente —todavía— para infringir mis reglas. Nunca digas nada que no necesites decir.

—Eso es terrible, Andrónico. No era nada mayor. ¿Qué ha pasado?

—Por lo visto, simplemente llegó al final de su viaje. Debe de ser un engorro para ti perder un cliente. Por eso pensé que querrías saberlo, para no estar perdiendo más tiempo con ella.

—Sí, gracias.

Pensé que no podía haber estado presente en la conversación de Nepote y Manlio Fausto. El Nepote que yo conozco habría mencionado sin duda a un magistrado sus inquietudes persistentes acerca de cómo murió su madrastra. Me pregunté cómo había reaccionado Fausto. ¿Intento disuadirlo?

—¿Ese «sobrino» fue a la casa del edil? ¿Cómo es que estabas allí?

—Vivo allí.

Había sido un esclavo, presumiblemente. Se pueden deducir muchas cosas de lo que los libertos de familia prefieren callarse. Algunos revelan sus orígenes de manera descarada: bueno, la esclavitud no es culpa suya. Sin embargo, advertía que Andrónico era bastante susceptible. Nunca relacionaría las palabras «esclavo» o «liberto» con su nombre.

—Es la casa de su tío. Fausto lleva viviendo con él de manera ocasional desde pequeño.

—¿No está casado?

—Divorciado.

—¿Una separación por mutuo acuerdo o fue sorprendido con una criada?

—Hubo rumores... Dejó a su mujer muy pronto y tuvo que renunciar a la dote. Nunca fui capaz de sonsacarle nada que explicara qué había pasado. Hay una conspiración de silencio en la familia.

—¿Has leído su diario?

—El bastardo no tiene ninguno.

—Ese hombre es una desgracia, ¡dile que tiene la responsabilidad de aclarar el asunto a su preocupada familia!

—Bueno, se apartó del matrimonio, pero es que ahora se comporta como un pedante mojigato —refunfuñó Andrónico.

—¿Entonces no tiene ninguna amante?

—Ni siquiera manosea a la chica que le hace la cama.

—Así que ella piensa que tiene modales excelentes, pero preferiría que lo

intentara para poder tener un gran regalo para las Saturnales. ¿Y su tío?

—Oh, es completamente distinto. Tulio es un poco demasiado cachondo para que se le pueda atar con un matrimonio. Conoces el tipo: asalta a cualquier esclavo de cualquier edad, hombre o mujer. Hasta se dice que es capaz de levantarse después de los entrantes, dejar la sala con un sirviente, montársela con el muchacho en la antesala y volver para el plato principal, como si no hubiese pasado nada, retomando la conversación donde la había dejado... Flavia Albia, sí que haces preguntas. ¡Estoy impresionado!

—Es deformación profesional. Discúlpame.

—Oh, no me importa si quieres conocer el escándalo de Fausto...

—No me has contado ningún escándalo sobre Fausto —lo corregí.

—No, es un tipo frío.

—Si algún día tuviera que reunirme con él, me gustaría que me informaras de alguna historia indecente.

Había comprobado que a Andrónico le caía realmente mal Manlio Fausto. Mantenía un comportamiento tan abierto conmigo que saltaba a la vista una cierta reticencia a hablar su mala relación con el edil. Por supuesto, eso despertó mi interés, aunque lo dejé estar por el momento. Andrónico creía que era directa, pero no sabía que también podía ser muy paciente.

—Entonces, Andrónico, ¿qué pasó anoche?

—Fausto tuvo una visita. A veces la gente lo importuna con asuntos de negocios después de cenar.

—¿Y le parece bien? ¿No le importa ser acorralado en su casa cuando está descansando?

—¡Nunca lo he visto descansar! Es un devoto del «deber». Le encanta sufrir. Y además supongo que sentiría curiosidad.

—Mientras que a ti no te importaba nada saber qué quería el sobrino de Salvidia, ¿verdad? —lo provoqué.

Andrónico alzó las cejas y arrugó la frente, adoptando así el aspecto de falso inocente.

—Cuando Fausto se levanta y abandona una crema de nuez moscada por un misterioso visitante, mi costumbre es seguirlo y apoyar el oído en la puerta.

—¿Necesitas saber qué se trae entre manos?

—Me gusta vigilarlo de manera bondadosa.

En algunas casas, los libertos tienen semejante curiosidad por motivos dudosos: esperan causar fricción entre los diferentes miembros de la familia y hasta planean chantajes. Por suerte, la manera tan simpática que tenía Andrónico de bromear sobre ello habría tranquilizado incluso a Fausto.

De repente, se puso más serio:

—Confieso que estaba interesado, Albia. El hecho es que tuve una disputa tremenda con esa mujer espantosa. Casi no soporto ni recordarlo. Salvidia vino a ver a Fausto, pero él estaba fuera de la oficina. Tuve que recibirla. Estaba furiosa por el cartel, el que se dirigía a los testigos de la muerte del niño. Arremetió contra mí de una manera horrible. Me dejó temblando.

—¡Oh, pobrecito!

—¡Como si fuera mi culpa!

Andrónico aún parecía turbado. Conociendo a Salvidia, podía imaginar el motivo.

—Era una peste. Su arrogancia fue simplemente inaceptable. Creí que me iba a agredir.

—Supongo que tendría miedo a las posibles consecuencias tras el accidente.

Manlio Fausto podía aplicar mano dura a su empresa de construcción y castigarla por la negligencia. Infracciones como sobrecargar carros o tener conductores borrachos eran competencia de los ediles.

—¿Le dijiste a Fausto cómo te trató? ¿Fue compasivo?

—Según él, mi trabajo es ser siempre útil a los ciudadanos.

—Veo que no conoce muy bien a los ciudadanos.

—¡Cuánta razón tienes, Albia! Cuando el sobrino vino a hablar con él, Fausto me ordenó quedarme en mi sitio. ¡De ninguna manera! Se fue a hablar con el visitante y yo lo seguí con disimulo.

—¿Pensaste que habían surgido problemas por culpa de tu altercado? Andrónico, ¿por qué un familiar se sentiría obligado a informar a un magistrado de la muerte de Salvidia?

—Ni idea. —El archivista se encogió de hombros.

—A lo mejor —sugerí falsamente—, quería ofrecerse a pagar la indemnización que se pidió por el pequeño Lucio Basso. Y por ese motivo pensará que el cartel debe retirarse ya. ¿Querrá silenciar las cosas? Si pretende seguir con el negocio de la construcción, que se lo conozca como un empresario que ha matado a un niño no es nada bueno para su reputación. Y si quiere venderlo, tiene una necesidad aún mayor de encubrir lo que pasó, a fin de pedir un buen precio para su negocio ya en marcha.

—Estoy pensando en otro motivo por el que querría pagar la indemnización. Quiere evitar que se multe a la compañía por negligencia —replicó Andrónico.

—Es posible.

Siendo Nepote mi cliente, me sentía en la obligación de mantener un tono neutral.

—¡Oh, eres tan confiada! —sonrió mi compañero, sin sospechar que tan sólo había preferido no parecer demasiado inteligente. Hacía los mismos piropos que la mayoría de los hombres: tópicos que encontraba embarazosos.

—¿Así que cuál es ahora tu situación con respecto a Salvidia? ¿Ya puedes dejar de trabajar en su caso?

¡Qué generoso de su parte! Parecía muy deseoso de ahorrarme un trabajo innecesario.

—Si va a pagar la indemnización, yo sobro. Por desgracia, el acuerdo con Salvidia era del tipo «si no ganas, no cobras».

Andrónico ladeó la cabeza.

—¿Estás triste?

—No. Han matado a un niño. Nunca me gustó el caso.

El archivista se levantó, satisfecho con mi respuesta.

—Entonces, ahora que esa vil arpía se ha ido y tu trabajo se ha terminado — sugirió—, a lo mejor podrías salir a comer conmigo.

Tenía trabajo, pero sabía cómo organizarme. De repente me convertí en ese tipo de mujer que sale a comer con un hombre que acaba de conocer.

* * *

Dejé que eligiera el sitio. Gracias a Juno, no se dirigió al restaurante de mi tía, aunque pasó muy cerca.

Escogió un local con un patio interior, lejos de los ruidos de la calle y bien gestionado, que estaba agradablemente lleno de clientes distinguidos. Tomamos una comida ligera: pescado frito y ensalada, acompañados por agua. Hablamos y nos reímos. No movió ninguna ficha. Yo también me abstuve con valentía, aunque la tentación estaba allí. Una mujer tiene necesidades. Las mías no habían sido satisfechas desde hacía mucho tiempo. Demasiado tiempo. Me gustaba mucho y estaba lista para una aventura.

Después tuvo que volver a la oficina de los ediles. Fue un bonito detalle mostrarse apesadumbrado por tener que irse.

Tras quedarme sola, di un paseo hasta una antigua plaza llamada Armilustrio, donde estuve sentada durante un largo rato, pensando en la vida.

VIII

El Armilustrio era el nombre compartido de un festival y de un santuario. El sitio era un recinto murado, consagrado a Marte, el dios romano de la guerra. Aquí purificaban las armas, desde tiempos inmemorables, con un ritual que se celebraba en marzo y en octubre, al principio y al final de la temporada de lucha. Después de cada ceremonia, un desfile militar bajaba hasta el Circo Máximo: todo ruido y triunfalismo. A los romanos les encanta armar jaleo.

Como el recinto acogía los desfiles durante la ceremonia primaveral y la otoñal, lo mantenían esencialmente despejado, aunque había un santuario en un extremo, un altar permanente de piedra en el centro y un par de bancos para la comodidad de las señoras mayores. Se suponía que en una de las esquinas se hallaba la antigua tumba de Tito Tacio, rey sabino que hacía miles de años había gobernado durante un tiempo junto con Rómulo. Siendo extranjero, había sido enterrado en lo que entonces era el monte de los forasteros. Un roble proporcionaba sombra a su lugar de descanso eterno. Debió de ser replantado. Ni siquiera los robles aguantan tanto tiempo.

En el lapso entre los dos festivales, el Armilustrio solía quedar desierto. Me gustaba entrar en el recinto y quedarme sentada aquí. Era mejor que un parque público, ya que no había que aguantar la molestia constante de amantes y estudiantes desbocados o a mendigos y gente loca que fingía haberse perdido para entablar conversación con desconocidos. Casi no había basura por allí, porque el populacho nunca paseaba con comida en las manos, y tampoco estaba presente ese olor molesto de perro viejo y sucio que tiende a invadir incluso los jardines más formales, si está permitido que corran mascotas.

No me malinterpretéis. Los perros me gustan. Durante un período terrible de mi vida estuve viviendo en la calle de la ciudad donde nací, rebuscando en la basura junto con los perros salvajes. Eran más amables conmigo que la mayoría de los humanos. Me hice tan salvaje como ellos. Era probable que aún lo fuera en lo más profundo de mi corazón. Si me paraba a reflexionar con tranquilidad sobre mis orígenes y mi carácter, el miedo a tener una naturaleza no romana me turbaba. Desde luego, a los demás los asustaba. Sobre todo a los hombres. Pero inquietar a los hombres me importaba muy poco.

En teoría, una matrona romana tenía que ser dócil, pero me había dado cuenta de que pocas lo eran. Tenía la impresión de que los hombres romanos habían ideado ese régimen preceptivo para sus mujeres precisamente porque ellas tenían el poder real en la casa. Les hacíamos creer que mandaban. Pero en muchos hogares no era así.

El Armilustrio me gustaba, porque tenía un olor, una fragancia de almizcle proveniente de cada matorral, una penetrante esencia de vida salvaje que echaba para atrás a mucha gente: los zorros frecuentaban la zona. A menudo, al quedarme quieta y

en silencio, los veía. Como nunca había criado patos o gallinas, para mí eran como un tipo de perro más salvaje e intrigante.

En aquel tiempo, los zorros del Aventino me causaban ansiedad. Estábamos en abril. A mitad del mes llegaría uno de los numerosos festivales que llenan el calendario romano, las Cerealias, dedicadas a la diosa Ceres. Al igual que el Armilustrio, éste también consistía en varios días de eventos públicos en el Circo, pero con un atractivo adicional que yo encontraba abominable. La primera noche, hacían bajar por la colina a zorros vivos con antorchas encendidas atadas a sus colas. Los celebrantes los conducían con alaridos hasta dentro del Circo, donde agonizaban.

Algunos años me marchaba. Mi familia tenía una villa en la costa.

Aquel año había una gran subasta en la que participaba padre, así que los demás no iban a ir a la playa hasta más tarde y querían que yo también me quedara en Roma. Desde que enviudé, daban por supuesto que estaría con ellos en esa época del año. Nuestra familia tenía casi tantos días rituales cuantos festivales celebraba la ciudad, y los idus de abril eran para mí un compromiso obligatorio. Por un acuerdo tácito, lo habían convertido en una condición para permitirme ser independiente el resto del tiempo. El decimotercer día de abril, durante las Cerealias, era mi cumpleaños. En los idus tenía que estar con ellos.

* * *

Dejémonos de tonterías.

En realidad, nadie sabe cuándo nací ni quiénes eran mis padres. Nadie lo sabrá jamás. Ser una informante, en una familia de investigadores, no cambiaba nada. Nunca podría descubrirlo. Incluso yo había aceptado hacía años que intentar averiguarlo sería una pérdida de tiempo. Nunca volvería a Britania. No había nada para mí allí. Ni siquiera la verdad.

Me encontraron siendo un bebé, llorando en las calles de Londinium, ese destartado barrio de chabolas en el extremo brumoso del mundo. Me habían abandonado —o tal vez escondido para protegerme— cuando las tribus de Boudica habían atacado y quemado el asentamiento romano. En los tiempos de Nerón, en Britania había pocos oficiales importantes. Era una provincia nueva al final del Imperio, así que era poco probable que fuera la hija lactante de un oficial, ya que en caso contrario mi desaparición se habría notado. Había soldados, pero ellos no podían tener familia y, en una provincia fronteriza rebelde, esa norma se solía hacer cumplir. Lo más probable es que fuera la hija de un comerciante, lo cual significaba que podía ser de cualquier nacionalidad, o mitad y mitad, y que mi madre fuera posiblemente británica, aunque la hipótesis de que no lo fuera era igualmente plausible.

Los bebés huérfanos arrancados al horror suelen ser considerados milagros. Traen esperanza en tiempos de caos y dolor. La gente me adoptó. Mi infancia transcurrió entre tenderos. Esas personas descuidadas e incultas, emigrantes de la Europa

continental, fueron amables conmigo, hasta que cuidar de una hija adicional y darle de comer se convirtió en una carga. Empecé a intuir que tenían intención de venderme como esclava, así que huí. Era una niña de la calle flaca, amargada y rechazada, que dormía en pórticos fríos y que había recibido tanto golpes como insultos.

Al final, gente más compasiva me vio y me salvó. Mis nuevos, cultos, aventureros, cariñosos y excéntricos padres no rechazaron, ciertamente, el desafío. Para entonces yo era salvaje, estaba llena de bichos y, aunque después nunca tocamos el tema, había sido el objetivo del dueño de un burdel que me había violado. También era agresiva y estaba enfadada, estados de ánimo de los que nunca me libré de verdad. Pero también ansiaba sobrevivir. Reconocí la oportunidad. No era estúpida y la aproveché.

Vine a Roma. Me habían conseguido un certificado de ciudadanía romana. Acepté que me adoptaran de manera formal, pues mis salvadores tenían principios y me dejaron elegir. Los cumpleaños son importantes en las familias romanas. Me animaron a escoger una fecha que pudiera ser mía. Ya que la rebelión de Boudica había tenido lugar en otoño y hasta entonces yo había sobrevivido sin una madre, la primavera fue considerada una temporada aceptable para mi nacimiento. El cumpleaños de padre era en marzo, así que elegí una fecha tres semanas más tarde para que tuviéramos tiempo de recuperarnos de una fiesta familiar y preparar la siguiente. Me decanté por los idus de abril antes de saber nada sobre los zorros.

* * *

Venían del campo siguiendo las grandes carreteras y al atardecer avanzaban con sigilo a través de las cunetas de la Vía Latina, la Vía Apia y allí, la Vía Ostiensis. Venían a saquear los cúmulos de basura y detritos en los desagües. Conocían los lugares de la ciudad donde había jaulas con aves de corral, preparadas para las carnicerías o los puestos del mercado: patos, gallinas, faisanes, ocas, incluso especies exóticas esporádicas, como pavos reales o flamencos. Comían ratones. En ocasiones, cogían cachorros, gatitos o palomas domésticas, y sin duda se llevaban también cadáveres de mascotas muertas, ratas y pichones. A veces extraían una lujosa lamprea del estanque de algún jardín. Lamían pieles y raspas de pescado; rebuscaban entre los huesos de conejo; salían corriendo con carcasas de carne colgando de la boca; se escondían cerca de los puestos de carne, lamiendo la sangre en las calles; se llevaban restos de ofrendas religiosas de los altares al aire libre.

Tras una noche de búsqueda de alimento, probablemente volvían corriendo a sus guaridas en la Campaña, la llanura agrícola que rodea Roma. Otros se quedaban. Lo sabía, porque reconocía por lo menos a uno que venía con regularidad al Armilustrio. Lo había visto varias veces: conocía su tamaño y forma, y sus hábitos. El momento de la tarde cuando visitaba el recinto murado. Cómo se paraba, las orejas en alto, para

comprobar que no había peligro. Cómo se deslizaba en la sombra, casi imposible de ver, a menos que no tuvieras ojos profundamente acostumbrados a la oscuridad y capaces de detectar el más leve movimiento. Debió de construirse una madriguera en algún sitio. Lo llamaba Robigo. Es el nombre de la roya del trigo.

Algunas noches me escabullía hasta el Armilustrio con un cuenco de restos y se los daba. Sabía que yo llegaría. Si me quedaba el tiempo suficiente, podía verlo. Había aprendido a buscar sus orejas erguidas cuando se acurrucaba en la cima del muro del recinto, esperando y observando hasta que se sentía seguro. Entonces, bajaba deslizándose por el muro, la cola extendida, y se disolvía en la sombra. Tenía que esforzar los ojos para distinguir sus movimientos. Manteniéndose a ras del muro, se acercaba al cuenco con paso ordenado y constante indecisión. Olisqueaba, comía. Cogía la comida de manera sorprendentemente delicada. A su lado, los perros domésticos parecían sucios glotones.

Cualquier pequeño ruido lo devolvía en silencio a su escondite. Pero pronto reptaba otra vez fuera y se quedaba hasta que se acababa el cuenco entero.

Le gustaban los pasteles, con salsa de carne u otros caldos. Consideraba los granos secos un insulto. En muchas cosas su apetito se parecía al mío.

Una vez, un trozo de pescado que le había dejado debía de estar peligrosamente podrido. Robigo lo levantó con delicadeza y lo apoyó en el césped a un paso de distancia, antes de volver al cuenco y comerse el resto.

Nunca dio a entender que había advertido mi presencia. Yo sabía que estaba entrando en comunión con la Naturaleza, mientras ella se mantenía a distancia.

* * *

A lo mejor, era por el hecho de haberme casi quemado yo misma en la tormenta de fuego que destruyó Londinium que me enfurecía tanto por las antorchas y el terror al que los devotos de Ceres sometían a los zorros del Aventino. Los zorros se parecían a mí: reservados, implacables y autosuficientes. Inteligentes e indómitos, y aun así capaces de una gran lealtad. Criaturas solitarias que podían socializar con alegría, pero después volvían a aislarse.

Todos vivíamos en el vecindario ciudadano y, sin embargo, nos ocultábamos dentro en secreto. Nunca formábamos realmente parte de él.

IX

Los informantes tienen rituales ridículos. Uno de ellos es que si alguien relacionado con un caso muere, en especial si es tu cliente, tienes que ir a su funeral. Todos fingen que esta acción expresa nuestra amabilidad y nuestros buenos sentimientos. Unas niñeras diligentes nos educaron desde bebés para tener los modales más elegantes. No sólo empatizamos con los enlutados, sino que somos nosotros mismas almas en pena que comparten su dolor...

El motivo real es un mito —nada más, creedme—, el mito acerca de la posibilidad de ver al autor del crimen llorando junto a la pira funeraria. Algunas veces están allí de verdad, aunque sólo sea porque la mayoría de los asesinatos los cometen familiares de la víctima. Si es así, ya puedes darte por vencido. La persona a la que estás buscando tiene exactamente la misma nariz chata y el mismo mal aliento que el resto de sus parientes inocentes, y la misma estúpida expresión. Si le echan cara, nunca podrás encontrar y coger a los culpables.

El mito loco del funeral da por hecho que tu asesino es un idiota que se acercará a la escena, ansioso por comprobar el macabro resultado de su crimen, y que te desafiará a identificarlo. También implica que los informantes tienen poderes y pueden adivinar con exactitud, sin el empleo de hechizos o talismanes mágicos, a cuál de los desagradables dolientes le está matando el sentimiento de culpabilidad.

Jamás he conocido a un informante que haya conseguido esta proeza. Yo voy, pero nunca espero resultados.

* * *

Los funerales romanos consisten en dos eventos, separado más de una semana el uno del otro. De acuerdo con la tradición, los informantes sólo asisten al angustioso entierro al aire libre, no a la alegre fiesta que tiene lugar nueve días más tarde. Quien escribió nuestro reglamento debía de estar deprimido, aunque seamos sinceros: si hubieras tenido que esperar nueve días y disfrutar de la fiesta, cualquier villano ya se habría esmerado en hacer desaparecer las pruebas. Además, quien te hubiera podido pagar para investigar ya habría descubierto que había heredado un olivar y habría perdido el interés en crear problemas.

Supuestamente, el testamento se lee el día de la fiesta, pero quien estuviese interesado en la herencia ya habría despegado con una vela el sello del pergamino y habría echado un vistazo. Tú, el informante desafortunado, no habrías tenido ninguna oportunidad de percartarte de una reacción sospechosa. Si alguien hubiera querido echar espumajos de rabia por una herencia escandalosa, ya lo habría hecho unas noches antes, en la biblioteca, con las polillas como únicos testigos.

A lo mejor tampoco habría habido nada por lo que ofenderse. La mayoría de los

testamentos son confeccionados por abogados, y algunos de ellos hacen un muy buen trabajo aconsejando a sus clientes (sé que es doloroso oírlo). Además, las personas que están esperando la muerte tienen unas ganas locas de dejar un buen recuerdo, así que muchos testamentos adoptan un descarado tono conciliatorio. El esclavo que podría esperar salir de allí decepcionado por no haber obtenido la libertad de su amo repelente, en realidad habría sido liberado con una pensión casi decente y con el dinero suficiente para poder colgar una entrañable plaquita que elogiara la liberalidad de su señor. La esquelética hermana, con su miedo atormentado al abandono, habría obtenido la villa en Laurentum. La esposa malhumorada habría sido alabada como la mujer más digna. Los socios se habrían vuelto locos de alegría, porque por fin podrían echar la mano a la legendaria bodega...

* * *

Todos estos pensamientos pasaban por mi cabeza mientras le decíamos adiós a Salvidia. Fue la tarde siguiente, en la necrópolis de la carretera de Ostia. Los funerales romanos suponen una larga espera: a menos que no llegues tarde, explicando que los caminos desde Tarento son horribles, tienes que aguardar durante horas, desde la llegada del féretro hasta que el cuerpo esté lo bastante quemado para que algún triste doliente pueda recoger las cenizas. Es peor en invierno, pero, aun estando en abril, la leña de este funeral era verde y pegajosa. Los enterradores tienen trucos secretos para hacer que el fuego prenda con celeridad y, sin embargo, Salvidia parecía reacia a irse.

Metelo Nepote estaba allí, por supuesto, y tenía el papel de doliente principal. La mayoría de los asistentes resultaron ser empleados del hogar y de la empresa, más que amigos y vecinos. No me sorprendió que no tuviera un círculo social auténtico. Reconocí a la esposa del hijastro, más joven que él y embarazada de unos seis meses. Estaba en medio de un pequeño grupo de gente de una edad similar, probablemente amigos suyos que habían venido a apoyarla, más que personas que presentasen sus respetos a la muerta. Estuvieron hablando de forma idiota de sus casas e hijos, hasta que me marché.

Acabé al lado de una de esas viejecitas a las que les encanta ir a los funerales. Podía haber sido mi abuela. Una figura diminuta y frágil, envuelta en un traje negro, que seguramente había tenido que sacar una y otra vez su atuendo de luto del baúl y sabía cómo mantener un velo en su sitio, a pesar del día ventoso. Tenía un aire distraído y era dulce como una tarta de miel, pero sin duda poseía una lengua viperina cuando le hacía falta. Esperaba que fuera más útil que las jóvenes amas de casa.

—¡Nada como un buen funeral para sacarla de casa! —dije, entablando conversación. Parecía intrigada por mi actitud franca—. Soy Flavia Albia. Tenía relación de negocios con la difunta. ¿Usted conocía bien a Salvidia?

Había una posibilidad de que aquella joya no hubiese conocido a Salvidia para

nada y que se pasease por la necrópolis todos los días, pegándose a cualquier procesión. De esta manera podía regocijarse por haber sobrevivido al cadáver —da igual quién fuera— y, además, apuesto a que era una experta en colarse en las casas a por refrescos, junto con los pocos elegidos. A nadie le apetece nunca cuestionar a una señora mayor. Mi abuela consiguió mirar dentro de muchas casas con este procedimiento.

—Oh, la conocía desde hacía años. Es usted la investigadora, ¿verdad?

Eso me confirmó que sí habían tenido una relación previa, porque, si no, no habría podido saber a qué me dedicaba. Y como era de esperar, mostró un interés indiscreto.

—¿Vecina? —intenté adivinar.

Quería descubrir algo sobre ella antes de revelarle demasiada información. No coló. Ignoró mi pregunta con la típica sordera selectiva que aplican de buena gana las ancianas.

—Un hijo tan bueno. Me parece justo que se lo pidiera.

Dejé pasar la primera pregunta e hice otra prontamente.

—Entonces, ¿usted cree que pasó algo raro?

—¡Oh, no sabría decir!

Éste es un truco que les gusta utilizar. Ninguna de ellas es modesta de verdad. Frunció los labios para hacerme entender que tenía muchas cosas que decir, pero siguió fingiendo que era demasiado insignificante para comentarlas.

—A nadie le interesa mi opinión.

—A mí sí —la reté, con apariencia sincera—. No creo que vaya a ser capaz de hacer mucho más que tranquilizar a Metelo Nepote, pero haré todo lo posible. Estaría encantada de conocer el punto de vista de alguien con su sentido común.

La anciana dama me lanzó una mirada medio reprobatoria, sugiriendo que se daba cuenta de mi zalamería descarada, pero que con un ser sabio como ella no tenía ninguna posibilidad. Sonreí sin inmutarme.

Sabía que me estaba poniendo a prueba. Intentando decidir si el veredicto iba a ser una condena por frivolidad o el reconocimiento de mi experiencia y mis capacidades. Estaba claro que no le importaba que yo trabajara. Pertenecía a un escalafón lo bastante bajo de la sociedad como para aceptar que muchas mujeres tenían que ayudar a sus maridos a ganarse la vida en la tienda, horno o fragua familiar. Entendía que algunas no tenían un cabeza de familia y debían buscar su propia manera de evitar la prostitución y conseguir dinero para el alquiler y la comida. Supuse que me estaba poniendo en la misma categoría que las manicuras, las peluqueras, las mujeres que preparaban cremas de hierbas y medicinas tradicionales y las esclavas liberadas que eran lo suficientemente cultas para leer o escribir cartas y documentos a otras personas. Y sí, también la abortista del barrio.

Yo la categoricé como viuda, como es natural. Las mujeres, o mueren jóvenes por complicaciones de parto o aguantan decenios y sobreviven mucho más que sus maridos.

Los músicos del enterrador prorrumpieron en unos lamentos decididos, acompañados por sonidos de flauta, así que tuvimos que mantenernos en silencio por un momento.

Después, el momento se perdió. No conseguí sonsacar nada más a la anciana señora, ya que tuvo que marcharse pronto. Al irse, me animó con una palmadita en la mano.

—Querida, usted hace lo que puede por ella.

No cabía duda que pensaba que Salvidia se había ido antes de tiempo.

Mientras se marchaba, algún conocido comentó que no podía quedarse a causa de sus obligaciones en casa. Así que no vivía sola, como había supuesto, sino que tenía un pariente cercano del que tenía que cuidar. ¿Quién? No se sabía. Podía intentar adivinar: o un marido babeante, ya demasiado senil para reconocerla, o algún hijo vegetal que había sufrido daños durante el parto. Una carga diaria y una responsabilidad para las que el viejo cuerpo exhausto tenía que seguir estando vivo, porque sin ella estarían desamparados. Esta visión a medias de una vida dura me puso melancólica.

Sin nada que hacer, aparte de pensar durante más o menos otra hora más de fría ceremonia de cremación, acabé retomando mis reflexiones sobre sus evidentes sospechas acerca de la muerte de Salvidia.

Me acerqué al director de la funeraria. Ayer, al pedirle una opinión, su respuesta no había sido del todo satisfactoria, así que le volví a preguntar sobre ese comentario que había hecho cuando había venido a ver el cadáver.

—Usted dijo: «Hay mucho de eso por allí». ¿Se refería a que la gente se desplomaba sin ningún motivo? Debo admitir que se me quedó en la cabeza. ¿Le importaría explicarme qué es lo que le empujó a decir esa frase?

Era un tipo pomposo, con barriga prominente, que estaba acostumbrado a tratar con condescendencia a la gente enlutada. Para las nuevas viudas indefensas, aguantarlo debía de ser un verdadero calvario. Lo único que supo decirme fue que «tenía una vaga sensación». Seguía pensando que podría ser una simple coincidencia.

—¿Todas esas personas eran mujeres? —pregunté, animándolo.

—No, de todo había. Tal vez sólo unas cuantas muertes repentinas más de lo habitual. No he estado contándolas. No me pregunte por los nombres.

—¿Algún rumor? —pregunté.

Los ciudadanos pueden ser muy buenos sacando a relucir actividades ilegales.

El director de la funeraria me lanzó una mirada rápida. No parecía sentirse nervioso ni perseguido. No me desestimó como una criatura joven y estúpida. Por el

contrario, pareció reflexionar bastante sobre mi pregunta y contestó con sinceridad que no había ninguno. Si estaba intentando encubrir un escándalo, lo estaba haciendo bien. Tenía que creerle.

* * *

Más dudas iba a tener sobre Metelo Nepote. En un momento tranquilo, mientras esperaba para cumplir su deber de recoger las cenizas en una urna de cerámica, se acercó y me dio las gracias por ir. Aproveché la oportunidad para mencionarle que me había enterado de su visita al edil plebeyo. Me confirmó que había ido a comunicarle que pagaría la indemnización por la muerte del niño y para aclararle que la familia había quedado satisfecha con su ofrecimiento. No sacó el tema del cartel: parecía demasiado decente para pedir que lo quitaran o incluso para pensar en ello.

Nepote admitió haber comunicado al magistrado sus sospechas acerca de la muerte de su madrastra. Habían hablado de mi contratación. Deseé que a mi amigo, el archivista, se le hubiera ocurrido advertirme.

—Le hablé a Fausto de todos los detalles que usted había analizado con tanto detenimiento, Albia, y admití que no había encontrado ninguna prueba.

Nepote parecía preocupado de que pudiera estar molesta. Desde luego, si el caso hubiera estado vivo, me habría gustado que mi cliente me consultara antes de involucrar a las autoridades.

—El edil no es como los vigiles, pero en su posición sí tiene responsabilidad de ciertos aspectos del orden público. Me pareció justo comunicarle mis inquietudes.

Lo tranquilicé.

—Lo veo perfectamente razonable. No se lo habría impedido... Entonces, ¿qué piensa de él? Según mis contactos, Manlio Fausto parece, digamos, poco compasivo.

Nepote me miró de hito en hito por un momento, con cara de sorpresa.

—No, me pareció muy honrado. No es muy hablador, pero escucha. Una buena e inteligente elección para el cargo.

—Es algo raro.

—¡Exacto! —contestó Nepote. Parecía molesto, como si yo hubiera insultado a un amigo suyo.

No dejé que aquello alterara la imagen del edil que me había hecho con anterioridad gracias a Andrónico. Muchos hombres tratan de manera bastante diferente a la gente con la que tienen negocios que a los miembros de su familia. En este sentido, la manera de comportarse en casa suele reflejar su verdadero carácter. Manlio Fausto tiene que tener habilidades sociales. Le hicieron falta votos para ganar las elecciones para su cargo. En dos palabras, necesita tener mucha labia. Era muy plausible que hubiese sido muy amable con Nepote dos noches antes, pero que en general se comportase del modo más despreciable con sus esclavos y libertos.

—¿Y reaccionó a su intranquilidad acerca de la muerte de Salvidia?

Nepote tenía la mirada fija en las llamas chisporroteantes.

—No de forma expresa.

—¿He de suponer que no tiene intención de hacer nada al respecto?

Nepote hablaba de manera un poco distraída.

—No... Eso es: no hará nada.

Al igual que el enterrador, Nepote se expresaba con desenvoltura y aparente sinceridad. Pero su actuación no era tan buena. Era un quesero. No se pasaba la vida montando espectáculos de falsas emociones, como tiene que hacer cualquier director de funeraria. Nepote parecía tan sincero que, si hubiera visto un poco de moho en un trozo de queso, os lo habría enseñado y os habría aconsejado cortar esa parte antes de servirlo. Para mí era como un libro abierto: en su intento de evitarme, se cerraba. Fausto y él habían hablado de más cosas de las que estaba dispuesto a admitir. Estaba soslayando un tema que no quería discutir conmigo.

Estaba pasando algo. Algo que se ocultaba a la ciudadanía en general y a mí en particular.

X

Los escuadrones de la muerte estaban fuera esa tarde.

Cuando vine a Roma por primera vez, era emperador Vespasiano, duro pero amable. Mis padres lo conocían. También conocían a su hijo mayor, Tito, pero él sobrevivió a su padre sólo dos años, que además estuvieron marcados por la desastrosa erupción volcánica del monte Vesubio. Incluso en ese momento tan difícil, Roma estaba bien gobernada y prosperaba. Pero cuando Tito murió de modo inesperado, los rumores sobre la posibilidad de que su celoso hermano Domiciano lo hubiese envenenado nos indicaron qué tipo de gobierno nos esperaba. Ocho años más tarde, ya nos habíamos acostumbrado al miedo y a la desconfianza. La Guardia Pretoriana era enviada con regularidad en busca de esas personas que, por tener una mala opinión de su emperador, habían suscitado su ira.

Dejar de alabar al déspota gordinflón Domiciano era un error mortal. Mucha gente cometía esa equivocación sin darse cuenta, porque las cosas más insignificantes podían ofenderlo. Así que, al regresar cansada a la ciudad desde la necrópolis, no me extrañó vislumbrar un pequeño grupo de soldados al final de una calle oscura: no cabía duda de que tenían intenciones siniestras. A medida que recorrían el barrio, la gente desaparecía de la calle. Hasta un gato huyó aullando. Se había dado cuenta de que los soldados eran hombres despiadados que, en el caso de que se hubiese aventurado hasta ellos, lo habrían cogido por el rabo y le habrían aplastado los sesos.

La noche era ya oscura, sin luna ni estrellas, y, sin embargo, era casi demasiado pronto para la llegada de los guardias imperiales. Normalmente, les gustaba sorprender a sus víctimas, dando golpes ensordecedores y repentinos a la puerta mientras estaban durmiendo. Justo antes del amanecer, un portero somnoliento se podía encontrar cara a cara con hombres con miradas duras y espadas desenvainadas, que traían el castigo para un crimen que la víctima ni siquiera se había dado cuenta de haber cometido. Si los soldados se presentaban a esa hora, el riesgo de resistencia era menor. También era menos probable que los vecinos enfadados montaran una protesta pública. Los tiranos tienen terror a las revueltas populares. Con la luz pálida de la mañana, la noticia de una nueva muerte en las clases altas se difundiría por basílicas y emporios, aunque supresiones tan brutales de la humanidad nunca eran formalmente enumeradas en la *Gaceta*.

Esa noche los primeros avisos de su presencia provinieron de sus antorchas. Los guardias siempre llevaban muchas y muy buenas antorchas. Los asesinos entrenados necesitan amas grandes y duraderas; sólo el mejor alquitrán para los castigadores de Domiciano. Estos pesos pesados son tropas de primera categoría: no quieren salir a matar a algún senador insignificante si eso significa arriesgarse a que los ataque uno de esos maleantes de poca monta que van por ahí de noche. Sería demasiado,

demasiado vergonzoso volver arrastrándose al Campo Pretoriano y tener que admitir que habían sido asaltados y que un ladronzuelo de pacotilla les había sustraído sus medallas y dagas elegantes.

Estábamos acostumbrados a los escuadrones de ejecución. Era la peor parte, pero ya la habíamos aceptado. En Roma estaban creciendo niños que nunca habían conocido una existencia normal y segura. Ni siquiera los adultos que recordaban tiempos mejores cuestionaban las condiciones de vida actuales.

Para alguien como yo, que trabajaba entre embusteros y traidores, la nueva atmósfera de terror era un telón de fondo apropiado. Estoy hablando de la desagradable época de nuestras vidas cuando todos los críticos coincidían en que Domiciano se estaba volviendo más cruel. Creía que su mujer lo había traicionado con un actor; sus guerras en el extranjero habían sido ridiculizadas; acababa de sobrevivir a una rebelión en Alemania, liderada por un hombre en el que confiaba, y su amada sobrina Julia había muerto. La tomó con nosotros, sus desamparados súbditos. Probablemente se había dado cuenta de que, por mucho que deseara que lo idolatrasen, nadie lo quería. Cuanta más gente ejecutaba por mostrar su hostilidad y cuanto menos convincentes eran sus excusas, tanto menos amado sería nuestro desagradable tirano... Ni él ni nosotros podíamos evitar el ciclo de la miseria.

Las ejecuciones constantes habían afectado a la ciudadanía. La incertidumbre política conducía a la desesperación. La gente había perdido su moralidad, suponiendo que en algún momento hubiese tenido una. Un cínico diría que generó más trabajo para los informantes. Para empezar, el emperador seguramente utilizaba espías de todos los niveles sociales, que en esos días eran buenos, malos o por completo indiferentes al concepto vago de honestidad que habíamos tenido hace tiempo. Al igual que el emperador, que quería destruir a los enemigos personales que veía detrás de cada columna del palacio, los informantes podían encontrar un montón de personas normales preparadas para traicionar a otras. Buscar pelea con un vecino acerca de una disputa de límites o insultar a un tendero por vender puerros podridos eran ahora comportamientos peligrosos. Podías acabar en el juzgado, con algún informante convertido en fiscal sin escrúpulos acusándote de traición o de ese maravillosamente nebuloso concepto de «ateísmo», todo eso con declaraciones juradas para «probar» un crimen que de hecho nunca había ocurrido.

Yo nunca trabajaba para el Estado. Tenía familiares que lo habían hecho en el pasado, pero ahora era demasiado peligroso. No informaría de ninguna práctica dudosa, de alcoba o religiosa, para promover la campaña moral del emperador y hacer que pareciera bueno frente a los dioses. Ningún filósofo barbudo que dictara con atolondramiento clases sobre tiranos históricos me vería sentada en la última fila, garabateando notas que le pudieran condenar al exilio a una isla muy poco confortable. Ninguna mujer tonta que se gane la vida haciendo horóscopos debería

tener miedo de que la denuncie por profetizar la muerte de Domiciano.

Las videntes con capacidad de distinguir en el futuro cuchillos y envenenamientos podían sentirse tranquilas conmigo. Como todos, tendría demasiada curiosidad por saber con exactitud cuándo podríamos esperar un golpe de Estado decente con un asesinato bien organizado. Sabía lo que pensaba de Domiciano, pero me guardaba mis opiniones.

* * *

En teoría, no tenía motivo para tener miedo a los guardias, pero, aun así, al igual que todos, me mantenía fuera de su camino. No quería que un oficial malhumorado decidiera que cualquier mujer sola en la calle después del anochecer era una puta que podía violar o detener. Estaría a su merced. Decir que acabas de «venir de un funeral» suena a excusa barata. Así que me quedé en silencio, en la puerta oscura de una tienda, esperando que se marcharan.

Una vez más me deprimí mientras aguardaba. Me había afectado mucho que Nepote admitiera haber discutido sobre mi persona y mi trabajo con el magistrado. Eso podía crear un problema. Y el asunto de la muerte de Salvidia se estaba desgastando de manera inquietante. Podríais pensar que, comparada con los problemas que estaba a punto de tener esa noche algún valiente oponente del emperador al llegar los pretorianos a su casa, la muerte inexplicable de una mujer de mediana edad, que probablemente sufría del corazón, tenía poca importancia. Pero era obvio que ese magistrado, Manlio Fausto, el hombre en apariencia inteligente que había cautivado a Metelo Nepote, lo había aleccionado para que dejara de hablar conmigo..., el mismo Nepote con quien había disfrutado de una sincera relación laboral. Tenía la desagradable impresión de que él y el edil habían formado una alianza masculina de la que me estaban excluyendo con arrogancia.

En estas calles oscuras, llenas de amenazas que se rezagaban tras los pretorianos, empecé a imaginarme cualquier cosa. Tras su paso, la gente seguía en casa, con los postigos cerrados. No se oían ni música ni risas a mi alrededor. Todo se quedó inmóvil. En este inusual e incómodo silencio, la hipótesis de un insidioso encubrimiento de crímenes extraños empezó a parecerme casi aceptable.

Maldije de nuevo a Nepote, pero esta vez mi irritación tenía carácter práctico. Recordé que se me había olvidado pedirle que me pagara mis honorarios, como había prometido.

XI

Esa noche no tenía fuerzas para trabajar hasta reventar. Estaba demasiado cansada y había comido poco durante el día. De este modo era más fácil ignorar mis pensamientos intranquilos. No era la primera vez que tenía que dar por perdido un trabajo ya acabado. Los números rojos salpicaban mi libro de cuentas como si un escarabajo dañino hubiese entrado y hubiese dejado pequeños excrementos por todo el pergamino.

A la mañana siguiente dediqué mi tiempo a las cosas normales que una chica debe hacer. Recorrí el piso recogiendo la ropa sucia, la envolví con esmero y la llevé a lavar. La gente se cree que los informantes nos pasamos la vida yendo al juzgado a denunciar fraudes y maltratando a testigos tozudos, pero necesitamos sábanas y túnicas limpias. A los clientes les desagrada la mala higiene. Y, en cualquier caso, yo odio los picores.

A menudo desayunaba en un bar llamado El Astrónomo, pero los días que realizaba mis tareas me comía cualquier trocito de pan rancio que encontraba por casa. Me llevé uno cuando me fui a la lavandería. Masticaba despacio: era tan viejo y duro que casi me rompí un diente.

Cogí el bulto de ropa y me fui directa a los baños de Prisca, un refinado establecimiento sólo para mujeres, donde me dejaban entrar aunque estuviera cerrado. Se supone que ninguno de ellos abre por la mañana, pero yo era clienta habitual y podía utilizar tanto el gimnasio como la biblioteca a cualquier hora del día. Prisca misma me abrió, con uno de sus agradables saludos:

—¡Veo que tu peluquera está otra vez ociosa! Y, si no te importa que te lo diga, Flavia Albia, podría ser el momento oportuno para que empieces a utilizar una faja para el pecho.

¿Qué es lo que tienen los baños para hacer creer a la gente que tiene el derecho de insultar?

Sólo quería venderme una faja. No le pasaba nada a mi figura, cualquier hombre lo confirmaría. Era más baja de lo que habría podido ser con una mejor infancia, pero cuando mi pecho empezó a crecer los Didio ya me habían adoptado y tenía comida decente. Físicamente me desarrollé más tarde, pero lo suficiente. Parecía que seguía creciendo bien en mis veintitantos. Ahora, madura por completo, seguía estando en forma: todo estaba en su sitio, dijera lo que dijera Prisca.

Tiré mis cuadrantes al cuenco del dinero e hice un gesto que podría haber pasado por amistoso si Prisca hubiese sido totalmente miope. Después, con ella cacareando detrás de mí, irrumpí en los vestuarios, arrojé la ropa que llevaba, agarré una toalla y me dirigí a las instalaciones principales.

El circuito termal estaba a la derecha. Era una secuencia de sala de agua tibia, sala

de vapor y sala de agua fría con una bañera para sumergirse. A la izquierda, se abría un pequeño patio de columnas donde la gente podía relajarse con sensatez o hacer ejercicio hasta echar espuma por la boca. Un par de mujeres duras, vestidas con uniformes de combate, se paseaban por ahí, jadeantes, con pequeños escudos decorados y espadas de madera, montando un espectáculo.

No tengo nada en contra de las mujeres gladiadoras, pero si tales aspirantes tienen que elegir deportes de macho, espero que tengan el suficiente respeto por sí mismas para combatir con decencia. Éstas eran casos perdidos. Me negué a mirar con la boca abierta, porque imaginé que era lo que esas estúpidas mujeronas querían.

Prisca me había seguido.

—Debería quedar un poco de agua templada de anoche. ¿Por qué no vienes a horas más razonables? ¿Quieres que alguien te restriegue?

—Me apañaré.

Me disgustaba por las chicas que intentaban ganarse unas monedas de cobre ayudando con un estrígilo a las clientas que no podían quitarse solas el aceite de baño, pero Prisca me conocía desde hacía mucho y no entiendo por qué me lo preguntaba. Siempre llevaba mi estrígilo personal —uno de hueso, cómodo y bellamente curvado— y en ese momento estaba utilizando un pequeño frasco de aceite de almendras puro que me había regalado una de mis hermanas en las últimas Saturnales. Allí no me gastaba dinero en comida, pero Prisca sabía que no daba problemas y que, si se llevaba bien conmigo, seguiría pagando mi entrada. Era una buena mujer de negocios.

Estaba sentada conmigo en el borde de la sala de vapor. Cuando las cosas estaban tranquilas, le gustaba charlar. La aguantaba, porque era una buena fuente de cotilleos.

Era una mujer delgada, de mediana edad, siempre con túnicas de manga larga, permanentemente mojada y pegajosa, y con sandalias con suela de cuerda. Siempre la había visto con las mismas joyas: una cadena de oro con un tono verdoso y unos pesados pendientes de aro. A pesar de los múltiples intentos de descubrir sus orígenes, seguía sin tener ni la más remota idea de cómo había llegado a dirigir esos baños. No me sorprendería si descubriera que había saltado sobre algún propietario masculino —su marido o alguien sin parentesco—, manteniéndole la cabeza bajo el agua de la bañera hasta ahogarlo, y que luego había tomado el relevo con toda tranquilidad. Fue una decisión suya convertirlo en establecimiento sólo para mujeres. La mayoría de los baños tenían sesiones para ambos sexos, aunque en horarios diferentes.

Aunque Prisca se quedaba vestida, no tenía problemas con que me mirara mientras me bañaba. Veía tantos cuerpos desnudos que le daba igual. Mis hermanas se reían siempre de este sitio, porque decían que era un club para lesbianas. Tenían catorce y dieciséis años, así que la idea les parecía peligrosa y excitante. En realidad,

muchas de las otras clientas eran mujeres trabajadoras, algunas ni siquiera prostitutas, sino honestamente empleadas como bordadoras, parteras o desescamadoras independientes. Las madres de niños en edad escolar venían aquí para encontrar un poco de paz y tranquilidad. Viejecitas desgastadas murmuraban sobre sus frascos de aceite e intentaban utilizar la menor cantidad posible para ahorrar dinero. Cualquiera de ellas podría pertenecer a la hermandad griega, o coquetear con ella, aunque en los baños de Prisca no había una proporción mayor que en la sociedad normal, y tampoco eran más visibles.

—¿Quiénes son las dos fortachonas del jardín?

—Zoé y Cloe. Son inofensivas, aunque se creen que dan miedo. ¿En qué estás trabajando? ¿Algo interesante?

Prisca sabía lo que hacía. A veces me pasaba clientes.

—Nada especial. —Siempre era discreta—. Mi última clienta se me acaba de morir.

Se rio.

—¡Sí que sabes elegirlas!

—Por lo visto, hay gente que cae muerta antes de tiempo sin ningún motivo.

—¿De verdad?

Prisca no demostró ningún interés. Si había una crisis, estaba claro que las noticias no habían llegado al circuito termal. Tenía curiosidad, porque los baños son el lugar donde vienen al mundo la mayoría de los rumores.

* * *

Acabé mi rutina y Prisca me dejó. Me sequé, me puse una de las túnicas limpias que había recogido de la lavandería y me senté en el pórtico. Las fanfarronas con escudos y espadas se habían ido, así que estaba sola. Mejor. Me gustaban ciertas personas, pero, de lo contrario, era reservada por naturaleza. Podía oír a Prisca y a sus varias esclavas moverse de aquí para allá y hablar de vez en cuando, pero no me molestaban. No estaba pensando en mi trabajo, sólo me estaba relajando.

Si hubiese venido un poco más tarde, habría hecho una sesión con Serena, la mejor masajista del Aventino, que solía trabajar por la tarde cuando los baños estaban oficialmente abiertos. Pero peinarme el pelo en una zona soleada me sirvió para tranquilizarme casi tanto como un masaje. Los movimientos largos y pausados siempre me recordaban a los primeros meses tras ser traída a Roma para vivir con la familia Didio. Conocí con gran rapidez a todas mis familiares nuevas. Eran numerosas y aprendí a temer a las torpes. Cuando alguna de ellas venía de visita a nuestra casa, me cogía para trabajarme el pelo. La mayoría de las mujeres en Roma tienen una lendrera y son unas expertas en utilizarla.

Mi pelo es oscuro, lo que por desgracia no aporta ningún indicio sobre mi nacionalidad. Siempre me acordaré de la primera vez que Helena me lo lavó: su toque

firme pero cariñoso al pasar el agua caliente por mi delicado cuero cabelludo, mientras yo lloriqueaba y me retorció, y después el maravilloso y limpio perfume de romero cuando me lo enjuagaba y desenmarañaba todo. Podía haber dejado que una esclava se ocupara de mí, pero había decidido adoptarme, así que ella misma llevaba a cabo todas las desagradables tareas de limpiarme y suavizar mis hábitos salvajes. Mi deseo de tener una madre era tan desesperado que al principio apenas soportaba confiar en ella por el miedo a que nuestra nueva relación se acabara con brusquedad. Tardé años en darme cuenta de que la maternidad no le venía de manera natural: la veía como una obligación y habría preferido mucho más leer o pasar más tiempo con su marido.

Ahora nos quería. No, eso suena mal: siempre nos había dado amor, con mucho gusto y en abundancia, pero disfrutaba de nosotras más ahora que éramos mayores y podía tratarnos como a iguales.

No le había gustado nada que me fuera de casa para hacer mi propia vida como informante, ya que veía mi éxito como su fracaso. Pero ella también tenía un espíritu obstinado e independiente, y me lo había transmitido. Ahora sin duda estaba muy orgullosa de mí. A menudo le hacía visitas y le hablaba de mi trabajo.

Al pensar en ella, decidí comer con madre ese mediodía.

* * *

Las chicas estaban fuera con amigos, así que me quedé durante horas, sin hablar de nada, simplemente pasando el tiempo juntas. Justo cuando empezaba a pensar en que debería irme, aparecieron las chicas, muy excitadas. Después volvió padre de la casa de subastas, así que nos desplazamos todos a la azotea para la ceremonia de escuchar cómo le había ido el día. Muchos cuencos de aceitunas más tarde, decliné la invitación a cenar y me encaminé colina arriba hacia la plaza de la Fuente.

Estaba de buen humor. La mayor parte del día ya había pasado, pero ¿a quién le importaba? Es lo bueno de establecerte por tu cuenta. Puedes organizarte el tiempo y ésa es una excusa constante para no trabajar durante horas.

Mi humor mejoró aún más cuando apareció Rodan para decirme que Metelo Nepote había llamado mientras estaba fuera y había dejado algo para mí. Me había traído el dinero por el trabajo que había hecho para Salvidia, con un extra añadido por haberme contratado él mismo. Hasta me había obsequiado con muestras de sus quesos. ¡Qué hombre más educado! Los sentimientos benignos que tenía hacia él se reafirmaron de inmediato.

Era demasiado tarde para empezar a trabajar y, como no sabía cuánto tiempo se iba a quedar Nepote en Roma, ahora que el funeral ya había pasado, decidí acercarme a la calle del Laurel Menor para decirle que había recibido sus regalos sin contratiempos y para darle las gracias.

Cuando llegué, lo vi muy nervioso. Estaba a punto de irse a casa de una vecina

que había muerto justo después de asistir al funeral de su madrastra. Se llamaba Celendina. En su momento no se había presentado, pero deduje que era la anciana señora con la que había hablado en la necrópolis. Aquél ya era en sí mismo un buen motivo para acompañar a Nepote y presentar mis respetos, pero ambos sabíamos que iba más que nada por curiosidad profesional. Celendina había estado bien de salud el día anterior, un cuerpo autosuficiente que se había quedado durante horas mirando la pira funeraria, sin la más mínima queja. Aún podía representar en mi cabeza cómo se marchaba a su casa con paso tambaleante, pero a buen ritmo. Era mayor, pero, aun así, a Nepote y a mí nos sorprendió mucho descubrir que había muerto apenas unas horas después.

Nepote estaba muy turbado. No podía reprochárselo. Había un parecido sorprendente con lo que le había pasado a su madrastra. Ninguno de nosotros pensaba que fuera una coincidencia.

* * *

Celendina vivía justo al doblar la esquina. Durante el trayecto, intenté tranquilizar a Metelo Nepote, pero sin éxito.

Algún vecino benévolo había colocado un ciprés pequeño a cada lado de la puerta. La gente que vivía cerca estaba muy atenta a los visitantes, como hacen siempre cuando sucede algo raro y no quieren perderse lo siguiente. Muy pronto aparecieron varias personas dispuestas a proporcionarnos información.

Había pasado una noche y un día desde que la anciana había sido encontrada muerta. Su cadáver ya no estaba en la casa, porque se lo había llevado un enterrador asignado de oficio. De alguna manera, los vigiles se habían visto involucrados en la escena. Por lo que oímos, deduje que habían levantado el cadáver para examinarlo, por si se trataba de un delito. Pero lo ocurrido aquí parecía diferente a lo que le había pasado a Salvidia, por lo menos según la versión de los vecinos: una historia triste que emergía despacio, a medida que la gente empezaba a sentirse incómoda con ella.

Celendina había vivido con su hijo, así que las sospechas de los vigiles se habían centrado en él. Por lo que pude deducir, no había nacido bien: nos dijeron que sólo gente que lo conocía desde hacía mucho se podía comunicar con él. Nunca fue capaz de salir a la calle y se había convertido en un zoquete raro y pesado que se inquietaba si se quedaba solo demasiado tiempo. Por eso su madre había tenido que irse del funeral tan pronto. De vez en cuando algún vecino lo había cuidado por Celendina, pero parecía que nunca les había gustado el trabajo. Nadie tenía ganas ahora de ocuparse de él a jornada completa. Sin su madre, su futuro era incierto.

El hijo, Kylo, ya no estaba en la casa. Los vecinos nos contaron que sus gritos y chillidos habían atraído a la gente la noche anterior. Habían irrumpido en la vivienda y lo habían visto sacudiendo con violencia el cuerpo sin vida de su madre. Todos habían supuesto que había pasado algo malo entre ellos y que él la había matado. En

circunstancias como ésta, la gente se pone fácilmente en contra de un hombre con problemas mentales. Se había armado un revuelo. Habían llegado los vigiles. Ahora Kylo estaba detenido, acusado del asesinato de su madre.

Pero había una cosa muy extraña en todo esto: a pesar de que nadie entendía la mayoría de las cosas que Kylo decía, cuando lo encontraron repitió varias veces con mucha claridad «Flavia Albia». Mi nombre.

XII

Me aseguré de ir a ver a los vigiles antes de que vinieran a buscarme ellos.

Nuestra cohorte local era la Cuarta. Su cuartel general estaba en el Distrito Doce, por la Piscina Pública, al lado del Aqua Marcia. También tenían subcuarteles, uno de los cuales cubría el Distrito Trece, ahí, en el Aventino. Lo conocía bien. Había estado yendo a ese lugar desde que vivía en Roma, así que no me daba miedo.

Podías saber que te estabas acercando al cuartel por el gran número de bares sórdidos. El complejo tenía dos enormes verjas que conducían hasta un patio lleno de equipos para la extinción de incendios, la función principal de los vigiles. Su otro interés, el reservado al crimen, se había desarrollado porque, cuando las patrullas salían por la noche en busca de olor a humo, seguían topándose con maleantes y ladrones que a su vez hacían patrulla, pero en ese caso olfateando oportunidades para robar. Los vigiles habían empezado a detenerlos. El orden público se había convertido en una tarea adicional. Sería bonito pensar que eso hacía de Roma un lugar más seguro, pero sólo un bobo se lo creería.

El cuerpo estaba compuesto por exesclavos, voluntarios que servían durante seis duros años y después obtenían el privilegio de ser ciudadanos, si sobrevivían. Eran dirigidos por exmilitares, uno de los cuales, en la Cuarta Cohorte, había sido un tío mío. Ahora estaba oficialmente retirado, aunque siempre que conseguía eludir a mi tía se iba a dar vueltas por el puesto de guardia como un fantasma reprobador, con la excusa de un trabajo inacabado: había un malhechor en particular que no había conseguido capturar. Seguía obsesionado con él.

Al igual que pasaba en muchas organizaciones comunitarias, nunca se destinaba dinero suficiente para el mantenimiento de los vigiles. Tampoco tenían prestigio y por lo tanto ningún incentivo para destacar. Esto les daba a los hombres un aire alicaído y desaliñado. A menudo se les podía ver en algún callejón tranquilo, recostados en el coche de bomberos, fingiendo estar a la espera de una llamada, pero en realidad picoteando y ligando con fulanas. Tenían un tribuno arisco que se había instalado en el edificio principal, en el Distrito Doce, y Tito Morelo era ahora el encargado de las investigaciones en nuestro cuartel local. Un tipo muy común: sobrepeso, cabeza rapada, perezoso. No era tan sudoroso como algunos de los otros, pero en general todos apestaban.

—¡Flavia Albia! Espero que no haya venido a pedir favores.

Sabía quién era yo. Y con eso quiero decir, en los términos de los vigiles, que sabía quiénes eran mi padre y mi tío (buenos compañeros que habían colaborado en muchos casos en su momento, un momento que ya había pasado, pero no para ellos). Yo no contaría casi nada allí si no fuera por un afortunado hallazgo relativo a una vieja investigación: mi reputación se basaba en la vez que había denunciado a un

médico que drogaba a sus pacientes y luego se aprovechaba de ellas. Dos de las víctimas se habían juntado después y me habían pedido ayuda. Por desgracia, fue hace diez años y los hombres que se acordaban de ello se estaban acabando.

Los vigiles tienen poca memoria. A pesar de la creación de competencias locales y de un registro detallado de casos previos, en la práctica su interés sólo abarcaba las tareas de la semana. Y la mitad del tiempo ni siquiera estaban interesados en ellas.

Le dije a Morelo por qué había venido. Escupió. Los vigiles eran todos muy brutos.

—Sí, tenemos al muchacho aquí. Lo llamo muchacho, pero debe de tener más de treinta años y es como un enorme bebé. Es tan grande que para su madre seguramente fue muy difícil cuidar de él.

—Entonces, ¿cuál es el veredicto? —pregunté, intentando mostrar respeto por su opinión.

—Puede hacer pipí en un orinal. No tenemos que cambiarle el pañal.

—No sea pesado, Morelo. ¿Cuál es el veredicto sobre su madre?

—El más obvio. La mató.

—¿Es eso cierto?

—No, es lo conveniente —admitió Morelo—. Ya nos conoce, nos tomamos muy a pecho el bien público y queremos una buena ratio de casos resueltos.

Si hubiese sido más sofisticado, habría parecido una broma. Pero, dicho por él, era una curiosa mezcla de leve vergüenza por sus fracasos y de dejadez auténtica.

Le dije que me había llegado el rumor de muchas muertes misteriosas por ahí. Se encogió de hombros.

—Nadie nos lo había dicho, pero nunca nadie nos dice nada.

Pensé que había un buen motivo...

—Ahora hay un edil de por medio.

—¡Debería haberlo! —exclamó con desdén.

Sonreí para que viera que estaba de acuerdo.

—¿Podría ver a ese Kylo?

—En las celdas. Uno de mis chicos lo está vigilando. Es uno que también tiene una hija que nació tonta. Ya sabe, cabeza grande y ojos estrábitos. Según su padre, su pequeña necesita ayuda, pero tiene una personalidad maravillosa. Es vulnerable, aunque muy cariñosa.

—¿Y usted qué piensa?

—Creo que tiene razón —contestó Morelo de inmediato, lanzándome una mirada directa y franca—. La tiene.

—¿Una personalidad maravillosa?

—Es lo que he dicho.

—¿Y Kylo le parece diferente? ¿Cree que podría ser violento?

—Es rarito. —Morelo imitó al hijo de Celendina poniéndose el brazo a la altura del pecho, con la mano caída, y levantando una cadera—. Alguien así podría dar miedo en el barrio, sobre todo si es tan grande y fuerte. Pongamos que un grupo de vecinos oye jaleo, entra y la encuentra muerta, con su hijo gritando con fuerza y sujetando el cadáver. ¿Qué sucede? Para ellos sería instintivo pensar que ha sacudido a la anciana hasta matarla.

—¿Y...?

Morelo podría ser gordo y perezoso, pero tenía un cerebro cuando se molestaba en usarlo.

—También podría haber ido de manera diferente. ¿Y si a Kylo de verdad le entró pánico? ¿Y si la encontró muerta, se alteró, y luego sólo la sacudió lo más fuerte que pudo, en un intento desesperado de despertarla?

Le dije que eso me parecía sorprendentemente imparcial, a lo que Morelo contestó, sonrojándose, que no debía contárselo a nadie.

* * *

El prisionero estaba sentado en el suelo, en el segundo patio. El vigil le había permitido alimentar a las palomas. Físicamente no parecía más torpe que cualquier vendedor callejero o administrador del hogar, aunque el daño cerebral era bien visible en sus ojos vacíos y en su comportamiento. Morelo lo había imitado bien.

Kylo era alto, muy fuerte y taciturno en extremo. Tenía rizos sueltos, como un niño pequeño, pero en realidad pasaba de los treinta. No obstante, saltaba a la vista que no podía cuidar de sí mismo. Su madre debió de hacérselo todo: comida, ropa, higiene, entretenerlo, mantener bajo control su sexualidad. Se habría pasado la vida protegiéndolo de la ignorancia de la gente e intentando que lo aceptaran.

Le expliqué quién era. Parecía descortés hablar de Kylo en su presencia, pero en realidad no se daba cuenta de que estábamos allí. Los vigiles convenían en que, sin su madre, Kylo estaba perdido.

—Y él lo sabe.

Aunque parecía que Kylo no estaba escuchando, levantó la cabeza cuando mencionamos a su madre. Vi el miedo y la tristeza en sus ojos. Sí, lo sabía. La única persona que le había importado y que había cuidado de él se había ido. Estaba solo, nadie lo quería, estaba acabado.

Conseguí llamar su atención por un momento y le dije con claridad:

—Soy Albia.

No parecía importarle nada. Se lo repetí.

—Mi nombre es Flavia Albia. Me han dicho que me buscabas.

No hubo respuesta. Les expliqué a los vigiles que, al parecer, Kylo había dicho mi nombre a los vecinos. Si era cierto, ya había olvidado el motivo. Tal vez su madre, al volver, le había hablado del funeral de Salvidia y había mencionado haberme

conocido. A lo mejor, en los primeros terroríficos instantes tras la muerte de Celendina, se había agarrado a sus últimas palabras. Ahora no había manera de hacer que lo explicara. Lo había olvidado del todo.

Al tener el vigil una hija con minusvalía, aunque diferente a la de Kylo, pensé que podría darme algún consejo.

—No tiene pinta de asesino. Es sin más un gran zoquete desgarbado que parece muy feliz de alimentar a las palomas. ¿Crees que mató a su madre?

Con pesar en su voz, contestó:

—Creo que deberíamos proceder como si hubiera podido hacerlo.

—¿Habría sido un accidente?

—Imagino.

—¿De veras? ¿Se alteró por alguna cosita y de repente se lanzó contra ella? ¿Y Celendina no fue lo bastante fuerte o rápida para apartarse?

—Podría ser.

—Conocí a su madre en un funeral. Supongo que podría haber vuelto cansada y haberse distraído... O tal vez Kylo se enfadó porque lo había dejado solo en casa. Pero ahora parece tranquilo.

—Se quedará aquí unos días más antes de la acusación. Mi trabajo será observar lo que hace y evaluarlo.

Me invadió la tristeza.

—No hay testigos de lo que supuestamente hizo, ninguna prueba real. ¿A eso lo llamáis justicia?

—No —dijo el hombre con calma—. Los vecinos estaban tirando piedras contra la casa. Estaban a punto de hacerlo pedazos. Lo llamamos custodia preventiva.

* * *

Mientras me marchaba, Morelo salió de un cuarto de interrogatorios y me llamó.

—Su Eminencia quiere hablar con usted. Tengo órdenes de llevarla al Distrito Doce.

Se refería a Casio Escauro, el tribuno arisco. Escauro dirigía su cohorte de la misma manera que sus predecesores: el método era poner los pies sobre la mesa, en el cuartel general, por la Piscina Pública, y pensar en cómo quedarse con el presupuesto para su uso personal. Administraba aquel puesto apartado según la excelente tradición de dejarlo que se administrase solo.

Sabía que una entrevista seria de verdad implicaría que me atasen a un banco o a una silla y que me sometiesen a interminables preguntas gritadas, en un ambiente cargado de violencia. Era poco probable que usaran sus herramientas de metal calentado para causarme sufrimientos insoportables, aunque tampoco podía descartarlo. El objetivo era sacar una confesión a la fuerza. Cualquier confesión. No tenía por qué ser verídica. ¿Para qué buscar tres pies al gato?

—¿Qué quiere?

—Las proverbiales «pocas preguntas».

—¿Ayuda para vuestras investigaciones? ¿Tiene autorización para el paquete completo de torturas?

—Tiene que tener el permiso del prefecto para eso —admitió Morelo pensando que lo encontraría reconfortante—. He tenido la impresión de que su entrevista será del tipo básico: terribles amenazas y crueldad mental.

—¡Delicioso! Entonces, ¿cuándo viene a por mí? —pregunté en actitud pensativa.

—Cuando yo tenga tiempo —me dijo Morelo.

Su tono era serio y sugería que eso nunca sucedería. Esperaba que no quisiera una recompensa a cambio de «olvidar» hacerlo, sobre todo si eran favores sexuales. Quizá tuvo una actitud indulgente por respeto a mi padre y a mi tío. Esto podría haber influido en parte, pero el motivo real era que aborrecía a Escauro, el tribuno.

—Vale. No espere que me vaya con usted sin rechistar.

—No se preocupe, iré acompañado.

—¿Supongo que es inútil preguntar qué se supone que he hecho, Morelo?

Se rio.

Encorvé los hombros y me envolví irritada con la estola.

—¿Y sigue esperando que le crea cuando dice que no está sucediendo nada raro?

Morelo vaciló. Estaba claro que esa bestia fofa y perezosa odiaba a muerte al tribuno.

—Flavia Albia, supongo que si quisiera inquietar al viejo tomando la iniciativa, podría empezar a preguntar por ahí acerca de esas muertes misteriosas.

Estaba satisfecha. Lo despreciaba, pero en su interior aún quedaban vestigios de sus buenas capacidades como oficial. Podría hacer un trabajo decente si quería. Además, le molestaría mucho descubrir que su jefe le había estado ocultando cosas. Si Morelo de verdad descubría que en el Aventino estaban sucediendo cosas raras que el tribuno estaba evitando mencionar, entonces, gracias a su profundo odio por Casio Escauro, cabría la posibilidad de que viniera a informarme de los detalles.

XIII

—Bueno, Flavia Albia, ¡menudo historial estás ocultando!

Había una sola manera de compensar mi depresión: comiendo. Había ido a El Astrónomo, el bar de tapas que mi familia llevaba regentando desde hacía años, y allí me encontró el archivista de los ediles. Probablemente había sido Rodan quien había dicho a Andrónico dónde estaría, así que, mientras saludaba a mi nuevo amigo con una ligera palpitación del corazón, por una vez bendije al portero.

Andrónico se dejó caer en un banco frente a mí. Junilio, el joven camarero, vino a ver qué quería. Dado que era Junilio, se quedó en silencio, con una tableta encerada lista para apuntar los pedidos. Tenía un delantal. Había ladeado la cabeza. El motivo por el que estaba allí era obvio.

Al ver que Andrónico no decía nada, Junilio se alejó, tal vez pensando que el cliente necesitaba más tiempo. Noté que el archivista movió su riñonera desde la cadera a una posición más céntrica. De esta manera avisó oportunamente a Trinio, el carterista, dónde podía encontrarla, y así procurarse el dinero para la copita del día siguiente, tras acabar de tragarse su clarea.

—El camarero parece un poco ido...

—Sordo. —Aún afligida por lo de los vigiles, contesté de manera brusca.

—¡Vale! Sólo quería decir que todos los camareros pueden ser raros.

—Junilio es sordo, lo cual significa que creció mudo. Y si estás pensando en llevarme a algún cuchitril donde el personal parece normal, pero escupe en los platos y engaña con la cuenta, te informo que es mi primo.

El archivista abarcó la caupona con un gesto de la mano.

—¡Ah! ¿Un negocio familiar?

Podía leer sus pensamientos: le parecía un garito desaliñado. En El Astrónomo, hasta las telarañas tenían telarañas. A veces se mecían ligeramente, como si los espíritus de los viejos clientes clamaran reposo.

Andrónico parecía serio, era su manera de anunciar una broma.

—Supongo que, aunque no te hagan un descuento, te quitan las moscas del plato antes de servírtelo.

—Si se acuerdan. —Por fin me tranquilicé—. Nunca pidas la especialidad de la casa: significa que está especialmente quemada.

Le comuniqué a Junilio que Andrónico comería lo mismo que yo: el plato del día, garbanzos —siempre eran garbanzos— con guarnición de lechuga, un huevo duro troceado encima de la lechuga y un vaso de su vino «no exactamente falerno».

—¿Ves? Era fácil.

—Claro. Albia, entiendo. Sólo es sordo. Eso no lo hace estúpido.

Junilio, que podía leer los labios o por lo menos interpretar las emociones, nos

lanzó una mirada irritada y se marchó a la cocina. Era un chico guapo, de unos diecisiete años, con una personalidad tolerante. Teníamos un vínculo especial. Él también había sido adoptado por los Didio, después de que su discapacidad se hiciera evidente y de que sus padres naturales tiraran a su bebé sordo a un cubo de basura. Por lo menos escogieron uno bien conservado. Sobrevivió. Lo encontró mi padre. Mi tía, que no tenía hijos, se lo quedó. Necesitaba a alguien con quien embobarse, ya que su marido era un inútil.

Fue Junilio quien le dio el nombre de El Astrónomo a aquel sitio. Tenía razón en que no tenía sentido llamarlo Flora —su encarnación anterior—, ahora que ya nadie recordaba quién había sido Flora. Para hacerle publicidad, había comprado un enorme cuadro para la pared en el que salía un pez feo con los ojos encima de la cabeza y una boca grande. Pensé que se parecía un poco al tío Gayo, el padre de Junilio, aunque nunca lo dije.

—En realidad, es muy inteligente —afirmé, aún a la defensiva.

—Imagino que necesita serlo —replicó Andrónico con una voz tranquila y sensible.

Estaba volviendo a ganarse mi amistad con diligencia. No vi el motivo para ponérselo difícil.

Para justificar mi mal humor, le conté mis problemas con los cretinos del orden público.

—Una tontería de nada. Pero cuando quieren ostentar su poder, se hacen peligrosos...

Llegó su comida. Esperé mientras la observaba y la probaba. En El Astrónomo no eran ambiciosos, pero sabían cómo hacer un huevo duro.

—¡A ver! ¿Qué decías de mi «historial», Andrónico? ¿Alguien ha estado difundiendo rumores maliciosos?

Mientras se alejaba hacia la barra, Junilio ejecutó una danza estúpida, dirigida a mí: quería señalarme que Andrónico era de una calidad aún peor que mis amantes habituales. Andrónico lo captó por casualidad con el rabillo del ojo.

Y con su actitud más burlona comentó:

—¡Supongo que es inevitable que tu familia se mofe de todos los amiguitos con los que te ven!

—Las Saturnales serán divertidas —coincidí, sin poner en duda su definición de sí mismo—. Para entonces, mis hermanas, mis tías, la modista de madre y el mono mascota seguramente ya nos habrán visto juntos por ahí. Mi vida estará acabada.

—Lo superarás.

Andrónico dejó su cuchara, es probable que con alivio, cuando los garbanzos agrios llegaron a sus papilas gustativas: mi tía aún estaba usando un saco que debió de comprar el año de la erupción del Vesubio. Habló con una voz baja y más intensa.

—Según lo que he escuchado esta mañana, eres dura. Y tienes un carácter interesante... ¿No estás molesta por el hecho de que la gente hable de ti?

Le sonreí con dulzura.

—Siempre espero a saber con exactitud qué pintoresca anécdota —o qué mentira fantástica— se ha contado sobre mí.

Luchamos en silencio durante un momento, él aguantándose para provocarme, y después añadí murmurando:

—Y a quién se le ha contado.

Andrónico me miró asombrado, con los ojos como platos, las cejas levantadas y la frente arrugada.

—¡Suéltalo! —le ordené con severidad y, para echarle una mano, declaré—: He sabido que Metelo Nepote le dijo a Manlio Fausto que había contratado a una informante.

No quise averiguar por qué Andrónico no me había mencionado esa parte de la conversación. A lo mejor debería haberlo hecho, pero me interesaba más lo que había pasado aquella mañana.

—¿Eso tiene algo que ver con lo de mi «historial»?

Entonces Andrónico lo confesó todo.

—Albia, era sólo cuestión de tiempo que Fausto preguntara por tus antecedentes.

—Tenías razón. Es un bastardo entrometido.

—Es el procedimiento. Lo único que hizo fue controlar el registro de los vigiles.

—Y descubrió que no estaba allí.

—¡Ah! Sí, así fue.

Los vigiles tienen un listado de personajes que el gobierno decide tener bajo control. Son personas con trabajos humildes o seguidores de religiones extranjeras que promueven unos elevados principios morales que las autoridades consideran altamente peligrosos. En medio de un batiburrillo de prostitutas y astrólogos, estos registros incluyen también a los informantes.

—Debe de ser difícil estar en una lista como ésa —insinuó Andrónico.

—No tengo nada que objetar. Después de todo, es del todo cierto que los informantes realizamos rituales curiosos, especulamos sobre cuestiones éticas y (lo peor de todo) nos vendemos. Intentamos resolver rompecabezas, como los matemáticos. Nos sentamos en bares y filosofamos, aunque, gracias a los dioses, no es obligatorio para los informantes dejarse barba.

—¿Ni siquiera durante las operaciones encubiertas? —tanteó Andrónico con malicia.

La forma como lo dijo rayaba el flirteo. Muy agradable.

El nombre de mi padre estaba en la lista de los vigiles. A él le parecía divertido. Nunca habían venido a registrar nuestra casa esos días ni lo habían arrestado. Su

nombre, con toda probabilidad, tenía una anotación de «No molestar» al lado, para indicar que era muy amigo del viejo emperador Vespasiano. Mi nombre nunca se apuntó. Cuando había empezado a trabajar como informante, mi tío Lucio lo había solucionado declarando que lo único que hacía era escribir cartas de amor para los analfabetos, como era costumbre antiguamente.

A veces lo hacía. Cuando esas historias lacrimógenas eran demasiado banales, le pasaba los encargos al secretario egipcio de padre. A los clientes les gustaba. Su caligrafía era maravillosa.

—Supongo —curioseó Andrónico con cuidado— que conseguiste que te borrarán de los registros a cambio de una importante recompensa.

—No, mi tío vigil nunca me inscribió.

Silbó.

—¡Entonces, sí que tienes amigos bien situados!

Pregunté a Andrónico qué hizo el edil al descubrir que mi nombre no estaba en la lista. Debería haberlo imaginado: había subido de nivel y había acudido a Casio Escauro. A pesar de trabajar en dos ramas diferentes en el sector del orden público, Fausto seguramente se creía que, como magistrado, superaba en rango a un comandante de cohorte. Escauro no estaría de acuerdo, pero desde luego no cuestionaría la orden de comparecencia. Ahora sabía por qué esa mañana Morelo me había dicho que estaba metida en problemas con su tribuno.

Una cosa era cierta. Nada más llegar al puesto de guardia, tras la bronca monumental de Manlio Fausto, Escauro habría convocado a su secretario. Me había librado durante doce años, pero ahora definitivamente estaba en la maldita lista.

—En realidad —me aseguró Andrónico—, saliste bien parada de su discusión. Casio Escauro acudió a nuestro cuartel general muy nervioso, pues se esperaba un lío tremendo. Quería que Fausto hiciera la vista gorda con su omisión proporcionándole la mayor cantidad de información posible, para que pareciera que sí lo sabían todo sobre ti. Tras escuchar lo que tenía que decirle, Fausto se quedó impresionado.

—Ilumíname. ¿Qué se supone que he hecho?

Al tribuno le interesaba cantar mis alabanzas para poder justificar la omisión de mi nombre en la lista. Por lo visto era una viuda agradable, determinada e inteligente —y con las excelentes relaciones sociales arriba mencionadas—, que había echado una mano a los vigiles con un fraude médico muy difícil y delicado. Mi implicación había consistido en ponerme en peligro, actuando como cebo.

—En realidad —aclaré a Andrónico—, la única condición que mis padres me impusieron al empezar este trabajo fue que jamás actuara como señuelo. Pero siempre pasa algo. Una mujer que arriesga su vida con un criminal es una estúpida.

—Me alegro mucho de que seas tan sensata, Albia.

—Lo he hecho, por supuesto. Sólo que no los aviso antes.

Ni que decir tiene que ése es el motivo principal del fracaso de esta ridícula táctica. Nadie sabe dónde estás, así que ¿cómo pueden proporcionarte apoyo o venir corriendo a salvarte?

Andrónico se inclinó sobre la mesa. Abandonó su plato de comida. Ingería con rapidez y tal vez nunca percibía el sabor de la comida conscientemente: cuando tenía bastante, paraba, sin preocuparse de limpiar el plato.

—¡Ten cuidado, por favor! —me suplicó con el corazón en la mano.

—Aún estoy aquí. Por poco.

Lo veía demasiado cercano, como uno de la familia. Su preocupación por mi bienestar era demasiado intensa. No tenía intención de asustarlo hablándole de las veces que me había salvado por los pelos.

* * *

Hice que Andrónico me contara algo más de lo que se había dicho.

Casio Escauro me había descrito delante de Fausto como un espécimen exótico: se había explayado sobre mi llegada a Roma desde Britania, con todas las florituras sin sentido que eso suele conllevar. Gruñí.

—La isla remota y misteriosa, oculta tras la bruma, donde los habitantes pelirrojos, vestidos con pantalones, todos, con enormes torques de oro en el cuello, siempre están pintados de azul... Créeme, no hay nada romántico en la niebla si vives en ella.

—¿Son azules?

—¡Claro que no! Bueno, en ocasiones, pero hoy en día esos brutos grandes y pecosos quieren llevar togas, y ganan una fortuna estafando a todo el mundo con sospechosos negocios de importación y exportación. Si ir a las termas implica una vida fácil y cómoda, y si se puede tener la calefacción bajo el suelo, el típico emprendedor británico miembro de tribu va a por ello. ¿Para qué vivir en una tienda de campaña, cuando tienes a disposición un foro subvencionado por el Imperio? ¿Para qué cultivar la tierra, cuando el comercio internacional es pan comido? Abandonan corriendo sus campos y se matan por vender ostras de Rutupiae a Roma.

—¡Mientras las compramos entusiasmados! —Andrónico sonrió.

Estaba claro que había llegado a sus oídos que la delicadeza británica superaba a cualquier otra.

—Permitiendo así a los británicos beber hasta desmayarse en los bares de Londinium.

—Por cierto, tú, querida muchacha, puedes parecer una matroncita romana que tiene una rueca en una mano y las cuentas del hogar en la otra, pero tienes unos turbios antecedentes provinciales y podrías ser una druida.

Se me cayó el alma a los pies otra vez.

—¿Resuelvo yo mis casos agitando una ramita de muérdago sobre las pruebas?

Ridículo. Sí que dejé que la gente hiciera correr ese rumor hace años, pero, créeme, nunca lo empecé. En realidad, todos los druidas son viejos taimados. Barba sin peinar y secretos místicos. Nunca escriben nada, porque entonces la gente podría darse cuenta de que sólo son unos sucios embusteros. Y además, un abogado entendido me explicó que en Roma coquetear con la magia es un delito capital.

—Efectivamente, a Fausto le dijeron que conoces a algunos abogados entendidos.

Andrónico me estaba mirando con intensidad, pero en su mirada había tanta diversión que para mí era un deleite.

—Más tíos. Los consulto gratis cada vez que tenemos una reunión familiar.

—¡Qué cómodo! Los famosos Camilo, ¿no?

¡Oh, júbilo! ¡Sí que había indagado en detalle Casio Escauro!

—Letrados prometedores, y ambos en el Senado. Albia, te aseguro que esa noticia fue desconcertante para un edil plebeyo. Se cree muy superior y luego descubre que estás muy por encima de su estatus social.

—¡Fausto no te gusta nada, eh!

Le pregunté directamente qué le había hecho el edil. Ya que hoy estábamos intercambiando información personal de manera tan abierta, Andrónico me lo contó.

Manlio Fausto pertenecía a la nobleza plebeya, la típica que tenía un largo historial de enfrentamientos con el Senado, porque su riqueza los había hecho tan poderosos que se habían opuesto a que la aristocracia tradicional les mandara. Príncipes de la industria y del comercio. A medida que Roma se había convertido en un gran imperio internacional, ellos habían reconocido y explotado las oportunidades: la familia de Fausto había encargado, construido y arrendado almacenes. Con eso se habían hecho extremadamente ricos. Vivían con modestia en el Aventino, pero se decía que tenían baúles llenos de dinero y en realidad poseían un batallón de esclavos, todos caros, seleccionados por el tío del edil por su belleza y talento. Éstos habían sido, acicalados y educados con la misma atención al detalle con la que los Fausto cuidaban sus almacenes. Un liberto clerical con este historial podía considerarse a sí mismo como una mercancía deseable.

Así que, tras ser criado y entrenado en la casa del tío, cuando obtuvo su libertad —por fin había reconocido su estatus—, Andrónico había albergado la esperanza de que lo ascendiesen. Había anhelado el cargo de secretario personal de Manlio Fausto. Pero Fausto no compartía su opinión. No otorgaría a Andrónico ese tipo de acceso a sus papeles privados. Andrónico había considerado lógico que el sobrino pensara con gratitud en él como asistente y confidente. Pero Fausto no sólo lo había rechazado, sino que le había buscado un trabajo fuera de la casa, como archivista en el Templo de Ceres.

—Eso aún podía aguantarlo, pero después, este año, el cerdo va y se hace elegir como edil. Es obvio que el tío Tulio lo enchufó de la manera habitual, con grandes

tejemanejes. Así que ahora tengo que aguantar todos los días a su sobrino olvidado por los dioses, pero sin el trabajo que quería, que en un mundo justo habría sido mío por haberlo pedido.

—¡Pobrecito!

—Gracias. Mi desdicha es realmente injusta.

* * *

Junilio ya había perdido la esperanza de que ordenáramos algo que luego fuéramos a pagar. Como estábamos ocupando su mejor mesa, dejó delante de nosotros un par de bebidas gratis. Nos fulminó con la mirada. Lo ignoramos.

—Entonces —dije, mientras alzábamos los vasos—, mientras Fausto y el miserable tribuno estaban cotilleando, ¿qué posición astuta estabas ocupando tú?

—Estaban sentados fuera, en el patio. Me puse cerca de una puerta abierta, en una habitación al otro lado del pórtico. Casio Escauro tiene una voz explosiva, Fausto la tiene suave...

—¿Y tiende a escuchar?

—Creí que nunca lo habías visto.

Andrónico pareció ofenderse porque tenía otras fuentes de información aparte de él.

—Escuché por casualidad la descripción de alguien. A lo mejor debería conocerlo, ya que está tan interesado en mí.

—No. No tengas ningún trato con él.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de tan peligroso?

—Hazme caso. Simplemente no lo hagas.

Andrónico insistía tanto que fingí estar conforme. Por supuesto, sólo consiguió picar mi curiosidad.

* * *

Para despistarlo, redirigí la conversación a mis orígenes británicos. Le conté que había sido un bebé milagroso, salvado de las llamas que habían destrozado Londinium. Como archivista, Andrónico estaba fascinado.

—Así que, ¿no tienes un certificado de nacimiento?

—¡Esta es la menor de mis preocupaciones! En algún sitio debo de tenerlo. Es probable que se destruyera durante la Rebelión, aunque, si se hubiese salvado, sería inútil, porque nadie sabría que es mío.

—Así que, ¿eres británica de verdad?

—Tal vez no. Podría ser cualquier cosa. La mayoría de los esclavos saben más de sí mismos que yo.

—Debe de ser difícil. ¿Es esto algo que un edil podría usar contra ti, Albia?

—No. —Lo dije con voz impasible—. Soy ciudadana romana en toda regla.

Tengo un certificado correctamente expedido que lo demuestra. Como ciudadana, fui adoptada de manera formal. Tu hombre no podría tocarme, aunque quisiera. ¿Y por qué motivo iba a quererlo, Andrónico?

—Puede ser vengativo si está enfadado.

—¿Qué puedo haber hecho yo para ofenderlo?

—Estás fisgoneando.

—¿En qué? Si he tocado algo confidencial, lo único que tiene que hacer Manlio Fausto es decirlo. Soy una mujer razonable. ¿Ves? Por eso creo que a lo mejor debería ir a hablar con él.

—No querrá verte.

—Es la segunda vez que alguien me lo dice de manera tan tajante. ¿Por qué? ¿Ese ser pomposo se cree demasiado ocupado o... —me estaba acalorando— le aterrorizan las mujeres sin más?

Andrónico se paró a pensar. Después, como si una luz se hubiese filtrado de repente por el postigo, exclamó:

—¡Creo que lo has clavado, Albia!

XIV

Nos quedamos sentados en la caupona.

Los clientes se estaban dispersando. Junilio pasó el trapo por las mesas y después se sentó a mirar unos planos de construcción. Era un chico listo. Mi tía le había pagado ya varias clases particulares, cuando había conseguido encontrar un profesor comprensivo. Había estudiado geografía y, creo recordar, matemáticas. Destacaba mucho en geometría. La lucha libre lo había salvado de los abusones. Hacía poco que, tras la jubilación de su padre, la familia se había mudado a un piso más pequeño. Junilio se había apropiado de los planos para intentar evitar unas reformas tan espantosas como las que Junia y Gayo habían hecho en su anterior piso. Gayo Bebio era de esos hombres que no sabían decir qué extremo del clavo iba en la pared. No obstante, siempre estaba con la idea de crear un solárium sofisticado. Normalmente sus proyectos llegaban a su fin cuando se caía de la escalera y se hacía daño en la espalda.

Andrónico y yo hablábamos a ratos. No parecía tener necesidad de volver a la oficina de los ediles esa tarde. Le notaba una actitud rebelde: iba y venía cuando le daba la gana. Eso podría desagradar a un jefe quisquilloso.

Estaba soleado, pero aún no había llegado el calor. Abril suele ser uno de los meses más agradables en muchos países.

Me sentía resbalar hacia un estado de sueño que no sólo el vino causaba.

El resto del día pasó con calma. Al final, quedamos sólo Andrónico y yo, y Junilio. A mi querido primo no se le ocurrió desaparecer y dejarnos solos. A pesar de ser adoptado, poseía todos los rasgos más molestos que tenía nuestra familia. Era curioso cómo él había absorbido los aspectos negativos de los demás, mientras que yo había permanecido tan pacífica y discreta.

Cuando la gente empezó a dejarse caer al salir del trabajo, Junilio se levantó y empezó a cocinar trocitos de cerdo para hacerlos en brochetas.

Miré a Andrónico. Los platos de carne estaban prohibidos en los bares. Su jefe, el edil, podría multar a mi tía si esa infracción llegaba en algún momento a sus oídos. Andrónico sonrió. No era partidario de Fausto en su papel oficial. Junilio nos hizo una seña enérgica de que nos daría carne para llevar gratis, sólo con que liberásemos su mejor mesa. Solamente había dos mesas en el estrecho espacio interior: la mejor y la que quedaba de camino a la letrina. Durante el día, la mayoría de los clientes se apoyaban en la barra, pero por la noche las mesas eran más solicitadas. Los hombres que se pasaban a esas horas eran propensos a quedarse más tiempo: les gustaba jugar a los dados o a otros juegos de mesa. Si estaban sentados, la mesa que los separaba te proporcionaba un segundo más para intervenir en el caso de que empezaran a pelearse por culpa del juego y quisieran matarse.

Así que aceptamos una larga brocheta y, lo habéis adivinado, nos llevamos la carne a mi casa.

A medida que caminábamos, el nivel de excitación entre Andrónico y yo subía de manera considerable.

Le hice una visitilla a Rodan por si había mensajes. El bulto inútil no estaba.

Andrónico se precipitó hacia las escaleras y subió directo al despacho. De haber tardado un poco más, me lo habría llevado a mi piso privado. Cuando conseguí alcanzarlo, mi impaciente admirador ya había perdido su oportunidad. Pero eso no quería decir que la había perdido del todo. En esa etapa, los dos éramos muy felices juntos. En uno de los rellanos, Andrónico me atrajo hacia sí y nos besamos. Sus besos eran ligeros y agitados, comparados con los que a mí me gustaban, pero estaba claro que era sólo el preludio de un trabajo más serio que vendría después...

Arriba, en el despacho, evité el sillón y nos acomodamos uno al lado del otro en el sofá. Parecía el sitio más natural. Cuando Andrónico se relajó, apoyando el brazo en el respaldo del sofá, también pareció natural que más adelante éste se deslizara hasta mis hombros. Fingí no notarlo. Él fingió no darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Como cualquier persona que ha sufrido un hambre indeseada durante demasiado tiempo, devoré toda mi ración. Nunca desperdicio la comida. Como cualquier liberto de familia privilegiada, el archivista había sido mimado durante toda su vida. Con independencia de las miserias de la esclavitud y del patronato tras la emancipación formal, nunca había tenido que ganarse la vida. Roma estaba llena de gente como él, que sabía que siempre habría comida gratis en casa, así que nunca se paraba a pensar en el derroche. Cogió los suficientes trozos de carne como para mantenerse en marcha y después se concentró en otras cosas.

Primero, en deslizar el brazo. Luego, en acariciar mi nuca. Y, al final, en profundizar más. Tenía una mano subiendo por mi brazo izquierdo, con los dedos adentrándose en mi túnica, y la otra cogiéndome la barbilla para besarme. Aunque mi concentración estaba en otro sitio, yo buscaba a tientas los corchetes para echarle una mano. Estaba preparándose para acariciarme donde tenía una necesidad desesperada de ser acariciada...

Volví a tener esa sensación excitante, pero a la vez también un poco rara, de amoldarme a un amante recién estrenado. Te preguntas cómo será. Aún no estáis en sintonía perfecta. No estás del todo segura de vuestra afinidad. No quieres admitir tu propio interés desesperado, por si has malinterpretado el suyo y acabas pareciendo una tonta...

Claro que lo sabía. Andrónico era mi tipo de héroe: atractivo, divertido, guapo, más o menos de mi edad, de clase baja y deseoso de ascender. Me hacía reír, ¡cuánto había echado en falta eso! Parecía leal. Hablamos sobre mi trabajo, comimos y

disfrutamos del vino juntos, éramos claramente almas gemelas. No podía estar más enamorada de él. Mi familia, protectora en exceso, objetaría que no lo había conocido lo suficiente y me pediría que tuviera cuidado, pero esto sólo hacía la situación más turbadora.

Nos estábamos acercando al momento decisivo de entrega total y estábamos envueltos por completo el uno en el otro, pero no por eso descuidábamos lo que nos rodeaba. En ese mismo momento, ambos oímos unos pasos. Nos separamos e intentamos parecer despreocupados.

Normalmente oía a los visitantes. Los zapatos o las botas se notan si estás alerta y además, tras subir seis plantas, la mayoría llegaba sin aliento y dando traspies con ruido. Alguien que había conseguido evitarlo ahora estaba fuera, en el rellano. Esta persona se había acercado tan en silencio que sólo podía haberlo hecho a propósito. Había subido con sigilo y estaba justo al otro lado de mi puerta, manipulando la cerradura descaradamente.

XV

Reconocí al hombre que forzó la entrada. Lo había despreciado en nuestro primer encuentro, cuando me atropello en la oficina de los ediles. Ahora arremetí contra él con furia. Era el tipo llamado Tiberio que, se suponía, trabajaba como mensajero para los magistrados.

Era bajo y fornido, como mi abuelo plebeyo, no gordo, sino fuerte y con piernas musculosas. Sus hombros podían haber derribado mi puerta si no hubiese conseguido forzar la cerradura. Hoy llevaba una túnica del color de las gachas, de algún material áspero que debía de picar: no paraba de rascarse distraídamente, aunque no vi saltar pulgas. La sujetaba un ancho y tosco cinturón. La misma capa que tenía la última vez estaba doblada sobre uno de sus hombros: debía de ser su atuendo informal para interiores.

Si el tío del edil elegía a los esclavos por su belleza, seguro que mandó un mozo miope el día que adquirió a ese hombre por primera vez, asumiendo que en algún momento se le compró en un mercado de esclavos. Su cara sin afeitar le confería un aspecto clásico, de trabajador de las calles romanas. Podía ser un conductor o un cobrador de alquileres. En cualquier caso, algo más que un trabajador manual: un hombre que realizaba tareas que exigían ciertas competencias, con una confianza considerable de parte de quien lo empleaba. No había nada tímido en su manera de ser.

—¡Qué acogedor! —comentó con acritud.

Había comprendido lo nuestro, aunque Andrónico y yo estábamos quietos. Era la primera vez que lo oía hablar. Su acento era más refinado de lo que sugería su aspecto. Era probable que en aquel momento fuese un liberto, al igual que el archivista. Seguramente lo animaron a adaptar su dicción al hogar adinerado.

Lo fulminé con la mirada.

—La gente suele llamar a la puerta —dije con frialdad—. La gente suele pensar que sería conveniente dejar creer al dueño que tiene control sobre el derecho de admisión de los visitantes.

Tiberio me lanzó una mirada firme y medio divertida. Tenía ojos grises. Siempre me doy cuenta. Los míos son iguales. Los suyos eran de una tonalidad más fría. Los míos habían sido azules de pequeña.

La muchedumbre en Roma tiene ojos marrones, aunque hay bastante gente que los tiene azules o grises. Nerón tenía ojos azules. El gris no tiene importancia. Nunca fantasearía que este tipo podría estar emparentado conmigo. Aun así, me fijo.

—¡Usted es Flavia Albia!

No esperó una réplica mordaz. Mejor, porque estaba tan asombrada por la manera en la que había irrumpido en el despacho que mis ideas dejaron de fluir. Sin duda,

más tarde tendría un montón de pensamientos que compartir. El ingenio no sería halagüeño.

Se dirigió a Andrónico.

—Se te ha echado en falta, en el trabajo y en casa.

Andrónico no reaccionó. Tiberio volvió a mí.

—Necesito hablar con usted, no ahora. Es demasiado tarde y, con franqueza, inoportuno. Sólo la estoy avisando. Vendré mañana por la mañana. Quédese en casa por una vez, si lo consigue.

Deduje que había intentado encontrarme en anteriores ocasiones. Habló otra vez a Andrónico.

—Me voy a casa a cenar. Puedes venir conmigo.

No era exactamente una orden. Sin embargo, su manera de hablar no dejaba lugar a dudas. No era más que un mensajero, pero los recados a los que lo enviaban indicaban que su jefe confiaba en él. Era varios años mayor, aunque difícilmente de rango superior al de un archivista, y menos aún que uno que trabaja en un templo mayor. Como igual suyo, yo tenía una ligera esperanza de que Andrónico objetara. En su lugar, me lanzó una de sus miradas tristes y giró sobre sus pies, listo para marcharse con el otro hombre.

Intenté comprenderlo. Andrónico podría tener miedo de admitir que había algo entre nosotros. Sabía que no debía cuestionar las dinámicas de una casa desconocida, pero, si se iba de manera tan sumisa, me sentiría obligada a preguntarme si no me había equivocado. Si después de todo no éramos almas gemelas.

Se fueron juntos, en efecto. Oí el taconeo de sus pies abajo: hasta Tiberio hizo ruido esta vez. Según me pareció, no estaban hablando.

* * *

Estaba furiosa, mortificada, ardientemente decepcionada.

Hice lo que tienen que hacer las mujeres: ordené el despacho, llevé la brocheta de El Astrónomo abajo para lavarla y devolverla a la caupona al día siguiente, me retiré a mi piso malhumorada y me acosté sola.

Esa noche oí los terribles gritos casi humanos que sabía que provenían de los zorros. Era poco probable que alguien más se hubiera dado cuenta. La violencia y el miedo eran habituales en las horas nocturnas y pocos querían investigar.

Eso me recordó que pronto los oficiales del Templo de Ceres prepararían las trampas para capturar a los animales necesarios para su ritual espeluznante. Ese edil plebeyo, Manlio Fausto, iba a supervisar los Juegos, así que debía estar interesado en el ritual de las antorchas. Ese era otro motivo para sentir aversión hacia él.

XVI

Me desperté aturdida. A pesar de estar desanimada y amargada, estaba determinada a rebelarme contra el abominable Tiberio. Ningún factótum mal afeitado me obligaría a quedarme en casa para una reunión. Tampoco le perdonaría la interrupción de mi cita. Su mala intención era evidente, nos había separado a propósito.

Me quedé tumbada durante un rato, con el humor ácido de una mujer físicamente decepcionada. Di una vuelta por el piso, recordando como mi marido y yo habíamos hecho el amor juntos, con ese típico gozo enérgico de la juventud.

No había traído a ningún hombre aquí desde que lo había perdido. Éste había sido nuestro sitio. Después de ocho años, era ya casi mi sitio, donde podía hacer lo que quisiera. Aun así, sólo una historia de amor buena de verdad me haría romper el casto régimen que había impuesto a aquellas habitaciones tras la muerte de Léntulo.

Ahora estaba preparada para dejar entrar a otro hombre, lo sabía.

Habría sido, podía haber sido Andrónico anoche, aunque mi cabeza me decía que nuestra relación era demasiado reciente para abrirle mi casa. Estaba casi contenta de que se me hubiera adelantado subiendo hasta el despacho. Por otro lado, si nos hubiésemos ocultado aquí, en mi piso, Tiberio nunca nos habría encontrado... Andrónico era un hombre inteligente en extremo, pero, por lo visto, no se había dado cuenta de que arriba, en mi despacho, no había una cama auténtica. No podía no haberse preguntado dónde dormía. Cualquier informante lo habría notado.

Había tenido hombres en el pasado. No era una vestal. Bueno, hoy en día ni siquiera las vestales eran vírgenes. Si eran ciertos los rumores, todas esas mujeres severas que la gente veneraba tenían amantes. En cuanto a mí, tenía aventuras ocasionales con gente que me gustaba mucho. Ninguna había durado. A decir verdad, hasta ahora no había querido que durara ninguna. Había llevado a uno o dos de los menos atontados a alguna reunión familiar, pero no habían tenido éxito. Sus deficiencias salían a la luz muy pronto, porque Manlio Fausto no era la única persona en Roma que investigaba antecedentes: yo tenía a mi escudriñador personal, lo quisiera o no. En cuanto nuestro amoroso padre se olía cualquier tipo de interés masculino por una de sus hijas, preparaba de inmediato un expediente sobre su amigo sospechoso. Había trabajado de eso durante toda su vida, así que era increíblemente bueno en descubrir defectos.

Eso solía matar la pasión. La mayoría de los amantes pronto huían aterrorizados. A veces, al leer los contenidos de los expedientes, me entraban ganas de abandonar al amante de todos modos.

Estupendo.

Para frustrar al mensajero y la «cita» autoritaria que estaba convencido haber concertado conmigo, me precipité fuera de la cama pronto, recogí mis cosas y me fui a los baños de Prisca, con la intención de quedarme allí toda la mañana. Podía procurarme algo de desayuno del vendedor ambulante que circulaba con una bandeja de refrigerios. En los horarios oficiales de apertura tenía sabrosas salchichas calientes. Por la mañana lo único que podía ofrecer eran restos de la noche anterior, pero creo que a veces una salchicha añeja y fría, con la grasa solidificada, es un fin en sí misma.

Prisca me abrió y, como era habitual, se quejó porque me presentaba antes de la hora de comer. Le dije que cualquier persona con una vida amorosa sería propensa a hacer lo mismo. Hay que prevenir. Se ofreció a recomendarme un trepanador que perforaba cráneos —uno bueno que la mayoría de las veces conseguía no matar a la gente—, porque si quería tener una vida amorosa, necesitaba ocuparme antes de mi cerebro.

Pasé por las salas de limpieza a mi ritmo. Se dio el caso de que Serena estaba allí, así que dejé que me hiciera un masaje renovador. Algunos baños emplean masajistas enormes, montañas de grasa que dan potentes meneos. Serena era tan pequeña y delgada que parecía imposible que pudiera manipular a alguien con sus manos y, sin embargo, se subía a la plataforma donde acostaba a sus víctimas, se arrodillaba encima de ellas con todo su peso y hacía crujir los músculos tensos de maravilla. Me gustaba, porque nunca quería hablar. ¿Quién quiere cotilleos cuando lo están machacando con energía?

Lo único que quería hoy era tumbarme mientras ella hacía todo lo necesario y me dejaba soñar con el archivista —con sus ojos claros y su expresión atractiva— y con el que sabía que había sido su plan anoche: entregarme su cuerpo maravilloso...

Fue un sueño breve. Mientras yacía allí desnuda encima de la tabla, oímos una voz masculina discutiendo de manera irritada con el personal fuera, en la antesala. Estaba estupefacta. El mensajero de los ediles me había localizado y hasta estaba intentando entrar para hablar conmigo aquí. Eché a Serena una mirada alarmada. Era una joven perspicaz y, por lo tanto, consciente del pudor de las clientas. Para cuando el repugnante Tiberio consiguió abrirse camino a empujones hasta la sala de tratamientos, Serena había dejado caer una toalla a la altura de mi cintura, aunque, al ser los baños notoriamente tacaños, era una toallita pequeña.

Mis cosas privadas se quedaron privadas. Todo lo demás estaba limpio, untado de aceite, tonificado y a la vista. Tenía un buen panorama. Por lo menos eso lo incomodó. Se puso todo rojo y se fue para atrás, mientras me ordenaba de manera grosera que me vistiera y saliera a hablar con él. Serena se encargó sin ni siquiera consultarme y, con la mano apoyada en su pecho, lo empujó fuera de la habitación.

Me avisó desde el pasillo de que recogería mis cosas del vestuario.

—¡Deja esperar a ese bastardo repugnante! —rugí en voz alta.

* * *

Ya me había levantado de la tabla. Mi túnica y mis sandalias, como sabía muy bien Serena, estaban colgadas de un gancho de madera en la sala de masajes. Me deslicé en la túnica antes de arrastrar la tabla de tratamientos para un lado, junto con el caballete sobre el que estaba apoyada. Cuando estaba cerca de la pared, me subí corriendo encima y trepé en dirección de una ventana alta y cuadrada, sin cristales, que iluminaba la habitación. Podía alcanzarla, pero la apertura era muy pequeña. Eso había que planearlo antes.

Podía salir de la manera más obvia, sacando la cabeza primero, pero era la manera estúpida. El muro exterior del edificio era liso, con nada a lo que agarrarse, así que tendría que caerme al otro lado, de nuevo de cabeza, con lo que me rompería de modo inevitable ambos brazos y me abriría el cráneo al aterrizar. Un hombre podría intentarlo, con la esperanza tonta de salvarse, pero yo decidí bregar con el método práctico: me quedé dentro y salí con las piernas hacia delante, para poder pasar por encima del alféizar, agarrarme a él mientras giraba para apoyarme en el muro y quedarme colgando lo más cerca del suelo posible. Así podría aterrizar de manera más segura.

Lo hice. Estaba orgullosa de mí misma. La ventana era tan pequeña que la túnica, que creía que me iba a proteger, se arrugó mientras me abría paso hacia fuera. El marco de madera me raspó la piel como un rallador de queso. Mientras descendía, me obsequiaron con silbidos de admiración desde el patio, por donde andaban las dos mujeres que jugaban a ser gladiadoras. Las alertó el ruido de mis sandalias, que habían volado por la ventana. Si eran lesbianas, estaban disfrutando de lo lindo al verme emerger, desnuda de axilas para abajo y de espaldas. Me deslicé fuera y me bajé la túnica como pude. Tuvieron la amabilidad de cogerme y llegué al suelo sin demasiados manoseos indecentes.

Les di las gracias por la ayuda. Me estaban echando el ojo con descaros. Mientras me bajaba la ropa, pensé que se merecían esa emoción.

Zoé y Cloe se presentaron. Ya sabían quién era yo.

Me llevaron corriendo a una salida trasera que todas conocíamos. Forzaron la verja cerrada, apoyándose en ella —eran chicas fuertes y no escatimaban esfuerzos—, mientras yo daba saltitos, intentando atarme las sandalias.

Les di las gracias de nuevo. Salí disparada por el callejón. Vitorearon y volvieron dentro, en tanto cerraban la puerta a sus espaldas.

Mejor. Eso quiere decir que no vieron la decepcionante conclusión de mi huida temeraria: fui a chocar de bruces contra Morelo, de la Cuarta Cohorte. El cerdo gordinflón estaba apoyado en una esquina, masticándose el pulgar y esperando a que

me fuera corriendo de los baños de Prisca directamente a sus brazos, para poderme escoltar hasta la entrevista prometida con su tribuno.

—¡Flavia Albia! ¿Adónde va tan deprisa?

—¡Oh, suéltelo, Morelo! ¿Cómo me ha encontrado?

—Rodan me dijo dónde podía estar. —No sé por qué me molestaba en preguntar—. Ese imbécil desagradable de la oficina de los ediles se me había adelantado, pero supuse que usted conseguiría darle esquinazo. Así que aquí estoy. El palurdo aún la está esperando inútilmente allí delante, pero, querida, ahora es toda mía para un buen rato.

—Soldado, admiro su manera de razonar. —En realidad, estaba maldiciendo.

Morelo me preguntó si lo iba a acompañar de forma pacífica o si tenía que poner un collar a mi bonito cuello. Le garanticé que no sería necesario, así que podía olvidarse de cualquier situación erótica. Desechado el juego con cuerdas, la única formalidad requerida era pasar por la casa de alguna familiar madura que pudiera ir de acompañante. Dijo que no había tiempo para eso. ¡Sorpresa! Por lo menos evitó que dos mujeres sufrieran abusos durante la entrevista. No me gustaría que una viejecita presenciara eso.

Le pregunté entonces si iba a mandar a alguien a por mi padre, ya que era el cabeza de familia y tenía que hablar legalmente por mí. Morelo repuso que tomaba nota de mi petición, pero que no, no lo haría, y me preguntó si creía que era un estúpido. Otra sorpresa.

Hasta aquí era guasa, casi rutina. Pero supuse que lo que iba a pasar con el tribuno sería muy diferente.

XVII

El cuartel de la Cuarta Cohorte había sido colocado de modo estratégico al final del acueducto Aqua Marcia, de donde podían sacar agua. Una esquina del edificio lindaba con la calle de los Estanques Públicos —una amenidad que ya no existía—, mientras que la entrada del puesto estaba en la carretera que subía por el Aventino, atravesando la Puerta Ardeatina, y que en ese punto se llamaba Clivus Triarius. El cuartel era el habitual bloque imponente, con patios interiores de dos plantas donde los hombres de guardia vagaban «preparando equipos». Mostraron un interés poco habitual por una mujer sin acompañante. Me lo esperaba. Morelo sorteó la mayoría de los comentarios sugerentes. Yo me hice la sorda.

Los vigiles estaban desarmados en el sentido convencional. En cualquier caso, como eran exesclavos musculosos, equipados con hachas, garfios, cuerdas y otros elementos pesados, nunca había que meterse con ellos. Morelo me estaba ofreciendo protección teórica, pero preferí mantener la mirada baja. Me considero animosa, pero nunca me divierten este tipo de situaciones. Una vez atravesadas las verjas enormes, no había a donde huir. No podría decir que nadie nos oíría gritar, pero los gritos eran tan normales en ese lugar que nadie se sorprendería.

Al fondo, al final de los tres grandes patios, había un santuario y, a un lado, un escondrijo donde se refugiaba el tribuno de la cohorte cuando no estaba fuera comiendo. Morelo se había ofrecido a ser mi guardián en ese ambiente masculino. Me preguntó con delicadeza si quería que entrase conmigo.

—No, gracias. No interfiera con las técnicas de su querido tribuno, Morelo. ¡Es mucho más fácil para él darme un susto de muerte si estoy sola y atrapada entre hombres extraños!

Morelo, que nunca había soportado las torturas, parecía aliviado por no tener que presenciar el dolor y el terror, aunque afirmó que esperaría fuera sólo porque el tribuno tenía un despacho un poco pequeño. Prometió acompañarme a casa después y yo le contesté con crueldad que no diera por hecho que iba a poder caminar. Se estremeció. Respiré hondo. Llamó a la puerta. Entré.

Efectivamente, en el despacho poco amueblado había espacio suficiente para otros cuatro hombres aparte de Escauro. Intenté no preocuparme por el número de inquisidores. Nada más entrar en la habitación, me sentí desconcertada. Estaba mirando con fijeza una mesita que probablemente habían cogido prestada de una taberna, encima de la cual había varios cuencos pequeños rebosantes de olivas y pastelitos elaborados.

Conseguí no sonreír. Al darme cuenta de para qué iban a servir, entendí que Casio Escauro y sus brutos iban a utilizar métodos muy poco limpios. Sus tácticas intimidatorias venían en forma de picoteo.

Me sentaron en una silla plegable, la ceremonial con forma de tijera utilizada por los oficiales importantes, con un cojín —estaba lleno de bultos, pero me sorprendió tenerlo—, y luego me preguntaron con amabilidad si estaba cómoda. El tribuno debió de dejarme su propia silla. ¡Qué honor! Me pregunté si acabaría meándome encima por el miedo.

Antes de empezar, tuvimos una breve y extraña charla sobre el tiempo ese día. Hasta ese momento, el intento de intimidarme había funcionado, porque odio ese tipo de conversaciones triviales.

Los cinco hombres formaron un círculo, con Escauro justo frente a mí para poder dirigir las negociaciones. Estaban todos de pie. No me sentí amenazada, simplemente porque no había más asientos en el despacho y además parecían todos avergonzados.

Casio Escauro tenía una nariz grande, mechones de pelo gris y la satisfacción propia de un hombre que está agotando su tiempo a costa del Estado, en un trabajo sin salida. Había burlado el sistema. Debió de ser centurión en las legiones, pero eso no quería decir que fuera listo, sino simplemente astuto en las maniobras militares. Echado del ejército por motivos de «edad», se las había arreglado para venir a Roma, pero nunca llegaría más alto que los vigiles, a las más codiciadas cohortes urbanas o a los pretorianos. Era lamentable, porque en los vigiles probablemente podía hacer más daño a la ciudadanía en general.

—Así que usted es Flavia Albia, la hija de Falco. He oído hablar mucho de usted.

Decidí no animarlo de ninguna manera. Era obvio que estaba considerando si atreverse a preguntar: «¿Hay alguna posibilidad de que se saque las tetas?». Son todos iguales, hasta en su horrible vocabulario. Se contuvo sólo porque todos los demás habrían exigido su parte. Era demasiado agarrado para dejar que también sus hombres se metieran conmigo.

—¿Así que trabaja en el vecindario como informante? Es una profesión inusual para una mujer. ¿Qué investigaciones interesantes se trae entre manos ahora, Flavia?

Ninguna persona que me gusta me llama nunca Flavia. Lo dejé hacer, sin comentarios. Creía ser agradable, pero no se daba cuenta de que me estaba irritando.

—Oh, ya sabe, señor... —Nunca le diría en qué casos trabajaba en realidad—. Siempre me las apaño. Por ejemplo, me acerco a cualquier baño público y me ofrezco a pillar al mirón que no para de espiar a través de un agujero hecho en el vestuario de las mujeres. Siempre hay uno. Así echo una mano.

—¡Fascinante!

Sus vigiles tenían que arrestar a los mirones y él lo sabía. Alegaría como excusa la falta de personal, pero el motivo auténtico era el total desinterés en eliminar el problema. La mitad de sus hombres, en el caso de que se les presentara la ocasión, espiarían ellos mismos por el agujero a las mujeres que se cambiaban. Y apuesto a que él también.

—¿Podemos ofrecerle algo, Flavia? ¿Algo para beber, tal vez?

—No, gracias. No querrá perder tiempo mandando a un chico a por té de menta para todos los presentes... Es un lío aclararse con cuántos con miel y cuántos sin ella. Y además siempre hay algún tipo raro que lo quiere con borraja...

Decidido a ser un atento anfitrión, Escauro me indicó entusiasta los pasteles de almendras. No me moví. Soy más de salado. Escauro, que debía de tener la afición a los dulces típica de los hombres, hacía todo lo posible para no babear.

No podía resistirse a tanta abundancia esparcida por doquier, así que acercó con torpeza una de las bandejas. Retiró la mano como un niño que acaba de oír los pasos de su madre. Aguantó un poco más, pero al final extendió el brazo y empezó a masticar. Los demás hombres miraban impacientes mientras su jefe zampaba. Les regalé una sonrisa piadosa mientras me preguntaba cuál de ellos había sido enviado a comprar las golosinas con las moneditas de su hucha. Alguien le había endosado al chico de los recados unas cremas con aspecto muy rancio. Ya sabéis cómo, tras tres días en la fuente, se secan y la superficie se arruga.

—¡Qué raro...

Escauro estaba tragando demasiado rápidamente. Casi se atraganta con un pastelito y tuvo que parar para evitarlo. Tenía migajas por toda la boca. Los demás parecían preocupados. Estaban entrenados para reanimar personas tras una inhalación de humo, pero, a menos que fueran padres de niños pequeños, tenían poca experiencia con asfixias. Cuando el tribuno dejó de toser, prosiguió jadeante:

—... que alguien como usted nos visite!

—Me imagino —contesté seria—. Exitosa y admirada en el vecindario. Una chica bien educada, hija de équite y sobrina de senadores. —Normalmente nunca habría presionado de esta manera, pero me inspiró la conversación con Andrónico sobre lo impresionado que se había quedado el edil por mi estatus familiar. Escruté a Escauro con indulgencia—: En lugar de las habituales putas de detrás de la arena, pobres chicas, todas listas para abrir sus piernas peludas, para que sus tropas las dejen marchar sólo con un ojo negro y una gran multa.

Los cinco hombres parecían abochornados. Oí dos o tres respirar hondo. Eran nervios, más que remordimiento.

Lancé a Casio Escauro una mirada aún más larga y directa.

—Esto es muy divertido, pero ¿podemos ir al grano? Sé por qué me habéis traído aquí. Algunas personas que se consideran importantes han decidido que sea usted (pobre hombre) quien lleve a cabo la tarea de impedir que yo hiciera algo que estaba haciendo. Antes de todo, de usted se espera que desmienta que algo raro está pasando en Roma. Después, me pedirá que, por favor, deje de interesarme por este crimen hipotético que nadie admitirá que está sucediendo.

El tribuno había dejado de comer.

—Flavia, ¡usted es una mujer muy astuta!

Su tono había cambiado, no mucho, sólo un poco. Sentí un escalofrío bajar por mi espalda, dentro de la túnica. Escauro no era un idiota. Sabía cómo hacer un piropo con la justa cantidad de amenaza. Ambos sabíamos que había llegado a ese cargo gracias a la mezcla habitual de sobornos y brutalidad. Los oficiales vigiles eran a menudo de calidad ínfima, pero él ocupaba sin duda el escalón más bajo. Había reunido la fuerza suficiente para asustarme.

—Me enseñaron muy bien —dije simplemente.

Era un recordatorio del origen de mis conocimientos. Pero no tenía ninguna posibilidad de chantajear a ese hombre con mis vínculos familiares. Con Domiciano, tanto padre como mis tíos mantenían sus cabezas bajas. Mis padres se iban con regularidad fuera de Roma durante largos períodos. Era probable que Escauro lo supiera.

Llegamos al punto crucial de la entrevista. Escauro se retorció, mientras intentaba traducir a palabras algún concepto delicado.

—Suponga —empezó con cautela después de un rato—. Sólo suponga que ha habido uno o dos episodios similares.

—«Episodios». —Saboreé la palabra, como si me hubiera impresionado su vocabulario sutil—. ¿Quiere decir la extraña racha de personas muertas?

—No quiero decir eso, Flavia.

—Sé que no quiere, Casio, amigo mío. Por eso estoy ayudándole con las palabras. Yo puedo decir lo innombrable, porque no estoy atada por vuestro código oficial de confidencialidad, aunque quédese tranquilo, soy muy discreta.

El tribuno parecía tan aliviado como herido.

—Seré del todo honesto con usted, Flavia...

¡Lo dudaba!

—Pueden haber ocurrido uno o dos acontecimientos extraños que están creando preocupación. Mis hombres se están encargando de ello, trabajando a todas horas. Esperamos contener la situación muy pronto. Hasta que esto ocurra, no habrá declaraciones públicas. Este procedimiento es absolutamente normal —insistió.

—Absolutamente —coincidí.

El hecho de que fuera indulgente lo angustió. Podía intuir que no creía poder confiar en una joven que le daba la razón con tanta afabilidad. A lo mejor tuvo novias deshonestas que se aprovecharon de él, aunque no creo que hubieran sido muchas en general.

—Gente de alta condición que sabe cómo manejar estas cosas ha dicho que en esta etapa no deberíamos hacer nada que pudiera sacar la situación de quicio.

—Hasta que sepa a qué se está enfrentando —dije, como si fuéramos compañeros.

Se alegró, porque yo conocía la jerga estándar.

—Mi familia siempre ha colaborado con el gobierno. Casio Escauro, ¿por qué no me deja ayudarlo con mis investigaciones?

—¡A ver! ¡No puede involucrarse en esto, Flavia!

Al tribuno le entró pánico. Mi ofrecimiento poco sincero lo asustó. Le habían ordenado que se deshiciera de mí, pero ahí estaba, sonriendo y acercándose aún más.

—Tenemos que mantenerlo en plan profesional. Los poderosos de arriba no quieren rumores disparatados que puedan afectar la confianza de los ciudadanos.

—Yo nunca difundiría rumores.

—¡Ya lo sabemos! —exclamó Escauro.

Todos los demás caminaban y movían sus cabezas, deseosos de demostrarme que mi diplomacia y espíritu cívico eran famosos.

Suspiré.

—Tribuno, usted ha sido muy franco y, a la vez, tan discreto como sus jefes habrían esperado. Lo aprecio.

—¿Podemos confiar en usted?

—Por supuesto que pueden.

Incluso cedí y atrapé con delicadeza entre dos dedos una de las aceitunas olvidadas, quitándole el escabeche antes de comerla, para que no goteara encima de la no tan limpia mesita. Mientras lo hacía, uno de los hombres más valientes agarró un pastelito. Los demás estaban nerviosos, listos para abalanzarse sobre los tentempiés cuanto antes.

—Siempre —juró Escauro con seriedad—. Siempre que los vigiles puedan ayudarla con su trabajo, Flavia Albia, sólo tiene que venir y pedirlo. Tito Morelo... Conoce a Morelo, ¿no es así?

—Sí, sí, lo conozco. Un tipo maravilloso. Buen padre de familia, un oficial con una enorme experiencia.

—He dado instrucciones a Morelo para que la ayude con lo que pueda necesitar.

—Es bueno saberlo, Escauro.

Si quería creer que me había convencido, podía dejar que se hiciera ilusiones.

—Pero no con esto, ¿verdad? —Gorjeé alegremente, como si ahora fuéramos todos amigos que compartían la misma broma.

—¡No, con esto no! —suplicó el tribuno con cara preocupada, por si había fracasado en su intento de coaccionarme.

—Cuenta conmigo.

Sabía ser amable. También yo sabía contar mentiras.

Al levantarme, les di un apretón formal de manos a todos y me fugué. A mis espaldas oí los resuellos de unos hombres que, tras haber sido colocados en una situación con la que no estaban familiarizados y que los había puesto muy nerviosos,

por fin aliviaban su tensión abalanzándose sobre los pastelitos de almendra.

XVIII

Cuando salí al patio, lleno de sucios montones de esterillas de cuerda ahumadas, Morelo estaba hablando y riendo con algunos de los vigiles. Saltando de pilar en pilar, conseguí llegar de puntillas a un pórtico sin que él u otros hombres se dieran cuenta, y me encaminé sola hacia el otro lado del Aventino. Me pilló. Fue un error que le haría pagar.

—¡Santos hermafroditas, Morelo! Ese hombre para el que trabaja es un tarugo. Aun así, tengo el placer de informarle de que le ha elegido como mi enlace. Tenemos que compartir información y, para empezar bien, me dirá todo lo que necesito saber sobre estos asesinatos inexplicables.

—¿Escauro le ha dicho eso? —preguntó con prudencia el interrogador.

—Por supuesto. ¿No creerá que le estoy engañando con una cosa tan importante? ¿Y además justo cuando Escauro me ha transmitido la necesidad de hacer las cosas bien?

—Supongo... Tampoco me han dicho mucho.

Me dio pena y lo animé relatando los hechos iniciales:

—Empecemos desde el principio: parece haber una ola de muertes extrañas e inexplicables. Hay personas que llegan a casa de algún recado del todo normal en el barrio, se sienten raros, se acuestan y poco después los encuentran muertos. Sin explicación y sin marcas.

Morelo asintió. Proseguimos.

—Morelo, ¿son todas las víctimas mujeres y, en este caso, todas de mediana o avanzada edad?

—No lo sé. Sería peculiar. Normalmente solemos perseguir asesinos de chicas jóvenes. Lo hacen por... —Morelo vaciló con torpeza.

—Excitación sexual.

Fui brusca con él. El hombre era un investigador de los vigiles. Tenía que saber qué hacían los asesinos.

—Tristes bastardos que arrojan su semen sobre cadáveres que no pueden defenderse. O, si esos perversos de verdad consiguen poner en marcha sus pollas, sexo de verdad.

—Violación —coincidió, frunciendo el ceño—. Da igual si es antes o después de la muerte.

—Nadie violó a Salvidia y a Celendina. Por lo que sabemos, no intentaron ni llamar su atención. Ningún robo. De hecho, ni siquiera un asalto... Y si nadie se da cuenta de que ha habido un asesinato, el autor no podrá esperar emocionado que la noticia salga a la luz. No, Morelo, no creo que sea eso.

—Es un verdadero rompecabezas, Albia.

—A lo mejor le excita irse de rositas, sin más.

—Podría ser de los que disfrutan pensando que son tan listos que pueden tomar el pelo a las autoridades.

—¿Ninguna nota anónima que diga: «¡Os la he jugado de nuevo, idiotas!»?

—¡Oh, de ésas un montón! —Morelo sonrió—. Todas de Nonio diciendo que se lleva pañales de niñas pequeñas de los tenderos.

—¿Sólo sucede aquí? —pregunté en tono serio—. ¿En nuestro distrito? ¿O a una escala más amplia?

—Por toda Roma —admitió Morelo—. Si es verdad.

—¿Y qué averiguaciones se están haciendo?

—Difícil decirlo. ¿Por dónde podemos empezar? Todo parece tan aleatorio. No sólo es invisible el asesino, sino también los asesinatos. ¿Cómo podemos tener registros decentes si nadie nota nada para poderse quejar?

—¡Tiene razón, es muy desconsiderado de parte de los ciudadanos! ¿Alguien está tomando nota? ¿Cuáles son las cifras?

—Acaban de pedirme que me ponga con ello.

Parecía preocupado por las instrucciones y no se lo podía reprochar. Sería un trabajo tedioso y probablemente superfluo.

—¿Qué piensa hacer?

—Hablar con los directores de funeraria. —Me indicó una tableta que colgaba de su cinturón—. Escauro me ha entregado una gran lista negra.

—¡Oh! —exclamé.

Ojalá me hubiera dado vergüenza mi táctica cuando seguí hablando con voz inocente:

—Ésa debe de ser la lista que ha mencionado Casio Escauro cuando farfullaba algo sobre «cooperación». Pásemela un momento, así veo cuáles le tocan a usted.

Me la dio. El hombre era muy maleable. Su esposa seguramente se lo pasaba pipa. Apuesto a que posee más anillos de serpiente y más pendientes de tres perlas que cualquier otra mujer en el Aventino, y que cuando ella quiere que lleve a su madre malhumorada de reposo al campo, lo hace sin rechistar.

Había demasiados nombres y direcciones para memorizarlos, así que sugerí a Morelo que lo más fácil sería llevarme la tableta a casa, hacer una copia y devolverle el original. Habéis adivinado. El memo se lo tragó.

* * *

Ni siquiera me molesté en copiar la tableta, la usé tal cual. Pasé lo que quedaba del día visitando funerarias para poder hablar con los directores antes que los vigiles.

Para la hora de cena, mi ropa apestaba a mirra y a pastel funerario, pero aparte de eso había conseguido poco. Hablé con todos ellos, fingiendo que me habían contratado para echar una mano, porque los vigiles estaban desbordados y además

necesitaban encubrir las investigaciones utilizando a un paisano. Al presentarme como asesora secreta, cité a Casio Escauro sobre la necesidad de mantener la confianza pública: «Su idea es evitar el pánico y los disturbios».

Todos quieren evitarlo. Los directores de funeraria odian los comportamientos que interfieren con sus procesiones por las calles. Los únicos disturbios que les gustan son los que acaban con la llegada de las cohortes urbanas que, para tranquilizar los ánimos, pegan a la gente y lo hacen tan fuerte que producen montones de cadáveres. Este tipo de sublevaciones eran raras incluso en la Roma de Domiciano.

Los enterradores aseguraban que era imposible identificar con claridad quiénes eran víctimas del asesino arbitrario. En cualquier caso, todos coincidían en que había cada vez más rumores. Los trabajadores del sector creían en general que la gente estaba muriéndose por algún tipo de enfermedad imperceptible, la mayoría de las veces sin ni siquiera sospechar que algo raro había pasado. Algunos se preguntaban si no se trataba de delitos.

En Roma una enfermedad imperceptible significaba magia o veneno. Posiblemente ambos. Me negaba a creer en la magia, pero podría estar tratando con gente que sí lo hacía. Sabía que, según los vigiles, el veneno siempre estaba relacionado con las mujeres, pero nunca lo daba a entender a ninguna persona con la que estuviera hablando. Los investigadores masculinos acogerían con entusiasmo la idea, pero yo tenía mucho cuidado. No había ninguna prueba. Prefiero hacer deducciones basadas en hechos reales, no manipular los hechos para que encajen en alguna teoría forense. Sobre todo si los que habían elaborado la teoría eran unos paramilitares conservadores.

Al final encontré tan sólo dos casos parecidos. Uno era un muchacho y el otro la criada de una mujer rica. Conseguí las direcciones. Era demasiado tarde para presentarme y empezar a hacer preguntas, pero aun así decidí intentarlo con la mansión.

Un portero que pensaba que su trabajo le exigía ser grosero se negó a dejarme entrar. Lo acepté con calma, consciente de que la mejor táctica era presentarme de nuevo al día siguiente, cuando el personal hubiera cambiado. Si ahora insistía en liarla, ese cerdo intransigente mencionaría mi visita a su relevo, al acabar su turno. De lo contrario, si me echaba para atrás, tendría más posibilidades de encantar al esclavo de turno al día siguiente.

Me acerqué a devolverle la tableta a Morelo que, por cierto, estaba fuera de servicio. Respeto a mis «enlaces». Tuve la consideración de tomar nota de los enterradores que me habían ayudado.

* * *

Me fui a casa con la esperanza de que el archivista me hiciera otra vez una visita.

Rodan me dijo que no lo había visto. Deduje que Fausto, el magistrado aguafiestas, lo estaba vigilando de cerca.

Había comprado pan mientras iba a casa. Me preparé una cena sencilla con el queso que me había traído Metelo Nepote. Me gustó. Había dos tipos, y ambos eran picantes y nutritivos.

A medida que disminuía mi agotamiento, empecé a reflexionar. Sentada tranquilamente en mi casa, revisé lo que sabía y si valía la pena continuar. Ahora estaba segura de que había un asesino suelto que casi seguro tenía cómplices que cubrían un área amplia. Las noticias estaban siendo censuradas de las páginas de sucesos de la *Gaceta*. El edil y el tribuno se habían compinchado y habían decidido mantenerme al margen. Escauro había recibido el encargo de advertirme de manera educada: nada de amenazas abiertas ni violencia. De ahí las ridículas olivas y pastelitos. ¿Podía atribuirle esa cortesía al edil? No hizo que lo viera con buenos ojos.

¿Esos hombres de verdad creían que con un milhojas y una tacita de té de menta podían comprar mi obediencia? Eran ridículos. Lo único que habían conseguido era confirmarme que realmente estaba pasando algo extraño. Y el resultado inmediato fue animarme a saltar de cabeza a la investigación.

* * *

Ya que mi vida amorosa —todavía prometedor— se había detenido con brusquedad, me tapé con una estola oscura y me llevé comida para dejársela al zorro que llamaba Robigo. No lo vi ni a él ni a ninguno de sus compañeros cuando entré en el Armilustrio. Pero más tarde, esa misma noche, a medida que la ciudad se hacía más silenciosa, oí la llamada de un animal. El aullido provenía de algún sitio cerca del río. Esta vez no era un grito, sino un ladrido único, repetido varias veces. La mayoría de la gente lo habría confundido con un perro doméstico, pero yo lo notaba más ronco. Sabía que era uno de los zorros.

XIX

Al día siguiente me dediqué al otro posible caso.

Lupo había sido el hijo de un pescadero que trabajaba en un puesto atareado en la Puerta Trigémina, abajo, donde podías oír los barcos y oler el Tíber. Tenía quince años, en muy buena forma, un poco descarado, el mediano de cinco hermanos. Su trabajo era desbullar ostras. Según su padre, era cariñoso y popular, todos lo habían querido. Podría ser verdad. Ya que nadie estaba acusando a nadie, parecía razonable creer que el chico no había tenido enemigos.

El padre tampoco pensaba que Lupo hubiera tenido novias. Al ver como los ojos del padre seguían a cada mujer que pasaba cerca del puesto para ir a una fuente cercana, me pregunté si el supuestamente puro Lupo no había heredado esas tendencias lujuriosas, pero estaba preparada para aceptar que en su vida no había tenido ningún amorío que pudiera empujar a una chica resentida a tenerle manía.

El padre parecía un tipo taimado. Él y su ropa apestaban a pescado de manera irreparable. Era posible que Lupo tuviera el aspecto de un semidiós dorado, visto desde el final de un callejón por una chica optimista, pero supuse que el chico muerto había tenido que pasarlas canutas para atraer a alguien al que arrimarse. Probablemente había muerto virgen y el padre parecía el tipo que podría lamentarlo en nombre de su hijo.

No obstante, la gente puede sorprenderte. El padre había convencido de alguna manera a una mujer para que le pariera por lo menos cinco hijos. Los cuatro hermanos supervivientes que trabajaban en el puesto se parecían, como si tuvieran la misma madre. Decidí que esa pobre alma debía de ser una esclava a la que no se le permitía decir que no.

* * *

Sabía que había sido el padre quien había comentado el tema de la extraña muerte de Lupo con el enterrador. Le pregunté qué era lo que le había hecho sospechar de la muerte de su hijo.

Hasta entonces sólo el padre había contestado a mis preguntas, pero ahora los cuatro chicos dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron también. Supuse que el tema se había discutido largo y tendido en el seno familiar. Ahora estaban tranquilos: ninguno de ellos clamaba justicia de manera estridente, como habrían hecho algunos parientes enlutados. Enseguida me di cuenta de que no se esperaban que alguien se tomara el asunto en serio. Habían expuesto sus sospechas al enterrador, pero no habían denunciado ningún crimen a los vigiles. Era preocupante. Podía significar que había por ahí más familias desalentadas que no confiaban en las autoridades y que por eso se guardaban los casos para sí.

Mientras hablábamos, estuve observando a todos los miembros de la familia, por si alguno se comportaba de manera diferente a los demás y revelaba haber tenido un motivo para atacar a su hermano. No noté ningún comportamiento semejante.

El día que Lupo había muerto había sido como cualquier otro. Había estado sentado en su silla de madera, desbullando con la cabeza inclinada sobre el cubo. Había pegado un grito diciendo que algo lo había cortado. Sus hermanos me dijeron que era cierto, porque, al ser una familia muy unida, todos se habían precipitado para echar un vistazo: habían visto una gran mancha de sangre que brotaba de su nuca. Tenía una túnica con un amplio escote. Me la enseñaron. Ahora la llevaba su hermano menor, Tito. Había una marca oxidada en el forro que todos identificaron como una mancha de sangre. Parecía más sangre de la que brotaría normalmente tras una picadura de insecto, por ejemplo.

Mis jóvenes hermanas nunca se pondrían una túnica heredada de alguien que ha muerto, por no hablar de llevarla sucia durante las siguientes tres semanas, pero si tu piel, pelo, sandalias y todo lo demás que te rodea apesta a tu negocio, ser quisquilloso no tiene sentido. Yo misma iba a llevar durante días el olor a escamas en mis zapatos, sólo por cruzar la calle y llegar hasta allí.

—Entonces, ¿qué pasó después?

Lupo había continuado trabajando un rato. Se había quejado de que estaba mareado. Le habían dicho que se quedara descansando en la sombra. Al cerrar el puesto esa tarde y llamarlo, su familia lo había encontrado muerto.

Ésa era toda la historia, de verdad. Siempre comían todos juntos y la misma comida, y ninguno de ellos había estado enfermo. Me aseguraron que, si Lupo hubiese comido una ostra en mal estado, habría tenido síntomas bien distintos, lo cual no sucedió. Ninguno de ellos estaba al corriente de eventuales vínculos con Salvidia o Celendina. Ese día, cerca había estado pasando gente que habría podido tocar a Lupo, sentado en plena calle, en su silla al lado del puesto. En cualquier caso, nadie se había parado a hablar con él. El padre había estado atendiendo a un cliente, pero a un par de metros de distancia. Los demás no habían tenido motivos para notar o recordar a ninguna persona en particular.

Mientras revivían los hechos, el padre y los hijos parecían muy afligidos. Era la primera vez que se permitían ver todas las implicaciones del desasosiego indefinido que habían sentido en relación con lo ocurrido; la primera vez que alguien plasmaba directamente en palabras la posibilidad de que Lupo hubiera sido asesinado. Contestaban a cualquier pregunta que les hacía. Estaban abiertos y deseosos de obtener justicia para Lupo. Los dejé mirar mientras tomaba notas muy concentrada, con la esperanza de que se tranquilizaran ahora que sabían que alguien se interesaba por la muerte de su chico y que, en el caso de que fuera posible, se encontraría y capturaría al asesino.

Al marcharme, miré hacia atrás. Tito, el hermano de la túnica heredada, se había girado y estaba llorando en la parte trasera del puesto, mientras que uno de los otros lo estaba consolando. El padre se había quedado quieto, perdido, desamparado en su miseria. Otro hermano se mantenía ocupado tirando con furia piedrecitas al desagüe.

Me habían hablado poco de su dolor, pero sus poses y gestos me lo habían dicho todo. Habían pasado tres semanas desde su pérdida. Aún estaban abrumados por la infelicidad. Quien había matado a su muchacho les había roto los corazones a todos. Lupo, el desbullador de ostras, no sería olvidado con facilidad, más bien nunca.

* * *

El puesto de pescado estaba en la orilla, cerca de los almacenes de sal, de camino a la Puerta Trigémina. Al marcharme, habría podido dar un paseo hasta la casa de mis padres, pero estaba demasiado deprimida para relacionarme con gente. Acababa de ver a otra buena familia destrozada por el dolor. No me parecía justo disfrutar con la mía.

Subí la colina despacio por las empinadas Escaleras de Casio, mi recorrido habitual hasta casa. Volví al piso, pero me sentía inquieta, así que salí a pasear otra vez. Sabía adónde me dirigía. Llamé a Rodan, pero no sé si me oyó. Mis pies me llevaron a El Astrónomo. Era media mañana y no había clientes, y no habría por lo menos durante otra hora, cuando empezaría a llegar poco a poco la muchedumbre para comer. Decir «muchedumbre» era exagerar un poco la situación prevista. Tenían más o menos cuatro clientes diurnos habituales, de los cuales dos eran esporádicos y uno sólo podía ir si su hijo no estaba utilizando la pierna falsa ese día. Podéis pensar que estoy de broma si eso os hace sentir mejor.

Dije a Junilio que se tomara un respiro. Me quedaría allí, echándole un ojo al sitio. Tenían un camarero viejo, llamado Apolonio, que aparecería en algún momento, pero mientras tanto sabía como funcionaban las cosas. Necesitaba un lugar tranquilo para pensar.

Mi primo me puso un pequeño trago de vino en un vaso grande y una jarra enorme de agua. Me dijo que, si tenía hambre, me podía servir sola. Le hice seña de que prefería no vivir peligrosamente. Le di un beso en la mejilla y lo dejé salir a dar un paseo.

Antes de sentarme, eché una abundante cantidad de agua en mi copa y luego fui a por el bote de las hierbas para añadirle un poco de sabor. En El Astrónomo, cualquier sabor era preferible al del vino solo. Sentada en una mesa, me tomé un trago y luego me quedé allí, con la cabeza entre las manos, estudiando mis apuntes. El indicio que estaba buscando se negaba a manifestarse.

Lo que ocurrió después me enfureció. Alguien entró y se sentó frente a mí. Era el mensajero de los ediles, Tiberio.

Era un hombre musculoso, de movimientos discretos, sutilmente confiado. Había

reconocido su forma y su acercamiento por el rabillo del ojo. No me molesté en alzar la mirada.

—Está cerrado.

—No he venido a por un refresco. He venido a verla a usted. —Acercó su banco a la mesa.

Alcé la mirada y le fruncí el ceño. Cada aspecto de esta reunión me irritaba. Había irrumpido en mi momento tranquilo. Me perseguía todos los días; había interrumpido mi cita con Andrónico; su jefe había hecho que los vigiles me buscasen y había hecho intentos patéticos de embaucarme.

—No quiero verlo, Tiberio. ¿Es ése su nombre?

—Cállese y escuche.

—Piérdase.

El hombre había visto mi tableta de notas. Sin previo aviso, extendió el brazo y me la quitó. Estaba furiosa, pero no hice nada para recuperarla, confiando en que lo que había escrito no tendría ningún sentido para él. Siempre utilizaba la taquigrafía. En casos más delicados tomaba notas en clave.

Para ser un hombre de la calle, parecía extrañamente atento mientras leía.

—¡Impresionante!

Supuse que pretendía ser condescendiente. El hecho de que pudiera leer lo que había escrito —y lo había leído, tomándose su tiempo y sin saltarse nada— aumentó mi irritación.

—¿No le habían dicho que lo dejara?

Recuperé la tableta.

—¡Escuche! —Estaba seriamente enfadada—. No me diga que no hay ningún asesino silencioso. No me diga que nadie ha muerto en circunstancias extrañas. Lo hay, lo han hecho, y seguiré investigándolo hasta que no descubra lo que ha estado pasando. Acabo de hablar con los miembros de una familia destrozada que necesita asistencia, la asistencia que las autoridades, incluido su sucio jefe, el edil, se negaron a dar a las víctimas, porque están demasiado ocupados fabricando una ridícula tapadera con la ayuda de pastelitos pasados.

En su cara hubo un cambio que, en un hombre mejor, habría expresado diversión por la hospitalidad de los vigiles. Pero él no hizo comentarios.

—¡A la mierda! —dije—. No hablaré con usted. Salga de aquí hasta que tenga piernas con las que caminar.

Tiberio se apoyó en el respaldo y, con las manos entrelazadas detrás de la nuca, se quedó observándome.

Luego dijo en un tono medido que no me impresionó:

—Supongamos que existe de verdad un asesino silencioso. Es probable que más de uno. Si es así, usted, Flavia Albia, tenía relación con al menos dos de las víctimas.

Estoy considerando la posibilidad de que sea uno de los autores.

* * *

No sé qué me pasó. Cuando el imbécil dijo eso, me levanté de un salto. Creo que tenía intención de marcharme del local hecha una furia. Él también se levantó. Su movimiento fue tranquilo, pero premeditado. Estaba claro que quería detenerme, aunque eso significara intervención física. Él era fuerte. Yo era delgada. Si forcejeáramos, sería una competición desigual.

—¡No lo voy a escuchar!

—Hará lo que le diga.

Al ir allí esta mañana, había traído de vuelta la brocheta de metal de mi cena fallida con Andrónico. La agarré. Mientras se levantaba, Tiberio se apoyó por un momento con una mano en la mesa para mover el banco y salir fuera. Estaba muy, muy enfadada. Levanté la brocheta y la clavé con todas mis fuerzas. Le atravesé la palma de la mano y la fijé a la mesa de madera.

XX

Cuando el mensajero intentó moverse, sintió un dolor lacerante y la sangre empezó a brotar. Entonces chilló. Pensé que, casi seguro, había evitado dañar los tendones, por pura suerte, pero la situación ahora se había complicado. Para comenzar, porque aún estaba clavado a la mesa. Si lo dejara, mi tía tendría algo que objetar.

Cambié mi disposición de ánimo.

—Quédese quieto —le ordené, con un tono compasivo—. No se preocupe. Le he metido en esto y ahora le voy a sacar.

Tiberio había tenido tiempo para reaccionar, estaba rojo de ira.

—No se acerque. Flavia Albia, váyase a por un médico, corra, traiga el que más cerca esté. De lo contrario, si se arrima, le morderé la espina dorsal para que se caiga y se muera junto a mí en este agujero.

Eso sería difícil. Vacilé como admirando su bravata y después exclamé:

—Ningún médico digno de confianza vendría a El Astrónomo. Y, desde luego, no le voy a llevar a un cirujano grapado a la mesa... ¡Oh, no! ¡Mire!

Cuando señalé un punto en la pared a sus espaldas, el instinto lo traicionó y se giró. Saqué la brocheta. Volvió a chillar por el dolor. Agarré una esponja que Junilio solía utilizar para limpiar derrames y la apreté fuerte contra uno de los lados de la herida.

Tiberio quitó su mano de un tirón y se puso la esponja en la herida externa, mientras yo cogía lo que parecía un trapo limpio para restañar la sangre de su mano. Lo agarré de la muñeca. Protestó de nuevo, pero apreté contra los dos agujeros de salida de la brocheta, con su mano atrapada entre las mías. No fue como el roce de dos amantes, creedme.

Se había quedado muy pálido. Le di un codazo para que se sentara en el banco. Ahora se estaba apretando las heridas solo.

—Siéntese. No se desmaye encima de mí. No me diga que no soporta ver sangre.

—No había necesidad de ser tan cruel. Tenía que hacerle la pregunta.

—Y se ha arriesgado a sufrir una mala reacción.

—Tengo la impresión de caerle mal, Albia.

Lo ignoré.

—Tiene que desinfectarse eso.

—¿Qué había en esa brocheta?

—Carne de cerdo. Maravillosamente adobada con miel y romero. No se preocupe, la había lavado. En cualquier caso, estaba del todo hecha: la especialidad de esta caupona son las comidas carbonizadas...

El mensajero se puso otra vez de pie. Tiró la esponja y el trapo, pero se arrepintió,

porque la sangre siguió saliendo. Se quería marchar. Lo dejé.

Me quedé sentada en mi banco, francamente disgustada. Hacía años que no causaba un daño semejante a nadie. Hacía años que no me veía obligada a hacerlo. De repente, estaba de vuelta en esa época oscura, una niña desamparada en la calle, luchando por sobrevivir. Entonces, era sin más mi modo de vida. Mirando hacia atrás, me sentí alicaída por aquella miseria.

Quería ser respetable. Quería pertenecer a una buena familia romana y tener una vida decente.

* * *

Aún estaba sumergida en mis recuerdos desoladores cuando el mensajero volvió tambaleándose. Apoyado en una de las barras, me lanzó una mirada rara, como si viera que tenía pensamientos oscuros. Si lo sabía, no hizo ningún intento por descubrirlos.

—Contésteme la maldita pregunta, Albia. No quiero ser espetado otra vez. ¿Es o no es uno de los asesinos?

—¡Un poco de lógica, hombre! Si lo soy, ¿por qué iba a decírselo? —Y luego, mirándolo a la cara, gruñí—: No lo soy.

—Siga diciéndolo —dijo con frialdad—. Créame, le conviene que yo esté convencido de su inocencia.

Se giró y desapareció de nuevo. Salí a la calle por si había huellas de sangre que podía seguir para controlar si estaba bien, pero con toda probabilidad había dejado de gotear.

«¡Qué ganas de contárselo a Andrónico!», pensé. Pero entonces algo apagó mi entusiasmo y me di cuenta de que no se lo diría. Tendría que darle demasiados detalles de mi pasado. Andrónico no estaba preparado para saber qué tipo de mujer podía ser. Y yo no estaba preparada para contárselo. Tal vez nunca lo estaría. Estaba demasiado acostumbrada a ocultar mi pasado.

* * *

Estaba afectada por lo que había hecho a Tiberio. No me había sentido tan agresiva desde los viejos tiempos, seguramente no desde que había venido aquí a Roma para que me civilizasen. Semejante violencia pertenecía al pasado que quería olvidar. Odiaba a aquel hombre por haber hecho que volviese allí.

XXI

Estaba demasiado trastornada para seguir trabajando ese día. Me llevé los apuntes a casa, subí al despacho, tiré la tableta, me tumbé en el sofá y me tapé las piernas con una manta. Los arañazos que me había hecho al trepar por la ventana de Prisca se habían convertido en cardenales. Los había hidratado un poco con un bálsamo de aceite de oliva que tenía mucha utilidad en mi vida, pero seguía estando entumecida y dolorida. Estuve descansando y compadeciéndome de mí misma. Casi me dormí.

El mensajero vino de nuevo a por mí.

* * *

Había albergado la esperanza de oír a Andrónico subiendo las seis plantas, pero no me sorprendí al ver a Tiberio. Tenía la puerta entornada y el balcón también entreabierto, así que una brisa recorrió la habitación. Era un día templado y ése era mi intento de hacer la limpieza de primavera.

Tiberio ahora lucía una enorme y acolchada venda blanca en su mano izquierda, por la cual algún médico debía de haberle cobrado una pasta. Hasta le habían dado un cabestrillo. A pesar de tener libre acceso, esta vez llamó antes de entrar, dando ligeros golpecitos a la puerta. Me limité a mirarlo desde el sofá.

Lo vi pasar para asomarse al balcón. Tenía ganas de que saliera para que se rompiera todo, se despegara del edificio y se fuera volando hacia abajo, pero por desgracia se dio cuenta de lo peligroso que era. Mi padre y el tío Lucio habían atado unas cuerdas, para que nadie pudiera abrir la puerta del todo, y me habían ordenado que nunca más saliera allí fuera. Tiberio examinó las medidas de seguridad, dando un estirón a una de las cuerdas para comprobar su aguante, y después volvió dentro. Se paseó hasta la otra habitación para echar un vistazo. Era uno de esos hombres que nunca pedían permiso, simplemente figoneaba donde quería, como si tuviera todos los derechos del mundo.

Cuando abrió la cortina, la vista lo sorprendió. Lo que hace tiempo había sido un dormitorio ahora estaba sin amueblar y las maltrechas tablas del suelo estaban decoradas tan sólo con una instalación artística de cuencos y cubos. Estos recogían las goteras que caían a través de las numerosas tejas, rotas. Las paredes, que se quedaban secas si no caían diluvios universales, habían sido dotadas de casillas de madera, hechas adrede para mí hacía unos años. Unas redes colgadas a lo largo del techo impedían la entrada de palomas. Las repisas contenían mi extensa librería: mis libros de referencia y apuntes de viejos casos. Una ventaja de escribir las investigaciones en tabletas enceradas era que éstas eran más baratas que los papiros y también mucho más duraderas. La humedad no las afectaba.

Tiberio parpadeó. Volvió a cerrar la cortina, tironeándola con cuidado para dejarla

en su sitio.

Yo me quedé donde estaba. Así que él ocupó mi trono habitual. Sacó el cojín de detrás de su espalda y se lo puso en el regazo para poder apoyar en él su mano herida.

—Flavia Albia, ¿no es usted una jovencita agradable!

Tiberio negó con el dedo que sobresalía de la venda. Era más mayor que yo, aunque no lo suficiente para comportarse de manera tan paternal. Y en cualquier caso, echarme la bronca no era ni del estilo de mi padre. Nunca perdía tiempo con esto. Me solía llamar «idiota» y luego dejaba que me enmendara sola, dando por hecho que la llamada a la enmienda estaba clara para ambos.

—Gracias por lo de «jovencita». Cumpló veintinueve la semana que viene. Sólo es un pinchazo, deje de lloriquear. Hágame caso, deseche ese envoltorio tan sofisticado y deje que la herida respire todo el rato. Ese algodón tiene buena pinta, pero si no hace lo que le digo, se infectará debajo.

El agujero que le había hecho podía ser pequeño, pero el cuidado que tenía con ese brazo sugería que la mano le daba pinchazos de dolor. Continuó con la pomposa reprimenda:

—A lo mejor debería recordar, Flavia Albia, que Manlio Fausto podría cerrar el bar de su tía.

—Oh, ¿sobre qué supuesto?

—Comportamiento indisciplinado. Atacar a un ayudante del edil...

Me burlé con serenidad:

—¡Magnífico! Pasaré un día en el juzgado por eso. Su edil hizo que me hostigaran los paramilitares, y usted, su asqueroso ayudante, me ha estado persiguiendo. Imagine cómo expondría eso un buen abogado defensor: «Miembros del jurado, esta pobre mujer, viuda respetable de frágil cuerpecillo y honesto historial, que aún está llorando a su marido, ha sido sometida a terribles indecencias»... — Junté las manos, incliné la cabeza sobre mi regazo e hice el papel de la matrona recatada, en silencio frente al tribunal de justicia, mientras unos hombres inteligentes hablan sobre ella—. «¡El hombre, Tiberio, una áspera criatura de la calle, hasta irrumpió en la sala de masajes de unos baños sólo para mujeres cuando ella estaba desnuda! ¿Cómo reaccionarían si en su lugar estuviera vuestra noble sobrina o hija?». ¡Oh, venga, Tiberio, sólo lléveme frente al juez!

Se puso rojo cuando mencioné el hecho de que me había visto desnuda. Me sentía satisfecha por haberlo hecho sentir incómodo, pero cambié de tema, ya que yo misma me sentía rara al recordarlo. Al rato, me preguntó de sopetón:

—¿Aún está llorando a su marido? Pensé que se había muerto hace mucho.

Estaba sorprendida.

—Ocho años. Tal vez nueve. Sí, lo echo de menos. Teníamos un buen matrimonio.

—Es raro. —El mensajero parecía intrigado, aunque me hablaba con tono triste.

—Casio Escauro debió de informar a su jefe hasta de los detalles más ridículos sobre mí. ¿Debo suponer que estuvo presente cuando Fausto lo interrogó?

Tenía una mirada furtiva.

—Estaba allí, sí.

—¿Tiene una vaga idea de lo desagradable que es para una mujer el hecho de que unos hombres se reúnan y rebusquen en su vida?

—Sí, lo veo. —Tiberio me dio la razón de manera concisa.

—Tengo derecho a la dignidad.

—Vistas las circunstancias, está conservando muy bien su dignidad.

Estaba sorprendida. Ni siquiera sonaba a burla.

—Lo siento.

Me pregunté si aquello era sólo de su parte o incluía también a los ediles, al tribuno, a Morelo y a todos los demás miembros de los vigiles que habían intentado acobardarme. El mensajero se había amansado.

—¿Podemos firmar una tregua?

—Por mí, bien. —No era vengativa—. Ahora bien, quiero saber por qué continúa persiguiéndome.

* * *

Tuvimos una breve pausa para el reajuste. Me levanté para servir refrescos. Básicos. Solamente dos gruesos vasos —los sirios de cristal verde— y una jarra de agua. Tiberio sopesó su vaso con la mano derecha sana, mientras seguía observando la habitación y sus decorados, como si mi montaje le resultara extraño. Se fijó en la repisa con las esculturas. Vi sus cejas levantarse. A lo mejor había oído que los informantes viven en lugares sórdidos, llenos de ánforas de vino vacías, cucarachas y olor a sandalias viejas.

Al final se volvió a sentar, señalando que era hora de proseguir.

Le dejé claro que si alguien tenía que dar, ése era él. Me sorprendió lo mucho que se abrió. Él también sabía presentar los hechos de manera lógica. No lo llamaría arisco, sólo directo. Habría que decir que nunca estaba intranquila en su presencia y que, dada su profesión, lo consideraba honesto.

Según me dijo, había sido los ojos y oídos del edil en la calle desde que Fausto había empezado su mandato. Sabía que había sido elegido el pasado julio y que había empezado a trabajar de manera oficial hacía cuatro meses, en enero. Había cuatro ediles, dos de los cuales plebeyos, que se dividían la ciudad de manera que cada uno pudiera cuidar de un cuarto. Así que Fausto debería estar al cargo de algo más que las cumbres del Aventino. Sus diversos cometidos incluían la reparación de templos; alcantarillas y acueductos; limpieza y empedrado de las calles; regulación del tráfico; animales peligrosos; edificios deteriorados; prevención de incendios en cualquier tipo

de propiedad; supervisión de baños y tabernas (de ahí la facultad legítima de arruinar la vida de mi tía Junia, propietaria de El Astrónomo); leyes contra apuestas y usura; más, si esta lista ya de por sí no era suficiente excusa para interferir en la vida cotidiana de la gente, el cuidado de la moral pública, incluida la prevención de la superstición ajena. Las competencias mercantiles de los ediles implicaban la supervisión del almacenamiento de mercancías y también se encargaban de las normas comerciales, y controlaban pesos y medidas. Y encima, eran responsables de algunos aspectos de los juegos públicos, como los Juegos de Ceres con su ritual de los zorros.

—El tener a un espía secreto seguro que incrementa las multas que recauda Fausto —afirmé—, lo cual estimulará de manera muy cómoda su ambición personal.

—No es ambicioso en exceso —discrepó Tiberio.

—¿Cuál es su opinión de él?

—Un hombre decente que intenta hacer su trabajo.

Silbé con burla, sin ningún reparo.

—Se equivoca —argumentó su mensajero en un tono paciente—. Es verdad, se crió como un niño rico que nunca tuvo que mover un dedo. Sus padres se murieron, uno detrás del otro, cuando tenía dieciséis años. Se vino a vivir con Tulio, el hermano de su madre, y aunque en apariencia lo preparaban para el mundo de los negocios, el que manda en realidad es Tulio. La idea de presentarse a edil fue de su tío, como es natural, con el objetivo de incrementar su prestigio conjunto, pero eso no impide que Fausto lo considere como su oportunidad para conseguir por fin algo útil.

—En fin, Tiberio, usted es un buen abogado. Pero tiene pinta de ser el típico político con un soplo de piedad añadido.

Tiberio se encogió de hombros.

* * *

Cambiamos de tema para hablar de las muertes peculiares. Tiberio quería que supiera que Fausto se lo había estado tomando en serio desde el principio. A él, Tiberio, se le había alejado de su anterior cargo de investigador de comerciantes callejeros deshonestos y ahora estaba fuera todo el día, intentando pillar al asesino. Hasta me aseguró que era lo que había estado haciendo cuando se había topado con el accidente en el que el pequeño Lucio Basso había sido atropellado por el carro fuera de control.

—Desde luego, si el asesino actuara en una sola zona, sería fácil hacer batidas en las calles. Pero se desplaza, siempre que sea una sola persona. Estos ataques parecen ser del todo aleatorios. Y eso nos dificulta muchísimo el trabajo.

—Algunos de los accidentes ocurrieron aquí arriba, pero el desbullador estaba abajo, en la orilla... —Sonreí un poco—. Supongo que está al corriente de lo del chico de las ostras. ¿Ha estado conspirando con Morelo hoy?

Tiberio compartió mi sonrisa.

—Me ha dicho que le robó la lista, Albia.

—La tomé prestada.

—Lo que usted diga. Morelo está ahora recorriendo sus pasos y entrevistando a la gente con la que no debería haber hablado usted ayer. —Después, ladeando su cabeza, el mensajero me preguntó con la voz cambiada—: ¿Ha averiguado algo sobre la criada asesinada?

—Aún no. ¡No intente detenerme!

—Tranquilícese. No es mi intención. Manlio Fausto ha cambiado de opinión sobre usted.

—¿De veras? —dije con una sonrisa burlona—. ¡Altamente improbable, tan poco tiempo después de intentar deshacerse de mí!

—Es la verdad, mujer. —Se inclinó un poco hacia delante—. Mire, intente confiar en él. Es un buen hombre.

Hizo un ademán de explicarme por qué Fausto había cambiado de idea. Pero los magistrados evitan justificarse. No era la primera vez que uno de ellos actuaba de manera confusa y contradictoria.

—No es la impresión que he tenido al hablar de él con mi amigo Andrónico.

Ahora nuestra relación estaba al descubierto. ¿Por qué no? Andrónico y yo éramos personas libres.

Tiberio parecía preocupado. Era como si estuviera intentando decidir cuánto explicar.

—Tenga mucho cuidado, Albia.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que sería inútil intentar influir en su opinión sobre él. No me hará caso. Pero, por favor, no se crea todo lo que Andrónico le cuenta.

—No le gusta.

—Es recíproco —afirmó Tiberio, aún más brusco de lo habitual.

—¿Podría explicarme?

—No.

Para evitar cruzar mi mirada, el mensajero se sirvió un poco más de agua, utilizando su única mano y manipulando la jarra y el vaso con cuidado. La conversación se había parado de golpe. Retrocedí y le pregunté sobre el supuesto cambio de opinión que atribuía a Fausto.

Tenía algo que ver con la otra muerte sospechosa de la que había oído hablar al interrogar a los directores de funeraria, la de la criada de la mujer rica. Tiberio ya sabía algo sobre eso. El ama y la criada habían estado paseando. Les habían dado un empujón en la calle. La criada había sido golpeada tan fuerte que casi se había caído. Poco después de regresar a su casa, había muerto.

Morelo había recibido órdenes de mantenerse al margen de este caso, a causa del estatus de la señora. Manlio Fausto había pensado que sería más discreto y también más reconfortante mandar a una mujer a tomar la declaración formal. Yo sería la agraciada. Tendría una carta de presentación y me pagarían un honorario por el privilegio.

Ése sí que era un cambio. Tras dar órdenes a su mensajero para que me encontrara y me impidiera investigar a Salvidia y a Celendina, y después de pedir también a los vigiles que me amenazaran, el edil había experimentado una mutación radical. Ya nadie me iba a acosar. Ahora quería hacerme un encargo.

XXII

No había motivo para ocultar mi burla.

—Vamos a poner las cosas en claro, Tiberio. Hasta hace poco su edil estaba decidido a amargarme las relaciones con los clientes y a impedirme trabajar, y ahora, de repente, ¿él mismo quiere contratarme?

—No «contratarla». Implicaría demasiada permanencia. —Tiberio me enseñó los dientes de manera irritante—. Sólo un interrogatorio. Le interesa ayudarnos.

—¡Otra vez amenazas! ¿Por qué no va a hablar él mismo con esa mujer? Es de su rango. Podría pedirle a su marido, que seguramente será un amiguito suyo, que se sienta con ellos...

—Cree que el enfoque femenino puede resultar beneficioso, ahora que ha podido comprobar su profesionalidad...

Podía verme rabiar. Tiberio levantó su mano libre de vendas en un gesto casi pacificador, aunque no del todo.

—No se empecine. —Yo seguía hostil—. Es un poco complicado, Albia.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es su juego?

—No tiene nada que ver con Fausto...

—¿Por qué no? El hombre está intentando estructurar esta investigación de una manera muy extraña. Explíqueme sus motivos.

—Ya hemos hablado de lo que Fausto pretende conseguir en su papel de magistrado. Interróguela sin más, Albia, y dígame lo que piensa. Después, si hace falta, le explicaré el resto.

Como tenía intención de hacerlo de todas formas, cedí. Podía acabar cobrando. Podía haber pedido un honorario más alto de lo habitual, pero conservé mi integridad.

* * *

Marcia Balbila era otro miembro más de la rica sociedad plebeya. Ella y el marido vivían en una gran mansión de dos plantas en la calle de los Plátanos. Disfrutaba de vistas al río y de la amenidad cercana de la vieja arboleda de plátanos. Ayer por la tarde me habían prohibido el paso. Ahora también la tarde estaba avanzada, pero pensé que valdría la pena intentarlo de nuevo.

La carta de presentación surtió efecto, así que en esa ocasión pude pasar. Una vez dentro, me dejaron esperando. Me lo suponía.

La matrona que había perdido a su criada tenía treinta y pocos años y llevaba un hermoso vestido y joyas. Debajo de esa máscara, era ordinaria. Probablemente lo sabía. Dos criadas supervivientes, que eran sin duda parte de un conjunto bastante más amplio, la acompañaban cuando vino a verme. Tenían atuendos mucho más sencillos y no llevaban adornos. No había indicios de que las pegara, pero eran tan

sumisas que me costaba adivinar si tenían algo de carácter. Me interesaban, porque la joven muerta había sido su compañera.

Supuse que había sido joven, aunque en realidad las otras dos ya no lo eran tanto. Siendo esclavas, era posible que empezaran a albergar esperanzas de que las liberaran a los treinta.

Marcia Balbila creía que estaba dirigiendo la conversación, pero yo tenía más experiencia y conseguí reconducirla a donde quería. Mientras hablábamos, ella estaba tumbada con elegancia en un sofá lleno de cojines, mientras que yo estaba atrapada en un diván sin respaldo. Pero daba lo mismo, porque no tengo problemas de postura y además es más fácil tomar apuntes estando sentada en un asiento duro.

Marcia había salido con una amiga que no estaba en la historia tal como la conocía yo. Cada una de ellas se hacía acompañar por una criada, aunque no se habían llevado a ningún guardaespaldas. Deduje que las mujeres pensaban que su posición de miembros del culto de Ceres les daba protección natural. La pareja había estado caminando por el Vicus Altus, mientras que las criadas se habían quedado atrás para no oír lo que se decían sus señoras. Las cuatro se habían envuelto en estolas para ser respetables, lo cual, según llegué a creer, era importante.

Ino había lanzado un grito. Marcia Balbila y su amiga se habían girado, casi seguro que con la intención de castigarla, pero habían visto a la chica trastabillar. Se habría caído al suelo si la otra criada no la hubiera agarrado y mantenido en pie. Las dos chicas habían pensado que alguien había empujado a Ino muy fuerte por detrás y estaban seguras de que había sido a propósito. Aunque había más gente, la calle no estaba abarrotada en particular. Las mujeres habían llegado a la conclusión de que se trataba de una broma de algún gamberro de la clase baja.

Al sentirse vulnerables, se habían ido corriendo a casa. Ino estaba turbada y lacrimosa, pero no les había dado motivo para pensar que más tarde la encontrarían muerta en su cubículo.

* * *

Marcia Balbila había mandado hacer una placa de piedra como dulce recordatorio de Ino. Insistió en que alguien la bajara de la pared —era bastante pequeña—, para que pudiera enseñármela. Alabé la belleza de la criada. Por lo visto, no tan hermosa ni tan joven como el retrato de la placa, pero Marcia Balbila había pensado que sería más agradable recordarla con ese aspecto entrañable y artístico.

—Dígame, ¿tenía Ino algún amante que usted conociera?

—¡Claro que no! ¡Yo nunca permito esas cosas!

Conseguí convencer a la señora para que me dejara intercambiar unas palabras rápidas con las otras criadas, las cuales confesaron, sin ningún tipo de presión, que Ino sí tenía novio. Era un esclavo de esa misma casa, el encargado de vestuario del marido, pero tenía una coartada clara: todos confirmaron que se había quedado en

casa en el momento del accidente y que no había hecho nada más que sollozar desde que había muerto Ino.

La amiga de Marcia Balbila había salido a colación más veces. Marcia me dijo que ambas eran miembros de alto rango del culto en el Templo de Ceres. Una mujer anciana era la sacerdotisa mayor, aunque me daba a mí que esas dos le habían echado el ojo al cargo. La amiga era una mujer maravillosa. Pertenecía a una familia muy rica e importante de la nobleza plebeya. Una figura líder en el culto de las señoras, era instruida, religiosamente devota y un modelo de sacrificio personal al servicio de la comunidad. Se llamaba Laia Gratiana. Ya la había conocido, la primera vez que visité el Templo de Ceres. Había hecho bien en considerarla una amenaza.

Tendría que visitarla, sin embargo. Marcia Balbila me dijo que su querida, instruida y religiosa amiga había creído vislumbrar a la persona que había chocado contra Ino.

—¿Lo denunció a los vigiles?

—Oh, no. La gente como nosotros nunca trata con ellos. Laia Gratiana me dijo que pasaría una nota a la oficina de los ediles.

Estupendo.

Así que Manlio Fausto ya estaba al corriente de todo eso.

* * *

Me encontré con Tiberio en una cita concertada con antelación para el día siguiente. Había prometido informarme en El Astrónomo. Cuando llegué, el mensajero estaba ordenando una bebida a Junilio. Me preparé para interpretar la comanda, pero parecía que se las estaba apañando solo. No estaba dispuesta a darle mi aprobación sólo porque sabía comunicarse sin problemas con mi primo sordo.

Junilio debió de verme agotada, porque me abrazó y luego me trajo un cuenco de pistachos. Los dejé en mi parte de la mesa, para que Tiberio no pudiera alcanzarlos.

—Estoy harta de usted, Tiberio. ¿Qué le habría costado contarme que había una segunda poderosa señora y una segunda criada oprimida, y que tendría que aguantar un segundo interrogatorio con Laia Gratiana?

Parecía sorprendido.

—¿La conoce?

—Nos encontramos. Eso no me va a gustar.

—¿Por qué?

Estaba devorando pistachos con frenesí y, sin embargo, torcí la boca como si estuviera masticando aloe. Pero hasta que no tuviera clara la situación, tendría que callarme muchos insultos.

—No es mi tipo.

Me di cuenta de que la sorpresa del mensajero se había transformado en un débil destello de humor. En cualquier caso, no dije nada.

—¡Explíqueme! —le ordené.

A medida que adquiría un aspecto enigmático, yo seguía dando la lata:

—Esto es ridículo. Laia Gratiana tiene una relación tan estrecha con los ediles que podría contarles ella misma su experiencia. Así que, ¿por qué no lo hace? ¿Qué es lo que la echa para atrás y por qué Fausto no va en persona a hacerle las preguntas? ¿Por qué meterme por medio?

—No es nada indecente.

—¿Y entonces?

—Prefiere no tener que hablar con Laia Gratiana. —Entonces, Tiberio confesó, atento a mi reacción—: Llevan años sin hablarse. Laia Gratiana es su exmujer.

Admito que me reí.

XXIII

Tras una pausa, Tiberio preguntó nervioso:

—Entonces, ¿irá a verla?

—¡No me lo perdería por nada del mundo!

Nunca le haría preguntas íntimas sobre el edil, pero el personal puede ser útil. Muchas veces la confianza de un esclavo o de un liberto ha contribuido a reabrir alguno de mis casos, así que insté a Tiberio:

—Déme instrucciones.

Levantó una ceja.

—Quiero saber a qué me voy a tener que enfrentar, Tiberio. ¿Cuál es el motivo exacto por el que Fausto no quiere tomar esta declaración en persona? —El mensajero seguía inexpresivo—. Debe de haber pasado algo raro. La gente se divorcia todo el rato, pero no por eso deja de hablarse. Los plutócratas plebeyos forman un círculo muy pequeño. Cada vez que se organiza un recital de poesía, debe de ser un engorro para la anfitriona tener que mantener a Fausto y a Gratiana separados. Hábleme de su matrimonio y del divorcio.

Tenía el ceño tan fruncido que pensé que no diría ni pío.

—Esto es confidencial, Albia.

—¿Quiere que se lo pregunte directamente a la señora? ¿Qué pasa, dormía con aurigas? ¿O con actores y sus suplentes?

—¡No se atreva a decirle eso! —Parecía horrorizado.

—¿Es demasiado mojigata para semejante insinuación?

—Es una mujer respetable.

—¡Ah, vale! Entonces, ¿la culpa fue de él? —Tiberio se quedó callado—. Algo pasó. Ni siquiera mi amigo Andrónico, al que le gusta saberlo todo, parece conocer esa historia. Pero sé que intuye que hubo algún tipo de historia. Se pregunta, así que yo también me pregunto... ¿Usted lo sabe?

Tiberio asintió un poco. Me relajé. Me pregunté por qué había tenido el privilegio de conocer esta información.

—¿Y eso? ¿Cuál es su pasado, Tiberio? ¿También se crió en la casa del tío?

—No.

Intenté adivinar.

—¿Llegó allí junto con Fausto? ¿Desde la casa de sus padres, tras su muerte? —Esa era la diferencia entre Tiberio y Andrónico, que el último parecía haber sido propiedad de Tulio—. Cuando Fausto se casó, ¿se fue usted también?

—Allí donde va él, voy yo.

De repente Tiberio respiró hondo, como si quisiera interrumpir esa línea de investigación, y empezó a darme las instrucciones que le había pedido.

—Fausto se casó con veintipocos años. Lo organizó su tío por motivos comerciales y sociales...

Me reí entre dientes:

—Sé cómo va eso: «Ya tienes veinticinco años, jovencito, y es hora de engendrar un heredero. Únete a esta mujer: nunca la has visto, pero es que le debemos dinero a su padre. Es una virgen castiza muy simpática y sólo tiene doce años». ¡Criaturas extraordinarias, las clases importantes!

—Laia Gratiana tenía por lo menos dieciocho.

—Entonces retiro ese detalle. ¡Pero lo demás queda bien! —Tiberio no lo negó—. Así que Fausto y la imperiosa Laia fueron arrastrados a una unión por el tío titiritero. ¿Qué más?

—El matrimonio siguió su marcha de manera cortés durante unos años.

—¡Tomo nota de cómo lo ha expresado! ¿Hijos?

—No.

—¿Compartían habitación? ¿O cada uno tenía la suya, como los grandes ricos?

—Separadas —confesó Tiberio lanzándome una mirada, pero yo hice caso omiso a su reprimenda—. Pero todo lo que tenía que suceder sucedió.

—¡No creo que de manera demasiado espontánea! El que quisiera tener relaciones tenía que concertar una cita. Creo que sé de quién de los dos se esperaba eso. Reclamar los propios derechos sería prerrogativa del hombre... Así que, ¿quién de los dos tenía que buscar la pasión por otro lado? ¿Quién rompió el matrimonio?

Tras hacer esa pregunta crítica, me quedé sentada mirando cómo Tiberio luchaba con su conciencia. Al final habló, pero parecía como si se lo hubiera arrancado por medio de la tortura.

—La culpa de lo que pasó fue sólo de Manlio Fausto.

Fue conciso, pero me proporcionó toda la información que necesitaba. Era una historia muy poco edificante. A Fausto no lo vigilaba sólo su tío: esos días había despertado el interés de un hombre distinguido, quince años mayor que él, que había tenido relación con su padre y que le había ofrecido amistad y patronazgo. Según contó Tiberio, el hombre mayor no tenía hijos y era influyente; el joven era atractivo, dotado de talento, un bien social. Había sido la típica situación en la que se habría podido tomar en consideración una adopción formal. A medida que Fausto se acercaba a los veinticinco, hasta se había empezado a hablar de darle apoyo para que entrara en el Senado.

El patrón tenía una mujer hermosa, mucho más joven que él.

—¿Voluptuosa?

—Un espíritu libre.

—Eso es lo que quería decir, que su desbordante delantera lucía en escotes provocativos.

—Nada tímida —reconoció Tiberio con su modo arisco.

A veces, cuando el hombre mayor estaba fuera por negocios, la hermosa mujer entretenía a Fausto. En apariencia, en la casa del patrón se le trataba como a un familiar preferido, un joven primo o sobrino por ejemplo, que podía ir y venir sin problemas, pero estaba claro que una libertad semejante podía ser peligrosa. Aunque la mujer de Fausto era siempre bienvenida, casi nunca lo acompañaba. Solía pasar mucho tiempo con sus propios amigos. Seguramente demasiado.

—El resto lo puede imaginar —continuó Tiberio con una voz seca—. Una tarde, cuando estaban juntos, la atmósfera se caldeó. La hermosa joven se sentía insatisfecha por el marido que estaba envejeciendo. La amaba y la admiraba...

—¿Pero rara vez la reclamaba en la cama?

—¿Quién sabe?... Un joven tenía un evidente atractivo, y a lo mejor hasta se convencieron de que el hombre mayor los había dejado juntos a propósito.

—¿Quién empezó, lo sabe?

—Ella ofreció. Fausto aceptó.

—Así que disfrutaron de una unión salvaje, durante la cual esas dos personas aburridas y mimadas se sintieron excitadas por los riesgos que eso comportaba... ¿Y qué pasó después? —le pregunté con tranquilidad.

—Por supuesto, el lío salió a la luz muy pronto: no pasó ni una semana desde el principio hasta el final. Una esclava se chivó de Fausto a Laia Gratiana. Ella lo dejó y volvió a casa de su padre sólo una hora más tarde. El tío Tulio se precipitó a salvar la situación, con cierto coste. Eso fue cuando era emperador Vespasiano, cuando se miraba a los amoríos con más indulgencia que la que muestra Domiciano ahora. Si hubiese sucedido estos días, la esposa adúltera y su amante habrían sido juzgados, lo habrían perdido todo y habrían sido enviados al exilio. Pero incluso entonces la situación fue horrible. Como sabe, un marido agraviado está obligado a divorciarse de su esposa.

—Y en cuanto los esclavos empiezan a hablar de adulterio, las cosas empeoran.

—Exacto. Fausto había desperdiciado su potencial, había herido a personas de un modo terrible y había destrozado dos matrimonios. Peor aún, había traicionado a un hombre estupendo que le había concedido su amistad.

—¿Lo hizo por amor?

—No.

El mensajero era duro. Bebió agua como si tuviera dolor de barriga.

—Apuesto a que ya lo había hecho antes —conjeturé.

Tiberio parecía intrigado.

—Es posible... Ella murió. Murió de parto.

—¿El padre era Fausto?

—No. De ninguna manera. No la vio nunca más. Ocurrió un par de años más

tarde.

—¡Algún otro amante vigoroso! ¿Y después, Tiberio? Caído en desgracia, Fausto volvió con el tío Tulio, teniendo que aguantar un torrente de acusaciones, estoy segura, sobre todo porque el escándalo había costado dinero. Mantenía la cabeza baja. Hacía lo que se le pedía. Sabía que toda promesa o ambición que hubiera albergado se había esfumado por culpa de su estupidez... ¿Se volvió a casar?

Tiberio negó con la cabeza.

—El hombre vive con el sentimiento de culpa.

Pensé que sentirse culpable durante diez años no le servía de nada a nadie. También reconocí que, aunque esos acontecimientos hubieran salido en las páginas sensacionalistas de la *Gaceta* —el infame tablón de anuncios del Foro que informaba de la vida de los famosos—, no me habría dado cuenta en aquel entonces. Pero parecía que todo había sido encubierto a la perfección.

Tiberio y yo estábamos con la moral por los suelos. Lo único que habíamos hecho había sido comentar la sórdida historieta de la idiotez de un joven diez años atrás, pero estábamos tan angustiados que Junilio vino a averiguar si no nos había afligido alguna tragedia mayor. Lo tranquilicé y luego me levanté para ir a tomar la declaración de Laia Gratiana. Dejé a Tiberio en El Astrónomo. Lo último que vi fue que Junilio le llevaba el tablero de las damas.

No estaba jugando. Sabía que Junilio habría jugado con él o también podía haber jugado solo. Quizá las damas eran su tapadera estándar cuando estaba de observación.

* * *

El mensajero me había dado la dirección. Laia Gratiana había vuelto a casarse tras su borrascosa separación de Fausto, pero su segundo marido había muerto y después también su padre. Entonces se había mudado desde la que sin duda había sido una enorme casa familiar a un piso más pequeño —pero aun así grande—, propiedad de un hermano. También estaba en la calle de los Plátanos donde vivía su amiga Marcia. Más vistas espléndidas. Más pesadas mesas de mármol con patas de Capricornio doradas. Las estatuillas eran mejores que en la casa de Marcia Balbila, los frescos no tanto. El mismo diseñador de moda les había vendido a ambas mujeres sus inestables lámparas de bronce colgantes. Así que ya había dos casas donde se derramaba aceite por el mosaico cada vez que los esclavos intentaban llenar los depósitos.

El hecho de que sepas algo del pasado de alguien que podría hacerte sentir pena por él no cambia tu actitud de forma obligada: seguía pensando que Laia Gratiana era una zorra presumida. Ella, por su parte, tenía la suficiente curiosidad por saber quién era y por qué estaba trabajando para los ediles para acordarse de que ya me había visto antes. No me lo dijo, pero lo vi en sus ojos. Me pregunté si recordaba lo

desagradable que había sido conmigo la primera vez.

No le pregunté nada de su matrimonio o de su exmarido. No soy tonta.

Aun así, esta vez le lancé una mirada más dura. Aparentaba más o menos mi edad, aunque su comportamiento le añadía años; igual de alta, pero menos tonificada; rubia, natural; ojos marrones pintados, pero de manera muy sutil. Lamento decir que tenía un aspecto decente. Sabiendo que su exmarido se había ido detrás de una «revientabroches» —el término que utilizaba mi marido para las de tetas grandes—, ¿era relevante que Laia Gratiana fuera muy plana? También me pareció significativo lo que Tiberio me había dicho de la mujer con la que tuvo su aventura Fausto: que era un «espíritu libre». Eso normalmente quiere decir llena de vida, ingeniosa y más propensa a admirar a un hombre y estar pendiente de cada una de sus palabras que a desmoralizarlo. Gratiana era una desmoralizadora. La única manera de dominar esa costumbre era evitar sentirse tan especial sólo porque tenía un papel en el culto de Ceres.

Cuando me llevaron a verla, una vieja esclava salió en silencio de la habitación. Laia Gratiana no consideraba necesario tener una acompañante o algún tipo de apoyo. Tenía un carácter fuerte. Todos a su alrededor lo sabían.

¿Ya era así cuando se había casado con dieciocho años? ¿O había sido la conmoción de la traición de su marido lo que la había hecho endurecer?

Saqué mi tableta de apuntes y le expliqué el motivo de mi visita.

—Mi primera pregunta es la siguiente: Marcia Balbila me dijo que el percance con su criada, Ino, había tenido lugar en el Vicus Altus. Eso está lejos de aquí, así que, ¿podría explicarme, por favor, por qué se encontraba allí?

Con un atisbo de impaciencia, Gratiana respondió:

—Está en el camino de vuelta del Templo de Ceres. Tras acabar las tareas relativas al culto, Marcia y yo solemos volver a casa andando, si hace buen tiempo. Normalmente bajamos por la calle del Armilustrio, pero es tan larga y recta que nos resulta tediosa. Ese día, decidimos dar un rodeo por las calles traseras, más tranquilas. Así que —concluyó con gesto triunfal—, si alguien hubiese querido atacar a Ino de manera premeditada, no habría podido saber que íbamos a cambiar nuestra ruta habitual. No puede haber estado tumbado esperando, nos debe de haber seguido.

Era lista. Y le encantó señalarlo antes de que yo misma pudiera decirlo.

Yo estaba sentada con calma, tomando nota del detalle.

—Cuénteme lo que pasó.

—Marcia Balbila debe de haberlo hecho ya. —Gratiana era un poco petulante. Se sentía molesta por ser la segunda en declarar.

Mantuve la calma.

—Me dijo que usted había visto algo.

—Eso creo.

—Aunque haya pasado con rapidez, cualquier percepción fugaz puede sernos útil.

—A ver. La criada gritó. Mi querida Marcia y yo nos giramos de golpe para ver qué estaba pasando, y para echar una mano.

Ésa no fue la impresión que me había dado la querida Marcia. Ella me había dado a entender que las damas se habían molestado por los chillidos en público de las chicas.

—Mi propia criada acababa de coger a Ino, que había perdido el equilibrio. Si alguien la empujó, debió de ser muy fuerte. Antes de ir a reconfortarlas, creí vislumbrar a un hombre que se giraba para el otro lado, tapándose la cara. Tuve la sensación momentánea de que tenía algo que ver, de que acababa de hacer un movimiento dirigido a Ino.

—¿Qué tipo de movimiento? —Hice un gesto con la palma de la mano, como si estuviera abriendo una puerta de un empujón.

—No.

A continuación imité un navajazo, con el puño en alto y clavando.

—Ése tampoco. Más bien algo así... —Laia Gratiana hizo un movimiento distinto, debajo de la axila, a la altura de la cintura: un tirón brusco.

—Interesante. ¿Cree que tenía un arma?

—¡Es ilegal llevar armas!

—Esa ley podría no interesar a un asesino —dije con ironía.

—Si es así, el arma era extremadamente pequeña. —Laia Gratiana juntó su pulgar y dos dedos—. Como la púa de un músico.

¿Estábamos buscando a un arpista desequilibrado?

—Pero cuando Ino falleció, no se le encontraron heridas, creo.

—Tenía un brazo magullado —me corrigió Gratiana—. En el punto donde la empujaron. Tan fuerte que la hizo girar. Un golpe verdaderamente cruel.

—¿Hizo que se girara en su dirección? ¿No dijo haber reconocido al agresor? ¿Pudo ser alguien que ella conocía, pero que no quería admitir que conocía, por si Marcia Balbila se enfadaba con ella?

—Ya sé qué quiere decir. No. El personal de Marcia Balbila es decente y respetable. Ino pensó que había sido empujada con torpeza por alguien que podía no haberse ni siquiera dado cuenta de haber chocado con ella. Todas creímos que había sido un accidente, hasta más tarde, cuando murió de manera inesperada. Entonces, algunos atamos cabos. —Se refería a sí misma, pero estaba fingiendo modestia.

—Y usted, ¿no consiguió reconocer a la persona que vislumbró?

—¡No podría conocer a nadie que se encuentre en la calle!

—No, claro que no.

La mujer era tan pura que ni siquiera saludaría a su hermano en público. Siempre que él no la divisara primero y no se fugara para evitar hablar con ella.

—¿Y podría describirme al hombre que vio?

—Ordinario.

¡Eso no gustaría a ningún asesino en serie! Tienden a creer que son excepcionales.

—¿Altura? ¿Físico? ¿Color de la piel?

No tenía ni idea. Era un ciudadano, uno de la chusma, anónimo.

—¿Un esclavo?

—No, esclavo no.

—¿Pelo largo?

—No, como un chico no. Más mayor.

—¿Barba?

—No. No, creo que no.

—¿Un trabajador? ¿Un soldado?

—¿Cómo podría saberlo?

—¿Alguien con librea imperial?

—No.

—¿Hay algo más que me pueda decir?

—Eso es todo lo que vi.

Estaba guardando mi tableta de notas cuando Gratiana añadió de repente, con voz preocupada:

—Se le cayó la estola. —Le lancé una mirada inquisitiva—. Ino. Me pregunto si se la tiraron durante la colisión. Mientras Marcia Balbila y mi criada estaban reconfortando a la chica, yo la recogí.

Aunque Laia Gratiana estaba claramente preocupada por este detalle, a mí apenas me parecía relevante. Estaba lista para marcharme. Entonces ya no pudo aguantarse más.

—¿Así que trabaja de cerca con el edil plebeyo Fausto?

—Nunca lo he visto.

Le regalé una sonrisa radiante. Lo bastante radiante para preocuparla, si tenía celos.

—Las instrucciones me llegan a través de su personal. Supongo que lo conoce socialmente.

—Su tío es muy amigo de mi hermano —contestó Gratiana con desdén.

Ese tipo de mujeres son expertas en renegar del pasado desagradable. Había borrado su matrimonio fracasado.

Sabía que yo sabía. Y me odiaba por ello. Nunca soy injusta. No la culpaba del todo.

XXIV

Me acerqué al Vicus Altus y eché un vistazo. Solamente era una calle. Nada relevante o fuera de lo habitual. Volví.

Cuando por fin llegué a El Astrónomo, Tiberio todavía estaba allí, delante del tablero de las damas sin usar. Las fichas aún estaban en su bolsita de cuero, como si nunca las hubiera sacado. Parecía que hubiera estado deprimiéndose. Tal vez había continuado pensando en el matrimonio fallido del edil.

Justo antes de que levantara la mirada y me divisara, tuve la oportunidad de examinarlo. En los bares, algunos clientes son vulnerables de modo evidente, sobre todo si están preocupados, pero él no. Me di cuenta, por ejemplo, de que Trinio, el carterista, no había hecho con él ningún intento de acercamiento, y también me parecía poco probable que le molestara ningún borracho.

En los pocos días desde que había conocido al mensajero, no había ido al barbero: esa desagradable barba de varios días que tenía se había convertido en una mata descuidada que le tapaba toda la cara. Andrónico también tenía barba. ¡Hades! Debe de haber más barbas en su casa que en una academia de filósofos. El pelo anaranjado claro de Andrónico estaba cortado con mucho cuidado. Ya a poca distancia era imperceptible. No ocultaba en absoluto sus rasgos.

El mensajero era más oscuro. No podía ver de Tiberio nada más que esos desconfiados ojos grises.

—Perdone, me ha costado un poco. Me sorprende que aún esté aquí.

—Sabía que iba a volver.

Le expliqué que había ido al otro lado del monte para inspeccionar el lugar del crimen.

—¿Conoce el Vicus Altus?

Tiberio fingió, pero yo sabía que no era capaz de situarlo. Disfruté mucho exponiendo mis conocimientos:

—Es una calle corta y estrecha, más arriba de la orilla y paralela a ella, detrás del gran Templo de Juno Regina. —Seguía sin reaccionar—. Detrás de la curva, desemboca en la calle del Laurel Menor.

Tiberio se enderezó.

—Así es —le dije con calma—. Si estamos buscando a un mismo asesino para las cuatro muertes extrañas que hemos detectado, éste es su recorrido. Justo al lado de donde vivían Salvidia y Celendina. No sabemos con exactitud dónde fue atacada cada una de ellas, pero la localización es significativa. A ellas también pudieron haberlas agredido en el Vicus Altus.

—¿Y qué me dice del desbullador de ostras?

—Sigue estando cerca. El puesto se encuentra más abajo, es verdad, pero está en

la Puerta Trigémina, justo debajo del Templo de Ceres. Todos los eventos que hemos identificado sucedieron en la parte nordeste del Aventino. Eso reduce el área de búsqueda.

Mientras Tiberio miraba pensativo, le dije que había aconsejado a Laia Gratiana que ella y las demás señoras del culto no se pasearan por ahí sin guardaespaldas. Me había dicho que ahora todas estaban usando sillas o literas. Pero lo dijo como si yo me hubiera tomado demasiadas libertades dándole consejos, sobre todo cuando esa medida se le había ocurrido a ella primero.

Eso hizo que el mensajero murmurara:

—¡Típico de ella! —Hizo el comentario para sí mismo, no lo compartió conmigo.

Le conté lo que Laia Gratiana me había explicado acerca del percance de Ino. Tiberio me dejó terminar sin interrumpirme. Acabé. Se quedó callado.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunté con un tono un tanto satírico, porque pensaba que había ido a las mil maravillas.

Se chupaba los dientes.

—¿Ha interrogado a la criada de Laia Gratiana?

Maldije para mis adentros. Cuando lo había sugerido, Gratiana me había dicho de manera cortante que no era necesario.

—¡Oh, debería haber insistido! —asintió Tiberio con la cabeza, lo cual me hizo sentir muy poco profesional.

Tenía razón: teníamos tan pocos testigos que debería haber interrogado también a la chica —haciendo caso omiso a su señora—, por si había visto algo más.

Algunos informantes lo habrían pasado por alto, pero yo admití de inmediato que me había equivocado. Le dije que podía volver y hacerlo.

Parecía que estaba perdiendo el interés. Podía percibir, por la manera de sujetarse la mano, que la herida que le había hecho con la brocheta le dolía. Le recomendé que fuera a su casa a descansar.

Se giró sobre sus pies. Para ser un hombre duro, estaba visiblemente alicaído esa tarde.

—Sí, me duele. No se moleste en pedir disculpas, Albia.

—No lo siento.

Tiberio me desestimó con una de sus miradas entendidas.

—¡Sí que lo siento! —afirmó.

Abandonó la caupona de repente, sin decir adiós. Di gracias a los dioses por no tener que tratar mucho con él.

XXV

Visto el escepticismo del mensajero de los ediles, estaba decidida a demostrarle lo que valía. A la mañana siguiente volví al piso de Gratiana y pregunté por su criada, cuyo nombre descubrí era Venusia. Había salido con su señora. La esclava anciana, la que había abandonado la habitación a mi llegada el día anterior, vino a hablar conmigo. Parecía sensata, pero ¡esta impresión puede ser muy engañosa! Quería decirme que había hablado con Venusia acerca de lo que había pasado y que la criada había insistido en que no había visto a ningún agresor.

—¿Es una buena chica?

La anciana parecía indecisa. Sin embargo, tenía sus sesenta buenos años y era probable que desconfiara de cualquiera por debajo de los treinta.

—Siempre ha sido muy leal a la señora.

—¿Pero...?

—Siempre que ve algo raro, lo dice... —Parecía referirse a algún antiguo incidente o a una acción que quizá desaprobaba, aunque, si así era, la mujer no lo dijo.

Podía imaginarme un escenario en el que la mujer anciana se comportaba de manera reservada y conservadora, mientras que la joven parloteaba sin reflexionar demasiado.

Le conté que la criada de Marcia Balbila tenía un amante.

—No me sorprende, ya sabe cómo son las chicas jóvenes como Ino.

Le dije que sí lo sabía. Intenté no pensar en Andrónico mientras conversábamos.

—Locas por los hombres..., ¡cuántas hay!

—¡Eso es!

Yo también, yo también...

—Dígame, ¿Venusia es así?

—No, a menos que la tontacriatura no haya conseguido mantener a su cupido bien escondido.

Personalmente, sé por qué Venusia haría semejante cosa: no era sólo porque trabajaba en un ambiente con reglas estrictas, impuestas por propietarios infames, y donde el comportamiento de los esclavos era escudriñado con minuciosidad por los más mayores. Los esclavos no eran los únicos que debían ser discretos. Cualquier mujer que habla de su amante antes de que hayan pasado cinco años desde que lo conoce está pidiendo a gritos que la gente acabe considerándola una tonta.

Seguí investigando el asunto de Venusia, así que, siempre escrupulosa, ascendí trotando el monte hasta el Templo de Ceres, donde se supone que había ido Gratiana con su criada, según la anciana: también esta vez la perdí por un pelo. Hay categorías de testigos que siempre crean problemas. Las rubias ricas, por ejemplo.

* * *

Tiempo para escribir mi informe.

Para hacerlo, no volví a la plaza de la Fuente como acostumbraba a hacer, sino que fui a casa de mis padres y se lo dicté a Katutis, el secretario egipcio altamente cualificado de padre. Estaba emocionado, porque la mayoría del tiempo nadie requería sus servicios en casa. Lo escribió con tinta sobre papiro para que tuviera un buen aspecto; quizá fuera el informe más caro de la historia. Padre lo vio en acción y casi se muere de la risa.

Volví a subir por el Aventino, llevando en la mano el sofisticado rollo que Katutis había atado con hilos, de los que colgaban sellos de seguridad de cera, y que había etiquetado como «Altamente confidencial». Por suerte, tengo un sello. Es una vieja moneda fijada a un anillo. Tiene la imagen de un rey británico con unas horribles greñas y con pinta de estar esperando impaciente a que los amables invasores romanos traigan a algún barbero decente.

Subiendo por las Escaleras de Casio, podía recorrer el Vicus Altus de camino a mi siguiente encargo: entregar el informe. Ese día estaba muy bien tapada, ya que sabía, que visitaría a mujeres para las que era muy importante ser respetable. Por la mañana, hasta dudé si tomar prestada a la hija mayor de los mauritanos que vivían en la primera planta del Edificio del Águila. En ocasiones, hacía pasar a esa silenciosa chiquilla de diez años por acompañante. Pero, como siempre, al final había decidido que era demasiada molestia. En su lugar, había cargado con una enorme estola, una de las que son igual de grandes y calientes que una toga, pero que indican un gran respeto cuando visitas a mujeres inteligentes. Fuera, en la calle, me envolví en ella para que nadie pudiera reconocerme: cabeza cubierta, atracciones del rostro y del cuerpo neutralizadas, nada a la vista, a excepción de las puntas de los dedos.

Al deslizarme con discreción por el Vicus, pude divisar a Tiberio, que estaba al acecho. Se había librado de la venda y del cabestrillo demasiado llamativos y ahora tenía la mano herida apoyada en un trozo de tela raído y con aspecto mugriento, tal vez rasgado de alguna vieja túnica. Estaba vagando, sin duda en busca de nuestro asesino, justo al igual que yo. Nos habíamos disfrazado de esclavos que se ocupan de sus cosas de la manera invisible que hacen los esclavos en las calles romanas. Nadie nos habría hecho caso a ninguno de los dos, aunque, por supuesto, yo lo vi.

Podía haberle dado el informe, pero tenía una idea mejor. Quería acercarme a la oficina de los ediles por si encontraba a Andrónico.

* * *

¡Qué emoción! Estaba allí.

Estábamos ambos encantados de vernos de nuevo. Andrónico me hizo reír con palabras selectas sobre Manlio Fausto, que lo había estado refrenando esos últimos

días. Me di cuenta de que mi amigo tenía el mismo dilema que todos los libertos: al emanciparse de la esclavitud, podía irse y ser su propio dueño, teniendo la vida amorosa que quisiera, pero entonces tendría que asumir unos riesgos financieros bastante grandes. Podría montarse su propio negocio, con un capital inicial muy pequeño, y enfrentarse a un posible fracaso. Si, por el contrario, quería quedarse a trabajar para gente que lo conocía, estaba atrapado, porque sus patrones —que es lo que eran ahora— esperaban poderlo mangonear. Tenía algún derecho a que ellos lo protegieran, pero a cambio tenía que obedecerlos. Me parecía a mí que Andrónico no tenía un carácter lo bastante humilde para aceptarlo. Consideraba su posición frustrante en extremo.

Liberé mi cuerpo caliente de los pliegues envolventes de la estola. Él acogió el proceso con el entusiasmo de un niño abriendo un regalo. En cuanto vio el pergamino, me lo quitó de las manos, riéndose de la etiqueta de confidencialidad y de los sellos. Le expliqué:

—Tras ordenar a los vigiles que me impidieran seguir con mis encargos privados, ese hombre aturdido ahora me ha contratado. Este es mi informe oficial para él.

—¡Y lo has entregado a la única persona que es capaz de deshacer los hilos, leer los secretos y volver a poner los sellos sin que nadie se dé cuenta! —bromeó Andrónico.

—Mmm, sí.

De hecho me había asaltado alguna duda momentánea. Pero confiaba en él.

—¡Supongo que falsificar sellos legales es la primera cosa que aprende un archivista!

—No, la primera es cómo esconder con rapidez el vaso de posea en un cajón cuando entra el jefe.

La posea, que es poco más que vinagre o vino estropeado por una mala conservación, es una bebida de esclavos. No hice comentarios. Sabía que no le gustaría que se lo recordara y tampoco le agradecería que supiera tanto de su pasado.

Me cogió la mano derecha y examinó mi sello. Tras compararlo con las marcas en la cera, siguió sujetándola. Me gustan los amantes con autoridad, pero era consciente de que estábamos en una oficina pública. En Roma, sólo las personas de las clases más bajas —o los nobles muy borrachos— hacen el amor en público. En cuanto a Andrónico, parecía disfrutar del peligro de ser descubierto.

—Por suerte —dijo, mirándome fijamente a los ojos desde muy cerca—, yo sí sé lo que está pasando. Se ataca a la gente en la calle. Desde hace un tiempo están teniendo lugar reuniones de hombres poderosos, con los ediles de por medio. Tres de los cuatro albergan esperanzas de poder retrasar cualquier acción hasta que se acabe su mandato, para poder endosar el problema a sus futuros compañeros. Nuestro Fausto tiene que ser distinto. Lo ha convertido en su misión personal. Quiere atrapar

al asesino del Aventino y, si fracasa, a ese idiota se le romperá el corazón.

—A lo mejor tiene razón. ¿No se merecen los ciudadanos protección?

—Por supuesto.

Andrónico tenía su típica mirada abstraída, casi como si hubiese querido dar otra respuesta. Sospeché que tenía en baja estima a la ciudadanía, pero creía que no estaba del todo equivocado. Cuantos más ciudadanos conocía, más perdía la esperanza.

—¿Fausto está aquí hoy?

—No, gracias a Júpiter.

—¿Y alguno de los otros tres?

—Por supuesto que no. No creerás que estos chicos de oro trabajan, ¿verdad?

Andrónico me atrajo a sí y empezó a acariciarme la nuca con suavidad. Olía a una esencia que debía de ser cara. Me hizo gracia saber que le gustaban semejantes artículos de lujo y que tenía dinero para comprarlos.

—Entonces, ¿qué has averiguado para el hombre triste?

—Oh, está todo dentro —murmuré, intentando tener bajo control la puerta por si alguien entraba.

Tengo mis normas. Nunca me ha gustado besuquearme en público. Quiero estar relajada y darlo todo. También me gusta la comodidad. Estaba sin duda dispuesta a dárselo todo a Andrónico, pero no apoyada contra unos baúles en la oficina pública de los magistrados. ¿Quién quiere que se le clave una vieja cerradura oxidada en las costillas?

—Lo verás si rompes los sellos... Me pidieron que interrogara a Laia Gratiana.

—¿Acerca del accidente en el que murió la criada de su amiga?

Estaba contenta de que hubiera oído hablar de ello, así no tendría que revelar una información confidencial.

—Sí, siempre me tocan los mejores trabajos... Tuve que obligarme a ser cortés.

—¡Pobrecita! Es una arpía. No aguanto tener que llevar documentos al Templo y ver cómo se pasea por ahí, como si fuera la Reina de los Cielos.

—Yo lo conseguí.

Entonces Andrónico reflexionó:

—Laia Gratiana, ¿no? ¿Sabes que ella y Fausto tienen un pasado sórdido?

—Por eso me enviaron a mí a tomar la declaración.

A pesar de que era maravilloso estar otra vez en sus brazos, no tenía ninguna intención de comunicar a Andrónico que Laia Gratiana podría haber visto al asesino. Y tampoco iba a informarle de lo que Tiberio me había confiado acerca de aquel antiguo divorcio.

—Sí, evitará de todas las maneras tener contacto con la altiva Laia y ella tampoco se le acercará jamás. Algo pasó allí, Albia. ¡Daría lo que fuera por saber qué fue con exactitud!

Para despistar a mi curioso amigo —y para intentar ignorar por dónde se iban sus manos—, mencioné mi sabia teoría según la cual, si una de las criadas hubiera tenido un lío, se habría guardado el secreto, teniendo en cuenta mi convicción de que ninguna mujer debería alardear de su amante. Empezamos a fantasear en broma:

—Ya sabes, o él está a punto de abandonarla de forma inesperada para perseguir su verdadera ambición, que es la de marcharse a la legión o de emprender un largo viaje por mar...

—O si no —Andrónico terminó la frase por mí—, su confidenta, que antes era su mejor amiga, resulta ser una zorra falsa, la misma mujer con la que el muchacho la ha estado engañando...

Nos reímos. Era maravilloso tener a alguien con quien compartir semejantes momentos estrafalarios en medio del trabajo serio. Andrónico era un experto en el arte del flirteo inocente y de la amistad relajada. Me hacía sentir segura. Me sumí en esa sensación placentera, a pesar de que sabía que tanta confianza podía ser peligrosa.

—Entonces... —insinuó—. Deduzco que no vas a alardear de mí, ¿no es así?

No podía evitarlo. Era un hombre, tenía que ser el centro de todo. Sólo le sonreí con sagacidad.

Volvimos al tema de mis investigaciones.

—Albia, ¿estás insinuando que un novio atacó a las criadas?

—No hay ninguna prueba de ello.

Oímos pasos pausados fuera, en el pórtico. Cuando entró el maldito mensajero, Andrónico y yo ya estábamos sentados inocentemente en dos sillas separadas.

—Veo que se ha deshecho del convincente disfraz —se burló Tiberio, indicando con la cabeza mi estola abandonada.

Tenía que informarme de que, por supuesto, me había visto en el Vicus Altus antes. Me pregunté si después me había seguido adrede para interrumpir mi diversión con Andrónico.

—Cuando hayáis acabado de lanzaros miraditas... Supongo que éste es su informe. ¿Puedo cogerlo?

Fulminó con la mirada a Andrónico, que tuvo que separarse de mi pergamino.

—He cubierto bastante bien todo —intervine, intentando distraerlos de su hostilidad recíproca—. No he podido hablar aún con la segunda criada, pero una fuente me ha dicho que dice no haber visto nada. Por supuesto, quiero comprobarlo. No dejaré de intentarlo, ya que quiero hacer un seguimiento adecuado.

—Manténgame informado.

No repetí mi teoría acerca de las mujeres y sus amantes. Tiberio no era un hombre con el que se podía bromear.

* * *

Tiberio nos dejó, agarrando mi pergamino, y se fue a alguna otra parte del

edificio.

Mencioné a Andrónico que había visto al mensajero patrullando la calle donde habían ocurrido los incidentes.

—Parece obsesionado.

—En realidad, podría haber también otra explicación —declaró Andrónico con tono sombrío.

—¿Cuál?

—¿Nunca te has fijado en el carácter tan raro que tiene Tiberio? Un solitario. Un merodeador. Una persona fría, sin amigos, arrogante, asocial, que no consigue gustar a nadie, ni siquiera si lo intenta, aunque la mayoría de las veces ni se molesta. Un hombre que recibió el encargo de moverse entre los ciudadanos, juzgando sus caracteres y su comportamiento... Así que, ¿no podría haber decidido aplicar su propio castigo a los que considere culpables?

—Sigue.

No me gustaban nada sus conclusiones, pero lo dejé llegar hasta el final.

—¿Verdad que no sería una coincidencia, Flavia Albia, si resultara estar involucrado en lo que estás investigando? Imagina que Tiberio es tu villano.

XXVI

Aquellos días los romanos estaban sumidos en la desconfianza. Nuestro paranoico emperador había conseguido que nadie se fiara de nadie. Comunicué a Andrónico que reflexionaría con mucho cuidado sobre su sugerencia. Lo decía de verdad. Normalmente me gusta sacar conclusiones por mi cuenta. Pero esa idea acerca del mensajero me había intrigado.

Desde luego, Tiberio había sabido de Salvidia, ya que había hecho el cartel para los testigos tras el accidente con su carro. No estaba al tanto de ninguna relación entre él y la anciana, Celendina, y tampoco me constaba que hubiera conocido al chico de las ostras, pero no era del todo improbable. Sin duda sabía mucho de Laia Gratiana. Y dadas las relaciones oficiales entre la oficina de los ediles y el Templo de Ceres, que con toda probabilidad incluían el culto, quizá conociera también a su amiga Marcia. Un mensajero de confianza no era ni demasiado deshonroso para tratar con mujeres como éstas ni demasiado superior para hablar con sus criadas.

Vagando por las calles con la excusa de estar a la caza de infracciones, Tiberio disponía de la situación perfecta para poder perpetrar ataques contra los viandantes. Tenía un aspecto furtivo. Siempre había tenido la sensación de que había algo raro en él.

* * *

Empecé a hablarlo con Andrónico, que estaba impaciente por compartir sus pensamientos sobre el tema. Tuvimos que parar cuando reapareció Tiberio.

—Un informe muy bueno —comentó.

A pesar de que el pergamino estaba dirigido al edil en persona, el cerdo engreído se había atrevido a abrirlo y leerlo. Después, para mi sorpresa, añadió:

—Esta noche tengo una reunión con Morelo para revisar el plan de acción. Podrías venir.

Dije que iría. De repente vi que Andrónico me decía por señas que no debería. Desde luego, Tiberio se dio cuenta y, con una sonrisa burlona en la cara, se quedó esperando a que hiciera lo que me había dicho el archivista. Si pensaban que iba a dejarme influenciar con tanta facilidad, se equivocaban. Pregunté a qué hora tenía que llegar al puesto y, como la cita coincidía con la hora de cenar habitual, aconsejé a Tiberio que se llevara algo de comer.

—Los vigiles tienen esa terrible costumbre de ir donde Xero a por tortas calientes.

—¿No son famosas?

—Legendarias. Todos van allí desde hace años. Si su jefe algún día quisiera poner en marcha una investigación de salud pública en las tiendas de tortas, podría evitar

muchas intoxicaciones alimenticias.

Por la expresión de Andrónico, deduje que habría preferido que no lo advirtiera.

* * *

No le veía el sentido a estar por allí mientras los dos se enzarzaban en una disputa. El mensajero había estropeado mi momento con Andrónico. Tras dar a éste un cortés beso de despedida en la mejilla, conseguí acercarme lo suficiente a él para susurrarle que la mejor manera de controlar a Tiberio era estar al corriente de sus planes. Luego me marché a casa.

* * *

Esa tarde, después de pasar por los baños, me fui andando hasta el cuartel local de los vigiles. La última patrulla estaba saliendo de ronda, así que el edificio estaba silencioso y vacío, pero a mí me resultaba mucho más seguro que cuando las tropas estaban allí. Encontré a Morelo en su sala de interrogatorios. Ésta era la estancia lujosa del puesto: un mugriento escondrijo con una mesa que tenía unas marcas de quemado sospechosas, un par de taburetes de tres patas cuya cuarta pata había sido arrancada para pegar a sospechosos y una vieja capa en un gancho. La mesa servía a Morelo para poner encima sus botas mientras se limpiaba las uñas con un cuchillo que le había quitado en su momento a algún prisionero.

Morelo se sorprendió de verme, así que, mientras recolocaba la pata a uno de los taburetes para que se pudiera utilizar, le expliqué que me habían invitado.

—¿De veras? ¿Tiberio no se habrá quedado prendado de usted o algo por el estilo?

—No, cree que soy una aficionada que no sirve para nada. No tengo ni idea de por qué he tenido este privilegio, a menos que supiera que iba a traer calamares al ajillo.

Los dejé en la mesa. Morelo se enderezó enseguida para poder echar un vistazo. Los vigiles responden a estímulos muy simples.

—No sabía que era una fiesta de ánforas.

No tenía motivo para preocuparse, porque, de hecho, nadie trajo ninguna.

Ya que el mensajero aún tenía que llegar, le pregunté hasta qué punto se conocían. Según Morelo, él y Tiberio compartían información con regularidad y lo habían estado haciendo desde que Manlio Fausto había obtenido el cargo en enero.

—En mi opinión, este mensajero tiene un aire siniestro —comenté.

Morelo me lanzó una mirada intensa.

—¡Oh, Tiberio no está mal!

En general, consideraba al oficial de investigación un hombre bastante perspicaz, así que su afirmación me sorprendió.

Oímos pasos que se acercaban fuera, en el patio, y apareció Tiberio.

—¡Qué silencio esta noche!

—Los tengo a todos fuera, vigilando. Hasta a los que no están de servicio.

—¿A cambio de una recompensa?

—No, sólo les he prometido no romperles las cabezas a puñetazos. —Morelo bajó la voz—. Los fondos escasean.

—¿Podría ayudar con algo? —se ofreció el mensajero, mientras ejecutaba la rutina de la reparación temporal de un taburete. Era probable que pudiera pedir al edil que rompiera su hucha de multas para sacar un poco de calderilla.

Morelo rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano.

—No, no. El taimado Escauro ya está reuniendo un presupuesto. Quizá nuestro tribuno haga algo útil por una vez.

En abril, a esas horas de la noche, la habitación ya estaba oscura. Morelo encendió unas lámparas de aceite de cerámica, la mayoría decoradas con escenas pornográficas, como es natural. Nos sentamos alrededor de la mesa. Mientras trabajábamos, comíamos. Tiberio había traído una elegante cestita de comida que contenía panecillos para todos y queso, cuyo proveedor, según dijo, había sido Metelo Nepote. Supuse que era un regalo para el edil, pero que Tiberio se lo había llevado.

Sonreí.

—Supongo que, al vivir en una casa grande, sobre todo si es una vivienda de solteros, os pelearéis por llevaros tentempiés del personal de la cocina...

—Normalmente, aparecer en persona con un aspecto famélico suele dar buenos resultados —reconoció Tiberio.

Como me había temido, Morelo se había procurado una gran torta de conejo de Xero. La ofreció a todos con evidente dolor del corazón. Tiberio cogió un trocito con educación. Yo estaba tentada, pero me resistí.

Ignorando el peligro de que pudiera gotear salsa del trozo de torta que aún tenía en la mano, Morelo extendió un mapa roto de las calles de nuestra zona. Parecía tener siglos. Les indiqué las partes que se habían quedado obsoletas.

—Oh, es suficiente para llevarnos de un punto A a un punto B —masculló Morelo.

—Bueno, a lo mejor aparecemos en el punto C... —insinuó Tiberio, casi dejando que se le escapara una sonrisa.

* * *

Tengo que decir que la siguiente hora de colaboración a tres fue una sesión insólita. Mejor de lo que me esperaba. Los dos hombres me aceptaron, podía trabajar con ellos. No obstante, tenían una ligera incompatibilidad como pareja y, además, para hombres semejantes era inaudito consultar a una mujer. Pero todos nos enfrentamos al problema con el mismo nivel de seriedad.

Antes de todo, expusimos los hechos conocidos. Morelo aportó unos antecedentes sorprendentemente útiles:

—He descubierto que está pasando lo mismo en otros distritos de Roma y hay rumores de que también en otras partes del Imperio. Eso podría llevar a pensar en una conspiración general, si os gustan ese tipo de teorías. Yo, si me preguntáis mi opinión, no lo creo. Veo más probable lo siguiente: un perverso realiza una serie de ataques callejeros aleatorios en un sitio, y luego, por mucho que los jefazos creen que lo tienen controlado, el rumor se difunde, porque los ciudadanos no son tontos.

—¿Y el rumor da ideas a algún otro loco? —intervine.

—Imitadores.

Tiberio estaba dejando que Morelo llevara las riendas, o por lo menos hasta ese momento. No sé por qué, pero no conseguía ver a Tiberio como un subordinado titubeante.

—Es un fenómeno conocido.

—A ver, legado, si conseguimos capturar al nuestro, quedarían todavía los demás, pero, para ser sincero, sólo quiero limpiar mi zona. Estoy convencido —afirmó Morelo a la defensiva, pero en realidad en su tono más convincente— de que, si nos concentramos en nuestro perpetrador particular, si le aplicamos directamente el procedimiento correcto y conseguimos detenerlo, nos dará mejores resultados que si fuéramos corriendo por ahí en vano, intentando abordar el miedo de toda una ciudad, y seamos sinceros, sin llegar a ninguna parte.

Tiberio asintió. Al mirarlo, pensé en lo irónico que sería que Andrónico tuviera razón y que él fuera el asesino. Andrónico me había hablado de esto de manera muy animada y con convicción, pero ahora me parecía una idea descabellada. Tiberio levantó la mirada —tal vez vio que lo estaba contemplando con un oscuro interés— y mordió un panecillo con su expresión más desagradable. Ese hombre podía ganar la competición de muecas en las Olimpiadas.

Debatimos mi teoría según la cual el asesino del Aventino era un vecino. Mostré a Morelo en su mapa la unión en forma de Y del Vicus Altus y el Vicus Loreti Minoris. Ese mapa era probablemente una antigüedad muy valiosa, pero el investigador de los vigiles sacó un tintero y marcó en él los lugares de los incidentes. Morelo se había pasado media vida yendo detrás de cosas robadas, así que había perdido el respeto por los tesoros.

La otra mitad de su vida la había dedicado a las víctimas de violencia. No estaba segura de si había perdido también el respeto por la vida humana, pero aquella noche, en teoría, le prestó la atención debida.

—Por lo que sabemos —remarcó—, todos los ataques se llevaron a cabo en pleno día.

—¿No tendría más sentido hacerlo al amparo de la oscuridad? —pregunté—. ¿No

hacen eso la mayoría de los asesinos en serie?

—Sí, pero tendría dos desventajas —reflexionó Morelo—. Menos gente por ahí, así que menos cobertura cuando ataca. Y, además, al anochecer las calles están llenas de vigiles. Podría cagarse de miedo sólo con imaginar encontrarse con nosotros.

Tiberio y yo unimos fuerzas por primera vez y pusimos los ojos en blanco ante la idea.

—Le gusta ir a su casa a cenar —sugerí.

Estábamos hablando de un hombre, porque nos basábamos en lo que tal vez había visto Laia Gratiana.

—A lo mejor lo obligan a ir. ¿Podría tener una esposa tirana? Lo critica mucho y él no se atreve a enfrentarse a ella. ¿Se venga atacando a ciudadanos, en lugar de resolver en su casa el problema con la mujer que lo aterroriza?

—O tiene una madre gruñona —me corrigió Morelo—. Dos de sus víctimas no son jóvenes.

—Pero entonces no cuadra el chico de las ostras.

—Si lo hace por excitación sexual, el chico no queda descartado —contestó Morelo con cinismo.

Tiberio parecía sentirse incómodo.

No había hecho ningún comentario mientras hablábamos Morelo y yo, pero había estado atento. El mensajero estaba comiendo su queso con tranquilidad, cortándolo en porciones estrechas y saboreándolo. Estaba utilizando el cuchillo con el que Morelo se había limpiado las uñas: antes había visto cómo lo limpiaba con sumo cuidado con el borde de su túnica. La túnica era esa áspera que le había visto hacía un par de días, aunque esta vez tenía una interior que parecía más suave y que sobresalía bajo el borde inferior y las mangas: su atuendo con capas. Los generales suelen tenerlo en sus estatuas para demostrar que pueden permitirse un amplio guardarropa.

Me di cuenta de que me había quedado mirando el queso sin pestañear. Sin decir una palabra, cortó unos cuantos trocitos y me los acercó. La textura no tenía muy buena pinta, pero Metelo Nepote había debido de ahumarlo. El resultado era fantástico. Masticaba con lentitud, haciendo ver que me gustaba, pero sin esforzarme en darle las gracias.

Mis calamares al ajillo habían desaparecido. Se habían esfumado pronto. Siempre era mejor comerlos antes de que se enfriaran del todo, pero entre los tres nos habíamos peleado por cogerlos.

—Podría ser un esclavo —expuse, mientras seguía masticando poco a poco.

A Morelo le gustó la idea.

—¿Enviado a hacer recados todos los días...?

—¿... y que hace algo vengativo mientras está fuera de la casa?

Tiberio se limitaba a escuchar, pero hizo una mueca para convenir que tenía

sentido.

* * *

Al no tener a disposición más pruebas que nos ayudaran a definir a nuestro asesino, empezamos a discutir las medidas para capturarlo. Eso degeneró en la organización de los hombres por turnos, lo cual me aburría sobremanera. Me limité a estar sentada, repantingada en la mesa. Tiberio y Morelo estaban preocupados por los próximos Juegos de Ceres. Durante siete, días, el Aventino acogería eventos públicos que podían proporcionar a ese hombre una tapadera y nuevas oportunidades. Aunque rompiéramos el silencio acerca de los asesinatos e invitáramos a los ciudadanos a tener cuidado, a nuestro distrito llegaría mucha gente de fuera que no estaría al tanto.

En un determinado momento, cuando nos estábamos tomando un respiro, Morelo me miró y exclamó, dirigiéndose a Tiberio:

—¡Le encanta esto!

—¿Conspirar en cuartitos oscuros llenos del humo de las lámparas? Tienes razón —convino el mensajero.

Aunque en circunstancias normales habría propinado una patada a dos hombres que hablasen de mí de esa manera, en ese caso no me sentí ni excluida ni tratada con paternalismo. Aquella noche éramos todos amigos.

—Entrevistar a mujeres arrogantes agota —dije sin esfuerzo—. Convencer a esas damas del culto de Ceres para que me dijeran algo útil ha tenido el mismo atractivo que limpiar vómito.

Morelo se rio entre dientes.

—Alguien tiene que hacerlo, Albia. ¡Algunos trabajos son simplemente demasiado sucios para los hombres!

—Blandengues. El truco está en no dejar que se den cuenta de que las estoy manipulando para obtener sus respuestas.

—Es la hija de Falco —informó Morelo a Tiberio, como si estuviera justificando mis habilidades—. ¿Lo conoces?

—Sé quién es.

Morelo asintió.

—Se defiende.

Tiberio seguramente estaba empezando a tener el tradicional dolor de barriga por el trocito de torta de conejo de Xero. Debía de estar distraído, porque también certificó con la cabeza. Entonces, Morelo preguntó:

—¿Y qué piensa su padre, Albia?

—¡Oh, no me venga otra vez con esa historia, Morelo! Llevo doce años haciendo este trabajo y no necesito que me vuelva a soltar la rancia frase de «¿No deberíamos pedir a alguien con más experiencia (y hombre) que participara en esto?». Hoy en día mantiene la cabeza baja, por si Domiciano se acuerda de que son enemigos. Y de

todas formas, este mes mi familia está por completo obsesionada con la próxima subasta de Viator.

Tiberio alzó una ceja. Dejó el cuchillo.

—¿No estará hablando por casualidad de Julio Viator, el importador de pieles?

Asentí con la cabeza:

—Es una enorme propiedad puesta a la venta por los herederos. ¿Por qué? ¿Conocía al difunto?

—Si es el mismo hombre, Tulio tiene negocios con él, o debería decir tenía. Viator incluso vino a nuestra casa una vez. Era joven, seguramente más que yo.

Con todo ese pelo facial, era difícil acertar, pero Tiberio parecía tener alrededor de treinta y cinco años.

—Me ha sorprendido mucho oírle decir que está muerto, Albia. ¿Cuándo ocurrió?

—Debe de haber sido en marzo. La primera vez que oí hablar de la subasta fue en una fiesta familiar.

El cumpleaños de padre. Eso me hizo recordar que el mío se estaba acercando a pasos de gigante.

Tiberio estuvo callado durante un rato y luego prosiguió:

—No le tenía cariño. Era uno de esos tipos que se pasan el día haciendo ejercicio... Nada de conversación, a menos que quisieras saber cuántas pesas había levantado, y además un completo estorbo en la mesa, porque tenía muchísimo cuidado con lo que comía.

—¿En forma? —preguntó Morelo (un comentario insustancial, pero enseguida se dio cuenta de que podía ser relevante)—. ¡Mierda! ¿Joven y sano?

Tiberio parecía pensativo.

—El hombre más en forma que he conocido. ¡Demasiado en forma para morir! Parece que voy a tener que hacer alguna que otra averiguación sobre esto mañana.

Morelo y yo nos miramos. Y después nos llamamos también.

* * *

La posibilidad de que hubiéramos encontrado por casualidad otra muerte para añadir a la lista nos desanimó. Dimos la reunión por terminada.

Recogí todas las migajas y los restos de la torta y los guardé en la bolsa en la que había traído los calamares.

—¿Cena de medianoche? —se burló Morelo.

—Perro callejero.

Se lo iba a llevar a mis zorros.

Vista la hora, el investigador sugirió que sería mejor que el mensajero me acompañara a mi casa. Intuí lo que era eso: una insinuación masculina de que Tiberio podría tener una oportunidad. Morelo estaba casado y tenía tres niños pequeños: esto nunca lo habría parado, pero sabía que había conocido a su esposa. Una mujer

agradable. Se había casado con un canalla, pero ¿qué otra elección tenían la mayoría de las mujeres? Si se portaba mal, Morelo sabía que Pulia se iba a enterar por mí.

Como sabía que él mismo no tenía ninguna opción, Morelo estaba indicando al mensajero que tenía el camino libre. Pensaría que estaba siendo generoso. No sé si el sórdido celestino realmente le guiñó el ojo, pero lo dio a entender. Tiberio no parecía interesado. ¡Gracias, Juno! Rechacé el ofrecimiento.

Me marché del puesto sola, caminando con rapidez para deshacerme del mensajero. Me abrí paso hacia el Armilustrio. Allí, con toda probabilidad, estaba Robigo muerto de hambre. Casi inmediatamente después de dejar la comida y alejarme, sentí su presencia. Encima del muro exterior vi aparecer su cabeza con las orejas erguidas. Pronto se deslizó por el muro y empezó a olisquear lo que le había traído.

No me quedé. De repente me puse nerviosa, porque tuve la impresión de que alguien me estaba mirando. También Robigo parecía estar más atento de lo habitual.

Por suerte, la plaza de la Fuente estaba cerca. Caminé deprisa. Cuando llegué a mi casa, Rodan por una vez había cerrado la reja. Sabía como forzar el candado, pero era complicado y requería un poco de tiempo. Una vez dentro, me apresuré a cerrarlo con maniobras torpes y miré fuera.

Tiberio estaba de pie a unos pasos de distancia. Estaba con los pies separados y los brazos cruzados. Cuando se dio cuenta de que lo había visto, sacudió la cabeza, como reprochándome por haberme arriesgado. Se fue enseguida.

Por supuesto, él diría que sólo estaba asegurándose de que yo estuviera a salvo. No podía determinar sus verdaderos motivos, así que me sentí indignada. Me había inquietado más que me siguiera hasta casa él que si me hubiera perseguido un extraño de modo furtivo. Sabía que, muy a menudo, las mujeres eran atacadas precisamente por hombres que conocían de antes.

Tiberio debió de verme con el zorro. No me gustaba nada que alguien de la oficina de los ediles supiera que tenía ese interés. Las Cerealias, con su ritual abominable, se estaban acercando. Y yo estaba planeando hacer algo para impedirles que prendieran fuego a los zorros.

XXVII

Estuve desayunando con mis padres. Si estaban sorprendidos por mi visita temprana, lo disimularon muy bien. Aparte del habitual «Cariño, siempre eres bienvenida, pero ¡no te comas toda la pasta de aceitunas!», enseguida salió: «Confiesa, ¿en qué estás ahora?». No los dejé en ascuas. Ni tampoco fingí que era mero amor lo que me había llevado a compartir sus panecillos blancos, los embutidos y la refrescante salsa de pepinos. Enseguida admití que quería conocer los antecedentes de la gran subasta de Viator.

Para cuando me fui —cargando con los hechos, con el asesoramiento de padre y con la dirección de la casa del hombre muerto—, sabía que había vendido pieles por todo el Imperio, lo cual explicaba por qué conocía al tío del edil plebeyo, un hombre que alquilaba almacenes. Los importadores traen a casa sus adquisiciones, pero es que Roma tiene los negociadores más listos del mundo: estas astutas sanguijuelas nunca venden al primero que se presenta, pero mientras van buscando y negociando la transacción más abusiva, la mercancía se tiene que guardar en algún sitio para mantenerla en buenas condiciones.

Había aprendido, gracias a un breve seminario, que hasta un país tan caliente como Italia se gastaba dinero en pieles. No sólo se apreciaban los animales vivos en la arena, sino que había mercado fácil también para la exclusividad y el lujo de las pieles de gatos grandes, osos, lobos, armiños y hasta conejos. El abuelo de Julio Viator había viajado en persona a muchas provincias y la siguiente generación también, ya que su especialización y prosperidad habían aumentado con el paso del tiempo. Viator había podido llevar una vida ociosa en Roma, porque tenía tropas de agentes que salían a vender por él. Podía pasarse todo el día en el gimnasio, porque poseía muchas tiendas llenas hasta arriba de pieles. Era un hombre joven que se quería quedar en Roma y que, si hubiera vivido, habría formado su propia familia.

La venta de la casa tras su muerte había hecho muy felices a mis familiares subastadores. Las ganancias provenientes de las pieles habían financiado una enorme colección de muebles exóticos, bronces antiguos y preciosas cuberterías de plata, además de una cantidad notable de las que, según la opinión experta de mi padre, eran horribles imitaciones de estatuas griegas. Hablando de forma confidencial: padre tenía intención de vender también los falsos. La gente compra de todo, y un indicio de fraude sólo contribuye a aumentar la excitación de algunos pujadores. Esperan que el subastador se equivoque para poderle pasar gato por liebre.

Los que lo intentan no conocen a la familia Didio.

* * *

Era una sensación extraña visitar una casa en relación con mis investigaciones y

encontrarme dentro a todos los míos. Julio Viator había vivido en una villa desperdigada encima del Tíber y en uno de los mejores barrios del Janículo, quiero decir, no en el populoso barrio de chabolas que llamamos Transtiberina y que está lleno de inmigrantes sospechosos y criminales hacinados lejos de la mirada de las autoridades, sino más allá, en la cuesta del monte, con elegantes vistas a la ciudad. Mi familia tiene una villa, incluso mejor situada que la de Viator. Es una zona tranquila. Los libertos suelen retirarse allí para vivir del botín. Los malhechores de éxito y los estafadores tienen grandes mansiones, cerradas a cal y canto y vigiladas por perros malvados. Los senadores y los empresarios retirados se esconden, mirando a la ciudad desde arriba y llorando sus viejos días de gloria.

La casa de Viator ya estaba casi vacía. Nuestros mozos iban y venían con su porte respetuoso, llevándose las últimas piezas que se iban a poner a la venta en el Pórtico de Pompeyo, el lugar de subastas preferido de mi difunto abuelo, Didio Favonio. El supervisor era Gornia, que debía de tener noventa años en aquel entonces. Lo habían obligado a retirarse, pero cuando el Saepta Julia se había quemado hacía un decenio y una muerte inesperada había reducido la familia, Gornia se las había arreglado para volver y nunca más se había ido. Lo saludé mientras se tambaleaba por ahí con sus largas y delgadas piernas cual insecto palo. Me presentó a un miembro del personal de Viator. Gornia fingía dejarle tomar notas, pero nuestro jefe de mozos siempre llevaba los listados y los costes dentro de su cabeza.

El tipo que me trajo Gornia, Porfirio, era un subsecretario, ahora ya superfluo. Era un esclavo que no tenía la edad suficiente para que lo liberasen, ni siquiera si lo preveía el testamento de Viator. Seguramente se estaba enfrentando a su futura venta a gente desconocida, pero intentaba ocultar su natural ansiedad acerca de lo que el destino le iba a deparar. Haciendo gala de una tranquila tristeza por la pérdida de su señor, me habló con libertad y creo que era digno de confianza.

Descubrí que no había familiares cercanos a los que Porfirio pudiera reasignarse, como era costumbre. En el caso de Viator, tras una breve disposición a favor de su esposa, toda su herencia se había transmitido a conocidos lejanos, ninguno de los cuales quería sus esclavos. Estaban disolviendo la empresa familiar y vendiendo sus existencias, lo cual causaría problemas también a otros trabajadores. Desaparecerían un hogar estable y un próspero negocio, ambos contruidos a lo largo de tres generaciones.

Julio Viator había estado casado desde hacía poco. La viuda no le había dado hijos y tampoco parecía estar embarazada. Eso había rebajado la cantidad de dinero a disposición para su mantenimiento. Se llevaría poco más que su dote. Por lo tanto, otro resultado de la muerte de ese joven era que una mujer que nunca había hecho daño a nadie tenía que regresar a casa de su padre, donde probablemente sería considerada una fracasada por volver sin que un matrimonio tan breve le hubiera

aportado nada.

Porfirio me dijo que Julio Viator había sido un buen amo, a pesar de no ser un intelectual. Había sido tan rico que, de haberlo querido, habría podido ser un perezoso vividor y, sin embargo, se había implicado en el negocio. Su círculo de relaciones sociales había sido muy amplio, aunque los amigos íntimos habían sido pocos. Gustaba a todos. No parecía haber tenido enemigos. El día que había muerto, había vuelto del gimnasio como siempre, había ido a su habitación a cambiarse de ropa y poco después se le había encontrado sin vida en su cama. No se había sentido mal ni había pedido ayuda. Su muerte repentina, con veintitrés años, era considerada una tragedia.

—¿Qué piensa que puede haber causado la muerte, Porfirio?

—Nadie lo sabe.

—¿Lo examinó algún doctor?

—No había estado enfermo.

—¿No se llamó a un médico para examinar el cadáver?

—No había motivo para hacerlo.

—¿El director de la funeraria hizo algún comentario sobre su muerte súbita a una edad tan temprana?

—Sólo que había mucho de eso por ahí.

* * *

Mientras me iba de la casa, apareció Tiberio. Le irritó mucho que me hubiera adelantado. Con tono furioso, me ordenó que no interfiriera, ya que él había dejado claro que tomaría cartas en el asunto. Por lo visto, no estaba acostumbrado a tener rivales en los casos.

—Es difícil. La situación es la siguiente: se ajusta al patrón. Estaba perfectamente sano. No hubo tiempo para llamar a un doctor y el director de la funeraria sólo soltó los habituales tópicos sin sentido. Hay una joven viuda. Me han dicho que está devastada. Tiberio, sabe muy bien que soy yo quien debería hacer esa entrevista.

—¡Sé tratar con jóvenes viudas!

—Oh, no lo creo.

Decidimos ir juntos. Él esperaría fuera de la habitación, mientras yo hacía las preguntas de manera delicada a la chica destrozada.

* * *

Lloró mucho. Sólo tenía diecinueve años y estaba del todo desconcertada por tener que enfrentarse a una pérdida tan cercana. La interrogué en la casa de su padre, como es natural. Tras dirigir su gran residencia, tenía que conformarse con ser otra vez sólo la niña pequeña de la casa, con ningún estatus real. Sus padres eran mayores y con toda probabilidad amables, pero no estaban capacitados para ayudarla a

readaptarse. Apenas tenía fuerzas para enfrentarse a la pérdida de su decente marido, por no hablar de volver al mercado matrimonial justo cuando se había convencido de que su vida ya estaba encaminada.

No era una estúpida. Le dije con claridad que teníamos sospechas de que había algo sucio en la muerte. Al recibir la noticia, se puso histérica, pero al final se calmó y reflexionó sobre ello con tranquilidad. Imaginaba que, tras quedarse sola, seguiría rumiando. Éste era otro aspecto de la tragedia: esa ingenua jovencita nunca se libraría del horror del asesinato de su marido.

Desde el principio asumí que lo había hecho una tercera persona. En ningún momento pensé que la culpable hubiera podido ser la esposa de Viator, aunque normalmente es lo primero que se indaga. No habría tenido ni idea de cómo hacerlo. Además, parecía haber en ella afecto sincero, o por lo menos pena por haberlo perdido. No ganaba nada con su muerte. De hecho, había perdido bastante libertad como esposa de un hombre muy rico, sobre todo —siendo cínicos— uno como aquél, que se pasaba la vida en el gimnasio.

No podía deducir con certeza cuánto había querido a su marido, pero vi que sentía responsabilidad hacia él. En un matrimonio, ¿qué más se puede pedir? Lloraría a Julio Viator. Rebuscaría en los recuerdos de su vida juntos, arrepentida por no haber aprovechado mejor el tiempo. Incluso, si lo amaba lo suficiente, desearía haber tenido un hijo con él. Era un hombre cuyo único tema de conversación era el ejercicio atlético, descrito como horroroso compañero de mesa, y aun así se verterían muchas lágrimas en su memoria.

Como no recordaba a nadie que hubiera odiado a Viator, la viuda estaba ahora angustiada por si el agresor, que en apariencia no tenía ningún móvil, quisiera ir a por ella. El asesino no sólo había destruido su hogar y destrozado su vida, sino que también la había aterrorizado.

XXVIII

La viuda de Viator sólo tenía un año menos que yo cuando había perdido al Chico Granjero. Su duelo reproducía el mío. Normalmente me suelo dar cuenta, pero esta vez me cogió desprevenida. Invasada por una emoción inesperada, salí de la habitación y dejé a la chica llorando.

Tiberio estaba esperando fuera. Le hice un resumen de los hechos de la manera más concisa posible.

—No ha aportado nada nuevo. Ni siquiera lo vio cuando volvió a casa. Oyó los llantos y la llevaron a ver el cadáver. Nunca había visto a nadie muerto hasta entonces. Lo único que recuerda es su terror. El incidente se ajusta al patrón. Eso es todo.

Me embargó una nueva ola de emoción.

—Su vida está arruinada. Es poco más que una niña. Yo tenía su misma edad cuando perdí de repente a mi marido. Sé por lo que va a tener que pasar... No me hable. No me siga. ¡Ya le tengo bastante visto!

* * *

No sé decir qué le pasó a mi cara, pero mi manera de irme echando chispas debió de impresionarlo. Tiberio me dejó ir sin ni una palabra de protesta. Tras verme salir disparada, debió de volver a la oficina de los ediles y seguramente ordenó a Andrónico que saliera de inmediato en mi busca.

* * *

No estaba en el Edificio del Águila y tampoco en El Astrónomo. Rodan debió de decirle en qué sitio más podría estar vagando. No puedo creerme que se lo hubiese contado Tiberio, aunque, después de la otra noche, el mensajero sabía que yo tenía otro lugar predilecto. Estaba sentada en uno de los bancos del Armilustrio, encorvada y envuelta en mi estola.

No había llorado, pero mi humor era tan negro que me daba miedo hasta a mí misma. Sabía que tenía que haberme controlado mejor en la casa de la viuda. Eso lo empeoraba todo.

—¿Puedo? —dijo Andrónico con suavidad, mientras se sentaba a mi lado.

Conseguí evitar molestarme por su solicitud de permiso y por hacerlo con tanta indecisión. Al principio se sentó en una esquinita. Luego se fue acercando y se limitó a hacerme compañía. Parecía comprender que era lo que necesitaba. A veces, huyes sólo para que alguien al que le importas venga a buscarte. La mitad de las veces nadie lo hace. Es la tragedia de la vida.

Cuando por fin lo miré directamente, sus ojos marrones eran tan compasivos que

casi rompí a llorar. Me hizo un mohín. Sabía que yo podía ser una furia, pero por lo visto no le daba miedo.

Me pregunté si sabría que había sido yo quien había apuñalado la mano de Tiberio.

* * *

Después de un rato murmuré:

—Aprecio tu amabilidad. ¿No te estarás metiendo en problemas? ¿Pueden prescindir de ti en la oficina?

—Es que esto son órdenes. Me da miedo imaginar lo que habrás hecho a Tiberio. Se cree un hombre duro, pero estaba bastante asustado.

—Actué de manera poco profesional. Me dejé llevar en lugar de permanecer neutral.

—¿Quieres contármelo?

—Gracias, pero no. Mi estupidez no es un problema tuyo.

—¿Eso crees? —Andrónico puso los ojos como platos y me lanzó su mirada triste—. Me han cogido por el pescuezo, me han sacado del archivo, me han informado de que Flavia Albia me ve con buenos ojos y que por eso podría no mordirme, y me han enviado a consolarte. Si no me hubiese movido como una pulga asustada, ahora tendría la huella de su bota estampada en la parte trasera de mi túnica.

Me reí un poco, pensando que me habría gustado asistir a esa escenita.

—Parece que pasas mucho tiempo con él —masculló mi amigo con esa nota de queja que le salía de vez en cuando.

—¿Estás celoso?

—¡Por supuesto!

Me estremecí.

—Pensamiento horrible. No seas tonto. Era trabajo. Estaba convencido de que le podían servir mis habilidades femeninas. No volverá a repetir el experimento.

—Su intención es aprovecharse de tu experiencia y luego llevarse los elogios —me advirtió Andrónico—. Todo lo que quiere es aparentar.

—Eso ya lo veo.

—Entonces, ¿lo has ayudado?

—No lo suficiente para que sea relevante.

Suspiré y me relajé, feliz de estar con alguien de confianza. Ése era el motivo por el que me había conmovido tanto antes. La joven viuda solitaria me había hecho recordar cómo compartía mis preocupaciones con el Chico Granjero. Hablar de mis casos con Léntulo muchas veces me había ayudado a resolverlos. Le encantaba escuchar y yo era como una cuentacuentos para él. No había tenido nada parecido desde entonces y por eso me había sentido tan identificada con el aislamiento que sentía la viuda de Viator.

Pero ahora tenía alguien en el que confiar.

—¡Es un caso desesperado, Andrónico! Estamos intentando resolver una serie de muertes, sin relación aparente entre ellas, en las que a menudo ni las mismas víctimas se dieron cuenta de que les había pasado algo malo. —Vacilé—. A excepción tal vez de una señora mayor. Celendina. Dijo mi nombre: quizás estuvo diciendo a su hijo que se pusiera en contacto conmigo.

—¿Dijo algo más? —preguntó Andrónico, sonsacando la historia para ayudarme a evaluar los testimonios.

Me encantaba su manera tan atenta de escucharme.

—No creo. Aunque lo hubiera hecho, su hijo, la única persona con la que habló, es incapaz de recordar.

—¿Qué le ha pasado?

—Lo tienen los vigiles.

—¿Creen que la mató él?

—Es posible. Pero no podría haber matado a los demás.

—Aparte de eso, ¿no tienes ninguna idea de quién lo está haciendo?

Giré la cabeza y lo miré de hito en hito.

—No.

—¡De todas formas, nunca me lo dirías! —Andrónico sonrió.

—Tienes razón —coincidió, devolviéndole la sonrisa, ya que estaba feliz de reconocer abiertamente que a veces hacía falta discreción.

Andrónico se encogió de hombros. Si había algún secreto entre nosotros, no parecía estar afectando a nuestra relación.

Pero entonces me pidió que le dijera por qué estaba tan turbada. Como era un asunto personal, libre de las restricciones implícitas de los casos, decidí contárselo. Le expliqué la avalancha de recuerdos que me había asaltado cuando los rasgos dulces e inmaduros de la mujer enlutada de Viator y la manera en la que se había derrumbado entre lágrimas me habían hecho recordar mi propia juventud. Había superado la primera fase, el rechazo a aceptar lo que había ocurrido, y ahora estaba con la ofuscación. Conocía muy bien todo eso. Conocía su pánico al encontrarse sola de forma tan inesperada.

—Cuando me pasó a mí, estaba volviendo a casa de comprar unas guirnaldas para un evento familiar y me encontré a gente esperándome en el piso. Me dijeron que había habido un accidente. Léntulo había muerto. Los meses siguientes fueron terribles, porque, a pesar de tener la simpatía de muchas personas, me sentía aislada por completo. Tenía miedo de no poder enfrentarme sola a la vida, en un momento en que estaba acostumbrada a compartirlo todo.

Mi buen amigo asintió, lleno de benevolencia. Eso le hizo pensar en los sufrimientos —si había alguno— que él mismo había experimentado en su vida. A

los esclavos enlutados a menudo se les impide expresar su dolor y se los obliga a seguir impassibles con sus tareas.

—Esas pequeñas cosas que habría hecho, Andrónico, porque hasta un hombre rico ayuda alguna vez a su mujer a encontrar su pendiente perdido o toma la decisión de llamar al carpintero o decide los embutidos para comer cuando ella no puede elegir. Julio Viator se pasaba el día en el gimnasio, pero debía de volver a casa para comer y dormir, aunque no hiciera más que gruñir cuando ella le hablaba.

Cuando por fin terminé, conmovido por tantas revelaciones sobre un tema del cual no solía hablar, Andrónico me preguntó en un tono apagado:

—¿Crees que tenían una buena relación?

—Estoy segura de que sí. Era evidente por su manera de hablar.

—Es joven. Podrá volver a casarse.

—Ahora mismo ni se le pasa por la cabeza.

Andrónico sonrió.

—Tú no lo hiciste.

—Yo tengo un carácter disidente. La viuda de Viator pertenece a una familia muy convencional. Ella misma es convencional. Sus padres se inventarán algún nuevo marido, insinuando que sería una consolación. Supongo que se conformará. Es muy maleable. La empujarán a ello antes de que esté preparada, mucho antes de que se recupere. Ella misma creerá que es lo mejor para ella.

—Pareces más afligida por esta jovencita, que por lo menos sigue viva, que por el hombre muerto —señaló Andrónico.

—Él ya está en el más allá. No siente dolor.

* * *

—¿Cómo sabías que la viuda era joven? —pregunté de repente, aunque en el fondo era obvio.

—Vino a nuestra casa una vez que Viator cenó con Tulio.

—¿Ah, sí?

Tiberio no había mencionado ese detalle. Supongo que se consideraba a sí mismo un hombre entre hombres. Lo único que había dicho era que había conocido a Julio Viator. Por lo visto, una esposa acompañante no era digna de su atención.

—¿Y la viste?

—Una criatura hermosa, no exactamente estúpida, pero no a la altura de las conversaciones de los hombres. La descubrí toda enfurruñada en el pórtico, con su ropa de rica y sus joyas sofisticadas: se estaba mojado los dedos en una fuente, aburrida hasta la médula. Ya sabes, los hombres hablan sin parar de negocios, ella ya ha pasado revista a los chicos guapos del servicio, se inventa una excusa para utilizar los servicios y luego se demora en el jardín durante un tiempo indeterminado.

—¡Oh, sí, conozco esa situación!

Yo también alguna que otra noche había disfrutado de una bocanada de aire fresco en un pórtico perfumado, cuando se me había obligado a quedarme en una cena deprimente por pura cortesía. Solía divertirme pensando en maneras horribles de llevar a los demás invitados a la ruina, pero, en mi opinión, la esposa de Viator carecía de tanta imaginación.

—Por suerte, luego llegó un guapo y afable archivista para compadecerse de ella y darle conversación.

Ahora me tocaba a mí estar celosa, pero yo sabía ocultarlo mejor.

—¡Tienes una opinión muy alta de ti mismo, Andrónico! ¿También conociste a Viator? Tiberio dice que no le caía demasiado bien. ¿Cuál es tu veredicto?

—Cuello grueso, un cerebro aún más grueso. Grandes muslos, grandes bíceps, una opinión de sí mismo aún más grande. Una bestia.

—¿Por qué lo dices? ¿La trataba mal?

—No, no diría eso. Pero rugió desde el salón para ver qué es lo que la retenía.

—¿Le tenía miedo? Porque no fue la impresión que me dio.

—Tu criterio es siempre perfecto —me halagó Andrónico.

Paladeé su admiración, tal vez con demasiada facilidad. Estaba acostumbrada a gente que hacía piropos de manera más burlona y que los ocultaba tras la ironía.

—Desde luego asustada no estaba. Regresó al salón bastante feliz. Él le rodeó los hombros con su brazo peludo y ella le puso el suyo en la cintura.

Asentí con la cabeza, más tranquila. Después de un rato, Andrónico añadió:

—Entonces Fausto mandó llamar al flautista para mejorar el humor de la fiesta. Viator y su esposa no se quedaron hasta muy tarde. Se había tomado algo, había cerrado negocios con Tulio. Me imagino que la arrastró hasta casa para echarle un buen polvo.

—¡Puedes ser muy vulgar a veces!

—Conozco a esa gente —replicó Andrónico. Dejó claro que no pretendía que fuera ningún piropo.

* * *

No mucho después, el frío y el entumecimiento me convencieron de que era hora de moverse. Antes de que me encontrara Andrónico, me había quedado sentada en el Armilustrio durante unas tres horas. Mi rabia y dolor se habían calmado. Hablar con él me había ayudado. Me levanté y volví a sentarme enseguida: había divisado dos orejas impertinentes encima del muro exterior. Robigo, mi zorro preferido, estaba sentado allí, como quizás había estado haciendo desde hacía un rato.

Andrónico se dio cuenta y, gracias a su astucia, dedujo que tenía un interés particular. Él también volvió a tomar asiento. Nos quedamos en silencio, mientras yo esperaba a ver qué haría Robigo. No le había dejado comida, así que me sorprendí cuando, tras bajar y rebuscar un poco por ahí, no percibí indicios de movimiento

durante un buen rato. Al final me acerqué a la zona al lado del altar donde acostumbraba a dejarle restos y descubrí por qué no había abandonado el recinto. Donde solía dejar su cuenco de comida ahora había una enorme trampa de animales. Dentro estaba Robigo, volviéndose loco.

Me agaché cerca de él y empecé a hablarle con calma. Se quedó quieto en el extremo más alejado de la trampa. Andrónico se acercó por detrás para ver qué estaba pasando. Se tumbó a mi lado.

—Están capturando zorros para las Cerealias.

—¡Pues éste no lo van a coger!

A pesar de trabajar para los ediles, en relación tan estrecha con el Templo de Ceres, mi amigo se enfrentaba a las autoridades con tanta rebeldía que no temía su traición. Hablando en voz baja para no asustar al zorro atrapado, revelé a Andrónico mi odio por el ritual de las antorchas encendidas y mis visitas habituales para alimentar a los animales.

—¡Alguien debe de haberlo sabido! Se han aprovechado de su confianza en mí. Es culpa mía.

—¿Qué vas a hacer?

—Soltarlo, por supuesto. Pero antes tengo que tranquilizarlo. Puede darme un buen mordisco.

Me levanté y caminé hasta la trampa, mientras continuaba susurrando a Robigo. Ahora estaba temblando con violencia, poniendo los ojos en blanco mientras me acercaba. Dio un respingo, pero ya había parado de correr arriba y abajo por su prisión como antes de encontrarlo. Su hermoso pelaje estaba mojado de saliva espumosa y tenía sangre en el hocico. Debía de haber intentado liberarse a mordiscos.

La trampa era una larga jaula de metal en forma de caja. Parecía vieja y oxidada: deben de usar las mismas año tras año. Ponen carne cruda en un extremo. Al entrar, tal vez después de mucho rato investigando con cautela, Robigo había pisado un pedal que había cerrado de golpe la puertecita detrás de él. Tenía que tirar de un alambre para que la puerta pudiera levantarse de nuevo. Hube de ponerme de pie, a un lado y detrás de la entrada, para dejarle el camino libre.

Cuando ordené a Andrónico que se apartara, preguntó:

—¿Quieres que lo haga yo?

—No es necesario.

—¿Debo deducir que no es la primera vez que juegas con trampas de animales?

—¡Nunca lo admitiré!

Sí, ya lo había hecho, ese año y antes. Solía vagar por el Aventino en busca de trampas y liberaba tantos animales capturados como podía. Si encontraba alguna trampa vacía, la dejaba con la puerta bien cerrada.

—Su ritual es cruel. Hago lo que puedo para detenerlos.

—No atrapan esas criaturas sólo aquí, en el barrio —me aclaró Andrónico.

Al trabajar en la oficina de los ediles, estaba al corriente del procedimiento.

—Un viejo pueblerino siniestro, que suda y apesta a pocilga, viene de la Campaña en abril y trae un carro lleno.

—Ya lo sé. Ocurre todos los años. Le pagan un dineral por cada zorro vivo que les proporciona. Si pudiera descubrir dónde los tienen escondidos, también los dejaría libres.

—¡Lo dices de verdad! —se maravilló Andrónico.

—Confío en ti para esto —lo advertí.

No le pedí que me ayudara. Habría sido demasiado. Pero me dijo, por su propia voluntad, que miraría si podía descubrir dónde tenían encerrados los ediles a los zorros de la Campaña. A esas alturas debían de estar ya en Roma.

Había manipulado el pedal en la jaula de Robigo y pude abrir la puertecita. El zorro miraba lo que estaba haciendo sin hacer ni el más mínimo ruido. En cuanto se dio cuenta de que el camino para salir estaba libre, pasó como un rayo por la abertura y huyó, con la cola ondeando detrás de él. Como siempre cuando liberaba a un animal atrapado, tuve el mismo ataque de pánico que debía de tener él, pero después me sentí felizmente aliviada.

XXIX

Pasé gran parte del día siguiente viviendo mi propia vida. No había abandonado las muertes, pero no había pistas evidentes que seguir y no tenía ninguna gana de dejarme menospreciar por Tiberio. Estaba decidida a evitarlo. Recopilé mis notas sobre varios casos diferentes de clientes privados. Los había dejado un poco de lado últimamente. Me dediqué a las tareas domésticas. Eso incluía arreglar una túnica cosiéndole un ribete en el escote cuadrado que se había deshilachado, como era habitual, a partir del punto débil en la esquina. El ribete con el que estaba cubriendo las hilachas también reforzaría el escote y prolongaría la vida del traje. Había sido una buena túnica, azul, mi color preferido desde siempre, a pesar de ser caro y de desteñir terriblemente.

Me gustaba bastante coser. Disfrutaba metiendo y sacando la aguja con calma, atravesando las capas de túnica y forro, y luego haciendo pasar el hilo, con la satisfacción de alisarlo bien, para que quedara plano mientras avanzaba.

Esta tarea me calmó tras otra experiencia que me había causado horror: había caminado toda la mañana por el Aventino, buscando más jaulas de zorros. Había encontrado varias. Todas menos una estaban vacías, así que las desmantelé. La última tenía dentro un joven zorro, muerto. En algún momento, antes o después de desplomarse, unos cuervos habían conseguido meter los picos por los alambres y le estaban comiendo los ojos. Los ahuyenté, pero después sólo pude alejarme.

* * *

En cuanto acabé de coser, llegó Andrónico. Estaba arriba en mi despacho, sentada delante de la puerta del balcón para aprovechar mejor la luz. A su saludo alegre, mordí el hilo tras el último punto y luego clavé con cuidado la aguja en el ribete de la túnica: las agujas no son baratas.

—¡No estoy muy lejos de tejer con un telar como una esposa tradicional! —me mofé de mí misma, mientras ordenaba un poco y recogía mi costurero.

Mi amigo me la cogió de la mano y examinó el elegante cofre que había sido un regalo de mis padres: excelente madera de cedro perfumada, con incrustaciones estampadas de marfil y cierre de plata. Mis hermanas pequeñas se habían divertido encontrando cosas para meter dentro: un dedal de bronce, unas tijeras, un punzón, un estuche para las agujas de hueso esculpido. Desde que la tenía, la había estado llenando con restos de hilos y ribetes, botones y cuentas. A cualquiera le parecería un revoltijo desordenado, pero para mí cada una de esas baratijas era un recuerdo de una historia pasada.

—¡Alguien te quiere!

Al dejar la caja decorativa en la mesa, noté en Andrónico su habitual mirada

sospechosa. Mi encantador castaño claro estaba allí, esbelto y en forma, sin darse cuenta de la poca necesidad que tenía de estar celoso de mí.

—¡No un hombre! —gruñí, adivinando sus pensamientos—. Padres generosos.

—Estás muy unida a tu familia.

—La gente que conoce mi historia no se lo espera, pero ¿por qué no?

—Vives sola —dijo Andrónico—. Pero parece que ocultas bastantes cosas de tu pasado.

—No oculto nada.

—Vives en este sitio horrible, a pesar de tener un padre rico.

—Éste era el despacho de mi padre antes de ser el mío. Se abrió camino solo y lo mismo estoy haciendo yo.

—Saliste bien parada y aun así das la espalda a una fortuna.

Andrónico no parecía ser capaz de comprender mi elección. Supongo que para un liberto el dinero era demasiado importante.

—Me dijiste que habías nacido pobre. Si eso es cierto...

Su insinuación de que podría haberme inventado la historia para llamar la atención me sorprendió. Mi pasado fue duro. ¿Por qué razón se iba a inventar alguien un pasado miserable sin necesidad?

—... ¿por qué ahora no te aprovechas de lo que tienes?

—Sería la solución más fácil para la mayoría de la gente. Y creo que el miedo más grande de mi padre es que los hombres que gusten a sus hijas tengan esta actitud.

Mientras le explicaba la alternativa, sentí cómo mi barbilla se levantaba.

—No lo hago. Jamás lo haré. Aprecio la buena fortuna, pero, cuando puedo, intento arreglármelas sola. Cualquier amigo mío lo verá de la misma manera.

—Sólo quería comprender.

Ahora Andrónico tenía sus ojos como platos, su expresión era seria y tenía una actitud sincera y digna de confianza.

—¡Me encanta tu manera de ver las cosas, Albia!

Y para demostrármelo, me dijo por qué había venido: había descubierto dónde guardaban los ediles los zorros para las Cerealias. Desde luego, con esa noticia se ganó todo mi afecto y gratitud.

* * *

Lo que hicimos en la siguiente hora era peligroso y podía haber desencadenado la ira de los ciudadanos hacia ambos. Andrónico tenía ganas no sólo de enseñarme adónde ir, sino también de acompañarme y ayudarme. A veces yo hacía locuras, pero hasta ahora nunca con un compañero. Ya que nuestro destino era el Templo de Ceres, tan familiar para él, pero tan desconocido para mí, no tenía sentido poner pegos. Y, de todas formas, nuestra amistad se había extendido con facilidad a la participación conjunta en esa aventura temeraria.

De camino al sitio, me preguntó:

—¿Qué diría de esto tu maravillosa familia?

—¡Me aconsejarían con mucho encarecimiento que no lo hiciera!

Por lo visto, fue la respuesta correcta. Se rio con suavidad.

Entonces, le pregunté cómo había conseguido escabullirse. Me dijo que Fausto estaba presidiendo una gran reunión sobre los preparativos para los Juegos de Ceres, una responsabilidad que no podía descuidar, mientras que su tío se había ido a algún banquete de borrachos, una de esas noches a las que Tulio estaba acostumbrado. La casa no tenía reglas. Los esclavos y los libertos iban y venían.

Era una muy buena tarde, pero hacía frío. Había gente en la calle, aunque no demasiada. Caminábamos el uno al lado del otro, como dos amantes de paseo. Era demasiado pronto y había demasiada luz para que la mayoría de los ladrones estuvieran ya activos y, sin embargo, las ancianas discretas ya se habían ido a casa para cenar con sus gatos. Las familias que salían de las tiendas y de los talleres no se fijaban en nosotros, porque era evidente que no estábamos yendo de compras. Nadie se acordaría de nosotros. Nadie podría haber imaginado que teníamos un cometido ilegal.

Llegamos al templo. Uno de tantos en el Aventino, éste en particular estaba aislado en el extremo noroeste: dominaba el Circo Máximo y miraba hacia el lado opuesto de la ciudad, como queriendo desafiar de manera arrogante a los grandes dioses oficiales del Capitolio romano.

Ceres era benigna con los humanos: nos había dado la agricultura y, con ella, la costumbre de una vida regulada. ¿Cómo podía la diosa que enseñó a la humanidad a arar, que descubrió el trigo para nosotros, que reinaba como patrona de los valores humanos decentes, de la paz y de la justicia, exigir que fueran torturados los zorros? Uno de sus compañeros en ese antiguo templo era Liber, Padre Libertad, dios del vino y de la virilidad masculina, pero también —tal vez porque el vino suelta la lengua— defensor de la libertad de expresión. Aquel templo era un antiguo centro de rebelión contra el orden social restrictivo. Lo que pretendíamos hacer Andrónico y yo al menos encajaba en ese espíritu.

Eso no quiere decir que las autoridades plebeyas lo aprobaran. Si nos vieran con los zorros —si nos pillaran—, sería considerado un «insulto a Ceres». La pena por eso solía ser el ahorcamiento.

* * *

Esa noche mi amigo estaba exaltado de un modo maravilloso. Me arrastró arriba por las escaleras desgastadas, a través de las cortas y gruesas columnas debajo del descolorido frontón de madera, y luego entró en el santuario. Nunca antes había estado dentro. En Roma, la mayor parte de la vida religiosa tiene lugar en el exterior, donde están los altares para los sacrificios al aire libre. En la víspera del festival había

más gente de lo habitual. Unas ancianas vendían tartas y panales de miel en pequeñas mesitas colocadas entre las columnas.

Pasamos a su lado para entrar en el interior inadvertidos. Otra anciana, con un vestido griego blanco, obviamente la sacerdotisa mayor, estaba arreglando la estatua de Ceres. Sus movimientos eran artríticos, pero enderezó los manojos de espigas y la antorcha de la diosa antes de girarse. Reconoció a Andrónico y a lo mejor le lanzó una mirada reprobatoria, pero no intentó echarlo. A mí me ignoró. Las mujeres tenían permiso para entrar.

Andrónico era un excelente actor. Para justificar nuestra presencia, empezó a darme, con una voz grave, una clase sobre las estatuas de culto, fingiendo ser el guía de una visitante curiosa. Cada uno en su lugar sagrado, había tres dioses de bronce hermosos en extremo, pagados con las multas que recaudaban los ediles: Ceres estaba sentada en la caja adornada con serpientes que contenía los artículos secretos que utilizaba en sus misterios; Liber, con su odre de Dioniso; Libera, asociada con Perséfone, la hija de Ceres, secuestrada por el dios del inframundo, pero rescatada...

A diferencia de tantas otras historias sobre los dioses y las diosas del panteón oficial, ese grupo lujurioso y amoral que parecía interesado sobre todo en las aventuras amorosas, la Madre y la Doncella tenían un especial atractivo para mí. Su historia era el corazón del festival. Dentro de unas noches, mujeres vestidas de blanco correrían por todo el Aventino, antorchas en mano, para representar a la desesperada diosa en busca de su hija desaparecida, cuando la tierra se muere en la oscuridad absoluta del invierno, antes de que la madre se reúna con su niña en la luz y que los brotes verdes germinen de nuevo. Incluso en la ciudad —en especial en la ciudad donde había tantas bocas que alimentar— se celebraba la renovación del trigo que nutre la vida.

Una vez, según la leyenda, un chico vio a un zorro robando gallinas. Al intentar quemarlo vivo, éste se escapó. Mientras huía ardiendo, su cola en llamas encendió los campos y destruyó las valiosas cosechas de cereales. Desde entonces, a los zorros se les castigaba en el nombre de Ceres...

En la sala perfumada de incienso sólo estábamos nosotros dos. Había unas cuantas lámparas encendidas para hacer compañía a los dioses. Andrónico me guiñó el ojo, pero se contuvo por respeto a las deidades. Me volvió a llevar fuera. Avanzamos con sigilo a través de las columnas y bajamos del podio con los corazones palpitantes. Era sin duda el cabecilla mientras nos abríamos camino desde la calle principal, manteniéndonos en las sombras del lateral del templo, hasta una puerta discreta. La mayoría de los templos las tienen y suelen dar acceso a las catacumbas donde se pueden depositar los tesoros. En ese caso se trataba del archivo del que era responsable Andrónico: un almacén de decretos, conservados en el corazón de la Roma plebeya y cuidados por los ciudadanos comunes en señal de

desprecio hacia la aristocracia. Me llevó dentro y me enseñó la fila de columbarios, los interminables archivadores al estilo de un palomar donde estaban guardados los pergaminos que conformaban su reino.

Me robó un beso. Estaba muy excitado: intuía que quería algo más y lo habría conseguido —desafiando el decoro, entre los archivadores de pergaminos—, si no hubiese estado tan concentrada en nuestra misión.

—¡Más tarde! —siseé, insinuándole que ojalá no tuviéramos que esperar.

Más allá, en la calle, siempre debajo del templo, había un almacén. Desordenado pero funcional, era como cualquier trastero. Allí guardaban productos de limpieza y lámparas, artículos de culto y un montón de antorchas preparadas para el festival. Andrónico me enseñó una estatuilla con forma fálica, un atributo de Liber, abandonado allí para que cogiera polvo. Según él, las sacerdotisas del culto, una colección de matronas mojigatas, habían tirado el enorme miembro erecto en una de sus limpiezas de primavera. Lo indicó de manera sugerente y nos reímos tontamente.

A diferencia del archivo, para el que Andrónico tenía, una llave especial, este trastero estaba sin cerrar. Andrónico me dijo que tenían que vigilarlo dos esclavas públicas, las mismas tristes veteranas que utilizaban las escobas para barrer los escalones del templo y los cubos para ir a coger agua de las fuentes y limpiar el santuario cada día. Todas las noches se iban a cenar y, como servían en un templo dedicado a un dios del vino, eran conocidas por comportarse como Liber habría querido: mejorando su comida con los goces derivados del zumo de uva fermentado. Pasaría un rato antes de que la pareja volviera, un tanto pasmada.

Habían encendido una linterna para evitar tropezarse con cosas a su regreso y para dejar un poco de luz a sus actuales tutelados: cuatro zorros de campo, heridos y roñosos.

* * *

Actuamos deprisa.

Los animales estaban todos metidos en una jaula grande. Tenían agua, pero nada de comida, por lo que podía ver. Eran criaturas rabiosas e infelices cuyo hedor había saturado el trastero. No podía imaginarme cómo tenían intención de cogerlos y dominarlos para poder atar las antorchas a sus colas. El solo pensamiento me horrorizaba. Andrónico dijo que vendrían hombres del zoológico imperial.

—Sé qué hacen los zorros —admití—. Mi marido nació en una granja. Siempre detestó a los zorros porque masacraban a las aves. Arrancaban las cabezas de las gallinas con independencia de su necesidad de comer. Todos los años, mientras yo me escondía en casa deplorando el ritual, él salía y se unía a la muchedumbre que lanzaba alaridos hasta el Circo.

—¿Así que no teníais nada en común?

—Amor es cuando te juntas con alguien a pesar de las discrepancias.

—No lo comprendo —repuso Andrónico.

—Entonces cállate y ayúdame a hacer esto.

Debíamos tener cuidado. Soltar los zorros en ese trastero causaría estragos y además no serviría de nada. Necesitábamos que las criaturas se fueran directas a la calle y huyeran. Para asegurarnos de que lo hicieran, desplazamos la enorme jaula hasta la puerta antes de abrirla. Los zorros se encogieron temiendo que les hiciéramos daño. Al principio se limitaron a mirar la puerta abierta, evaluando la nueva situación. Los ahuyentamos, intentando no hacer demasiado ruido para no llamar la atención. Al final uno se movió, sacó su nariz fuera y después corrió a salvarse. Los demás lo siguieron. El tercero esperó al cuarto como si fueran amigos o hermanos. Una vez en la calle, avanzaron con sigilo en la sombra y se perdieron de vista. Oí un ladrido bestial y después nada.

Quitamos la jaula para poder pasar. Yo quería irme de allí lo antes posible, pero Andrónico decidió dificultar aún más los ritos. Sacó fuera el montón de antorchas y las tiró a la calle. Les echó encima un cubo de alquitrán. Mientras lo miraba con admiración, apenas capaz de creerme su temeridad, encendió una astilla con la linterna. Resguardando la llama con la mano, los ojos brillantes, salió fuera con la maderita y la dejó caer encima del montón de teas. Empezaron a arder y proporcionaron un brillo cálido y repentino a nuestras caras embelesadas. Dio una patada a una antorcha suelta y la mandó a la hoguera, lo que causó un torrente de chispas. Entré corriendo a coger más antorchas para añadir a la pila, hasta que toda la calle lateral se llenó de luz y fuego.

El olor a humo debió de difundirse. Al oír el silbato de un vigil allí cerca, Andrónico me agarró de la mano y, tras una fuerte carcajada, por fin nos giramos y nos batimos en retirada. Desaparecimos de la zona del templo, saliendo disparados en la noche, justo como los zorros.

XXX

Nos habíamos ido corriendo hacia el norte, porque los gritos nos habían indicado que los vigiles venían desde la calle donde se encontraba la entrada del templo. La dirección opuesta nos llevó a bajar por el monte, hasta la estación de trigo, y después nuestras piernas nos llevaron de manera natural hasta la orilla del Tíber. Estuvimos caminando, cogidos de la mano, por el largo pórtico de la Puerta Trigémina. Algunos puestos se habían cerrado para la noche, otros, quitados directamente. Pasamos cerca del puesto familiar de Lupo, el desbullador de ostras asesinado: no había nadie y no llegamos a tocar el tema.

Nos habíamos tranquilizado, pero aún tendíamos a juntar nuestras cabezas, mi oscura corona contra sus patillas anaranjadas, y a soltar risitas tontas. Éramos como niños traviesos, aunque lo que acabábamos de hacer nos hacía bastante peores que granujillas. Las consecuencias podrían haber sido horrorosas, y no sólo para nosotros. Podríamos haber causado un terrible destrozo. Las maderas centenarias del tejado del templo se habrían incendiado en un instante si una chispa suelta hubiera alcanzado la altura del frontón. Además, ¿quién sabe hasta dónde habrían podido llegar las llamas? Habían pasado apenas diez años desde que un enorme incendio había destruido media Roma. Se seguía reconstruyendo.

Miramos al río. Paseamos a lo largo de la orilla, más allá de los viejos depósitos de sal y de los barcos amarrados, escuchando el agua chapotear allí cerca y captando ruidos provenientes de los almacenes y de las tabernas a ambos lados del río. Ahora estaba oscuro, aunque desde hacía poco. Roma era una masa de formas misteriosas y edificios ocultos todo alrededor. La poca luz que quedaba bañaba el cielo encima de nuestras cabezas, donde corrían lentos algunos fragmentos de nube. De momento, no había estrellas. A mediados de abril, el tiempo era frío, pero soportable. Una brisa impetuosa transportaba una tenue alusión al próximo calor veraniego. Habían empezado a aparecer luces diminutas, simples puntitos. Donde se reunían los humanos para divertirse, había hilos esporádicos que colgaban como cuentas en la gargantilla de una diosa en los cielos. Los puntos aislados, arriba en los edificios, delataban la presencia de un estudiante trasnochado o de un enfermo agitado.

Andrónico y yo estábamos en silencio en ese momento. Como estábamos cerca del agua, empecé a sentir frío. Teníamos capas, así que nos soltamos las manos y cada uno se envolvió en su abrigo. En ese momento, el lugar podía ser ameno, pero más tarde, por la noche, se convertiría en un sitio de mala fama, preferido por las prostitutas de todos los sexos y sus clientes, por no hablar de los carteristas que cazaban a estos últimos, normalmente conchabados con las putas. Hasta hacía poco, las aceras y las calzadas habían estado casi despejadas. Pero entonces, que habían levantado la prohibición de circular con vehículos de ruedas, los carros habían

empezado a traquetear hacia arriba, desde el puerto hasta Roma. Muy pronto las calles estarían frenéticas. Nos pusimos en marcha de común acuerdo y dimos media vuelta para ir en dirección al Aventino.

Subimos el monte por el mismo sitio por donde habíamos bajado. Nunca lo habría hecho sola, pero me estaba dejando llevar por Andrónico. Parecía disfrutar con el peligro. Hasta me condujo cerca del muro trasero del templo para poder echar un vistazo a la pequeña calle lateral que había sido el escenario de nuestro crimen. Los vigiles seguramente habían extinguido la hoguera y limpiado los restos. Oíamos voces desde dentro del trastero, pero no podíamos ver a los interlocutores.

—Cogerán más zorros. Traerán más antorchas. Pero les hemos causado una molestia maravillosa... —Andrónico me guiñó el ojo—. Y a Fausto le irritará mucho esta interferencia con su gestión del festival.

—Eso te gusta —comenté.

A lo mejor, esa noche Andrónico me había ayudado sólo para amargar la existencia a su jefe.

—¡Oh, sí! Lo hemos hecho pasar por un inútil. ¡Estará furioso!

No parecía ni pasársele por la cabeza que lo que habíamos hecho estaba mal. Esta era la gran diferencia entre nosotros. Una sociedad civilizada necesita normas... ¡Gracias, Ceres, por sacar a la humanidad de su modo de vida bárbaro! Yo era muy consciente de que habíamos roto esas normas. Para mí era justificable, porque una persona civilizada siempre tiene que estar preparada para ejercer su derecho a decidir. Un individuo debe tener una conciencia y saber cómo utilizarla. Yo parecía salvaje, pero era sólo una ilusión momentánea; Andrónico parecía respetable, pero a lo mejor en su caso la percepción era engañosa. Por lo visto, esta noche no tenía conciencia.

Ese loco temerario se habría paseado por la calle lateral para echar un vistazo más de cerca, pero yo me negué.

Era muy capaz de pasar por allí como una viandante cualquiera, pero ¿para qué llamar la atención? Insistí en que siguiéramos caminando un par de manzanas más, para girar después de los Templos de Flora y Luna. Luego nos abrimos paso hasta mi propio territorio, a través de unos callejones traseros apartados y de la calle del Armilustrio.

Acabamos en El Astrónomo. Teníamos una necesidad desesperada de tomarnos una copa de vino para volver a subir los ánimos en el anticlímax tras nuestra aventura salvaje. Los que nos hubieran visto llegar, jadeantes y con los ojos brillantes, es probable que pensarán que veníamos directamente de una caliente y apasionada sesión en la cama. No había mesas libres, así que nos apoyamos en la barra. Allí estábamos, jugueteando con los tentempiés y tragando *vinum primitivum* —el único buen vino de la casa que tenía mi tía, que reconocía que le habían asignado el nombre equivocado—, cuando llegaron Tiberio y Morelo. Ninguno de los dos parecía feliz.

Habían tenido el tiempo suficiente para que se los convocara al lugar del crimen por la patrulla que había descubierto el fuego, evaluar el daño y elaborar una teoría. Bien hecho, chicos. Tiberio debió de recordar cómo alimentaba a Robigo; sabía que me gustaban los zorros. Ahora, él y el investigador de los vigiles habían venido a por mí. Pero al ver también a Andrónico, les surgieron más ideas.

* * *

Morelo explicó con tranquilidad lo que había pasado, con el aire de quien está convencido de estar perdiendo el tiempo porque la gente ya está al corriente. Llevaba su uniforme nocturno: su uniforme diurno que cubría su panza fofa, más un hacha colgada en la parte trasera de su cinturón y una pesada porra delante. Ninguna de las dos tenía pinta de estar allí sólo para impresionar, sino para usarse, y además con frecuencia. Tiberio lucía la mejor túnica que le había visto, de un blanco immaculado. Parecía irritable, como si convocándolo hubiesen interrumpido una tarde de ocio que no habría querido perderse por nada del mundo. Andrónico esperaba haber provocado la furia de Manlio Fausto, pero el edil no iba a molestarse en salir por la noche para recorrer calzadas fétidas donde los borrachos podrían insultarlo o las rameras manosearlo de manera indecente. Había enviado a su hombre de la calle, para que sufriera por él.

—A ver, Albia, sabemos que se toma muy a pecho el mundo animal. —Morelo se dirigió a mí con su tono paternalista oficial. Tiberio se limitaba a quedarse de brazos cruzados.

—A ver. —Escupí un hueso de aceituna—. Claro que amo los animales. Nací en una provincia llena de caballos y en la que los bárbaros adoran las liebres. Incluso aquí, en Roma, soy yo la que saca el perro a pasear. Así que sería evidente hasta para un tonto. ¿Para qué molestarse en buscar pruebas, Morelo, cuando puede atacar a un blanco tan fácil?

—¿Dónde estaba esta tarde? —preguntó con paciencia.

Tiberio no dijo nada. Esos ojos grises se desplazaban del uno al otro, observando, evaluando, llegando a conclusiones desagradables. Me preocupaba más que Morelo.

—¡Aquí! —Andrónico irrumpió en la conversación, a pesar de que estaba intentando dejarlo al margen—. Estábamos aquí, cenando y abrazándonos todo el tiempo. Cualquiera se lo podría decir.

Cualquiera podría decirle que estaba mintiendo, pero nadie lo haría. Entre los demás clientes ya habían tenido lugar las maniobras habituales: en cuanto habían visto llegar a los vigiles, habían dejado unas monedas en la barra —haciendo el cálculo muy a la baja— y se habían largado. Morelo había venido acompañado por un par de sus hombres y ellos también habían ejecutado sus maniobras acostumbradas: se habían quedado de pie, con expresión tonta, mientras se les escapaban todos los testigos potenciales.

Hace tiempo, en Londinium, me habría ido la primera. Ahora era respetable y tenía que hacerme valer. Una huida habría significado, para Tiberio y Morelo, una admisión de culpabilidad.

* * *

De repente El Astrónomo se había quedado vacío y, aparte de nosotros, sólo quedaba mi primo.

Como el bar había estado bastante lleno hasta ese momento, Junilio no había tenido tiempo de limpiar la barra. Era la noche en la que el otro camarero libraba para acudir a su asociación: Apolonio iba a una reunión semanal de rompecabezas geométricos, una afición inocente que era mejor no mencionar delante de nadie de la oficina de los ediles o de los vigiles, en especial en el clima paranoico que reinaba entonces en Roma. Las matemáticas son una actividad sospechosa. Todos esos dibujos de hipotenusas tienen que ser planes para intentos de asesinato. El álgebra es un código traicionero. ¿Alguna vez habéis conocido a un estudiante de cálculos infinitesimales que no tuviera ambiciones de conquistar el mundo? Y los que dicen que Arquímedes fue asesinado durante la toma de Siracusa por un soldado que no sabía nada de él, ignoran cómo funcionan las fuerzas militares. Debió de recibir una orden secreta: hombre haciendo diagramas en el polvo igual a objetivo número uno.

La expresión del mensajero sugería que yo era su blanco.

A ver. Apolonio, que solía ser muy meticuloso con la limpieza de la barra, no estaba allí. Junilio reinaba con alegría sobre un desorden total y absoluto. A mi lado, Andrónico ondeó su brazo por encima de los platos y vasos usados que estaban amontonados en la tosca losa de mármol. Eso debería haber sido suficiente. Sin embargo, a continuación hubo una mímica con la que Andrónico preguntó a Junilio si nos había estado sirviendo toda la tarde. Morelo se unió, moviendo su dedo para advertir a Junilio de que era un asunto de vital importancia.

Yo miraba preocupada. Junilio se apoyó en sus antebrazos. Apartando un largo mechón de pelo que se le había caído en los ojos, frunció el ceño, para indicar que quería estar seguro de haber comprendido bien. Hizo un gesto en dirección de los platos de comida, como un actor malo en una tragedia muy tediosa. Y es que me conocía lo suficiente para saber que yo jamás pediría polenta y que si los puerros estofados con lentejas hubieran sido míos, habría limpiado el plato con un dedo. Nunca lo dejo lleno de porquería.

Junilio era un chico brillante y gracioso, con un lado cruel, que padecía una deficiencia. Era independiente. Aprovechaba las oportunidades de la vida. Pero había sido adoptado por los Didio, así que era nuestro. Todos cuidábamos de él. Me sentí incómoda con esa situación.

Junilio mintió a Morelo y al mensajero, sin pensarlo dos veces.

—¡Toda la tarde! —cantó con alegría, marcando las sílabas.

Su madre se había esforzado en enseñarle a decir algunas palabras, pero cargaba mucho las consonantes y sus vocales duraban demasiado. Su habla siempre sonaba rara, pero, si la simplificaba, se entendía.

—Albia en Astrónomo.

Indicó el cuadro del pez. Luego sonrió de oreja a oreja y miró a toda la gente en la barra, como un acróbata particularmente irritante que pedía un aplauso. El chico travieso estaba sacando provecho a su debilidad. Surtió efecto.

Andrónico debió parar, pero se dejó llevar por la gracia del invento.

—Puedes decir la verdad, Junilio: ha habido un momento que hemos estado arriba.

—¿Arriba? —preguntó Morelo que, como me conocía desde hacía varios años, se sorprendió, y no sin razón—. ¿Para qué?

—¿Para qué cree? —se burló Andrónico.

La luz de una pequeña lámpara de aceite se reflejó en su pelo y barba mientras contestaba.

—Esto es un bar, tienen habitaciones, los clientes interrumpen su comida para ir a jugar.

Me sentí enojecer. En los bares era habitual acompañar una bebida con sexo. Era un servicio que solían ofrecer las camareras, pero muchas veces, cuando estaban cansadas, se alegraban si los clientes alquilaban las habitaciones y luego se apañaban por su cuenta.

El Astrónomo nunca había tenido una camarera y yo sabía que, a pesar de algunos eventos sospechosos que habían tenido lugar en las dos habitaciones de arriba, éstas estaban alquiladas en aquel tiempo a un inofensivo grupo de constructores ocasionales de la Galia. Venían a Roma para ganar dinero y trabajaban a todas horas mezclando hormigón, un trabajo pesado. Cuando estaban allí, se alineaban como sardinas en una lata y dormían. Hasta mi tía decía que no daban problemas.

—¡Escúcheme, Junilio! ¿Flavia Albia se ha pasado la tarde divirtiéndose en las camas de arriba?

Morelo hizo un gesto vulgar para ilustrar. Vi a Junilio vacilar, porque sabía que iba a tener problemas conmigo, pero quería complacer a todos, así que asintió muy serio con la cabeza.

—¡Oh, muy bien! —gruñó Morelo, añadiendo en dirección a Tiberio que nunca podrían llevar a Junilio frente a un juez—. ¡Bonita coartada! —me murmuró.

Como es natural, sabía que estaba dispuesta a acostarme con Andrónico, aunque él habría preferido que no hubiera hecho alarde de ello en público. La cara disgustada de Tiberio decía que él, por su parte, me despreciaba.

No puedo decir que mi reputación fuera mancillada, pero desde luego fue injuriada mi dignidad. Morelo hizo un último patético intento en su investigación. Se

inclinó de repente hacia mí, olisqueó mi capa y anunció:

—Sabe, Albia, para un experto, ¡usted huele a humo!

Una vez más fue Andrónico quien inventó una buena excusa.

—Será porque ha estado sentada al lado de la parrilla durante horas.

—¡Carne! —gruñó Morelo, insinuando que por lo menos tenían un motivo para arrestar a alguien, pero Tiberio negó cansado con la cabeza. Esa noche no tenía fuerzas para ocuparse de las leyes sobre la comida en los bares. El Astrónomo estaba a salvo.

Junilio, que estaba acostumbrado a utilizar su sordera como excusa para vender más, fingió entender que «carne» era un pedido, así que empezó a sacar platos con bocaditos de cordero sobre hojas de lechuga. Los vigiles que había traído Morelo enseguida alargaron el brazo. Pronto empezaron a pedir bebidas. Era difícil creer que se había estado debatiendo alguna ley de orden público. Hasta Tiberio picoteaba del cordero, rociando los cubitos carbonizados con aceite para darles sabor, mientras se deshacía con lentitud el vendaje de la mano, como si le doliera. La venda de esa noche también era de un blanco puro para ir a juego con la túnica. Tener accesorios conjuntados no iba con su estilo. Cualquiera lo habría tomado por un ricachón que tenía un encargado de vestuario.

Morelo y sus hombres miraron la herida y se estremecieron. Las cicatrices a ambos lados de la mano estaban supurando, rojas y enfadadas. Él mismo parecía tener un poco de fiebre. Todos los vigiles lo inspeccionaron como expertos. Mandaron a alguien a por el sanitario y los ungüentos de resina.

Andrónico y yo estábamos de pie a un lado: era mejor no irnos precipitadamente, después de insistir tanto en que nos habíamos quedado en el bar todo ese tiempo. Me miró de reojo.

—¿No sabrás por casualidad cómo se hizo eso?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? No soy su madre. ¿Él qué dice?

—Que se apoyó en un clavo.

Sofiqué la risa.

—¿En serio? ¿Siempre ha sido tan idiota?

Por el rabillo del ojo vi como Junilio guardaba con astucia las brochetas con las que había cocinado antes los tentempiés. Mi primo era listo como un zorro. Quería a ese chico, y volví a sentir amargura porque lo habían obligado a mentir.

Poco después, me abrí camino a través de la cocina hacia lo que, era un suponer, era el baño de los clientes. Al pasar, guiñé el ojo a Junilio. Él me dio las gracias por llevarle tantos clientes. Detrás de mí, el bar era un hervidero.

La letrina era un peligro para la salud ubicado en un cobertizo en la parte trasera. La mayoría de los hombres la eludían y meaban en el callejón, así que cualquiera que llevara sandalias abiertas tenía que tener cuidado dónde ponía los pies. Hice lo que

tenía que hacer y después me escabullí de El Astrónomo sin decir adiós a nadie. Ahora eran todo hombres juntos y yo me había sentido excluida. Incluso Andrónico se reía a carcajadas junto a uno de los vigiles por algún chiste vulgar. Era poco probable que se diera cuenta de que me había ido.

Me fui a casa.

Al entrar en el Edificio del Águila, divisé a algún animal moviéndose con sigilo en el extremo opuesto del patio. Podría haber sido un perro o un gato. Tuve la esperanza de que fuera la zorra que estuve observando hacía un tiempo mientras sacaba a correr a sus cuatro cachorros. Se había tumbado bajo los escalones y vigilaba, con pinta de estar cansada por la maternidad, mientras su alborotada prole pasaba una buena hora jugando al escondite, subiendo y bajando con alegría de viejas palanganas.

Ordené a Rodan que cerrara la reja y que no dejara entrar a nadie que no viviera allí.

—¿Eso incluye a sus amigos?

—No tengo amigos, Rodan.

Era un mito que me gustaba alimentar: los informantes son gente malhumorada y solitaria. ¿Qué informante puede esperar tener clientes, si es conocida por malgastar su tiempo en un alegre círculo social?

—Si aparece alguno de mis amantes, no estoy de humor. Si lo rechazo, eso sólo hará que mañana esté más ilusionado, ¿verdad?

—¿Qué amantes? —preguntó Rodan, con aire confundido.

* * *

Más tarde, y no sin esperármelo, oí gritar a Andrónico. No parecía demasiado sobrio. A pesar de dar golpes a la reja, Rodan debía de estar roncando en su catre y no contestó. De todas formas, no estaba preparada para una primera noche de pasión. Liberar a los zorros juntos había sido emocionante, pero lo sucedido en El Astrónomo me había molestado. Metí la cabeza debajo de la almohada hasta que el silencio cayó sobre la plaza de la Fuente.

Sabía que había actuado en contra de mi propio interés. Eso demostraba, sin sombra de duda, que estaba enamorada. El tira y afloja es inevitable. Era lo bastante mayor para saber cómo funciona. Es así como se comprueba si una aventura es seria: si procura la materia prima para una poesía atormentada. El proceso de emparejarse tiene que tener separaciones sin un motivo particular, ¿no es así?

XXXI

Me desperté sabiendo que ya habían pasado doce días de abril, lo que significa que, según el calendario romano, era el día antes de los idus: el comienzo del festival de las Cerealias. Los organizadores harían sacrificios en el templo y una gran carrera de caballos en el Circo. El día terminaría con el ritual de los zorros en llamas. Ya no podía hacer mucho más en este sentido.

Lo intenté. Jamás me rindo.

Paseé por el Aventino en busca de trampas. Habían colocado más, probablemente porque ahora estaban desesperados. Cada trampa tenía cerca un miembro de los vigiles que montaba guardia con discreción, fingiendo beber en la barra de algún bar o apoyándose en un muro y usando una astilla como palillo.

Estaba volviendo a casa desanimada cuando me topé con Morelo. No me guardaba rencor por lo del día anterior, aunque sólo fuera porque era demasiado vago para escribir una denuncia. Estaba convencido de mi culpabilidad, pero era realista: sin testigos su caso no tenía esperanza, aunque eso tampoco importaba mucho en un juzgado romano. Sabía que yo podía recurrir a gente buena para hablar en mi nombre, así que, con independencia de la teatralidad con la que actuara el fiscal, en cuanto los pesos pesados de mis defensores sacaran a relucir su labia, el caso sería sobreseído.

Mis abogados son de los que después pondrían una denuncia por «falsas» acusaciones... Claro que lo harían. La gente que conocía estaba especializada en demandas de indemnización.

Era tan indulgente conmigo esa mañana que hasta me pregunté si Morelo, o tal vez su esposa, no compartían mis sentimientos acerca del ritual de los zorros. Es posible que a una pareja desgastada por las penurias de la existencia urbana no le hicieran ninguna gracia esas horribles viejas tradiciones con origen en la prehistoria agrícola. Pero yo no provocaría a un oficial de los vigiles. Cuando se le interpela acerca de cualquier tema religioso, la mayoría de la gente suele alinearse con el sistema.

—Déjelo, Albia —me amonestó Morelo, lo que confirmaba mi razonamiento—. Sólo lo empeorará. Los agentes de los ediles están ahora cogiendo perros con la nariz puntiaguda, para que hagan de suplentes. ¡Déjelo ya, por favor! A mis niños les acabamos de regalar un cachorro con pelo anaranjado. Lo tenemos encerrado dentro de casa, para que los cazadores de perros no se lleven a ese bichito, y está haciendo pipí encima de las alfombras, volviendo loca a mi mujer.

Le hice una sonrisa irónica y derrotada.

* * *

La atmósfera en las calles había cambiado de la noche a la mañana. Los visitantes

estaban invadiendo Roma, paseándose por el Aventino, no tanto porque fuera un lugar de interés cultural para los peregrinos, sino porque aquí estaba el Templo de Ceres, el eje central del festival. Los trabajadores estaban empezando sus períodos de descanso. Esa mañana ya había más gente de lo normal y antes de la noche todo estaría lleno hasta los topes. Los bares estaban abiertos. Vendedores ambulantes con bandejas de refrigerios sospechosos estaban vagando por ahí. Chicas enguinaldadas estaban sentadas en las aceras, rodeadas de montones de flores y vegetación que eran demasiado pesadas para ser transportadas. Sólo la carrera en el Circo Máximo vaciaría de nuevo el barrio. Entonces, Morelo estaría doblemente ansioso: tendría que vigilar el circuito, abajo en el valle, y a la vez no perder de vista las casas y las tiendas en las alturas que, en ausencia de sus dueños, serían un blanco fácil para los ladrones. Estaba acostumbrado, pero le encantaba quejarse.

Estábamos de cotilleo en la esquina de una calle. Obviamente, estuvimos hablando también de nuestra gran preocupación, los asesinatos aleatorios. Me dijo que no había habido más ataques en el barrio o, por lo menos, ninguno del que hubiera podido enterarse. Las autoridades habían traído refuerzos para controlar a la muchedumbre. Morelo no estaba convencido de la utilidad de esa medida. Su instinto le decía que el chiflado actuaba empujado por algún motivo personal hasta ahora desconocido. Yo compartía su opinión. Las multitudes en sí no lo atraían. El asesino sólo iría a las carreras siguiendo a alguien que ya hubiera elegido y que asistiera a ellas. Incluso entonces rompería su patrón, que consistía en atacar a sus víctimas mientras estaban ocupadas con las actividades cotidianas más comunes.

Antes de separarnos, Morelo no pudo evitar preguntar:

—Así que, ¿tiene una aventura con ese coleccionista de pergaminos?

—Podría.

—Menudo personaje.

—¿En la jerga de los vigiles, eso es un insulto?

—Demasiado listo. Engreído. No soporto eso.

Me sentó mal que menospreciara mi criterio.

—Usted es un aguafiestas. Para mí es perfecto. Andrónico es inteligente, gracioso, atento...

—Un fante.

A Morelo no se le podía hacer cambiar de opinión. Era de la peor especie de hombre obstinado y tozudo.

—Se le van los ojos. Estoy seguro de que la engaña, muchacha.

Yo misma soy muy cabezota, así que me marché y me sumergí en cavilaciones de trabajo para intentar borrar de mi mente esa molesta conversación.

Había dos cosas que me habría gustado haber hecho mejor en ese caso. Una era hablar directamente con la criada de Laia Gratiana, Venusia. La otra era la metedura

de pata en el interrogatorio a la viuda de Julio Viator. Como me encontraba no muy lejos de la casa de sus padres, volví a hacerle una visita.

* * *

Hechos: su nombre era Casiana Clara. Tenía una cara redonda con ojos serios, pero, cuando aparecía la sombra de una sonrisa, resultaba atractiva. De aspecto cuidado y bien acicalada: unas amorosas criadas le habían estado dando masajes con aceites. A juzgar por sus cejas perfectas, se las depilaba con regularidad a fin de mantenerse bonita para el hombre de su vida. Habría solo uno, por supuesto. Bueno, uno a la vez. Pero las que están bien situadas nunca se quedan solas.

Imaginaba que Viator había sido feliz al conocer a su futura esposa y que había estado contento con el matrimonio.

La viuda era la hija más pequeña de unos padres adinerados, aunque no tan ricos como la familia de su marido.

Seguramente todos los hermanos que tenía ya se habían casado y se estaban preparando para vivir unas buenas vidas y fabricar nietos, lo que todos los padres creían tener derecho a esperar. Clara, que quizá siempre había sido considerada menos responsable, sólo porque era la más pequeña, ahora había vuelto corriendo a casa, afligida y preocupada, trastornando a todos y trastornada ella misma.

Pedí disculpas por mi comportamiento del otro día. Decidí explicarle el motivo, hablándole con sinceridad de mi propio duelo, aunque no mencioné cuánto hacía que había ocurrido. Eso nos unió. Nos acomodamos y estuvimos hablando. Disfrutaba de mi compañía. Cuando sufres una pérdida tan grande, la gente te trata como si estuvieras enferma, a pesar de que físicamente estás perfecta. Casiana Clara, que ahora pululaba como una subordinada por la casa de su madre, tenía una vida social restringida. Demasiado amable para quejarse de ello, estaba aburrida en secreto.

Esta vez parecía sentirse cómoda en mi compañía. La extrañeza ante el interrogatorio de una informante y la conmoción por el asesinato de su marido habían desaparecido. Había tenido tiempo para reflexionar sobre la muerte de Viator, ella sola, con calma.

Mi suposición había sido correcta. Había estado meditando. Después, había ido a hablar con los esclavos que habían estado con su marido ese día, en los momentos posteriores a su regreso a casa desde el gimnasio. Uno de ellos le había dicho que Viator no paraba de darse golpecitos en el brazo, como si le escociera: les había contado que algo lo había arañado.

—El esclavo me dijo que algo como un anzuelo.

Aunque Clara parecía creérselo, yo tenía dudas sobre lo del anzuelo. Por como está diseñado, se habría quedado dentro de la carne. Si se saca, suele causar un gran desgarró. Ninguna de nuestras víctimas había tenido una herida semejante.

Me apunté el nombre del esclavo, aunque Clara dijo que dudaba que supiera

mucho más.

Estuvimos hablando de los esclavos sobrantes y de sus aprietos. Casiana Clara se había dado cuenta de lo ansiosos que estaban acerca de su futuro, una preocupación nueva para esta joven y privilegiada matrona. Me dijo que estaba intentando colocar tantos como podía en casas de gente conocida, en lugar de dejar que los enviaran al mercado de esclavos. Conocía el mundo lo suficiente para entender lo cruel que sería eso. Dos leales miembros del personal habían sido acogidos en la casa de sus padres y otro par se había ido a casa de su hermana. No podía saber cuánta energía había dedicado a esa tarea, pero estaba claro que la reasignación de la mano de obra la había mantenido ocupada. Me sorprendió que una chica como ella se preocupara siquiera de ello.

Tenía razón acerca de otra cosa: Clara había aceptado volver a casarse. Se había prometido con uno de los legatarios de los bienes de Viator, un hombre más viejo. Lo había conocido y le había parecido bienintencionado. No era quién para sentirme triste.

Le recomendé que lo informara de lo que estaba haciendo por los esclavos.

—Se quedará impresionado por su amabilidad, lo cual es una buena base para su matrimonio.

Se extrañó. La chica no tenía picardía.

—Manténgase firme, Casiana Clara. Puede ser mucho más joven que su nuevo marido, pero el control de las llaves de la despensa lo querrá tener usted, no algún desdeñoso liberto que ha estado trabajando allí durante años. Ponga en claro que espera ser la señora de esa casa. Quiere un papel. Tiene intención de vivir una vida que merezca la pena.

No me contestó, pero podía ver como la idea estaba echando raíces.

Le pregunté por su matrimonio con Viator. Me habló de él sin tapujos. Sí, su obsesión por el ejercicio físico había impuesto limitaciones a su vida doméstica, pero coincidimos en que un hombre podía hacer cosas peores. Los asuntos comerciales pueden ser mortales. Beber es malo. Mencionó también el juego como una posibilidad horrorosa. Yo sugerí la pornografía, aunque, al ver lo roja que se ponía, lo dejé estar. Me aseguré de tocar todos estos asuntos con la vana esperanza de tener un indicio sobre el motivo de la muerte de Viator.

Entonces, abordé un tema nuevo:

—¿Le importa si le pregunto acerca de un evento social en particular? Creo que fueron una vez a cenar a la casa de un propietario de almacenes y de su sobrino. El sobrino en cuestión es ahora un edil plebeyo, aunque puede ser que entonces no estuviera presente.

En el rostro de Clara apareció una mirada prudente. Asintió. Dijo que se acordaba de la cena.

—Fuimos una vez. Fue poco antes de que muriera mi marido.

Su marido había muerto el mes pasado o no mucho antes, a tenor del momento en que mi familia había recibido el encargo de la subasta: marzo o finales de febrero, como mucho.

—Nunca más volvimos.

—¿Por qué motivo?

Ninguna respuesta.

—Bueno —sugerí—, muchas veces a los hombres les gusta hablar de negocios en sitios particulares: las tribunas en el foro, lindos sitios en claustros privados, restaurantitos escondidos al lado del emporio...

Clara asintió con la cabeza. Esperé y luego pregunté con voz suave:

—¿Pasó algo? ¿Me podría hablar de esa cena?

—¿Es importante, Albia?

No podía decirle «Quiero descubrir si su marido la maltrataba».

—A decir verdad, no lo sé. A veces cosas muy raras resultan ser importantes... Yo misma he estado en cenas como ésta y no las he disfrutado. Mientras los hombres hablan de política o de negocios, cualquier mujer que los haya acompañado puede llegar a sentirse como una intrusa. Y, por lo que he oído del tío del edil, tiene pinta de ser horrible.

Clara mordió el anzuelo y me confió que sí, que Tulio le había parecido desagradable:

—Nada que saltara a la vista en exceso, Albia. Sabe, el típico hombre mayor que te saluda con un entusiasmo un tanto exagerado y que te deja sentarte a su lado en la cena como si el honor de tu compañía fuera todo suyo...

—¿Demasiado cariñoso?

—No de manera burdamente manifiesta.

—Ah, sí. Te manosean lo justo para hacerte parecer una mala persona por no apreciarlo, pero tú sigues sintiéndote incómoda todo el rato, luchando por alejarte de ellos. Mientras tanto, todos los demás hombres presentes fingen no ver lo que está pasando, porque ninguno de ellos quiere ofender al viejo bastardo cachondo poniéndolo en su sitio.

—Seguramente para él era sólo una broma. —Clara sabía de qué iba la cosa—. Y de todas formas, estábamos en su casa.

—Y, como es natural, en esa situación una esposa está obligada a secundar los intereses comerciales de su marido, aguantándolo... Lo único que puedes hacer es escaparte a los servicios y tomarte tu tiempo antes de volver a la sala.

Ninguna reacción.

—¿Era usted la única mujer invitada? ¿Quién más había? ¿Era una cosa formal, con los nueve puestos en la mesa ocupados?

—No, en realidad era sólo una cena informal. Tulio y su sobrino. Julio y yo.

—¿Nadie del personal en la mesa?

—No que yo recuerde.

¡Eso no gustaría nada a Tiberio, ya que dijo que había estado allí!

—Nunca he conocido al sobrino, Manlio Fausto.

—Es muy agradable.

—¿Buenas maneras?

—Tuvimos una agradable conversación sobre música.

—¿Cómo era la comida?

—Muy agradable —dijo Clara.

Nos reímos. Clara parecía haberse dado cuenta de lo soso que era su vocabulario.

—¿Pero no lo suficiente para que quisiera probarla de nuevo?

—No, mi marido me pidió disculpas después y dijo que no iríamos más.

—Parece la reacción de un hombre decente.

Error. La viuda se derrumbó y estalló en lágrimas de repente.

—Lo era. Era un marido maravilloso. No estuvimos casados mucho tiempo, pero Julio era cariñoso y protector, y lo echo mucho de menos.

Nos quedamos en silencio mientras se tranquilizaba.

—¿De qué la tenía que proteger? —susurré con dulzura—. ¿O de quién?

—De nada —contestó de inmediato la viuda.

Si tuvo un momento de pánico, lo ocultó muy bien.

—De nadie. Era sólo una manera de hablar.

—Me dijeron que usted estaba en el jardín y él vino a recogerla.

—Me estaba echando de menos.

—¡Qué bonito! —Y, con inocencia, deslicé—: ¿Pasó algo más?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Clara.

Lo dejé estar, más que nada porque no estaba segura de lo que quería decir.

En su lugar, comenté con alegría:

—Cambiando de tema, ¡creo que conoció a un muy buen amigo mío esa noche!
¿Se topó con un adorable archivista de nombre Andrónico?

Casiana Clara se quedó en blanco, al igual que había hecho con mi pregunta acerca de la presencia de Tiberio.

—Puede ser. No recuerdo.

Imaginé que ese fallo de la memoria se debía a su preocupación por intentar evitar el acaparador tío Tulio.

—Esa casa me tiene intrigada —reflexioné—. Todos hombres y, por lo que he oído, muy infelices. Viejas culpas y actuales resentimientos. ¿Notó la atmósfera caldeada?

—Estaba bien. —Clara me interrumpió como si ya no pudiera recordar más esa

noche—. ¡Una cena por completo normal!

Por lo menos hubo un cambio respecto a llamarla «agradable».

Algo había pasado. Algo de lo que se negaba a hablar conmigo.

* * *

Justo en ese momento su maldita madre tuvo que intervenir. Era mayor, erguida, amable pero firme, y entró en la habitación con la intención de deshacerse de mí: mamá pensaba que la pobre pequeña Clara me había dedicado ya bastante tiempo. Aún estaba afligida y doliente, debería ser más considerada. No podía haber nada más que yo necesitara saber. Debería despedirme ahora.

Casiana Clara y yo nos lanzamos una mirada rápida, como dos amigas que se quejan cariñosamente de la generación mayor. No se opuso a su madre. A lo mejor de verdad estaba contenta de que me fuera, aunque seguía pensando que se había sentido aliviada por tener alguien con quien hablar. Alguien que había ido a propósito a verla, como si le importara. Mientras estuvo casada, importó a su marido. Ahora estoy convencida de ello.

Nos abrazamos y besamos como viejas amigas: después de tantas confidencias, se había convertido en un ritual necesario. Tenía poca paciencia con ese tipo de farsas. No me gustaría tenerla como amiga. No me caía mal, pero compartía la opinión de Andrónico: no era exactamente estúpida, pero no estaba a la altura. Él quería decir que no estaba a la altura de las conversaciones de negocios de los hombres, pero, con diez años de diferencia entre nosotras, sentía que tampoco estaba a mi altura. No tenía el suficiente carácter o experiencia para que fuéramos iguales.

Quizá soy presuntuosa. Desde luego, me compadecí de ella. Antes de irme, me acordé de lo preocupada que había estado el otro día, temerosa de que el asesino de su marido la agrediera también a ella.

—Tenía que haberla tranquilizado mejor. Déjeme hacerlo ahora. Por lo que sabemos, escoge a sus víctimas de manera aleatoria. Y después se desplaza. Nunca va en busca de nadie que esté relacionado con sus crímenes anteriores.

Bueno, sólo Celendina después del funeral de Salvidia, pero no tenía ni la menor idea de cómo y de por qué había pasado.

Casiana Clara me lanzó una mirada extrañamente fija.

—A menos que no sepa quién es y por qué lo está haciendo, ¿cómo puede estar tan segura, Alba?

No le dije que estaba segura porque yo era la experta y ella sólo una ingenua. Podría tener razón. A veces, desde fuera, las cosas se ven mejor, puesto que se miran con otros ojos. Iba a reflexionar sobre lo que me había dicho.

XXXII

No tenía apetito. No me interesaba nada, obsesionada como estaba con lo que iba a pasarles a los zorros esa noche.

La atmósfera en el Aventino se deterioró. Los forasteros que habían venido para el festival estaban por todas partes. Los vecinos luchaban por encontrar sitio en los lugares habituales. Nos empujaban en nuestras propias calles visitantes que no parecían darse cuenta de que habían invadido nuestra tierra. ¿Por qué los visitantes nunca dejan sitio en las aceras para los demás? ¿Por qué gritan tanto, por qué son unos idiotas tan irrespetuosos? Cuando hacen las maletas, ¿se les olvida el cerebro en una repisa junto con las buenas maneras? Salen de sus sillas de mano, justo en tu camino, y se quedan allí, con la mirada perdida y las bocas abiertas. No nos ignoran, simplemente no nos ven.

Yo ni siquiera era romana, pero odiaba esa invasión de bárbaros. El impacto sería temporal, pero, como todos los años, nos causaba trastorno.

Un asesino a quien le da igual quién es su blanco consideraría a estos imbéciles presas fáciles, pero dudaba que el nuestro fuera a escoger a uno de ellos. No representaban ningún desafío. Casi seguro que sería algún vecino, alguien que habría llamado su atención de alguna manera.

¿Cuánto tiempo había pasado desde su último ataque? «Demasiado», pensé. Debe de necesitar ya nuevas emociones. Semejantes asesinos tenían patrones regulares de comportamiento. Suponiendo que lo planeaba todo de antemano, ahora mismo estaría organizando una nueva agresión.

Si no hacía planes, sino que actuaba según impulsos repentinos, el deseo de poder, ese sentido aberrante de poder del que disfrutaban tanto los asesinos en serie, podría sacudirlo en cualquier momento. Podría estar punzando a su siguiente víctima mientras yo estaba ahí en el Vicus Armilustrum, frunciendo el ceño cuando recibía empujones de idiotas rebuznantes, llegados de la Campaña sin sus cerebros y ataviados con sus mejores túnicas.

* * *

Me fui a casa. Estaba de muy mal humor y arrastré los pies hasta el despacho, en un intento de distanciarme de la muchedumbre. No tuve mucho éxito: el ruido subió entre los edificios estrechos y pareció llegar a mí amplificado. Durante las horas siguientes, incluso cuando me quedaba dentro y me negaba a mirar por el balcón, era cada vez más consciente de las enormes cantidades de personas que se movían abajo. Por ahora la mayoría de ellos estaban tranquilos. El festival incluía sacrificios y ritos solemnes, con un objetivo profundamente religioso. Y muchos aún tenían que encontrar un hueco que les gustara para instalarse allí toda la noche,

emborrachándose hasta perder el sentido.

En cualquier caso, estaba la carrera. Era un evento importante. Los caballos y los jinetes habían estado entrenando durante bastante tiempo. Era la primera salida de la temporada y cada propietario albergaba la esperanza de que su caballo se pudiera convertir en el famoso ganador de aquella temporada. Los jinetes también tenían ganas de alcanzar la fama. Las apuestas públicas eran ilegales; aun así, había mucho dinero en juego.

Mi barrio se aquietaba cada vez más, a medida que la gente acudía en masa al Circo. La mole de la cima principal del Aventino se hallaba entre la plaza de la Fuente y el Circo Máximo, y amortiguaba parcialmente el ruido. Sin embargo, cuando los edificios adyacentes se quedaban en silencio en los momentos importantes, siempre podíamos percibir un estruendo distante. Empezaba con fragmentos de música lejana, cuando la procesión religiosa entraba por las puertas ceremoniales en el extremo absidal más alejado de nosotros, y pasaba por los nuevos triples arcos construidos en honor del emperador Tito. Entonces, una ligera oleada de voces de aprobación podría acoger la llegada de nuestro actual emperador a su tribuna oficial, aunque el nuevo y elaborado mirador de Domiciano, en su grandioso palacio, arriba en el borde del Palatino, lo hacía casi invisible para la gente, tan lejos allí abajo.

Bajo asesoramiento jurídico, retiro lo que acabo de decir. Supuestamente había gente que había sido arrojada a las fieras de la arena por insultar al emperador en su presencia durante los Juegos. Escribir críticas acerca de él era igualmente malo.

Hubo un momento de calma, que sería cuando las mujeres vestidas de blanco realizaban ritos misteriosos para Ceres. Esos ritos estaban reservados a las iniciadas, pero uno de los sacerdotes mayores de Roma, el Flamen Cerealis, oficiaría con su manto y el gorro de punta. Los ediles plebeyos también tenían un papel oficial en las oraciones. Esto seguramente era importante para el ambicioso Manlio Fausto. Los ediles que gestionaban bien los Juegos y se ganaban la aprobación de la gente después podían utilizar el apoyo de los ciudadanos para obtener posiciones más importantes. No era fácil impresionar a la muchedumbre romana. Indiferentes a su gloria, muchos en esa audiencia sobre todo masculina aún estarían reuniéndose, hablando entre ellos y examinando los alrededores durante esa parte de los procedimientos. Tenían que aguantar los ritos, pero se aburrirían. No se puede apostar sobre el sacrificio de una cerda preñada. De hecho, incluso una afable audiencia de romanos duros que se jugarían hasta a sus abuelas desaprobaría hacer apuestas durante ese momento solemne. Sus íntegras abuelas se lo habrían enseñado.

Entonces llegó un ruido largo y penetrante, mientras el público se instalaba en los asientos para ver la carrera: un firme murmullo que aumentaba de forma estridente una vez aparecían los corredores. Este estrépito siempre se oía con fuerza en el

Aventino, porque las doce verjas de salida alegremente pintadas estaban en nuestro extremo de la pista. Una explosión de ruido anunció el momento en que se abrieron. A medida que los caballos completaban cada giro, el fragor aumentaba. Podías seguir el progreso de cada vuelta sin tener que estar allí. Sabías sin equivocarte cuándo los primeros pasaban los puntos de viraje, esa curiosa línea de huecos de mármol para contar los giros, entre delfines, obeliscos, refugios para asistentes, pequeños templos y santuarios que llenaban la espina central que dividía los dos lados de la pista.

Una carrera en el Circo consistía en siete vueltas. El final llegó con un rugido a pleno pulmón que resonó hasta aquí arriba, a través de la inestable estructura de mi edificio. El público se habría puesto en pie de un salto, eufórico. Enormes ráfagas de pedos con olor a ajo y repollo habrían salido en forma de nubes sobre el estadio: un fétido miasma que contenían a duras penas pastillas para el aliento y pomadas capilares. La ovación para el ganador sería el punto culminante de la vida del jinete. Hasta el caballo agotado sacudiría su cabeza y disfrutaría de la gloria.

Tras el final de una carrera, el Circo se vaciaba en cuestión de minutos gracias a sus muchas puertas. Pero esa noche la gente no se iría. Esa noche se quedarían en sus asientos esperando más diversión. Los vendedores de refrigerios correrían arriba y abajo por los escalones, entregando vasos y cajitas de comida a los hambrientos. Los alguaciles intentarían mangonear a la gente, simplemente para demostrar que tenían ese privilegio. En una muchedumbre de ese tamaño —se calculaba que eran doscientos cincuenta mil, aunque unos primos míos una vez habían hecho cuentas y habían llegado a la conclusión de que eran sólo dos tercios de esa cantidad—, alguien se habría desmayado seguro. Alguien se habría desplomado y no habría vuelto en sí, y se suscitarían rumores de que estaba muerto. Gente indiscreta estiraría el cuello para poder mirar boquiabierto a los camilleros, hasta que titilaran nuevas luces en un extremo del estadio, donde los alaridos y los gritos salvajes anunciarían la llegada de los zorros.

Me fui a la planta baja, donde sería más difícil percibir los aullidos de dolor y el olor a carne quemada.

Intenté no imaginar cómo se retorcerían los aterrorizados zorros cuando los agarraran, sujetaran, amarraran y cargaran con las antorchas que atarían a sus maravillosos rabos. Intenté borrar los pensamientos de su agonía, mientras se encendían esas teas, mientras se abalanzaban libres por fin, con los hombres silbando y gritando para mandarlos lejos del templo, mientras bajaban corriendo por la cuesta hacia el gran valle del Circo, mientras se agolpaban a través de las verjas de salida, conmocionados por el cruel revuelo que había causado su llegada, para acabar sacrificados entre los gritos de placer de la muchedumbre.

Entonces, sólo aquellos de nosotros que tenían un corazón compasivo entenderían que aquél era un motivo para estar avergonzados. Y todos los años me preguntaba:

«¿No se supone que la generosa diosa Ceres había regalado a los humanos la posibilidad de vivir decentemente?».

XXXIII

La mañana siguiente era el decimotercer día de abril, los idus. Fue un día largo para mí y luego descubriría que había sido el punto de inflexión de mi investigación. También era mi cumpleaños, aunque, al despertarme por la mañana, no lo recordé. Cuando vives sola, todos los días son iguales.

Empezó de manera rutinaria. Un día casero. Hice la vida imposible al chico que barría las escaleras, al que llevaba el agua, al proveedor de lámparas y a Rodan. Supervisar al mediocre personal masculino es el papel tradicional de la mujer romana, en un negocio, en una granja o en la casa. Tenemos el control de las llaves. Organizamos la lista de tareas. Sabemos dónde utilizar herramientas cuando hace falta. Hacemos que las cosas vayan sobre ruedas, mientras los sosos y los holgazanes pierden el tiempo. Los hombres están convencidos de que dirigen el Imperio. El Imperio se desmoronaría sin nosotras.

Hacer gala de mi autoridad me animó. Después cambié las sábanas de mi cama, organicé el armario, ordené mi joyero. Me fui a los baños, me restregué con más fuerza de lo habitual, me puse aceites hidratantes, dejé que una chica me arreglara el pelo de manera exótica, invertí en manicura, me dejé convencer para hacerme también la pedicura, me hicieron una depilación tardía y, poco a poco, me relajé.

Apareció Prisca.

—¡He oído hablar de esos asesinatos que estás investigando!

—Ah, ¿ya han empezado a correr los rumores?

—¡Y que lo digas! ¿Cuándo lo vas a coger?

«Si lo supiera —pensé muy abatida—, ahora mismo estaría fuera, poniendo un collar a ese bastardo». La propietaria de los baños no quería atender a razones. La histeria colectiva ya se había generalizado y según Prisca había centenares de víctimas. Por una vez, simpaticé un poco con Manlio Fausto por haber querido mantener en secreto la epidemia de muertes.

Descubrí con sumo interés que el asesino era un poeta chiflado. Tenía manía a todos los nacidos en jueves y los apuñalaba con estiletes de plata fabricados adrede. Esta tontería se la había contado a Prisca un vendedor de ungüentos en la calle Lupin, cuyo sobrino trabajaba en la oficina de tributos.

—¿Me estás diciendo que los asesinos son famosos por no pagar impuestos? —me mofé—. Y supongo que también tiene el labio leporino, un dedo del pie torcido y su signo zodiacal es Acuario. ¡Oh, por favor! Ninguna de las víctimas tenía una herida de puñal, Prisca. Creo que utiliza veneno.

Se me ocurrió en ese mismo momento. Su arma era demasiado pequeña para hacer una herida visible. Debía de usar algún tipo de artilugio perforador muy pequeño que recubría con una sustancia mortal como la que se utiliza en las flechas

de los cazadores. El veneno era lo que al final acababa con la vida de las víctimas. Pero no era el mismo que usaban los cazadores, porque el de ellos paralizaba a las víctimas antes de matarlas y aquí no teníamos indicios de nada parecido. Lo único que sabíamos era que tenía un efecto rápido.

—¡Veneno!

Prisca se fue corriendo, muy emocionada, porque tenía la posibilidad de contar algo nuevo a la gente.

Antes de esta tarde, el asesino chiflado tendría un alabastrón de oro con una poción mortal en su interior, fabricada por enanitos de la Capadocia mediante una receta transmitida durante treinta generaciones, para la cual no existía un antídoto aparte de los rayos de luna, y firmaría grabando una letra griega en la frente de todas sus víctimas, mientras éstas se convulsionaban y exhalaban su último aliento. Había nacido el Asesino Omega, y la culpa era mía.

Me deslicé dentro de una túnica limpia y unos zapatos de cintas, y luego desaparecí de los baños para seguir investigando de verdad.

* * *

Cuando las pruebas son escasas, hay que remover, remover, remover lo poco que se tiene a disposición. Una vez más, arrastré los pies hasta el piso de Laia Gratiana e intenté hablar con su criada, la elusiva Venusia.

Tenían ganas de amargarme la vida. Me dijeron que Venusia ya no vivía allí. La habían enviado a «reposar» a una de las propiedades rurales de su señora. No sabría decir si era un castigo camuflado o una recompensa por su buen servicio. En una semana en la que su señora estaba participando en un importante festival como miembro del culto, parecía raro que alguien del personal, tan cercano a Laia, se marchara de Roma. ¿Qué mujer deja que su criada desaparezca justo cuando va a estar delante de los ojos de todos con motivo de las ceremonias en el Circo Máximo? Y además, ¿qué criada faltaría a un evento semejante? Perderse la posibilidad de recibir un regalo de agradecimiento por el festival o, mejor aún, una gratificación al contado debía de ser difícil de digerir.

Aparte de la habitual aversión a dejarme entrar, la situación en el piso de Laia aquel día no favorecía las visitas fortuitas. Durante las Cerealias, la alta sociedad plebeya tenía la costumbre de invitar a cenar a otros fanfarrones. Laia Gratiana y su hermano iban a dar una gran cena de gala esa noche, así que la entrada estaba llena de esclavos aturdidos que quitaban las telarañas del techo y de las molduras con largos palos, mientras que otros limpiaban el suelo, con el riesgo de que alguien se cayera de la escalera, resbalara en el mármol mojado o acabara golpeado en la cabeza con un palo. A la vez, un montón de contratistas inútiles andaban por ahí con pasos medidos, llevando las decoraciones para la sala y discutiendo con un encargado sobre sus honorarios.

Entonces alguien chilló:

—¿Quién se ha sentado encima de las amapolas y de las coronas de espigas?

Pensé que era hora de irme.

No era temporada de amapolas. Y el trigo, el otro símbolo tradicional de Ceres, ahora seguramente se estaba plantando y no cosechando. Los artículos debían de ser falsos.

Los decoradores profesionales —«diseñadores de banquetes temáticos», como se llamaban a sí mismos— habían tenido la brillante idea de utilizar serpientes, como las dos culebras que tiraban de la cuadriga de Ceres mientras iba en busca de Proserpina, su hija secuestrada. Nadie con gusto y estatus social quiere serpientes vivas en su adorable casa, así que un joven desgreñado al que le encantaba la artesanía había fabricado unas falsas.

¡Vaya por dios!

Intenté hablar con él, ayudándolo a sacar sus creaciones y admirándolas con educación, porque sabía que se moría de ganas de que apreciaran su trabajo y que nadie más se habría tomado la molestia. Tuvimos una conversación acerca de la fabricación de carros para los triunfos militares. Hablamos de la cuadriga de las Cerealias, que tendría unas serpientes aún más grandes. Le pregunté por sus esperanzas para el futuro. Me apunté su nombre en una tableta de notas por si algún día le podía pasar algún encargo. Al menos, ése dije que era el motivo.

Después le conté que yo misma me sentía un poco rechazada y bastante frustrada por culpa del problema con Venusia. Y me dijo que había oído a alguien mencionar que se había ido a Ariccia, donde había un antiguo santuario en honor a Ceres.

Por desgracia, estaba demasiado lejos para ir hasta allí. Aun así, podría ser útil saberlo.

* * *

Necesitaba ver a Andrónico para animarme. Tenía unas ganas desesperadas de que un hombre con la mirada resuelta me persiguiera por una pequeña habitación.

Me acerqué a la oficina de los ediles, pero un esclavo público que estaba recogiendo sin prisas hojas del patio me dijo que no había nadie. Dejé al esclavo recogiendo sus hojas y colocándolas en un cubo una a una, como si fueran huevos de cáscara muy fina.

Podía preguntar por Andrónico en la casa del edil. Era un ciudadano libre. Sus amigos podían ir a buscarlo. Nunca antes de ahora había tenido una relación tan estrecha con un liberto, pero estaba segura de que ésa era una de las ventajas de que te liberasen. La amiga de un liberto a lo mejor habría tenido que pasar por una puerta lateral, pero estaba convencida de que era posible ir a visitarlo...

Decidí no hacerlo. Manlio Fausto seguía siendo un desconocido para mí y no me sentía segura acercándome demasiado a él. Pero la idea era tentadora. ¿Insinuarme en

la casa de alguien? Intenté no imaginar a mis familiares animándome a hacerlo. ¡Por Hades!, como informante, había sido entrenada para correr ese tipo de riesgos.

XXXIV

Lo vi. ¡lo Saturnalia!

Esa figura ligera y su grueso cabello peinado hacia atrás me provocaron una punzada en el corazón. Andrónico caminaba con paso desenvuelto por la calle del Armilustrio: en la cadera izquierda llevaba una jarrita de cristal que colgaba de un cordón de piel, como una redoma de aceite de baño. Nos encontramos mientras volvía a casa con un humor de perros que enseguida mejoró. Hizo una farsa, fingiendo no recordar que me conocía. La acogí con entusiasmo, encantada con su alegre tontería.

Nos dimos dos besos en la mejilla con extrema formalidad, ya que estábamos en una calle principal, expuestos al público. Su aliento en mi cara era cálido y tentador. Se me arrimó, sin tocar, sólo rugiendo ligeramente con deseo contenido. Me volvió loca, que era lo que pretendía.

Caminamos un rato.

* * *

Había perdido su barba. El efecto no era tan llamativo porque había sido muy clarita y en ningún momento había ocultado sus rasgos. A decir verdad, ni siquiera noté la diferencia, pero él era consciente de ello. Dijo que habían hecho un sacrificio de pelo facial. A pesar de que los ritos de Ceres eran griegos, Fausto había ordenado que todos tuvieran sus patrióticas barbillas romanas bien afeitadas. Hasta había traído a un barbero adrede para afeitar a todo el mundo.

—¿A Tiberio también?

—Hasta a la hirsuta criada de la cocina. Albia, no reconocerías a Tiberio.

Andrónico me contó que Manlio Fausto había pedido a todos los hombres de la casa que por las mañanas se arreglaran para acudir en grupo a las ceremonias del festival organizadas por él. Todos estaban expuestos a las miradas. No valía escabullirse.

—¿Apoyo sumiso?

—¡Quiere demostrar lo rico que es con el tamaño de su séquito! —se quejó mi amigo—. La mayoría están emocionados como unos tontos, porque les regala entradas. Claro que lo hace. Si un edil no puede llenar los asientos del Circo con su gente para que lo vitoree, ¿cuál es el sentido de su cargo? Me gustaría escaparme para verte alguna vez, pero algún mezquino espía del cortejo servil notará, y le comunicará cualquier ausencia.

—No te metas en problemas por mi culpa, Andrónico.

—¡Eres tan dulce!

Dulce no, diplomática. El bienestar de Andrónico era importante y yo tenía algún

interés. No me gustaría que Manlio Fausto decidiera que estaba alejando a uno de sus hombres de sus deberes. Ni siquiera lo había conocido y sin embargo tenía la impresión de tener con él una relación espinosa.

Mencioné a Andrónico lo contenta que estaba por haberlo encontrado así, por casualidad. Tal vez fui un poco tonta al mencionar cómo había flirteado con la idea de visitar su casa y preguntar por él. Como de costumbre, mi travieso amigo aceptó de inmediato esa sugerencia impulsiva.

Dijo que la casa del edil estaba allí cerca, así que me llevaría enseguida para enseñármela.

Desde luego podía ser una mala idea. Y me encantó.

* * *

¿Por qué me arriesgo siempre tanto? Bueno, por lo menos mi abuela argentina estaría orgullosa de mí. Como os conté en el funeral de Salvidia, Junilia Tácita nunca dejaba pasar la oportunidad de inspeccionar las casas de sus vecinas. ¿La casa de un edil? ¡Qué emoción! Se esperaba de mí que inspeccionara las sábanas por si estaban apolilladas y que pasara el dedo por las repisas para verificar si había polvo.

XXXV

En Roma, las casas de los grandes no podrían estar más protegidas contra las intrusiones. Tienen muros altos, ninguna ventana hacia el exterior, los porteros más hostiles del universo y a menudo grupos de guardianes taciturnos de raras provincias de ultramar, a cargo de perros furiosos que tampoco entienden el latín, a menos que alguien no les dé la orden «¡Mata!». Esa la conocen todos. Todos saben que, por lo menos a la luz del día, estas casas están abarrotadas de intrusos curiosos, invitados a echar un vistazo por miembros del personal. En una casa de este estatus, todos creen ser esclavos descarados en una obra de teatro. Los cuñados desocupados de la cocinera pululan por las despensas, birlando productos. Las amigas tontas de las criadas vienen a probar las camas aún calientes de los miembros de la familia. Los factótums son tristemente propensos a congraciarse con la gente con la que beben los viernes en los restaurantes de pescado. Incluso a los encargados más pedantes les encanta la posibilidad de alardear: hombres excelentes que afirman haber estudiado etiqueta en alguna villa menor, propiedad de un familiar de Julio César, pueden ser inducidos con facilidad a enseñar la mansión donde trabajan a ilustres desconocidos. Me resulta triste que la entrada a estos sitios sólo resulte complicada si quien llama a la puerta es un informante laborioso movido por una causa legítima.

Manlio Fausto y su tío se vieron obligados a prohibir las visitas informales. Pero sabía que probablemente se habían resignado a seguir teniéndolas.

* * *

Vivían en la parte occidental del monte, cerca de la orilla donde se hallaban sus almacenes. Estaban en el triángulo de grandes propiedades situadas al oeste de la calle de los Plátanos, así que se encontraban cerca de Laia Gratiana y Marcia Balbila. Era claramente un enclave de aristócratas plebeyos. Tulio poseía una típica mansión urbana, de una cierta majestuosidad, con un atrio justo al otro lado de la puerta principal, más allá del cual tus ojos podían divisar un jardín adjunto. Una típica vista formal. Una línea de visión creada para impresionar.

Todas las habitaciones públicas estaban colocadas justo al lado de la entrada. La gente iba allí por negocios, es probable que todos los días. Sólo los pocos que tenían una relación más íntima con los señores podrían pasar más allá, a los saloncitos privados y a los dormitorios. Intuí que de éstos había muchos: abajo, junto a pasillos discretos, y también arriba, en la segunda planta. En una ciudad donde la mayoría de la gente vivía apretujada contra las halitosis y las axilas malolientes de otras personas, aquí los afortunados habitantes tenían espacio de sobra.

Andrónico entró directamente por la doble puerta principal que se abría en la cima de unos escalones de mármol, cada uno de los cuales estaba adornado con los

habituales rosales en jarrones a juego. Un portero anciano, que con toda seguridad habría estado viviendo allí durante años, asomó su cabeza de un cubículo. Parecía sorprendido, pero no hizo objeciones a que el archivista me llevara dentro. A lo mejor pensó que era la proveedora de tinta, aunque lo dudo.

En el atrio había un *lararium*, un altar familiar apoyado contra un muro, con signos evidentes de que los espíritus guardianes del hogar recibían ofrendas a diario. Las flores y las tartas de trigo parecían frescas.

—Tulio —dijo Andrónico.

Asentí con la cabeza. No sería la primera vez que un hombre que demostraba falta de respeto por las mujeres venerase profundamente a los dioses. Como cabeza de familia, haría las ofrendas él mismo y se consideraría «un tradicionalista chapado a la antigua». Estoy segura de que, si lo viera, me entrarían ganas de meterle esa actitud a la antigua por su garganta a la antigua, antes de que tuviera tiempo de decirme lo bonito que era mi trasero mientras lo agarraba con impaciencia. Esperaba que no nos topáramos con él.

Me dejé llevar por las zonas principales. Estaba un poco nerviosa. A la derecha del jardín, había un comedor interior con prácticas zonas de cocina. Al otro lado había salones con asientos y algunas vitrinas para estatuillas, junto con una pequeña biblioteca. No tuve tiempo de sacar algún rollo para ver qué autores leían. Todo estaba decorado con frescos que conservaban un aspecto de recién pintado, como si tuvieran un programa de mantenimiento rutinario. Supongo que me esperaba escenas pornográficas, pero, si las había, no las vi. Eran todos mitos menores, estilizadas vistas arquitectónicas y agradables guirnaldas: bien ejecutados, pero con colores apagados.

La parte donde vivía el edil con su tío era limpia y no particularmente ostentosa. Se veía que tenían dinero, pero que lo usaban con moderación, así que el sitio denotaba una sencilla elegancia. Me sorprendió el ambiente tranquilo. Esa casa estaba bien dirigida, de una manera informal que me pareció bastante notable. A pesar de no haber sido invitada, me sentí cómoda enseguida. Esa atmósfera cordial no encajaba con el antagonismo que había presenciado entre Andrónico y Tiberio o con la manera tan áspera como Andrónico hablaba del edil y de su tío. Pero eso demuestra cómo la naturaleza humana puede encontrarse incluso en un buen entorno.

* * *

Andrónico pidió a un sirviente que nos trajera refrescos en el jardín. Como liberto de la familia, podía solicitar refrigerios; como invitada, yo seguía intentando parecer una proveedora de útiles de escribir de la que Andrónico estaba intentando conseguir un descuento. Nos sentamos en un banco, delante de una mesita portátil con tazas de tamaño normal y platos en miniatura, como si fuéramos los dueños de la casa.

En ningún momento pude comprobar si el propietario, Tulio, se encontraba en la

vivienda. Me dijeron que el joven señor sí estaba allí. Tras dirigir el festival hasta altas horas de la noche, el edil aún estaba profundamente dormido en su habitación. Como iba a tener compromisos esa tarde y también durante varias noches más, nadie lo molestaba. Saber que estaba tan cerca me hizo sentir rara, aunque Andrónico no parecía preocuparse por la posibilidad de que Fausto apareciera de repente bostezando.

Siempre me intriga la idea de ver a alguien en su casa cuando sólo lo he visto fuera de ella. Aquí, Andrónico estaba más relajado que nunca. Ya no era irritable e inquieto. De vez en cuando pasaba algún esclavo y éste le hacía un silencioso saludo con la cabeza. Lo devolvía, dando la impresión de que se llevaba bien con todos.

Me alegré. Me dio placer saber que podía ser así.

Muy pronto empezamos a hablar con avidez. Por supuesto, el tema de nuestra conversación pasó a ser el edil, y fue entonces cuanto le hice saber que me daba vergüenza estar en su casa sin que él lo supiera o que me hubiera dado su permiso.

—¿Siempre duerme hasta la hora de comer? ¿Está tan agotado por culpa de la organización del festival?

—A decir verdad, las Cerealias han supuesto mucho trabajo para él. —Quizá fuera la primera vez que Andrónico demostraba semejante comprensión al hablar de Fausto—. No está acostumbrado a trabajar duro. Es tan importante para él que al final le está saliendo bien, pero ha estado un poco bajo de moral.

—¿Nervios?

—No. Pero tiene unas ganas locas de impresionar.

—Entonces, ¿cómo fue anoche?

—Oh, ya sabes, como siempre. Mucha procesión con atavíos blancos, himnos, antorchas, complicados rituales ejecutados de forma inaudible en altares especiales.

—Diversión con los dioses.

—Pasan el rato con el colegio femenino que se reúne en la mayoría de las ceremonias. A menos que quieran ser vírgenes vestales, las mujeres no tienen ninguna otra posibilidad de convertirse en sacerdotisas autoritarias.

—¿A Laia Gratiana le gusta?

—Se comporta como si dirigiera el culto, pero como ahora es soltera, sólo se engaña a sí misma. La sacerdotisa mayor de Ceres siempre es una esposa, y además fértil, para realzar el mito de la abundancia de todo. Tener gemelos es bueno, trillizos es mejor. Pero tener trillizos y que todos sobrevivan al parto ya es imbatible.

—¡Y bastante raro! ¿Hablas de la vieja urraca que vimos la otra tarde en el templo?

—La misma. «Una mujer madura de una buena familia» o, mejor, un viejo murciélago malhumorado que es incapaz de recordar sus frases para las ceremonias, porque la cabeza le falla. Gratiana siempre intenta hacerse pasar por su ayudante,

pero anoche fue degradada a las filas donde bailaban como griegas antiguas.

Había ido a un festival así.

—Dale a una devota del culto una gran antorcha en llamas y estará encantada de apuntarla hacia algo de forma ritual.

Andrónico hizo una divertida imitación para mí.

—Planteamiento terrible y solemnidad con movimientos lentos. Unas danzas realmente embarazosas, llevadas a cabo por jóvenes emperejiladas con falsos disfraces helénicos. Representaciones horribles con diálogos realmente espantosos.

—¡Oh, disfrutaste entonces! —sonreí con sarcasmo, y Andrónico resopló.

—Sí, lo pasé muy bien.

Era evidente que estaba esperando a que cuestionara su declaración, pero me burlé de él negándome a hacer comentarios.

Estuvimos en silencio durante un rato. Estaba saboreando el pan que nos habían traído junto con los refrescos. Era una hogaza buena, fresca y crujiente, cortada en ocho trozos y servida en una cestita forrada con una servilleta blanca con los bordes rizados. Estaba acompañada por una pequeña fuente de plata con queso que, si no me equivocaba, estaba hecho por Metelo Nepote, el hijastro de Salvidia. Estaba segura de haber reconocido los sabores, aunque, por desgracia, no había ni un trocito del queso ahumado. A lo mejor Tiberio se lo había comido todo. Por lo menos la tragedia había traído clientes a Nepote.

De repente pensé que, siendo ése el único jardín adjunto de la casa, debía de ser allí donde Casiana Clara se había demorado aquella noche que había venido a cenar junto con Viator. Intenté imaginarme aquel sitio iluminado por algunas lámparas de aceite que titilaban a lo largo de las columnas. Había guirnaldas de jazmín donde jugaban unos gorrioncitos, pequeñas estatuas de jóvenes dríadas y una fuente burbujeante con un flujo adecuado. Sería un sitio agradable para esconderse, pero no si después había tenido algún tipo de encuentro desafortunado. Y lo había tenido. Ahora estaba segura de ello.

Me di cuenta de que, si Clara hubiera chillado angustiada, la gente en el comedor la habría oído con facilidad y habría acudido a ayudarla. Tras dar unos pocos pasos, Viator se habría plantado allí, enfadado porque su joven esposa había sido ultrajada de alguna manera. Visualicé cómo debió de salir ahí fuera, rodear con ese brazo musculoso a Clara y llevarla de vuelta a un banco para el postre, el flautista y su cortés conversación sobre música con Fausto...

—¿Qué es lo que turbó tanto a Casiana Clara? —pregunté—. Al hablar con ella, se lo noté de modo evidente.

Andrónico parecía sorprendido.

—¿Por qué lo preguntas?

—Ligera curiosidad.

—Es una chica tonta.

—Todas las chicas son tontas. Yo misma fui tonta en su momento. Viene de un entorno protegido, es joven, probablemente es propensa a aburrirse con largas conversaciones sobre locales comerciales y condiciones de almacenamiento.

—Yo mismo —bromeó Andrónico— nunca tendría bastante con la relación entre yugada y denario, y con la libre circulación de corrientes de aire para una óptima prevención de la formación de moho.

Me encantaba su sentido del humor.

—Gracias a ti, me estoy imaginando a la perfección las conversaciones que tenéis en esta casa a la hora del desayuno.

—Tienes razón. Tan pronto como amanece, de ti se espera que disfrutes de una conferencia sobre la aireación bajo el suelo de los graneros, con las últimas inquietudes acerca de los daños causados por ratones y escarabajos. Tulio tiene mucho éxito como propietario de almacenes, Albia.

—Y eso le ha ayudado a conseguir una maravillosa casa donde poder dar conferencias sobre escarabajos... Pero —seguí insistiendo— ¿qué pasó de verdad cuando Clara se aburrió de la relación entre el espacio en alquiler y su coste?

Andrónico se encogió de hombros.

—Como ya te dije, me la encontré aquí y hablé con ella con la intención de animarla un poco, si podía. ¡Trabajo difícil, debo decir! Cuando vi que se sentía incómoda estando sola en compañía de alguien, decidí dejarlo, como es lógico.

—Modales perfectos —murmuré.

No me había parecido que fuera difícil hablar con Casiana Clara, incluso ahora que estaba afligida, pero yo era una mujer.

Fingió pavonearse.

—En fin, no pretendía nada con ella.

—¿Eso habría cambiado algo?

—¿Por qué no? —preguntó prontamente.

Se me encogió el estómago, pero tuve que recordarme a mí misma que Andrónico era un hombre. ¿De verdad no tenía ni idea de que eso me ponía celosa? O tal vez sí lo sabía. Lo que dijo después me dejó boquiabierta.

—Fausto debió de venir enseguida después, cuando ella aún estaba deprimiéndose solita y no pudo creer la suerte que había tenido.

—¿Fausto?

—Vive aquí, ¿no te acuerdas?

—Vale, pero ¿«no pudo creer la suerte que había tenido», Andrónico?

—Él la agarró. Ella chilló. Salieron todos corriendo, con su marido enloquecido a la cabeza.

—¡Espera, para un segundo!

Necesitaba tiempo para el reajuste. Era una posibilidad que nunca se me había pasado por la cabeza. Hasta ahora no había imaginado al en teoría puritano edil como un hombre que podía lanzarse sobre una joven invitada a su casa, y mucho menos cuando su marido estaba jugueteando con el postre de nueces y melocotones sólo a pocos metros de distancia.

—La chica tuvo la culpa —declaró Andrónico.

—¿Por qué? Lo único que hizo Casiana Clara fue estar durante un momento en el sitio equivocado, porque necesitaba tomarse un respiro de una cena tediosa.

Podría llegar a creer que Clara era tan ingenua que se había sentido atraída en secreto por el flirteo ligero de un hombre mayor (el edil debía de tener treinta y seis años frente a sus diecinueve, una diferencia significativa). Pero una cosa sería la habría asustado y escandalizado, estoy segura. No habría sabido cómo manejarlo. Y, de todas formas, ella era fiel a Julio Viator, a menos que su fidelidad no se hubiera convertido en culpa después del acontecimiento.

—Lo irritó mucho.

Me puse tensa por instinto, así que Andrónico dejó enseguida su actitud dura.

—¡Sólo estaba analizando la situación! Me doy cuenta de que te estás muriendo de ganas de acusarme de todo tipo de hipocresía masculina, querida Albia. Tienes razón. Una mujer debería poder estar sentada sola en el jardín de una casa privada...

—¡O en cualquier sitio! —gruñí.

—... sin que cualquier hombre de sangre caliente que la vea se lo tome como una invitación a meter su polla dentro.

—¿Me estás diciendo que Manlio Fausto es igual de asqueroso que su tío?

Andrónico sólo hizo una mueca y dejó que pensara lo que quisiera.

Comparé esa información con lo que me había contado Tiberio acerca de su antigua aventura. Imagínadlo: entonces, dejado solo con el trofeo revientabroches de su patrón, Fausto había asumido que esa belleza estaba allí para tomarla. «Ella ofreció. Él aceptó», había dicho Tiberio. Pero podía presumirse que a esa mujer su atención le gustaba y la deseaba.

No sé por qué, pero de repente me entraron ganas de pedir a Tiberio su opinión acerca de esa historia de la agresión a Casiana Clara.

—Puedes imaginarte el revuelo que se armó cuando la tonta criatura empezó a chillar. La culpa fue de la chica —repitió Andrónico, con toda naturalidad, y después añadió—: Así que, ¿sabes qué, Albia? Tendríamos un buen motivo para afirmar que más tarde Fausto se tomó su venganza liquidando a Viator. Se vengó porque le había estropeado la diversión y lo había dejado en evidencia.

XXXVI

—¿Liquidó a Viator? —respiré hondo—. ¿Estás acusando a Fausto del asesinato del magnate de las pieles? ¡Oh, venga! Déjame que te recuerde que, la última vez que tuviste algo que decir sobre esto, señalaste a Tiberio.

—Sí, en efecto, parezco bastante voluble.

Me hizo una sonrisa descarada. Sentía debilidad por su fingida vena amoral. A las chicas les gusta lo impredecible. Entonces explicó:

—El hecho es, Albia, que anoche pasó algo que me hizo ver las cosas de otra manera.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Qué descubriste?

Andrónico se recostó, con las manos entrelazadas detrás de su cabeza marrón anaranjada. Nunca dudé de que disfrutaba siendo el único foco de mi atención. Esperé que no estuviera exagerando para impresionarme.

—Algo pasó después de la carrera de caballos.

Recobré la compostura, fingiendo estar tranquila.

—Cuéntame.

—Vamos. Estás emocionada. Admítelo.

—Sí, estoy emocionada. Ahora déjame ver si eres un jugador de verdad o tu cajita de los dados está vacía, abominable embustero.

Andrónico, que como siempre había sido puntilloso con la comida que nos habían traído, ahora cogió un trozo de queso y se paró a saborearlo. Estaba disfrutando mucho manteniéndome en vilo. Lo dejé hacer.

—Mi cajita de los dados nunca está vacía.

A veces tenía una manera de hablar que podía sonar demasiado seria. Pero se quedó mirándome con su expresión confiada y juntó sus manos. He crecido con gente que trabajaba en una colaboración estrecha y cariñosa, así que su actitud en ese momento me transmitió buenas vibraciones sobre el futuro de nuestra propia relación. Es así como debería trabajar la gente.

—¡Oh, venga, amigo!

Se soltó las manos y se inclinó hacia delante, como disponiéndose a hacer una confidencia.

—Ahí va. Anoche, al final de las procesiones, hubo una gran conmoción social. Había sido organizada una fiesta en la casa de la sacerdotisa mayor. Por supuesto, Fausto fue. Muchos de nuestros chicos se tuvieron que ir a casa, pero yo conseguí acompañarlo.

No podía dejar de pensar, con cierta melancolía, que podría haber sido el momento perfecto para que Andrónico se escapara y viniera a verme. Pero no debo ser egoísta.

—Fuimos todos en tropel a la casa de la anciana, donde nos mezclamos de un modo poco natural, entre vino especiado y tartas de avena. La mayoría deseaba no haberse molestado en ir. Fausto acogía con entusiasmo todos los piropos, pero la noche le había pasado factura: parecía agotado. Entonces sucedió. A medida que la gente empezaba a retirarse, Laia Gratiana se acercó y habló con Fausto.

Parpadeé.

—Por lo que sé, eso debió de dejar a todos boquiabiertos.

—¡Sobre todo a él! Normalmente se suelen ignorar. Era la típica fiesta en la que podría haberse mantenido con facilidad fuera de su vista. Lo odia. Él no soporta tener que tratar con ella. Aun así, ella fue derecha hacia él y le hizo frente sin ningún tipo de preliminares. ¡El pobrecito no sabía adónde mirar!

—¿Y qué quería Laia?

—Hablar con él, ¡en privado!

Me chupé los dientes.

—¡Qué embarazoso!

—No sabes cuánto, Albia.

—¡Qué bicho! ¿Los espiaste?

—No iba a perdérmelo. Tú habrías hecho lo mismo.

—¡Oh, sí!

—Te habrías tenido que disfrazar de arbolito de laurel, pero, por suerte, las macetas detrás de las cuales tuve que esconderme eran grandes.

—¿Y?

—Él dijo: «¡Qué sorpresa!». Ella dijo: «Cállate y escucha. Sólo me preguntaba si te habías dado cuenta de quién era Venusia». Entonces, con tono molesto, el bastardo sólo dijo: «Seguramente no esa Venusia, ¿no?». Cualquiera pensaría que sabía que yo estaba mirando.

Si estaba alerta, había buenas probabilidades de que Manlio Fausto supiera que Andrónico lo estaba espiando. Cualquier miembro de su personal podría haber estado haciéndolo. En la Roma de Domiciano, eso era inevitable, tuviera la gente secretos o no. De hecho, estar al lado de una maceta o de una estatua, sin poder ver lo que hay detrás, era estúpido en extremo. Alguien diría que hasta las hojas de laurel tenían oídos estos días.

—¿Así que Fausto sabe algo acerca de Venusia, aunque se lo tenga que recordar Laia? ¿Ella cree que es tan importante como para llegar a romper su eterno voto de evitar a Fausto? —Mi cerebro echaba humo—. Andrónico, Venusia era la otra criada aquel día en que la chica de Marcia Balbila fue atacada en el Vicus Altus.

Andrónico silbó despacito.

—Y ahora sabemos qué hizo hace tiempo a Fausto —me aclaró.

—¿Lo descubriste?

—Oh, descubrí muchas cosas escuchando su alegre cháchara, Albia. Detalles que llevaba años queriendo conocer. Por lo visto, ahora es un moralizador, pero entonces era un ser despreciable. Por fin he descubierto qué fue lo que acabó con su matrimonio.

—¿Entonces? —pregunté con circunspección.

—Por suerte, Laia es de esas mujeres a las que les gusta dramatizar cuando tienen la posibilidad de compadecerse de sí mismas. «Sí, Fausto. Venusia, la que lealmente vino a avisarme cuando tuviste tu asquerosa aventura con aquella terrible mujer». A lo que él se limitó a contestar: «¡Oh!». Sus réplicas son increíblemente aburridas.

* * *

Empecé a columpiar las piernas, chocándolas la una contra la otra sin parar.

—Bueno, es interesante, pero no entiendo cómo deduces de eso que Fausto podría haber matado a Ino.

—¿No lo ves? ¡Se equivocó de chica!

—¿Qué?

—Fausto sabe muy bien que fue Venusia quien rompió su matrimonio. Desde luego, nunca la perdonó por chivarse. ¿Quién lo haría? Su intención era vengarse matándola, pero, vistas por detrás, dos criadas envueltas en estolas pueden parecer idénticas. Imagínate que, en lugar de seguir cada una a su señora, como te esperarías, se hubiesen intercambiado.

—Con un grupo de personas caminando todas apiñadas, podría pasar fácilmente —coincidí.

—Sí, así que atacó a Ino por error.

—Buena teoría. Pero sólo son conjeturas. ¿Cómo puedes estar seguro de que se intercambiaron?

—No puedo —coincidió Andrónico—. Pero estoy seguro de que, si se lo preguntaras a cualquiera de las supervivientes, te confirmarían que tengo razón.

Tenía otro motivo para creerlo.

—Eso podría explicar algo de lo que me he enterado hoy: Laia ha enviado a Venusia al campo. Me pareció raro, pero no si es una medida de protección. Así que ¿alguien podría tomar a una criada por otra? Me pregunto cómo es Venusia.

—Una vieja gárgola griega.

—¿La conoces?

—La he visto con Laia en el templo.

Era probable que Andrónico estuviera exagerando y, de todas formas, el matrimonio había terminado hacía diez años. Pensé que era poco presumible que Fausto se hubiese fijado siquiera en la criada de su mujer. Podría no ser capaz de reconocerla ahora.

—Se ha marchado para salvar la piel, por si va otra vez a por ella. —Andrónico

era tajante—. ¿Sabes adónde la ha enviado?

—No, no lo sé. Mira, matar a una criada que lo traicionó sería bastante obvio y también bastante tardío, ¿no crees? ¿Diez años más tarde? —Me di cuenta de que me estaba volviendo inflexible—. Tengo que decir que ésta es una teoría un poco rebuscada, Andrónico. Para un hombre de su posición, ir por ahí matando a gente es...

—... posible, si está loco.

—Tú vives en su casa. ¿Está loco?

—¿Por qué crees que siempre he querido mantenerte lejos de él? —explicó Andrónico con dulzura.

Le sonreí mirando sus ojos amorosos.

* * *

—Pero ¿estás insinuando que Fausto es el responsable también de las otras muertes? —pregunté, intentando concentrarme en el trabajo, mientras Andrónico me miraba cariñoso—. ¿De la de Salvidia, por ejemplo?

—Sabía que Salvidia había causado la muerte del pequeño. Lo puso furioso. Colgó el cartel solicitando testigos.

—Pensé que había sido Tiberio.

—¿Aparecía o no el nombre de Fausto en él? Me parece recordar que viniste a nuestra oficina preguntando por él, Albia.

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo. En ese caso, supón que el edil se tomó demasiado a pecho su papel de oficial público. Estaba furioso por el hecho de que Salvidia hubiese causado la muerte de un niño por negligencia, así que, en lugar de limitarse a poner una multa a su empresa, se tomó la libertad de imponer justicia severa.

—Pero ¿qué pasa con la anciana? Celendina no había hecho nada para irritarlo.

—Ah, eso ya no lo sé. Debe de haber un motivo. Simplemente no lo hemos descubierto todavía. A lo mejor la mató de verdad ese hijo que mencionaste... En cuanto al chico de las ostras —Andrónico se apresuró, adelantándose a mis palabras —, Fausto a menudo compra provisiones especiales. Ama su comida. Le encantan las ostras y es exigente con el proveedor. Debí de ir a ese puesto y el muchacho lo irritó de alguna manera.

Era habitual que los cabezas de familia hicieran la compra de ese modo. Los hombres, en especial, se consideraban a sí mismos expertos compradores. Matar a un chico que quizá desbulló sus ostras de forma incorrecta era poco probable, pero en cuanto empiezas a pensar que alguien está loco las reglas normales empiezan a fallar. Andrónico tenía razón acerca de esto. Todos estamos luchando para identificar los motivos y, sin embargo, los asesinos son una raza irreflexiva e inconsecuente.

Aquello era muy extraño. Allí estaba, sentada en la casa del hombre, sin que él lo

supiera, mientras un miembro de su personal intentaba demostrarme que era un asesino en serie. A Andrónico todo esto parecía traerle casi sin cuidado. Yo me sentía cada vez más incómoda.

—Habíamos decidido —objeté— que el asesino debe de vivir en el área donde ocurrieron todas las muertes o, por lo menos, los ataques a las víctimas.

Andrónico se encogió de hombros.

—Vivir cerca... ¡O trabajar cerca!

Tenía razón. Al hallarse al lado del Templo de Ceres, la oficina de los ediles estaba justo allí.

* * *

Vi como un esclavo, cargado con una enorme bandeja de cubertería de plata, incluidos cuencos con servilletas rizadas como los que habíamos tenido nosotros, caminaba por el balcón de arriba, como si estuviera llevándola a uno de los dormitorios. El chico se tambaleaba. Tuvo que apoyarse en una columna. Era una bandeja considerable. Me puse de pie de un salto.

—No puedo quedarme aquí hablando sobre él. Me voy a casa.

Andrónico me preguntó casi excitado:

—¿Tienes miedo a ese individuo?

—No.

A lo mejor debería. De todas formas, los informantes tienen que tener pinta de duros.

—No quiero que salga fuera de su habitación y nos vea analizando lo que podría haber hecho. Es prematuro. Tenemos que recoger pruebas que lo relacionen con el crimen. La mayoría de las cosas que has alegado pueden servir también para tu anterior sospechoso, Tiberio.

A excepción de lo de la criada. La criada destrozó el matrimonio de Fausto. Vengarse de ella podía ser un móvil de asesinato sólo para Manlio Fausto.

Andrónico seguía mi lógica.

—Y tú sin duda estás pensando que es Tiberio, porque está todo el día en la calle.

No había llegado tan lejos, pero asentí con la cabeza.

—Piensa en esto. Sí, a Tiberio se lo envía a misiones secretas, pero no te equivoques. Sabes cómo es Fausto. Quiere hacer su trabajo mejor que cualquier edil en la historia. La única cosa que quiere que todos digan de él es que no se queda sentado en la oficina, encima de su trasero togado, esperando recibir noticias. Se mantiene informado sobre lo que pasa en su zona.

—¿Conoce su territorio?

Andrónico aplaudió.

—Exacto.

—¿Sale por ahí? ¿Conoce sitios como el Vicus Altus y la calle del Laurel Menor?

¿Se pasea regularmente por el Pórtico Trigémino?

—Se va al pórtico a comprar ostras de Rutupiae. Las considera mucho más sabrosas que las del lago Lucrino.

Andrónico estaba empezando a convencerme. Un motivo más para esfumarme de allí. Repetí que me iba a casa y esta vez me levanté para marcharme.

No me sorprendí cuando Andrónico decidió venirse conmigo. Y, con alegría en el corazón, supe cómo quería que acabara todo eso. Lo dejaba claro hasta en público. Cuando abandonamos la casa y nos fuimos andando, nos entrelazamos como amantes de camino a la cama.

XXXVII

Subiendo por la calle de los Plátanos, el trayecto hasta la plaza de la Fuente desde la casa de Tulio y Fausto era sólo la mitad que pasando por el otro lado del monte, tras visitar el Templo de Ceres, la oficina de los ediles y las casas de los asesinados. Pero incluso ese corto paseo me proporcionó tiempo para reflexionar.

Rara vez me siento exultante cuando me doy cuenta de que podría haber identificado a un malhechor. Normalmente, estoy desolada. Y cuanto más listo es el criminal, más vale esta regla.

Andrónico y yo no hablamos mucho. Tenía el pensamiento fijo en hacer el amor, como si hablar de la muerte le proporcionara una carga erótica. Aunque el placer tenía para mí un atractivo que en cualquier otro momento habría sido urgente, ahora mismo estaba perdida en el caso. La colaboración podía esperar. Y, en lo relacionado con el trabajo, ni siquiera estaba segura de que la quería. Llegado el momento crucial, prefiero reflexionar sobre las investigaciones por mi cuenta. Andrónico y yo éramos amigos, pero su manera de saltar a conclusiones inmediatas cada vez que había un giro de los acontecimientos no me servía de nada. Yo tiendo a dar muchas vueltas a los resultados. Vuelvo atrás y verifico todos los indicios y los hechos, por si ha habido errores o eslabones perdidos. Es más, lo hago cuando me siento preparada. Para mí, estar callada esa tarde sólo significaba que estaba despejando mi cerebro para poder meditar. Quería estar sentada sola y en silencio, en el sofá de mi habitación, con una copa de vino sin tocar a mi lado y una tableta de notas en mi regazo.

Bueno, así es como abordaría la investigación más tarde, después de caer en los brazos de Andrónico y de pasar un delicioso rato juntos... Era humana.

Había dos cosas que se abrían camino en mi cabeza en ese momento. Necesitaba preguntar a Casiana Clara si, cuando fueron a cenar, Manlio Fausto la asaltó. Si así fue, sería la prueba decisiva.

Y también quería hablar sobre Fausto con la criada de Laia Gratiana, Venusia. En particular, ¿cómo se había enterado de su aventura y qué —si no fue sólo su carácter desagradable— la había empujado a delatarlo? ¿Había sido realmente por lealtad hacia Laia? Una amiga de verdad podría habérselo ocultado para preservar su felicidad o, si sois cínicos acerca del matrimonio, para mantenerla durante el mayor tiempo posible. Una idea que se me ocurrió entonces fue: mientras estuvieron casados Fausto y Laia, ¿él no habría flirteado con la criada? Un montón de maridos intentan meter mano a las asistentas de sus esposas. Venusia podría haber disfrutado con sus atenciones secretas o incluso haberse convencido de que era especial. Podría haberlo odiado por empezar otra aventura y se podría haber chivado a su señora en un acto de despecho, siendo ella misma una amante desengañada.

Mientras caminaba con Andrónico, le pregunté si Fausto haría una cosa así. Andrónico afirmó que el hombre era notoriamente descarado con las esclavas. Según él, cuando Manlio Fausto iba de visita a otras casas, la gente sabía que era un riesgo y tomaba medidas para mantener a sus chicas hermosas fuera de su alcance.

—No es el único hombre en Roma que tiene esa reputación —concluyó Andrónico.

—Estoy de acuerdo. Pero lo estás haciendo pasar por una persona del todo distinta a lo que había escuchado hasta ahora. ¿No me dijiste tú mismo una vez que ni siquiera pone un dedo sobre la chica que le hace la cama? ¡Espero que no estés tejiendo una mentira!

—El que le hace la cama es un chico, ahora que lo pienso —replicó Andrónico muy serio—. La costura nunca me ha atraído. De hecho, cada vez que necesito juntar dos papiros en la oficina del archivo, delego la tarea en otros.

—No hay nada malo en la labor de aguja —discrepé sonriendo—. No es tan delicada como podría pensar la gente. Para traspasar la tela, a veces hay que usar mucha fuerza.

—¿En serio?

* * *

La tontería de la costura llenó el tiempo mientras íbamos desde el final del callejón hasta el Edificio del Águila, donde estábamos completamente preparados para arrancarnos la ropa y caer el uno en los brazos del otro. Hasta había recobrado el interés. Pero en la entrada nos encontramos a un Rodan agitado.

—¡Oh, gracias a los dioses, Albia! ¡No puedo con esto! ¡Es un animal! Está en las escaleras. Nadie puede pasar. Alguien lo tiene que quitar de allí.

El gran zoquete estaba a punto de llorar: le afectaba sobremanera tener que capturar y quitar de en medio a una criatura salvaje que se había metido dentro del edificio. Supuse que sería una rata o incluso un ratoncito. Nuestro conserje era tan sensible que ni siquiera conseguía vaciar las trampas para ratones. Me las traía a mí.

—Tranquilízate, Rodan.

Cuando volvía a casa con un amante, no quería tener que enfrentarme a emergencias domésticas. Es feo. Te hace perder tiempo. Te arruina la atmósfera. Así que, sí, estaba furiosa. Rodan estaba tan acostumbrado a que la gente se irritara que apenas se fijaba en ello.

Andrónico estaba muerto de risa.

—¿Qué es esa cosa, un león que se ha escapado?

—Eres un gladiador —refunfuñé—. Busca una lanza y ocúpate de él.

Sabía que Rodan nunca había matado nada. Si se encontrara cara a cara con un predador, palmaría de pura cobardía. Por suerte, no vivíamos en una zona constantemente asediada por mascotas exóticas, escapadas de los zoos que montaban

los ricos para presumir.

Rodan me pasó una escoba. Al aceptarla, asumí la responsabilidad. Convertí la escoba en el testigo de algún tipo de carrera de relevos. Ahora era yo quien tenía que enfrentarse al problema.

Maldije. Con Andrónico empujando muy excitado detrás de mí, pasé rozando a Rodan, quien corrió a su cubículo y se taparía los oídos hasta que no se hubiera terminado todo. Entré en el vestíbulo. Al principio no vi ni oí nada. Entonces, llegaron unos ruidos escandalosos como de arañazos. Al subir poco a poco los primeros escalones, una terrible visión se abrió delante de mis ojos. Una zorra, utilizada en el ritual de anoche, había sobrevivido al Circo y se había escapado. Con su parte trasera horriblemente quemada, se había arrastrado hasta nuestro edificio. Aunque había conseguido deshacerse de la antorcha que le habían atado, el daño era espantoso: casi no tenía cola, su carne estaba chamuscada, sus largas patas traseras colgaban inservibles, estaba agotada y angustiada.

Yacía encogida en una esquina del primer rellano. Sus ojos color ámbar estaban apagados y llenos de terror. A medida que me acercaba, forcejeó como pudo, demasiado exhausta incluso para bufar o gruñir.

—Para. ¡No te acerques! —Andrónico intentó agarrarme.

Ahora comprendía por qué estaba Rodan tan turbado. Ahora me tocaba a mí ponerme histérica.

—¿Qué podemos hacer? ¡Debemos ayudarla!

—No puedes salvarla, Albia. Es inútil.

—Entonces tengo que acabar con sus sufrimientos. ¡No puedo dejarla así sin más!

La cosa empeoró cuando los niños africanos que vivían en la primera planta oyeron nuestras voces y se asomaron a la puerta donde seguramente se habían estado escondiendo. Ahora que había adultos cuya atención reclamar, empezaron a chillar. Estaban asustando a la zorra. Me estaban asustando a mí. Les mandé que se metieran dentro, pero sólo conseguí que gritaran más fuerte.

—Está bien. Echaos para atrás.

Andrónico tomó el control. Era maravilloso. Yo estaba hecha un flan. Cada vez que la patética zorra temblaba o tenía un espasmo, me entraba pánico. Oculté mi cara en las manos, apenas capaz de mirar, y empecé a gimotear. Mientras yo vacilaba, Andrónico estaba evaluando la situación.

—Esto no será fácil. —Me quitó la escoba de las manos—. Vete abajo con Rodan. Búscame un cuchillo decente. Búscame algo, ¡rápido, Albia!

Combatiendo los sollozos, obedecí. Le habría llevado uno de mis cuchillos, pero no podía pasar por el animal herido para llegar a mi piso o al despacho. A mis espaldas, oí cómo Andrónico ordenaba con severidad a los niños que entraran en su casa. Esta vez el ruido atenuado indicó que los pequeños le habían hecho caso.

Una parte de mí estaba preparada para encargarse de la zorra herida, pero la otra estaba aliviada porque Andrónico, a pesar de su evidente aversión, se había ofrecido a tomar el relevo.

Me costó mucho conseguir que Rodan encontrara un cuchillo adecuado. No estaba muy dispuesto a dejarme entrar en su apestoso cubículo y, cuando pasé a su lado, abriéndome paso con el hombro, parecía incapaz de recordar dónde guardaba las cosas. Tenía tan pocas pertenencias que era fácil ver la mayoría de ellas. Algunas probablemente habían sido de otras personas, personas que podrían estar preguntándose dónde y cómo las habían perdido. El resto era basura. Cazos rotos y espantamoscas sin plumas. Un colchón lleno de bultos. Un taparrabos que colgaba de una vieja lanza, sin punta, porque en caso contrario la habría cogido. Al final, el portero sacó una daga de aspecto terrorífico que debía de pasar por cubertería fina en los raros días en que no comía con los dedos.

Volví a subir las escaleras dando traspiés. Para mi enorme alivio, descubrí que todo se había acabado.

* * *

La zorra yacía inmóvil. Andrónico estaba apoyado en la pared con cara pálida y respiración acelerada. Había dejado caer la escoba en las escaleras. Todo estaba tranquilo y silencioso.

—No preguntes. —Me lanzó una mirada cansada—. No te aflijas. Ya se ha ido. Ha pasado a mejor vida, pobre criaturita bondadosa, es lo único en lo que debes pensar.

Me impidió que hiciera preguntas y evitó que me acercara.

—Simplemente se ha quedado sin fuerzas y ha dejado de respirar, sin miedo o sufrimientos.

No me lo diría. A lo mejor decía la verdad y se había derrumbado sin más a causa del agotamiento y la pérdida de sangre, o tal vez la había ayudado de alguna manera. Sospechaba que me había mandado abajo con Rodan para deshacerse de mí mientras acababa con su dolor. Estaba ahorrándome la visión.

Estaba segura de que había hecho algo, aunque no sabía lo que era. No vi que el animal tuviera ninguna marca nueva. No estaba armado. Si la hubiese golpeado con la escoba, no habría funcionado y yo habría oído el jaleo. Además, mi querido amigo carecía de semejante crueldad.

Mientras lo abrazaba, Rodan subió con una bolsa para llevarse el cadáver, haciéndose el gran hombre ahora que otro había realizado el trabajo duro. Se agachó para recoger el cuerpo lacerado de la zorra, resollando por el esfuerzo mientras se doblaba. Miré para otro lado. Andrónico me protegió apoyando mi cara en los huesos de su hombro.

Todavía estaba temblando cuando Rodan se enderezó con la bolsa en la mano.

Sus rodillas crujieron fuerte. Con voz remilgada, me dijo:

—No sé si lo estaba esperando, Albia, pero su padre ha enviado una silla de manos para recogerla.

Hades. Debía habérmelo esperado. Lo había olvidado por completo. Ese día eran los idus de abril. Mi cumpleaños obligatorio.

XXXVIII

Estaba conmocionada por la zorra muerta. De lo contrario, habría podido manejar mejor la situación.

Habría podido invitar a Andrónico a que viniera a casa de mis padres conmigo. ¿Por qué no lo hice? Sobre todo, porque no lo conocía desde hacía lo suficiente. Aún quería que fuera todo para mí. En cuanto presentas a alguien a tu familia, se apropian de él. Mis padres lo interrogarían, cada uno a su manera, discreta pero resuelta; mis hermanas harían preguntas tontas acerca de nosotros delante de él; incluso mi hermano pequeño, un niño difícil en los mejores momentos, lo desconcertaría mirándolo con la boca abierta. No estábamos preparados para eso.

Mencionar que era mi cumpleaños me había parecido superfluo. Me habría sentido incómoda. Así que, mirando hacia atrás, debí de dar a Andrónico la desafortunada impresión de que aquél era un acontecimiento ya planeado que no tenía mayor importancia y del que me habría podido escapar a una hora razonable. Aún era sólo mediodía.

—¿Estarás bien? —murmuró con tono cariñoso.

Estaba muy nerviosa y él seguramente lo achacaba a la historia del zorro.

—Estaré con mi gente, no te preocupes.

—¡Oh, ellos cuidarán de ella! —intervino Rodan, aunque nadie le había pedido su opinión—. Ese Falco es un personaje repugnante, pero el resto son una familia muy agradable y divertida.

—¡Gracias, Rodan!

La diversión de Andrónico por esas alabanzas contradictorias parecía superar la molestia por mi partida.

Lo tranquilicé con el argumento de que esa tarde podría cumplir con su deber de asistir al festival del edil, sin sentir ninguna obligación hacia mí. Ya no estábamos de humor para acostarnos juntos, aunque hubiera estado libre. La zorra agonizante nos había quitado las ganas. Yo estaba angustiada y él trastornado por lo que fuese que pasó cuando estuvo a solas con el animal. Necesitábamos un buen rato para recuperarnos.

Le pedí disculpas por irme tan deprisa y él me dijo que a lo mejor se pasaría por la plaza de la Fuente más tarde, para hacerme una visita. Esta promesa a medias no era lo bastante seria como para mencionarle que mi regreso podía producirse a altas horas de la noche.

Estaba demasiado atontada para pensar con lucidez. Casi no podía ni hablar aún.

* * *

Andrónico y yo intercambiamos dulces palabras y después se fue caminando.

Debió de ver que la silla, con sus pacientes porteadores, estaba fuera esperando. Es probable que pensara que, si había sido convocada por la mañana, sería para una comida ligera y a lo mejor una tarde de cotilleo. Seguía dándome vergüenza explicarle que hoy era mi cumpleaños.

Después de que se fuera, subí directamente al despacho para coger la túnica azul a la que le había cosido el ribete el otro día, adrede para ponérmela entonces. Aún tenía la aguja clavada en el escote, donde la había dejado cuando había venido a verme Andrónico. Tenía intención de guardarla en el estuche de hueso que estaba dentro de mi costurero, pero, tras una búsqueda exasperante, no pude encontrarlo. La caja estaba llena hasta arriba, así que sus contenidos se desparramarían si hurgaba demasiado, y tenía prisa. Decidí que, simplemente, no la había podido ver, como sucede algunas veces cuando un objeto está delante de tus narices. Al final, tuve que clavar la aguja en el extremo de un lazo sobrante. Agarré la caja y el vestido, cerré con llave el despacho y volví a mi casa.

En el tiempo de bajar cuatro plantas hasta mi piso ya estaba molesta conmigo misma por hacer las cosas de manera chapucera. Me gusta mantenerlo todo en orden. En ese momento estaba tan torpe que hasta me resultaba difícil ponerme los pendientes: no podía encontrar uno de los dos agujeros, que casi seguro me hicieron torcido y siempre se me escapaba cuando tenía prisa. Tras ponerme el vestido y asearme, me tranquilicé. Antes de irme, volqué el costurero encima de una mesita y revisé de modo sistemático su contenido, decidida a no rendirme. El estuche de las agujas no estaba.

Podía haberse caído en el suelo del despacho, pero ahora no tenía tiempo para ir a comprobarlo. En cualquier caso, estaba segura de que me habría dado cuenta. Odio esa sensación de que algo va mal. Y sobre todo odio cualquier indicio de que alguien puede haber tocado mis cosas. El estuche de las agujas era bonito y útil, pero no exquisito. En el despacho había otras cosas que podían atraer a un ladrón, y todas perfectamente transportables. Pocos se molestarían en adentrarse tan arriba en un edificio, con los riesgos añadidos que conlleva cada planta. Al estar más abajo, mi piso era un blanco mucho más fácil. Así que, ¿qué engaño era éste?

Por fin, estaba lista para irme, con mi vestido azul, las sandalias doradas y mis mejores pendientes, consciente de que madre comentaría que parecía cansada, como se sienten obligadas a hacer las madres. El cansancio, cuando es consecuencia de las pruebas de la vida, no se puede cambiar. Ni tampoco se puede impedir a una madre que te mire con los ojos entrecerrados, porque es su manera de demostrarte que se preocupa por ti. La primera cosa que chillarían mis hermanas sería: «¡Qué pelo más horrible, Albia!». Esas dos locuelas, Julia y Favonia, se abalanzarían sobre mí con peines y ornamentos, y se encargarían de remediar por lo menos ese defecto evidente.

De repente, quería estar allí. Quería ser mimada por mis hermanas y tratada como

la reina del día. Quería familiaridad. Me relajaría. De hecho, ya me estaba relajando. La sesión de acicalamiento de las chicas me proporcionaría enseguida más entusiasmo y ganas de divertirme, y estaría más dispuesta a disfrutar de mi cumpleaños. Hasta quería descansar un poco de Andrónico, porque cuando estás con un hombre nuevo cuyas reacciones son todavía inciertas, siempre existe una ligera tensión. Con él, aún me sentía constantemente alerta.

En casa, podía ser yo misma, sin más. No tenía sentido tener una actitud circunspecta. Todos ellos me conocían y me desaprobaban con alegría. Según había aprendido desde mi adolescencia, ésta era la finalidad de la familia.

Mientras me iba, vi a Rodan y le pregunté:

—En los últimos días, ¿has dejado subir a alguien a mi despacho sin avisarme?

—No.

Era normal que contestara así. ¿Quién quiere tener problemas?

—¿Y qué me dices de la otra noche? Ese hombre llamado Tiberio me buscaba junto con Morelo, de los vigiles.

—Vinieron a mi cubículo. Sabía que usted no estaba aquí.

—¿Te creyeron?

—¿Por qué no?

—¡Porque cualquiera que te conoce sabe que no te acuerdas de todo!

Rodan me miró y dijo despacio:

—No subieron en ningún momento. Parecían saber dónde encontrarla esa tarde. Simplemente, se fueron a otro sitio.

Yo también fui más franca:

—Rodan, creo que alguien ha estado en mi despacho.

—No que yo sepa, Albia.

Me rendí.

—Pues mantén los ojos bien abiertos.

Rodan parecía avergonzado.

—Por cierto, feliz cumpleaños.

—Gracias, Rodan.

* * *

Sí, tuve un cumpleaños maravilloso. Mis familiares saben cómo montar una fiesta. Como siempre, fue tan divertido que anocheció antes de que me pudiera dar cuenta. Como tenía bastante sueño, mi intención era llamar a los portadores e irme a casa, pero fui retenida en el último momento. Llegados a este punto, nadie estaba tomando buenas decisiones. Me convencieron para intercambiar unas palabras de consuelo en privado con mi hermanito.

Póstumo tenía ahora once años. Todos conocíamos a su madre natural, un personaje pintoresco que dirigía una gran empresa de entretenimiento. Talía podría

tener instinto maternal con los cachorros de león, pero había tenido miedo a quedarse con un niño humano y nos lo había entregado. Había dudas acerca de quién era su padre, pero la historia a la que nos ceñíamos todos era que mi abuelo lo había concebido justo antes de morir. Ciertamente, era lo que al abuelo le habría gustado creer.

Mis padres acogieron al bebé y, como también era adoptado, siempre dieron por hecho que teníamos un vínculo especial. La verdad es que no compartíamos ni la sangre ni una amistad. De algún modo me compadecía de él, pero si tenía que ser sincera —y esperaba que Póstumo no se diera cuenta—, no conseguía que me cayera bien. Yo tampoco le gustaba demasiado. En realidad, no le gustaba nadie. Mis padres y mis hermanas lo trataban con amabilidad y equidad, pero él desconfiaba, siendo consciente desde el principio de que su existencia obligaba a mi padre a compartir con él, en su calidad de medio hermano, una conspicua herencia. Así que todos los que querían a mi padre consideraban a Póstumo un cuco en el nido. Y los que veían a mi padre como un manipulador astuto podrían sospechar que lo adoptó porque, siendo su hijo, la disposición sobre la herencia no sería aplicable... Tal vez era eso lo que pensaba mi hermano.

Póstumo tenía pocos amigos, dentro o fuera de la familia, y su aislamiento no parecía molestarlo. Tenía la típica personalidad que te hace pensar que, de mayor, podría convertirse en un torturador público. En cualquier caso, sus inquietudes eran legítimas. A lo largo de su corta vida siempre se había preocupado de la seguridad propia. Me dijeron que ahora se había convencido de que su madre auténtica le había echado el ojo. Había llegado a una edad en la que podría serle útil en el trabajo. Póstumo tenía miedo de que viniera a reclamarlo. Era un niño inteligente porque, de hecho, no mucho más tarde, lo hizo.

—Anímate —le dije, cuando me pidieron que lo tanteara e interviniera como una hermana mayor—. Así puedes ser el único chico en la historia que, en lugar de escaparse de casa para unirse al circo, tiene que huir del circo para volver a casa.

Mi hermano me concedió su mirada más tenebrosa. Diría que estaba pasando por una fase difícil, pero, en su caso, una fase difícil simplemente se solapaba con la siguiente, sin solución de continuidad.

—¿Cómo te sentirías, Albia, si esos vendedores de col llegaran de Londinium y quisieran llevarte con ellos?

—Créeme, niño, la vida con los Didio me ha enseñado a tomar decisiones excitantes. Huiría de las coles y me convertiría en domadora de leones.

Admití para mis adentros que, tras beber vino durante tanto rato, podría estar tomándome su infelicidad con demasiada frivolidad. Mi hermano se fue pisando fuerte y entonces me sentí tan culpable que tuve la necesidad de beber más vino con mis padres, que estaban igualmente deprimidos por no saber cómo ayudarlo. Dejé de

lado cualquier intención de regresar a la plaza de la Fuente ese día. Aún conservaban mi vieja habitación: como en muchas ocasiones anteriores, me quedé a pasar la noche.

Volví a la mañana siguiente, pero sólo fue una visita rápida. Necesitaba coger algunas cosas porque, a intervalos durante la fiesta, habíamos estado hablando de trabajo. En cuanto a los misteriosos asesinatos, todos estaban de acuerdo en que había sólo una cosa que hacer. Como suelen hacer todos los familiares, los míos me transmitieron sus órdenes; como suele hacer un hijo para evitar discusiones, cedí. Así que me enviaron a Ariccia, donde Laia Gratiana había mandado a su criada, Venusia.

Había que interrogar a Venusia. Ni los vigiles ni la oficina de los ediles se decidirían a hacerlo y, aunque lo hicieran, podríamos estar seguros de que la cagarían. Morelo era un vago. Fausto y su mensajero estaban involucrados. Yo no sólo era una parte neutral, sino que también era una mujer. Era capaz de embaucar a una criada. Y lo que era más importante, a diferencia de todos los demás, era eficiente. A la mañana siguiente, padre me prestaría un carro y un cochero para poder hacerlo.

Alguien a quien solía tener en alta estima tuvo la brillante idea de que el gruñón de mi hermano podía acompañarme en el viaje para que le diera un poco el aire.

Gracias, madre.

XXXIX

Algunos informantes tienen vidas diferentes de la mía. A esos grandes nombres los insultarán los escritores satíricos y los historiadores, pero eso a ellos no les importa, porque se retiran a vivir de sus beneficios a villas lujosas, situadas en lo alto de deliciosos acantilados, encima de mares de color zafiro. Me refiero a las caras conocidas que trabajan en procesos judiciales famosos. Es verdad, son herramientas despreciables en las manos de emperadores despóticos, pero pueden compensar el odio de los ciudadanos con el placer de tener unas condiciones laborales muy buenas. Sus despachos son elegantes. Personal discreto camina sin hacer ruido, llevando bandejas de plata. Sus horarios son cortos y prácticos. Cuando tienen que viajar — suponiendo que hay una emergencia a la que no pueden enviar a un agente en su lugar—, lo hacen con inmenso estilo y comodidad, en literas suntuosas y con un enorme séquito, parando muchas veces para tomar alimentos, que incluirán vinos añejos y paté de langosta, servidos por nómadas desnudos bajo palios desmontables. Con flecos.

Como equipo formado por una sola mujer, ése no era mi estilo. Si mi padre no se hubiese ofrecido a prestarme un medio de transporte, ahora estaría esperando al borde de la Vía Apia, intentando conseguir un pasaje en un carro de heno. Los conductores de esos carros son todos unas bestias, creedme.

En su lugar, se me concedió el privilegio de un tal Félix y su mula, Kicker, los componentes del eterno equipo que llevaba el carro secreto de mover dinero de la casa de subastas. Éste era destartalado por definición. Tenía que aparentar cincuenta años y un eje inseguro, un vehículo tan rústico que nadie pudiera estar utilizándolo para nada más que para transportar tres gallinas y un apestoso saco de lana. En realidad, el eje estaba muy bien engrasado y las ruedas eran nuevas. Tenía un falso suelo debajo del cual había un compartimento reforzado para acoger tesoros o dinero en grandes cantidades. Kicker era patizamba, pero si le dabas la cantidad de forraje y agua que quería, se podía mover de manera engañosamente suave. Félix era la persona menos apropiada para llevar el nombre de Feliz o Afortunado, prueba viviente de que nadie puede saber cómo será un bebé en el momento de asignarle su etiqueta para toda la vida. Recurríamos a sus servicios porque era de fiar en las posadas de carretera: todos rehuían esa cara abatida, así que nunca acababa borracho con una mala compañía, arriesgándose a decir a los posibles ladrones que llevaba dinero. Las gallinas, que habían sido bautizadas por mis hermanas, se llamaban Piddle, Diddle y Willikins. Eran diablos que picoteaban a los pasajeros.

Félix me recogió en la antigua lavandería: Póstumo ya estaba en el carro con su cara infeliz. En Roma, los vehículos con ruedas no podían circular durante el día, pero se hacían excepciones para los carros de los constructores, así que Félix se había

hecho experto en el arte de tener una tabla en la parte trasera para parecer legal. Expliqué a mi hermano que, de esta manera, teníamos a mano una tabla, lista para ser colocada en cualquier terreno pantanoso si durante el viaje teníamos que parar a hacer pipí detrás de un arbusto. Póstumo estaba horrorizado: no soportaba las burlas.

Algunos niños se habrían traído sus aurigas de juguete para jugar con ellos de forma inocente. Él tenía su hurón. Se llamaba Hurón. Esto era prueba de la imaginación desenfadada que mi hermano no sólo poseía, sino de la que se enorgullecía.

Se lo pregunté a Félix y él confirmó mis miedos de que los hurones y las gallinas no hacen buenas migas. De hecho, no las hicieron. Hurón se pasó el viaje entero intentando coger a las tres gallinas.

* * *

Me acuerdo haber estado en Ariccia de pequeña. Mis padres habían ido al santuario de Diana en Nemi durante una de sus misiones oficiales ultrasecretas. Nadie puede hablar de algunas de sus locas aventuras. Mi padre no podrá publicar sus memorias antes de que pasen unos dos mil años.

Habíamos estado allí a mediados de diciembre y habíamos hecho una parada deprimente en una posada horrorosa. Eso me había dado una mala impresión de un sitio que ahora veía como próspero en extremo. Como primera escala en la muy concurrida ruta entre Roma y el sur de Italia, Ariccia estaba en la posición perfecta para convencer a la gente de que se separase de su dinero, mientras aún estaba de buen humor.

Suspendida en el borde exterior de los montes Albanos, su clima era fresco. Su situación era igualmente buena, con preciosas vistas a un delicioso valle que debió de ser un cráter volcánico (vistas que en la brumosa lejanía se extendían hasta el mar). Estos beneficios, combinados con su cercanía a la ciudad, habían convencido a muchas familias romanas de buen nombre y aún mejores finanzas a tener segundas residencias en la zona. Para su deleite, la rica tierra volcánica proveía los puestos del mercado con vegetales excelentes, había un fabuloso plato local de cerdo cocinado con hinojo, se producía vino y las fresas salvajes tenían un renombre merecido. Una ventaja añadida era el principio de un camino de unas tres millas a través del bosque hasta Nemi, el precioso emplazamiento a orillas del lago de un santuario dedicado a Diana, en su advocación de diosa del parto indoloro. Los modernos servicios médicos incluían una guía para la concepción para ricos ingenuos que acudían en masa.

Como es obvio, la mayor parte de los consejos en este santuario incluían la intercesión de la diosa y la plegaria, y la compra de procedimientos caros, pero probablemente a los suplicantes también se les aconsejaba «practicar más el sexo», lo cual hacía que valiera la pena gastarse el dinero. Y apuesto que funcionaba. Desde luego, Nemi tenía una maravillosa reputación y unos ingresos a juego.

Mi padre imaginaba que si la gente sin hijos les pagara un honorario extra, los sacerdotes hasta les echarían una mano. Es repugnante.

Pero a menudo tiene razón.

* * *

En Ariccia había un santuario casi olvidado dedicado a Ceres. También diosa de la fertilidad —aunque, a diferencia de Diana, expresamente no virginal—, a Ceres se le rendía homenaje con bustos y estatuas sentadas, con una corona de espigas en la cabeza, cuidando de dos niños pequeños. La maternidad tan abundante deprimía a las parejas en busca de hijos que venían a Nemi, así que ese santuario tenía pocos benefactores. Carecía de las elegantes instalaciones del cercano complejo de Diana.

Para la criada solterona de Laia Gratiana tampoco tenía mucho atractivo que la abandonasen entre sus acólitos decrepitos. Estaba enfurruñada. Si había sido encerrada allí por su propia seguridad, desde luego no estaba agradecida.

Había dejado a Félix y nuestro equipaje en lo que esperaba que fuera una mansión de viajeros distinta a la que habían despreciado mis padres con anterioridad. Tenía que llevarme a Póstumo. No se puede dejar a un niño con un hurón solo en una posada. Con su actitud arisca e insultante, seguramente sería confundido con el hijo de algún cónsul, y sería secuestrado y embarcado hacia algún pueblo de Cerdeña. Los secuestradores se quedarían con él, escuchándolo quejarse de las condiciones en las que lo tenían y criticar su ineficiencia en las negociaciones. No pagaríamos el rescate. La banda, desesperada, acabaría suplicándonos que nos lo lleváramos. Peor aún, Póstumo pronto dirigiría el chanchullo, un trabajo que le sentaría como anillo al dedo, pero que no proporcionaría una buena vida a un hurón, así que, como amante de los animales que soy, tenía que pensar en el futuro de Hurón.

* * *

Póstumo no dijo ni una palabra durante el interrogatorio. Incluso Hurón se quedó escondido bajo su túnica y pocas veces sacó la cabeza fuera. Mi hermano nunca creaba problemas en el trabajo. Le gustaba estar atento a todo lo que pasaba para decidir cuánto mejor lo habría hecho él.

Venusia iba de aquí para allá e intentaba distraerme, preguntando si a mi querido niño le apetecería un zumo de fruta o un cuenco de uvas pasas. Póstumo nunca había sido un chico que aceptara zumos de fruta de señoras irritantes que lo trataban como a un niño de tres años. De hecho, incluso cuando tenía tres años, se portaba como un señor mayor, un señor que tenía a varias esposas enterradas bajo el suelo de la leñera, con hachas clavadas en sus cabezas. Lanzó a Venusia su mirada, la que preguntaba abiertamente por qué esa mujer estúpida no sabía que lo único que quería era que le permitieran ir al bosque sagrado para encontrar un erizo que pudiera desmembrar de la manera más sanguinaria posible.

Durante su discusión sobre el zumo, tuve la oportunidad de observar a Venusia. Me desconcertó descubrir que ya no era una chica. Se tiende a asumir que la criada de una señora es una persona joven cuya conversación sería más divertida para su ama y que podría ser mangoneada o incluso azotada. La placa que me enseñaron de la de Marcia Balbila desde luego la representaba como juvenil. Pero Marcia había admitido sin reserva que había pedido para la pared del salón un retrato de Ino más atractivo que fiel a la realidad.

Venusia era una mujer de una cierta edad, siendo esa edad, según mis estimaciones, cuarenta y cinco años. Creí que no estaba exactamente a punto de retirarse —porque las criadas se tienen que matar trabajando durante años, quitando los granos de sus amas, las cuales están decididas a no perder a sus ayudantas—, pero rayaba la desesperación. La descripción que había hecho de ella Andrónico —una gárgola— era un poco exagerada, pero constituía el rechazo de un hombre hacia cualquier mujer mayor que él que no era un bombón coqueto. Tenía un cuerpo torpe, el rostro destrozado por una prominente verruga y una actitud intransigente. Por lo que sabía, Laia Gratiana y ella se compenetraban a la perfección, pero con otros empleadores Venusia habría sido una matona.

Le expliqué que había venido a preguntarle por el incidente con Ino. Venusia parecía hostil. En la habitual fase de acercamiento, deslicé con astucia alguna pregunta acerca de los tiempos en que Laia y Fausto estaban casados.

—¿Cuál era tu opinión acerca de eso?

—Mi ama podría haber hecho una elección mucho mejor.

—¿No te entusiasmaba?

—Nunca me gustó.

Ahora que la había visto, me pregunté si era porque Fausto nunca se había interesado por ella. Cualquier joven marido podría tomarse a mal a una criada que es demasiado íntima con su mujer y que ejerce sobre ella una influencia que él podría considerar de poca ayuda, en especial si, ya en principio, él y su esposa no son demasiado compatibles. Venusia se llevaba unos diez años con Laia y posiblemente había sido adiestrada por su madre. Era una mujer que se había encargado de una novia, cuando esa novia todavía era una muchacha. Podría haber establecido con la familia de Laia unos vínculos tan profundos que habrían superado los nuevos vínculos que debería haber tenido con el matrimonio. Personalmente, yo me habría deshecho de ella. Y quiero decir, no sólo si hubiese sido Manlio Fausto. Lo habría hecho si hubiese sido Laia.

Decidí enseguida que entre Fausto y esa mujer no había habido ninguna relación. Incluso ahora, casi diez años después del divorcio, sus oscuros ojos se llenaban de desprecio cada vez que lo mencionaba. Suponiendo que en un principio lo hubiera considerado guapo y hubiera sentido pasión por él, seguro que el sentimiento había

sido unilateral y había acabado mal.

—Me consta que siempre has sido increíblemente leal a tu señora.

Venusia dijo con desdén:

—¿Se refiere a que cuando la engañó y yo me enteré, me aseguré de que lo supiera?

—Sí, a eso me refería. ¿Cómo te enteraste? ¿Por casualidad?

—Me di cuenta de que se comportaba como si tuviera algo entre manos. Le olí el perfume de esa mujer. Me fui a la otra casa y hablé con los esclavos. Me lo contaron enseguida.

—Así que, ¿ellos estaban al corriente de los hechos ilícitos?

Venusia se burló:

—¡Por supuesto! ¿No creerá que el personal no se entera de esas cosas? La gente es tonta si piensa que las travesuras que hace en un sofá no se llegan a saber.

—¡Ah, claro, la gente es tonta! ¿Fausto nunca guiñó el ojo a alguien más?

—No que yo sepa.

—¿Nunca?

—Una vez fue suficiente. Laia Gratiana era demasiado buena para que la engañaran de esa manera.

—¿No lo veías como un predador? ¿Nunca intentó nada contigo?

—¡Está de broma!

—Créeme, lo han insinuado.

—¡Unos idiotas!

—Bueno, también tiene partidarios. Su gente percibe su aventura como un error estúpido y aislado.

—Entonces lo hizo a la persona equivocada. Estaba yo para cuidar de ella.

Incluso ahora, Venusia no perdonaba. Probablemente Laia tampoco. Me pregunté hasta qué punto, entonces y ahora, la insistencia de la criada en castigar a Fausto se había filtrado en la conciencia de la esposa agraviada.

—Venusia, ¿crees que Manlio Fausto te culpa por el fracaso de su matrimonio?

—No tenemos ninguna relación con él, así que no me importaría afirmarlo. —Lo dijo de todas formas—. Pero no, creo que se culpa a sí mismo. Y tiene razón. La culpa fue sólo suya.

—Así que, ¿sería posible que aún te tuviera manía?

—¡Oh, imagino que no le gusto! —declaró orgullosa Venusia—. Pero no creo que piense nunca en ello.

—¿No podría ser de esos hombres que traman venganza durante años?

—¡Difícilmente! —La mujer se burló de nuevo—: Demasiado esfuerzo. Nunca tuvo tanto aguante.

—Un amigo mío ha sugerido que Fausto podría haber querido hacerte daño, pero

que se equivocó y atacó a Ino.

—Tonterías. ¿Quién ha dicho eso?

—Alguien de la oficina de los ediles.

—¡Su amiguito!

—¿Conoces a Andrónico? —Estaba asombrada.

—¡No! Sólo lo he visto. La oficina está justo al lado del templo. Reconocemos a los hombres que trabajan dentro. Sé que se pasean juntos por ahí. —La criada parecía hablar con desdén—. Es el cotilleo del lugar.

Odio ser el objeto de cotilleos, pero oculté mi irritación. Tuve una necesidad urgente de cambiar de tema.

—A ver, estábamos hablando de Fausto. ¿Le tienes miedo?

—En absoluto.

—¿Y de quién tienes miedo?

—No tengo miedo de nadie.

—Entonces —pregunté—, ¿por qué estás atrapada aquí, en estos bosques, a un día de viaje de Roma, en un santuario en ruinas con ningún cliente de paso? Justo cuando tu señora está participando en las ceremonias más sagradas del año y podría necesitarte.

Ni parpadeó.

—Dime, Venusia, ¿de quién te escondes?

XL

—¡No entiendo su pregunta! —Venusia estaba fingiendo con descaro—. Es un santuario dedicado a Ceres, nuestra diosa. Mi ama es miembro del culto de Ceres y algún día se convertirá en la sacerdotisa mayor, recuerde mis palabras.

Repliqué:

—¡Antes se tendría que volver a casar! Ésta es una distracción, Venusia. Repito, ¿por qué estás aquí?

—Estaba muy conmocionada por lo que le pasó a la pobre pequeña Ino, así que mi amable ama me envió aquí por un tiempo para que me recuperara.

—¿Dónde nadie te podía encontrar?

—No entiendo.

—¡Otra vez! Está bien. —No tenía ninguna paciencia con semejante resistencia tozuda—. Cuéntame los hechos. ¿Qué pasó exactamente cuando atacaron a Ino?

Ahora la mujer hizo ver que se sentía coaccionada: empezó a limpiarse el sudor que había aflorado en su frente. Aun así, describió con frialdad el paseo por el Vicus Altus, cómo habían empujado a Ino y cómo se había tambaleado. Todo coincidía con el resto de las historias que había oído. Cuando pregunté, me confirmó que, por ningún motivo en particular, ella había estado caminando detrás de Marcia Balbila e Ino detrás de Laia Gratiana.

—Laia cree que vislumbró a alguien agrediendo a Ino.

—No sé nada de eso. Mi ama no está obligada a decírmelo todo.

Pensé para mis adentros: «¡Pero apuesto a que crees que debería!». La lucha por el poder en la casa de Laia debía de ser agotadora. Solamente una fuerte personalidad como la de Laia podía haberla mantenido independiente.

—¿Viste a ese hombre?

—No.

—¿Viste a alguien desaparecer y confundirse astutamente entre los viandantes?

—Ya se lo he dicho, no.

—¿Reconociste a alguien en la calle en ese momento?

—No.

—¿Ino dijo algo acerca de él?

—No.

—¿Cómo se le cayó la estola?

—¿Qué?

—Su estola. Laia me dijo que se le había caído.

—No lo sé. Debía de ser de un material resbaladizo. La llevaba por encima de la cabeza, como una buena chica. —Venusia imitó automáticamente el modo en el que una mujer respetable agarra con una mano grácil su estola a la altura del cuello, para

que se quede sujeta en su pelo mientras está caminando—. Debió de soltarla cuando se cayó.

—¿Cuánto medía? ¿Más o menos como tú? ¿Más alta? ¿Más pequeña?

—Más o menos como yo.

—¿Qué constitución tenía?

—Parecida a la mía.

Venusia era, como muchos esclavos, unos tres dedos más baja que la romana media, tal vez porque era originaria de alguna lejana provincia donde la gente tenía menos altura. No era enjuta, pero sí de constitución delgada, con brazos finos, y con las clavículas sobresaliendo encima del escote de su túnica. Los ricos plebeyos tenían vidas sanas, pero no se gastaban mucho dinero en sus esclavos. Laia Gratiana era incluso más delgada, hecho que siempre había achacado a su falta de diversión en la vida, ya que no había restricciones alimentarias que pesaran sobre la señora de una casa. Era más alta que Venusia y lo era también su amiga Marcia Balbila. Eso era normal.

—¿Cuántos años tenía Ino?

—Habría cumplido treinta el año que viene. Lo sé porque siempre hablaba de ello. Quería comprar su libertad y juntarse con su chico.

—¿Qué chico era ése?

—Uno de los esclavos de la casa. De su casa.

—Sí, he oído hablar de él. Marcia Balbila no lo sabía, pero por lo demás era un secreto bastante conocido. ¿Había algún otro admirador en el que pudiera estar interesada? ¿Alguien de fuera?

—No creo. No habría podido verse con nadie.

—¿Sería difícil —insinué— para alguien con señoras como las vuestras juntarse con un hombre que no vive en vuestras casas?

—Oh, imposible.

Tonterías. Un montón de esclavas y libertas tienen relaciones con el exterior. Algunas van y vienen cada pocos minutos, como abejas de una colmena. Venusia me miró directamente a los ojos y lo hizo casi con compasión. Sus ojos eran de un marrón tan oscuro que era casi negro: eran impenetrables y me recordaban al agua de los desagües que hay por fuera de los talleres industriales.

—En cualquier caso, todas no somos criaturas libres como las prostitutas. Algunas de nosotras se rigen por unos principios morales.

Eso iba dirigido a mí. Era un golpe bajo y gratuito.

Apreté los dientes.

—No hay nada malo en buscar compañía agradable. Y tú, Venusia, ¿tienes un amante?

Se limitó a mover la cabeza con disgusto.

—¿Alguna vez has tenido alguno?

—No, nunca —dijo escuetamente, como si le hubiera preguntado si alguna vez se había aventurado en la brujería.

Fue un momento crucial. Volviendo atrás, habría podido malinterpretarlo con mucha facilidad. Podría haber pensado que el tono brusco con el que me había hablado significaba que Venusia rehuía a los hombres, porque no tenía experiencia y ningún hombre se fijaba nunca en ella. Sin embargo, un instinto repentino me dijo que parecía más el énfasis excesivo de alguien que intenta borrar una mala experiencia.

No sé explicar de dónde viene una impresión semejante en un informante. Pero de alguna manera empieza a insinuarse una duda. Es fácil dejarla pasar. Pero a menudo resulta ser correcta.

—¿Te habría gustado comprar tu libertad y establecerte por tu cuenta?

—No tengo dinero.

—Debes de haber tenido recompensas. ¿No crees en el ahorro?

—¿Para qué molestarse? Si al final te lo quitan con el engaño.

—¿Quién te engañó?

—Nadie. No soy tan estúpida.

Entonces, ¿para qué mencionarlo? Me quedé pensando.

* * *

Me rendí poco después, agotada por el largo viaje de ese día y por la imposibilidad de romper la resistencia dura como una piedra de la criada. Nadie creería que estaba intentando identificar al hombre que podría representar una amenaza para ella. En general, tenía una actitud burlona, como alguien que estaba siendo torpe a propósito y disfrutaba con ello para sus adentros. Me despreciaba. No era la primera vez que un testigo me consideraba alguien sin importancia, pero me hizo sentir insatisfecha por no conseguir mi objetivo.

Póstumo y yo nos marchamos, pasando por el santuario desierto. Allí nos quedamos un rato, mirando la estatua sentada de Ceres que representaba la Madre Amorosa. Esta no era una figura poco confiable que podría abandonar a un bebé en una rebelión o explotar a un chico reticente como equilibrista. La Ceres de Ariccia tenía la mirada ascendente y larga de una mujer satisfecha con su posición y su vida atareada, y que cuidaba de sus niños mientras llevaba a cabo muchas otras tareas en el mundo. Su cabello abundante estaba peinado hacia atrás, recogido a la altura del cuello en tirabuzones y fijado con su ligera corona de espigas de trigo. Era hermosa, con ojos grandes, adornada con una gargantilla trenzada y pendientes en forma de rosetas. Sonreía, estaba tranquila y a la altura. Nos recordaba a mi hermano y a mí a la mujer que nos había adoptado, nuestra propia Madre Amorosa. Eso nos hizo sonreír. Sí, también a Póstumo.

* * *

Era demasiado tarde para volver a Roma esa noche. Tuvimos que quedarnos en la posada. Mientras el chico y yo volvíamos caminando, murmuré cansada:

—¡Bueno, hemos hecho un largo camino para venir a escuchar cosas inútiles!

Póstumo se giró y alzó la vista hacia mí. Estuvo reflexionando sobre lo que acababa de decir. Tenía once años, pero su capacidad de observación era escalofriante.

—Te estaba mintiendo.

Bueno, ya lo sabía. Sólo tenía que decidir acerca de qué me había mentido.

XLI

Tardamos un día entero en volver a Roma. En parte fue culpa del tráfico, pero también tuvimos nuestros propios retrasos. Para cuando empezamos a subir por el Aventino y el carro rodó hasta la antigua lavandería, las tres gallinas se habían reducido a dos. Dos muy asustadas.

A causa de esto, Félix, el cochero, estaba de un humor asqueroso. Les tenía cariño a esos pollitos. Descargó a Póstumo conmigo, fingiendo que tenía que llevar el carro para otro lado y no podía llevar a mi hermano a casa. Póstumo bajó resignado, con Hurón colgando de su cuello. Hurón había dejado de volverse loco. Para desgracia de Diddle, Hurón había conseguido su objetivo.

* * *

Me sentía agotada. Estaba lista para derrumbarme encima de mi cama, pero antes tenía que acompañar a mi hermano a casa de mis padres. Mi cerebro había estado echando humo y mientras tanto me había visto obligada a solucionar crisis con hombres y mascotas. Había viajado mucho con mis padres y estaba acostumbrada a las peleas entre mis compañeros, pero nunca hasta ahora había tenido que capturar aves histéricas. De todas formas, las cosas siempre se tranquilizan cuando la gente se queda exhausta. Sólo hay que saber cuándo sacar la cesta de los refrigerios. El único mérito de un largo viaje con un cochero antipático y un chico que vive en su mundo es que tienes la posibilidad de ordenar tus ideas.

Las mías se deslizaron a su sitio casi por sí solas y los resultados me inquietaron. Ya no creía que el edil había matado a la criada ni a ninguna de las otras personas que habían muerto en el Aventino en circunstancias misteriosas. No era nuestro hombre. Eso quería decir que mi amigo Andrónico estaba sembrando cizaña, aunque sostuviera todo lo contrario. Me pregunté si de verdad no sería mejor ir a conocer al edil para poderlo evaluar en persona, pero Andrónico también había intentado implicar al mensajero, Tiberio, y estaba de igual modo convencida de que era un error, así que ¿para qué molestarme? A la gente como yo le conviene evitar a todos los magistrados. Desde luego, era una mala idea presentarse delante de alguien que está inmerso en el festival más importante de su mandato y acusarlo de haber cometido una serie de asesinatos atroces. Lo que sabía sobre Manlio Fausto me sugería que eso lo irritaría mucho. Sobre todo si no lo había hecho.

Si era inocente, mi carrera estaría acabada, ya que seguiría trabajando en una ciudad donde todos los oficiales estarían al tanto de mi afirmación escandalosa. No era prudente. Hasta tenía familiares que me pondrían en una situación embarazosa, pues afirmarían que ese edil tendría derecho legítimo a una indemnización por desacreditarlo. Había tipos tan deseosos de hacerse un nombre que, en una

prometedora «causa célebre», correrían a denunciarme en nombre de Manlio Fausto...

Yo misma había realizado muchas acciones estúpidas, pero nunca hasta ahora instigada por alguien. Me gustaba cometer mis propios errores.

No había motivo para pensar que alguien de la casa de Fausto-Tulio estuviera implicado de forma directa en los asesinatos y, con franqueza, estaba empezando a irritarme el hecho de que el archivista lo insinuara. Andrónico guardaba un rencor evidente a las personas con las que vivía, pero eso no tenía ninguna relevancia en mi investigación, así que habría sido mejor si se lo hubiese guardado para sí.

Había conocido a gente así antes, gente que pensaba que mi trabajo era un gran juego. Para ellos, intentar enviarme tras pistas falsas era un reto, a menudo una broma. Sus teorías eran como ideas mal formadas, sin sentido, descabelladas, cocinadas en un bar, donde de hecho muchas veces salían a la superficie. Las ignoraba, por lo menos cuando era sensata.

Me di cuenta demasiado tarde de que había sido inducida a confiar en el criterio de Andrónico por lo que sentía por él. Estaba furiosa conmigo misma. Me había portado como una tonta.

No lo estaba culpando por el viaje inútil. Alguien tenía que preguntar a Venusia si había visto algo. Tenía ganas de comunicar en algún momento a Tiberio que, a pesar de burlarse de mis habilidades, había llegado hasta esos extremos —un viaje de dos días y unas veinte millas—, siempre que volviéramos a tocar el tema, lo cual parecía poco probable.

Tal vez teníamos que vernos. Tenía preguntas que podría contestarme y una idea que verificar. Como os he dicho, había estado pensando mucho.

* * *

En cuanto llegamos a la plaza de la Fuente, Rodan subió corriendo a decirme que Andrónico había pasado por allí. Me habría gustado tener un poco de tiempo para recuperarme.

Quería reajustarme, a la vista de las dudas que me habían asaltado. Desde luego, no me había pasado el viaje meditando sobre las esferas etéreas de la filosofía astronómica.

—Ese amiguito suyo ha estado aquí —refunfuñó Rodan, de manera tan ruda que deduje que habían hablado de mi desaparición. Debí dejar una nota—. Es un irritante bastardo.

En ese mismo momento apareció de nuevo Andrónico. Allí estaba, agotada, con una pequeña colección de bultos a mis pies en el suelo y un agitado niño de once años, más Hurón, más Rodan con su mirada intrigada. Las mujeres tienen que apañarse en semejantes situaciones y aplazar las exigencias de sus amantes. Andrónico podía ver mi apuro y aun así se me echaba encima. Me chocó ver que era

como un perro que no podía soportar estar solo. Tenía los mismos celos egocéntricos y, según descubrí, era igualmente propenso a poner caras largas y a odiarme por irme sin decirle nada y sin llevármelo de la correa.

—Tuve que asistir a un evento familiar, después necesitaba interrogar a esa criada, Venusia. Fue todo bastante inesperado, pero ahora estoy aquí, así que espero que me puedas perdonar.

—Era su cumpleaños —anunció Póstumo.

Imagino que pensó que el detalle sería útil.

—¿Y éste quién es? —preguntó Andrónico, con un brillo en los ojos y señalando.

Gracias a los dioses, Póstumo era demasiado joven para ser confundido con un rival.

—Mi hermano. No es tan malo como parece, tan sólo nunca le des la espalda.

Andrónico examinó a mi hermano, que era un chico robusto a causa de su actitud decidida a la hora de comer. Su amor por la comida compensaba su falta de amor por los demás. Encima de su cuerpo sólido, Póstumo llevaba una túnica de buena calidad que había conseguido mantener bastante limpia, ya que era de esos niños raros a los que les encanta tener cuidado. La criatura anómala también había recibido un corte de pelo muy aseado, a propósito de mi cumpleaños. Su aspecto transmitía arrogancia y superioridad. El hurón debió de completar el cuadro para Andrónico: una mascota como ésa podría ser un complemento normal en un zoquete que trabajaba en el campo, pero en la ciudad definía a mi hermano como un niño rico y mimado.

Póstumo le devolvió la mirada. Mucha gente encontraba su mirada desconcertante. A pesar de mi cansancio, me pareció divertido quedarme a mirar como iba a reaccionar Andrónico. Ambos estaban acostumbrados a asumir una determinada postura y a observar a los demás con desdén.

—Me tiene que llevar a casa ahora —me reivindicó Póstumo de una manera despreocupada pero efectiva.

—¿Es así?

Andrónico estaba suplicando con su expresión más irresistible. Mi corazón palpitó. Sabía cómo expresar sus atenciones ardientes. También sabía cómo utilizarlas para confundir a una mujer que estaba convencida de que quería quedarse sola.

—¿Desde cuándo eres una pedagoga que arrastra a niños pequeños por las calles?

—Me temo que tengo que hacerlo.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Andrónico tiene once años. Se está haciendo de noche y no puede pasearse solo por el Aventino. Asustaría a los maleantes. O se queda a pasar la noche conmigo... —Podía ver que esta solución no se ajustaba a los planes que tenía mi amigo— o lo tengo que acompañar.

Andrónico habría podido bajar el monte con nosotros y luego haber vuelto conmigo. Nadie lo sugirió.

* * *

En su lugar, preguntó con tono brusco:

—¿Qué era tan urgente para que te fueras en busca de Venusia?

Oh, Juno. No aquí, no ahora.

—Quería preguntarle si había visto algo.

—¿Y ha habido suerte? —preguntó Andrónico.

Me daba cuenta de que Póstumo estaba evaluando a mi amigo como a un experimento científico, colocado delante de él por su tutor (un académico de poca monta, pero sincero, objeto —habéis adivinado— de las burlas de Póstumo).

—No, ninguna.

—¿Y dónde se encuentra ella?

—Por ahí, en el campo. ¿Necesitas saberlo?

—Claro que no —contestó Andrónico de manera tan rápida y sensata que me sentí como si me estuviera amonestando—. Parece que nos estamos peleando, Albia.

A pesar de su tono sosegado y de su expresión inocente, Andrónico estaba tenso. En mi casa, a eso lo llaman discusión. Las peleas eran cuando tirabas platos, asegurándote previamente de que estuvieran llenos. Solíamos tenerlas con niños malhumorados. Muchas con Póstumo.

—Así que ¿tu viaje ha resultado inútil? —preguntó Andrónico al ver que no contestaba a su frase sobre la pelea.

Esta noche no estaba de humor para discordias.

—No, pero me ha convencido de que tengo que ver a Fausto.

—Te dije que no lo hicieras. —Mientras estaba digiriendo eso, Andrónico insistió —: ¡Deberías hacer lo que te digo!

No debería haber sido tan tonto. Cualquiera podía ver que estaba cansada e irritable, pero ésa fue una mala jugada.

—¿Porque eres el hombre?

—No soy tu cabeza de familia —admitió, como haciendo un intento tardío para calmar la tensión.

Lo dejé pasar. O eso parecía. Cuando los hombres empiezan a darme órdenes, puedo ser una buena actriz.

Póstumo deslizó su mano en la mía. Eso no era nada habitual. Imaginé lo que estaba tramando. Le encantaban los enfrentamientos. Le encantaba provocarlos. Mi hermano dijo lo que pensaba con su inquietante autoconfianza:

—El cabeza de familia de Flavia es nuestro padre, Marco Didio Falco.

De repente, Andrónico volvió a la suavidad de antes.

—¡Claro que lo es, hombrecito, y tenemos que llevarte a casa con él! Puedes ir,

Albia.

—Si nuestro padre se muere —anunció Póstumo, como si lo hubiese estado calculando—, ¡el cabeza de familia de Albia seré yo!

Eso ya era demasiado. Andrónico me hizo una mueca y se fue girando hacia el callejón, no antes de decir de modo elocuente:

—Bueno, ¡a lo mejor me paso más tarde!

No dije nada.

—Deberías quedarte con nosotros esta noche —ordenó mi potencial cabeza de familia.

Como intermediario en una relación amorosa, Póstumo podría ser un matón muy eficiente.

* * *

Dejé el equipaje con Rodan y me fui con el chico. Empecé caminando rápido, pero luego bajé el ritmo. Debíamos tener cuidado. En nuestra ausencia, las ceremonias de las Cerealias debieron de continuar todos los días. En todos los sitios del Aventino por donde había pasado una procesión, aún permanecían al acecho en las aceras restos de los frutos secos que habían tirado a los espectadores: la generosidad de Ceres, lista para torcer el tobillo a algún incauto. Tenía los zapatos equivocados. Mi hermano estaba tan cansado que sus pies ya no lo aguantaban y tenía que sujetarlo cuando tropezaba. La última cosa que quería era que se le escapara el hurón y que tuviéramos que convencer a ese furtivo bichito para que saliera de alguna alcantarilla.

Al llegar a casa, mi hermano se soltó de mi mano y corrió dentro, gritando alegremente:

—¡A que no adivináis lo que ha pasado! ¡Hurón ha matado a Diddle y se la ha comido!

Sabía que mis hermanas empezarán a llorar.

Tenía once años. Sólo era un niño. Parecía más sabio que los chicos de su edad, pero a veces lo sobrevalorábamos. La mitad de las veces no entendía la trascendencia de las cosas que decía y hacía. Nunca intentéis razonar con un muchacho, es inútil. Nosotros, que lo conocíamos e intentábamos quererlo, aceptábamos sus excentricidades e incluso su rudeza. Pero los demás se lo podían tomar a mal.

Ojalá no hubiera pensado en ese momento en el desbullador de ostras, Lupo. Eso me recordó que lo que un chico dice o hace de manera accidental a la persona equivocada puede tener consecuencias terribles.

Estaba feliz, porque mi hermanito vivía en casa protegido. Él nunca estaba en la calle, donde merodeaban agresores misteriosos.

XLII

Podría haberme quedado a pasar la noche con mi gente, como había sugerido Póstumo con tanta astucia, pero no estaba de humor para tener compañía, la suya o la de cualquiera.

Andrónico volvió a la plaza de la Fuente. Era casi como si supiera que prefería no verlo. Yo sentía que estaba intentando imponer su voluntad, lo cual nunca era un buen método para causar en mí una buena impresión. Estaba en mi piso, el de la segunda planta. Ni siquiera me había quitado la ropa, pero estaba tumbada en la cama, como si estuviera esperando a que pasara algo más esa noche.

En Roma, habría otras mujeres tumbadas en el centro de sus camas, con sus hombres insultándolas desde la habitación de al lado. Uno de los ritos de las Cerealias lo exigía como gesto de castidad: las mujeres debían protegerse de cualquier roce masculino y, para asegurarse, los hombres tenían que dormir en otro sitio. Como es lógico, ése era un rito para los ricos. Los pobres no tenían tantas camas.

Había oído que las mujeres que querían quedarse célibes para Ceres se tomaban un brebaje de cebada y poleo para suprimir su apetito sexual. Hasta se rumoreaba que llevaba también drogas, ya que se suponía que sólo con cereales y hierbajos no era posible vencer la lujuria femenina. Yo no necesitaba ni hierbas ni drogas. Nada peor que ver un hombre bajo otra luz para matar la pasión.

¿Sabíais que el aceite de poleo es venenoso incluso en dosis pequeñas? La gente cocina con él alegremente, o hace infusiones, y, sin embargo se dice que las matronas lo utilizan para causar abortos. Y puede matar. ¿El asesino misterioso estaba usando algún veneno parecido que se consigue con facilidad en casa? ¿O tenía la posibilidad de acceder a algo más sofisticado?

* * *

Fiel a su promesa, Andrónico volvió. No me sorprendí.

¿Cuántas veces se quedan las mujeres tumbadas, esperando la llegada de su amante, para al final quedar decepcionadas? Yo lo había hecho. Eso requiere un nivel de interés por una relación que yo había perdido de repente. En algún momento del viaje hacia Ariccia, o de vuelta de allí, la Vía Apia se había llevado toda mi atracción por el archivista. Aquella noche tenía un sincero deseo de ser casta. No tenía nada que ver con la religión, sino que reflejaba una sensatez renovada. Había perdido el deseo. Nuestro distanciamiento era permanente. Nunca más querría que Andrónico me tocara.

¿Él lo sabía? ¿Lo aceptaría? ¿Era el tipo de hombre que dejaría irse a una amante desafecta?

Lo oí golpear y gritar para que lo dejaran entrar y después Rodan gruñó su

respuesta. Me acerqué a la puerta y la abrí en silencio sin delatar mi presencia. Si el archivista conseguía entrar en el edificio, estaba preparada para cerrar la puerta de un empujoncito y echarle el cerrojo, para luego ponerme a temblar, escondiéndome de él.

Es rara esta sutil transición entre estar totalmente obsesionada con un hombre y no querer saber nada de él.

—Las órdenes son órdenes —afirmó Rodan, como si fuera un funcionario intransigente.

Era un cambio y una auténtica hipocresía. Para él, las órdenes existían para olvidarse o ignorarse.

—Los dueños de este edificio son muy puntillosos. Una vez cierro la reja, no puedo dejar entrar a nadie.

—¿Y si viviera aquí?

—Pero no es el caso, ¿verdad?

A veces se me olvidaba que Rodan había trabajado durante muchos años para un casero, encargándose de hacer cumplir las normas. Sabía cómo mantenerse firme y además lo hacía con un nivel tan bajo de amenaza de violencia que acabaría con el valor de cualquiera.

—¡Estoy harto de esto!

Andrónico también parecía tener ganas de pelear. Yo estaba en contra de esa posibilidad. Rodan podría ser un gladiador fracasado, pero aún era lo bastante grande para hacer daño. El dolor probablemente haría aflorar la crueldad del archivista. Y pensando en mí, no quería tener que buscar a otro portero si Andrónico conseguía herir a Rodan. Era barato, demasiado tonto para robarnos y lo conocíamos desde hacía muchos años. A nadie le gustan los cambios.

Andrónico seguía echando pestes.

—Primero la mujer desaparece, luego se cree que es superior... Me gustaría matar a ese pestífero niño que estaba con ella.

—Mejor no lo intente.

Ese debía de ser el tono que había utilizado Rodan en el pasado para asustar a los inquilinos que se retrasaban con el alquiler. Con la reja de por medio, estaba feliz de hacerse el duro. Era un ofrecimiento tranquilo y relajado a sacar las entrañas de alguien por un orificio inusual. Como un embalsamador egipcio, pero tú estando vivo, o por lo menos al principio.

—No voy a dejar que me tomen por tonto... ¡Alguien pagará por la molestia!

—Envíenos la factura —se mofó Rodan.

—¡Tú o ella! Me da igual quien sea.

La bravata de Andrónico pretendía dar miedo. No podía dejar de pensar que había adivinado que lo estaba escuchando.

* * *

Cuando estaba ya segura de que se había ido, salí de las sombras. Al bajar, vi colocadas en el suelo del vestíbulo un par de toscas lámparas de aceite que arrojaban su luz tenue en algunos puntos. Era suficiente para distinguir a Rodan, que estaba de pie al lado de la reja, mirando fuera como un toro, pero con un aspecto fofo en su túnica andrajosa. Me oyó y se giró, sin ni una sombra de sorpresa en la cara.

Intercambiamos una larga mirada.

—Gracias, Rodan. No lo dejes entrar —dije con tranquilidad—. Si alguna vez viene a buscarme, dile que no estoy. Invéntate cualquier excusa.

Rodan no dijo nada, sólo asintió con la cabeza.

* * *

Volví a mi casa. Me aseguré de que todas las puertas estuvieran atrancadas. No estaba exactamente asustada, pero aun así mi corazón palpitaba con fuerza.

Podría ser una tarea difícil conseguir salir de esa situación sin repercusiones. Pero tendría que hacerlo.

XLIII

A la mañana siguiente quería estar fuera de casa, en algún sitio donde la gente no pudiera encontrarme.

Me fui a los baños, en parte para seguir pensando. No fue una buena idea. Física y mentalmente estaba tan agotada por los acontecimientos del día anterior que mi mente iba a la deriva.

De eso saqué dos cosas positivas. Uno, estaba limpia. Una informante debería empezar un día duro sintiéndose limpia. Dos, me repuse lo suficiente para decidir los pasos que tenía que seguir. Abandoné las interminables especulaciones acerca del asesinato de Ino, la posición de Venusia, las locas conexiones con el edil y su antiguo adulterio. En su lugar, usaría un truco de los informantes que raras veces falla: ir hacia atrás y volver a examinar todos los sucesos que aún tenían preguntas sin respuesta.

Primero fui a ver a Casiana Clara. Ella podía despejar enseguida mis dudas sobre el supuesto intento de agresión de parte del edil que me había contado Andrónico. Pero el Destino estaba en mi contra. No estaba en casa. Me dijeron que se había marchado de Roma (¿otra fugitiva?). Clara no se había refugiado en un santuario, sino que se había ido a una propiedad que pertenecía a su futuro segundo marido, bastante al sur, en una playa de la Campaña.

Sólo podía preguntarme si era para permitirle conocer mejor a su novio o si había una explicación más oscura. Desde luego, estaba muy lejos para que pudiera viajar hasta allí y pensé que el lugar podía haberse elegido justo por ese motivo. Nadie en la casa quería darme más explicaciones. Tampoco me permitieron entrar para hacer preguntas a sus padres. Me limité a maldecir al portero, un insípido funcionario que colgaba sus pulgares del cinturón de un modo que expresaba que estaba acostumbrado a ser maldecido y que le importaba un pimiento.

Tuve más éxito con mi siguiente intento. Volví a subir por el monte, gastando aún más el cuero de mis zapatos, mientras me abría camino hacia el puesto de guardia de la Cuarta Cohorte. Por suerte, ese día había elegido un calzado cómodo. Quería suplicar a los vigiles que me dejaran interrogar al hijo de Celendina, Kylo. Siempre que no lo hubiesen juzgado y condenado a una muerte horrible por matricidio.

Aún lo tenían allí. Y, de hecho, parecía como si hubiesen dejado caer en silencio cualquier acusación contra él. Los hombres duros de vez en cuando tenían que tomarse un descanso de su papel de matones. Kylo era el último alevín que había llegado al patio de ejercicios. Había sido absorbido por el cuerpo de vigiles. Se reían de él, pero también le daban comida y cobijo, y lo dejaban pasearse por los lindes cuando había grupos holgazaneando en el patio. Hasta salía de copas con ellos.

Si consiguieran que adelgazara y hacer que se moviera, hasta podría convertirse

en bombero, aunque para eso había un largo camino. Mientras tanto, estaban usando a Kylo como hombre de confianza, para que vigilara las celdas desnudas donde encerraban a los prisioneros provisionales. El enorme jovencito parecía más aterrador de lo que probablemente era en realidad y cumplía con solemnidad su cometido. Era muy capaz de dominar a los borrachos y acallar a los pirómanos indignados. Si los vigiles decidieran adoptarlo, sería lo mejor para él. Hasta que algún oficial entrometido, que sintiera la necesidad de hacer algo, reabriera la cuestión, Kylo podría tener un trabajo de por vida allí. De una manera burda, los vigiles se habían convertido en su familia adoptiva.

No les importaba que lo viera. Nos sentamos en el suelo, en el patio interior. Uno de los vigiles supervisaba el interrogatorio: estaba agachado encima de un cubo sin girar, no hacía caso a lo que decíamos y se pasaba el tiempo hurgándose la nariz. De todas formas, Morelo también pululaba por allí: se había apoyado en una columna y fingía estar tallando un palo. Cualquier cosa que descubriera, la quería saber él también.

Gracias al trato que había recibido en ese lugar, Kylo ya no era el prisionero aterrorizado que había visto aquel día. El joven se había calmado y ahora se sentía más seguro en compañía de la gente.

Le hablé con tono muy amable.

—Kylo, te acuerdas de tu madre, ¿verdad?

Asintió con la cabeza. Un ligero ceño de inquietud arrugó su frente, pero nada serio.

—¿Piensas en ella?

Se le cayó una pequeña baba, pero se la secó con el brazo.

—A ella le gustaría pensar que lo haces. Debes de echarla muchísimo de menos. Yo la conocí, ¿sabes? Tuvimos una conversación muy agradable en un funeral. Pensé que era una señora maravillosa.

Kylo parecía estar incómodo, pero hasta ese momento había entendido que tenía que hablar conmigo y no fugarse. Proseguí, manteniendo un tono de voz bajo.

—Tú sabes quién soy yo, ¿no es así? Me llaman Flavia Albia.

Mantuvo la mirada fija en el suelo.

—Ya me has visto antes, Kylo. Vine a hablar contigo aquí. Tus nuevos amigos, los vigiles, me conocen todos y también son mis amigos. Pero tú y yo nunca nos habíamos visto antes de que muriera tu madre, ¿verdad? Así que cuando le pasó eso, ¿cómo es que dijiste mi nombre a la gente?

De repente Kylo miró en mi dirección.

—¿Vives aquí?

Parecía que podía hablar y además a la perfección, si quería. No me costaba trabajo entenderlo.

—No, Kylo, tengo mi propia casa. ¿Por qué?

—Tenía que ir a buscarte.

—¿Cuándo tu madre estaba mal?

—Se tumbó. Dijo: «Me siento rara, Kylo. Kylo, ve a por Flavia Albia», pero no sabía adónde tenía que ir.

—Kylo, esto es importante. ¿Dijo tu madre por qué me necesitaba?

Parecía perplejo.

—Kylo, ¿te mencionó que me había conocido esa tarde?

Se quedó pensando. Esperé con calma.

—Siempre me contaba adónde iba. Me lo contaba como un cuento.

—Entonces, ¿cómo era ese cuento, Kylo? ¿Te acuerdas?

—Oh, me gustan los cuentos. Siempre los recuerdo.

—A mí también me gustan. ¿Me podrías contar ése?

Al principio parecía desconfiado, pero mi apacible sonrisa lo tranquilizó. Kylo se enderezó y contó de manera muy formal lo que había pasado, como si fuera un cuentacuentos callejero con un sombrero para las monedas a los pies. Hizo pequeños gestos para introducir nuevos interlocutores y hasta cambió su voz de acuerdo con sus intervenciones.

—Ella dijo: «He conocido a una investigadora. Bonita criatura. Mejor de lo que esperaba».

Oí cómo Morelo resoplaba un poco más allá. Kylo lo fulminó con la mirada, como si fuera un niño travieso que molestaba en clase.

—Yo contesté: «Oh, eso es muy interesante, madre». Entonces ella me dijo: «Cuando me iba, un hombre estaba esperando en la carretera, cerca de las tumbas. Me preguntó: “¿Ha visto a Flavia Albia en el funeral de Salvidia?”, pero no me gustó nada y le dije que se perdiera. ¡Me irritó mucho, Kylo, se lo dije de verdad!». Ese —dijo Kylo— es todo el cuento que me contó mi madre aquel día.

Intenté no sentirme desconcertada por la conexión conmigo.

—¡Apuesto que cuando tu madre decidía que alguien no le gustaba, se lo decía sin cortarse ni un pelo!

Kylo y yo nos reímos al pensar en ello.

—Y, Kylo, una última cosa. Cuando tu madre empezó a sentirse rara, ¿te dijo que pensaba que alguien le había hecho algo?

—Ah, sí.

—¿Qué dijo, Kylo?

—¿Debería decírtelo?

—Sí, por favor.

—Dijo: «Debe de haber sido él, ese tipejo asqueroso. Me punzó. El mismo que me preguntó si había visto a Albia». ¿Fue ese hombre? —preguntó Kylo.

—Sí. Me temo que es muy probable que haya sido él, Kylo. Pero no te preocupes. Lo cogemos y lo castigaremos.

—¡Ese tipejo asqueroso! —rugió Kylo con todas sus fuerzas, lo que nos sobresaltó a todos.

—Ese tipejo asqueroso —repetí en un tono mucho más tranquilo.

* * *

Morelo se animó y me acompañó a la puerta.

—¿Está preocupada?

—¿Yo? No.

—No se haga la valiente, porque esto es serio, Albia. La buscaba. Quizá Celendina le salvó la vida aquel día.

—A cambio de la suya.

—Así que, sí, es serio. Debe usted de conocerlo. ¿Por qué la buscaría un bastardo pervertido como ése, Albia?

—No lo sé. —Tenía una idea—. Bueno, cuide bien del hijo, Morelo.

—Si lo pusiéramos detrás de las rejas, yo temería que usted se colara y lo dejara libre.

—¡Eso es, ríase de mí!

—Lo haría, Albia.

—Oh, sí.

Nos quedamos así un rato, ambos pensando en otras cosas.

Eso no me había permitido identificarlo. Kylo no había visto al hombre. Pero basándonos en lo que ya sabíamos, nos proporcionaba un móvil. Un asesino psicópata había hecho una simple pregunta: «¿Ha visto a Albia?». A Celendina no le había gustado su actitud. Sola, al anochecer, en una carretera en el exterior de una necrópolis, su primera reacción podría haber sido de alarma. A lo mejor había sido muy insistente, con la arrogancia y la urgencia de un loco. Ella había sido brusca. Así que él se había sentido desairado por la respuesta cortante de una anciana cansada, preocupada por el hijo que había dejado solo.

—Usted cayó bien a Celendina, Albia. Intentó protegerla.

—Le estoy agradecida. Pero habría preferido que no sufriera por ello. Morelo, ¿cree que la siguió hasta su casa?

—Puede ser. A juzgar por los otros casos, si la hubiera herido cerca del cementerio, no habría podido llegar a casa antes de que hiciera efecto el veneno.

—Entonces, alguien en el barrio podría haberlo visto.

—¡Júpiter! Voy a intentarlo —gruñó Morelo—. Por usted. No sé cómo me convence para hacer esas cosas. Pero enviaré a un par de chicos a la calle, para que llamen a las puertas y pregunten.

Le di las gracias. Y lo hice con tono amable.

* * *

—Morelo, otra cosa. He intentado hablar con esa chica cuyo marido es una de las víctimas. Se ha marchado de la ciudad por algún motivo que podría ser relevante. A lo mejor usted podría despejar mis dudas. ¿Ha conocido a Manlio Fausto?

Morelo asintió. No dijo nada, pero la mirada que me lanzó era claramente extraña.

—¿Es lascivo? ¿Va a la caza de mujeres?

—¿Fausto?

—¿Está sordo o lo hace adrede? ¿Lo hace?

—No.

—¿Es todo lo que tiene que decirme?

Morelo dijo con dureza:

—Manlio Fausto, el edil plebeyo, no manosea, agarra, acaricia, estruja, excita o inserta su santificado muñequito en mujeres.

—¿Entonces le gustan los chicos? —repliqué.

—Lo dudo. Lo dudo mucho. Es normal. Pero le gusta guardárselo para sí —declaró Morelo—. ¡Qué hombre más sabio!

* * *

Estaba a punto de irme, pero me demoré.

Morelo me miró escéptico. Suspiré como toda respuesta. Nos entendimos. Era tan lento que, en comparación, hasta un caracol parecía temerario, pero después de medio día reflexionando sobre un punto, tenía modestas capacidades de razonamiento.

—¿Qué?

—Morelo, creo que he cometido un terrible error.

—Mientras la miro a la cara, estoy teniendo una horrible corazonada... Júpiter —dijo de nuevo—. Creo que me voy a mear encima... Usted sabe quién es.

Una afirmación, no una pregunta.

—No sé qué hacer, Morelo. No tengo pruebas, solamente esa sensación punzante de cuando ves la respuesta. La respuesta que le ha estado gritando a usted todo el tiempo.

—¡Oh, esa respuesta y yo somos viejos amigos! Vuelva dentro —ordenó Morelo.

Se había animado como nunca. No puedo decir que se había avivado, pero su mirada expresaba un tenue destello de interés.

—Ya sabe con quién tiene que hablar. Puede usar mi despacho. Mi turno ha terminado.

Nada podía interferir con eso. El turno principal de los vigiles duraba toda la noche y por la mañana estaban desesperados por irse a casa. Aparte del hecho de que Morelo tenía una esposa, tres niños y ese cachorrito anaranjado, los cuales querrían

todos subírsele encima, el hombre estaba muerto de cansancio.

—Paso por su casa. Se lo diré.

—Podría no estar allí.

—Estará. Han estado despiertos hasta medianoche, viendo esas obras. El dios negro del inframundo irrumpiendo en la escena en su magnífica cuadriga y llevándose a la hermosa virgen mientras está recogiendo flores. ¿Quién se perdería eso? Todos los espectadores están ansiosos, esperando ver una violación de verdad de una virgen de verdad. Caballos de verdad resoplando. Gritos de verdad. Sangre de verdad. El mejor teatro romano.

—Por lo que sé, y no sea bruto, ni siquiera en nombre de la cultura enseñan desfloraciones de doncellas en vivo en las solemnes obras religiosas.

Morelo me cogió de la barbilla.

—Impresionantes, las Cerealias de este año. He oído que ese muchacho listo, Fausto, quiere popularizarlas, enseñar algo escandaloso para atraer más espectadores... Espere en mi cuarto. Hay un bonito mapa que puede mirar, así no necesitará leer ningún pergamino confidencial. Si juega con mi estilo, no rompa la punta o le quitaré la asignación para el vestuario.

Sabía a cuento de qué venía esa afirmación adormecida. Al de aligerar la atmósfera, a su modo duro. Al de decirme que, mientras esperaba, allí estaría a salvo.

Lo vi esfumarse por la calle, y según sus patrones, estaba a punto de ponerse a correr.

XLIV

Cuando Tiberio entró en el cuartito de los interrogatorios, vi que había abandonado el blanco impecable de la otra noche a favor de una túnica más callejera: era como si la hubiera robado de algún baño mientras se estaba lavando algún esclavo de los que trabajan en la construcción de las calles. Lo que me dejó de verdad de piedra fue que se había afeitado la barba. Era casi irreconocible.

La visión arreglada tomó asiento al otro lado de la mesa de Morelo. Me había quedado sentada allí mucho menos tiempo de lo que me había esperado. Aunque cuando llegó no parecía tener prisa, seguro que al hablarle Morelo de mí había salido disparado. Estaba inesperadamente agradecida.

Lo estuve observando. El afeitado había revelado una buena cara, una que podría ser vista todos los días. Ni demasiado insignificante ni demasiado hermosa para merecer confianza. Con unos pequeños retoques perdonables, un escultor la podría convertir en noble. Nariz recta, boca firme, mandíbula fuerte, expresión astuta, esos atentos ojos grises que ya conocía. La piel morena de la clase trabajadora romana que se pasaba gran parte del día en la calle.

Aguantó mis ojos observadores, aunque se sonrojó con pudor. Eso era bueno. Hoy necesitaba que me gustara o, por lo menos, que no me disgustara activamente.

—Se afeita bien.

Como era habitual, ignoró mi piropo.

—La he estado buscando. —Se inclinó hacia delante, hincando los codos en la mesa y apoyando la barbilla encima de sus manos—. Tengo cosas de las que hablar.

—Yo también. —Reconocí que ahora trabajaríamos juntos otra vez, después de nuestra riña reciente—. Estuve en Anecia.

—No debería haber ido. Estoy trayendo a la mujer de vuelta a Roma.

—No vendrá.

—No tiene elección. Custodia oficial.

—Bueno, lo intenté. No parece propensa a soltar nada.

—No, a mí tampoco —convino Tiberio con tono triste—. Morelo se ocupará de ella. Quiero que la tenga aquí, en el puesto. —Al ver mi expresión, añadió enseguida—: Puede quedarse bajo custodia un par de noches, por seguridad, sin métodos brutales. Así nunca se consigue la verdad. Siempre ha vivido en ambientes confortables. Las vistas y los ruidos del cuartel deberían ser suficientes para que se asuste y confiese. A alguien. —Se refería a mí.

—Laia Gratiana —dije—. La criada hablaría con Laia si quisiera hablar.

Tiberio alzó las cejas y vi un destello que decía que había tenido una idea inteligente. Así que nos llevábamos bien otra vez.

Aguanté una pausa importante. Tiberio empezó a jugar con los estilos y las plumas, las cosas que Morelo me había pedido que no rompiera. Ambos nos sentíamos incómodos.

Estábamos buscando la manera de empezar una oscura conversación.

Seguí con la criada y abordé el tema de forma indirecta.

—Dudo que Venusia haya hecho algo malo, pero está cubriendo a alguien. —El mensajero dejó de jugar—. A lo mejor soy la única persona en el Imperio que lo cree, pero incluso si no consigues cerrar el trato que habías planeado, un viaje largo nunca se revela inútil. Te deja mucho tiempo para pensar.

Tiberio volvió a apoyarse en el respaldo, con los brazos cruzados.

—¿Quiere confiarme esas reflexiones?

Me preparé para compartir todas mis deprimentes conclusiones. Me sentía como Kylo, pero con la gran diferencia de que yo comprendía las implicaciones.

—Voy a empezar por Ariccia. Viajé hasta allí al día siguiente de los idus. Le hice a la criada un interrogatorio largo y francamente tedioso. No me dijo nada, al menos no de forma directa. Venusia es...

Buscaba las palabras porque quería ser justa con ella. Sentía algo de simpatía por lo que ahora veía como un apuro personal. Tiberio me lanzó una sonrisa irónica.

—Sí. La he conocido.

—¿Hace poco?

—No, aunque no hace años.

—¿Entonces usted no es su amante secreto?

Casi le da algo. Estaba visiblemente horrorizado.

—¡No! ¿Por qué, tiene uno?

—Llegué a pensar que sí, aunque no es el hombre que me habían animado a identificar. Según Andrónico, es su querido jefe, el edil. —Tiberio respiró hondo—. Dice que Fausto flirteó con la criada y luego la abandonó por la esposa de su patrón, lo que hizo que Venusia destrozara su matrimonio por culpa de los celos. Esta es la versión de Andrónico. La mía es diferente.

Estaba observando a Tiberio de cerca: estaba conteniendo una respuesta malhumorada. Nuestras miradas se cruzaron. Seguía absteniéndose de comentarios. En su lugar, estaba analizando mis emociones mientras especulaba. Me gustaba el hecho de que se quedara a la espera de mi veredicto, me gustaba que confiara en mi capacidad de llegar a uno por mi cuenta.

—Pregunté a Venusia si conoce a Andrónico y lo negó. Creo que me mintió. Creo que lo conoce muy bien. Dijo que nos vio pasear juntos por ahí y tuve la impresión de que no le gustaba.

—¿Lo que significa...? —preguntó Tiberio.

—Andrónico ha maquinado una relación con ella. —Mi compañero frunció la boca de manera enigmática—. Por desgracia, puedo imaginar su táctica. Se ganó su confianza y después intentó sonsacarle lo que sabe sobre Fausto.

—¿Lo consiguió?

—No estoy segura. Conoce la antigua aventura, pero desde hace poco: se lo oyó decir a Laia. Es un manipulador —admití—. Venusia puede haber pensado que era amor, pero Andrónico habla de ella de manera cruel. La desprecia, como hace con mucha gente. —Intenté no pensar en que, a pesar de compartir tantas risas, tal vez me despreciaba a mí también.

—El desdén, típico de él. —Tiberio casi habló para sí mismo—. Albia, intenté advertirla de que no se involucrara con él. Salta de una mujer a otra, lo ha hecho desde que era adolescente. Me dijeron que empezó muy pronto. ¿Para qué escarba, de todas formas? ¿Para chantajear?

—Supongo.

—No funcionaría. Fausto no tiene nada que perder. Laia Gratiana ya piensa que es basura. A su tío le da igual. Su patrón y la esposa de éste llevan muertos mucho tiempo.

No estaba tan convencida.

—Pero podría hacer la vida difícil a su edil. Los escándalos nunca son buenos. Sacar a la luz un adulterio, incluso ahora, mancillaría su mandato y podría traerle serios problemas con el emperador. A lo mejor Fausto se cree que es agua pasada, pero ya sabe que los desechos acaban saliendo a la superficie, y además con el mismo hedor. Andrónico cree que puede controlar a la gente a través de cualquier información privada que no debería tener.

Tiberio frunció el ceño.

—Precisamente por ese motivo se le denegó el puesto de secretario.

—Eso le amargó la vida y no puede evitar perorar constantemente sobre ello... Pero déjeme acabar. Su imaginación trastornada fue a peor. Andrónico quería convencerme de que Fausto tenía tanta sed de venganza por culpa del chivatazo de Venusia que se quedó al acecho y la atacó. Quería que nos creyéramos que mató a la otra criada, Ino, por equivocación.

—¡Oh, por el amor de los dioses! Flavia Albia, usted no se cree toda esta basura, ¿verdad?

—No. —Dejé pasar un segundo antes de añadir—: Ahora ya no.

—¿Qué quiere decir?

Hice otra vez una pequeña pausa y después lo provoqué por una vez.

—Debe tener cuidado. ¡Le acusó primero a usted!

—Entonces es un idiota.

—Sí, tiene suerte de que eso fue lo que pensé.

—¡Gracias!

Tiberio dejó caer los brazos en la mesa. Le cogí la muñeca. Hoy no tenía vendas, así que, sin entrometerme demasiado, pude inspeccionar la herida que le había ocasionado mientras giraba su mano para ver ambos lados. Se estaba curando y por fin se estaba formando una costra.

—Debí hacerle caso. —Su tono era tranquilo—. Necesitaba aire. Estuve en cama un tiempo corto. Una mañana estuvieron corriendo rumores de envenenamientos, pero me recuperé y los decepcioné.

—Oí que no se sentía demasiado bien.

En realidad, eso no fue con exactitud lo que había oído. Dejé su mano de repente y aparté la mirada de esa nueva, recién afeitada versión del mensajero.

—Era extrañamente autodestructivo para Andrónico insistir en que el asesino misterioso venía de vuestra casa.

—Así es él. Estúpidamente impulsivo. Usted nunca habría pensado en ello si él no hubiese tocado el tema. —Tiberio anticipó a las claras lo que yo iba a decir a continuación.

—Sabe cómo crear una historia. Su razonamiento era que usted o Fausto, al estar familiarizados con todas los sitios clave, tenían facilidad para encontrar víctimas en la calle. Pero él también se pasea con libertad entre vuestra casa y el templo. Nadie sigue sus movimientos o, por lo menos, no mucho. —Sabía que de vez en cuando Tiberio lo hacía—. Y cuando empecé a hacerme preguntas... —respiré hondo—. Andrónico se convirtió en mi principal sospechoso.

Aquí estaba. Ya lo había dicho. Ya había hecho la acusación que no me había dejado en paz durante todo el viaje por la Vía Apia el día anterior.

* * *

Adusto como era, al principio Tiberio ni parpadeó. Aquél no era un hombre propenso a los aspavientos.

Debió de darse cuenta de lo seca que se había quedado mi boca por los nervios. Sin decir una palabra, se levantó, cogió una jarra de una repisa y salió, para volver con agua. Encontró vasos y seleccionó el menos picado de una deforme colección que tenía Morelo en una cesta en el suelo. Tras llenarlos, bebimos despacio, pero nuestro humor de amarga preocupación nos impidió disfrutar. Eso quería decir que cualquiera podía saborear el gusto a lodo del agua que salía de la fuente de los vigiles y con la que llenaban sus cubos.

En aquel punto, la situación cambió. El mensajero rebuscó en su riñonera, uno de esos ultrasofisticados artilugios de cuero que los hombres utilizan para llevar su dinero, sus tablillas de apuntes y sus cuchillos de tallar. Me parece que su única ventaja es que se convierten en excelentes regalos cuando no sabes qué comprar para el cumpleaños de algún familiar. Los hombres son tan tiquismiquis con estas cosas

que siempre quieren escogerlos ellos mismos. Pero eso tiene su solución. ¿Tenía Tiberio a alguien con quien poder acordar de antemano un regalo «secreto» de aniversario o de Saturnales? No sé por qué, pero lo dudaba, aunque parecía un hombre al que le encantaría hacerlo.

Sacó un par de objetos y con una mano colocó el primero en la mesa frente a mí. El otro se lo quedó. Era un frasquito redondo de cristal, con un cordel alrededor del cuello para poderlo llevar. Cristal verde, cordel marrón, ninguna marca distintiva. Una tienda cerca de los baños de Prisca los vendía a montones. Eso se repetía por toda Roma y por todo el Imperio. El típico frasquito que se usa para lavarse.

—¿Le dice algo?

—A lo mejor. Andrónico tenía uno parecido la otra mañana. Supuse que era aceite de baño. La mayoría de la gente se lleva su propio aceite, si se lo puede permitir.

—¿Podría afirmar con seguridad que este bote es suyo?

—No sin caer en perjurio. Perdona, soy el típico testigo inútil.

Los informantes odian que les metan en el genérico grupo de inútiles con los que ellos mismos se topan en las investigaciones. Avergonzada, cogí el frasquito y le quité el tapón para olerlo.

Tiberio gritó «¡Cuidado!», así que estuve a punto de dejarlo caer al suelo. No sé cuál era su contenido, pero desde luego no era aceite. Algún líquido menos denso, con un olor extraño que podría ser químico o derivado de alguna planta. Había abierto la mano para ponerme un poquito, pero fui precavida y no llegué a hacer. Tiberio me pidió que se lo devolviera y lo cerró, siempre con una mano.

—Albia, es usted una chica tonta. Hay que probarlo.

—¿Cómo?

—Por respeto a usted, sobre alguna criatura que le parezca asquerosa. ¿Qué tal los pichones?

—Inténtelo con una rata. ¿Espera resultados letales?

—¿Y usted no?

—¿Dónde lo encontró?

—Su habitación se ha registrado esta mañana.

—Así que, ¿ya sabía la verdad?

—No la «sabía». Tenía sospechas. A causa de nuestras peleas permanentes, intenté no condenarlo hasta que no estuviera obligado a hacerlo.

—Bueno, no queremos ser injustos con un asesino en serie, ¿verdad? ¡Dioses! Es mucho más fácil acusar a un completo desconocido.

Tiberio parecía estar preocupado por mí.

—¿No se ha convertido en algo demasiado personal para usted? ¿Quiere quedarse al margen?

—Quiero verlo todo.

—Es difícil. —El mensajero habló en voz baja y parecía afectado también.

—Se debe hacer —contesté, apretando los dientes y con tono apagado—. A ver, ¿qué más hay en su botín de pruebas?

Expuesto con el gesto de un prestidigitador, su segundo objeto era mi estuche de hueso para las agujas.

—Eso es mío —dije con voz ronca.

Me sentí sofocada y luego mareada, aunque tampoco me sorprendí demasiado.

—No lo proteja, Albia.

—No quiero hacerlo. Debe de haberlo cogido.

Me quedé en silencio, recordando la tarde en que había cosido el ribete. Andrónico había estado examinando mi costurero, con los ojos castaños brillando por la curiosidad: lo había abierto y había observado su contenido. Debió de sustraérmelo en ese momento, delante de mis narices.

Quitó la tapita, un diminuto trocito de un viejo papiro, y lo sacudí, consciente de que mi compañero estaba muerto de miedo, pero esta vez iba a dejar caer el contenido encima de la mesa con mucho cuidado. No salió nada, el estuche estaba vacío. Tiberio me preguntó cuántas agujas había tenido.

—Una en el estuche y otra en casa. Incluso dos son un lujo. ¿Sabe cuánto valen las agujas?

En mi cabeza oí a Andrónico decir: «La costura nunca me ha llamado»... Como tantas de sus afirmaciones, ésa también había tenido un doble sentido.

Tiberio confirmó con voz tranquila:

—En otros sitios se han utilizado agujas envenenadas para cometer asesinatos idénticos a éstos. Una se encontró clavada en una víctima por el Esquilino. Notó un pinchazo y se giró inesperadamente, cosa que hizo que el agresor se fuera y dejara allí la aguja. Ese lunático fue capturado por casualidad, así que podemos estar seguros de que el culpable de las muertes del Aventino es otra persona. El método se conoce desde hace tiempo, pero se ha ocultado deliberadamente a la ciudadanía.

—¡Oh, ese maldito secretismo! Ha actuado mal, Tiberio. Alguien que lo sabía podía utilizar la idea para que pareciera que las muertes las había causado una epidemia general. Eso desviaría la atención.

—Sí.

—Andrónico debe de saberlo.

—Yo nunca se lo dije, Albia.

—¿Está seguro? Una vez Andrónico me dijo que tomaba notas en las reuniones de los cuatro ediles. Debió de enterarse de la táctica cuando estuvieron hablando de las muertes por aguja.

—Eso encaja.

Tiberio vació su vaso, lo volvió a rellenar y lo vació otra vez. Se apoyó de nuevo

en los codos para poderse acercar a mí. Las mañanas de los vigiles eran tranquilas. No había ruidos de gente en la galería y tampoco más allá, en el patio de reuniones. Y a pesar de estar solos en el cuarto de los interrogatorios, Tiberio bajó la voz instintivamente:

—Entonces, Flavia Albia, admitámoslo: ambos estamos convencidos de que el asesino de las agujas del Aventino es nuestro archivista, Andrónico.

XLV

Andrónico era el asesino. Ahora que alguien más tenía mis mismas sospechas, todo parecía terriblemente obvio. Para disipar mi pánico, recurrí a la risita nerviosa:

—¡Oh, no puede ser un asesino, sus ojos brillan!

El mensajero permanecía sentado y en tensión, mientras yo me enfrentaba a la verdad. Estaba atascada. Él lo sabía. Por primera vez me paraba a pensar directamente en las implicaciones personales. No tardé mucho, porque el terror ya me había visitado la noche anterior. No era la primera vez que entregaba mi corazón a un hombre que luego traicionaba mi confianza, pero aquélla había sido la más siniestra con diferencia.

—La historia de mi vida —admití con amargura—. Un ser despreciable me seduce y tardo demasiado en darme cuenta...

A juzgar por su expresión, Tiberio ya había conocido a mujeres amargadas y tenía poca paciencia con mi autocompasión, pero lo que dijo fue:

—Desde mi punto de vista, Andrónico se enamoró de verdad de usted.

Me exacerbé.

—¡Y yo de él, de una manera asombrosa, imperdonable y ridícula!

—Exacto.

—Pero una serie de accidentes —y también mi incomodidad, hay que decirlo— impidieron que la cosa acabara peor. Por lo menos nunca me acosté con él.

Quería que Tiberio lo supiera. ¿Por qué? ¿Qué le importaba?

Hizo caso omiso de mis palabras. Tal vez se sintió incómodo.

—Estoy furiosa. Robó algo mío para utilizarlo en sus terribles ataques... Peor, ¡era algo que me había regalado mi querida hermanita! Era un estuche de agujas muy bueno y lo asociaba con Julia, pero ahora nunca más seré capaz de utilizarlo.

Tiberio me lo quitó de las manos. De todas formas, lo necesitaba como prueba.

* * *

Hundí mi cara en las manos, rabiando contra mí misma.

—¡Qué lío! Eso es lo que todos esperan cuando haces un trabajo tradicionalmente masculino. Oh, Juno, si eres una mujer honesta, es lo que tú misma temes. La incompetencia total y absoluta. Te enredarás en algún caso terrible; lo empeorarás; te acostarás con un asesino; te comprometerás a ti misma y a tus futuras posibilidades de trabajar, e incluso te arriesgarás a no condenarlo...

Debo decir que, mientras echaba pestes, Tiberio me estaba escuchando con cara inescrutable. Dudo que se diera cuenta de que había pocas personas a las que revelaría esas emociones tan profundas. De verdad confiaba en él.

Había alejado su silla de la mesa, los brazos extendidos, mientras se preparaba

para escucharme, como si aquello fuera una desagradable formalidad por la que tenía que pasar.

Terminé. Me quedé en silencio. Puso una cara que parecía razonable y hasta ladeó ligeramente la cabeza.

—Me ha dicho —me corrigió— que no se acostó con él.

—Está siendo pedante.

—Mejor que estar histérico —dijo el cerdo miserable. Después de un rato añadió con voz seria—: Usted se equivocó. Duró unas semanas. Algunos tenemos que aceptar el hecho de haber vivido al lado de esta criatura durante años. Nadie se había dado cuenta de su verdadera naturaleza antes de que usted empezara a investigar. Yo incluso intenté que los vigiles la detuvieran.

—¡Paz!

—Gracias. Entonces, Flavia, ¿podemos reconstruir juntos la secuencia de los acontecimientos?

* * *

Empecé a resumir y el mensajero asentía con la cabeza después de cada punto. Había notado que siempre lo hacía en las reuniones. Daba la impresión de estar esperando pillar a la gente, pero ahora me daba cuenta de que, simplemente, le gustaba escuchar antes a todos, por si eso afectaba a su propia contribución. Si sentía la necesidad de intervenir antes, lo hacía.

—Empezaré por el punto en el que entré en escena por primera vez —relaté—. Andrónico mató a Salvidia porque había ido a la oficina de los ediles y lo había agredido verbalmente. Estaba furiosa por ese cartel que llamaba a los testigos de la muerte de Lucio Basso.

—¡Culpa mía!

—Culpa suya —convine implacable. Tiberio había escrito el cartel—. Andrónico tenía razón cuando decía que él no había tenido la culpa: sólo fue el hombre que ella se encontró en la oficina, pero la reacción violenta de Salvidia lo afectó profundamente. Fue injusta. Lo invadió la furia, como le sucede siempre, así que se vengó matándola. Entonces, yo aparecí en la oficina y es probable que quisiera que dejara de investigar. Recuerdo que no paraba de repetirme: «Así que ya no tienes por qué perder más tiempo con eso, ¿no?». Supongo que fue al funeral y me buscó con la intención de asegurarse de que no había descubierto nada en su contra. Encontró a la anciana fuera de la necrópolis. Celendina se resistió de un modo que él consideró insultante, así que la siguió hasta su casa y también la mató.

—Morelo cree que usted se escapó por los pelos aquella noche.

—Andrónico podía haberme matado en cualquier momento.

—¡Sí, pero pronto ya no pudo resistírsele! —Déjese de bromitas estúpidas.

—No estaba bromeando —contestó Tiberio en un tono amable—. En casa, nos

hablaba de usted como de una criatura deliciosa. Teníamos esperanzas de que pudiera reformar el lado irresponsable de su carácter, aunque me gustaría confesarle que nunca lo quise para usted.

Me sentí desconcertada, así que proseguí:

—Antes de estos ataques, había matado a Julio Viator. ¿Por qué? Cuando Casiana Clara estaba sentada en el jardín de su casa, durante esa cena, y Andrónico la encontró, ¿puede ser que fuera él el hombre que pensó que ella, como me dijo de forma muy vulgar, «lo estaba pidiendo»? ¿La agredió él? Intenté convencerla con todas mis fuerzas para que hiciera una declaración oficial...

Tiberio sacudió la cabeza para interrumpirme:

—No hace falta. Puede dejar que la chica olvide el incidente, siempre que le sea posible olvidar de verdad un hecho que condujo a la muerte de su marido. Yo estaba en la galería, al otro lado del jardín, volviendo de los servicios. Andrónico no me oyó. Lo vi todo. Y sí, intentó violarla. Tenía muy poca experiencia y la agresión la turbó profundamente.

—Así que, ¿él malinterpretó la situación? ¿Ella chilló? —Asintió—. ¿Viator salió corriendo, vio a su mujer forcejear, se puso furioso y, como las demás víctimas, expresó sus sentimientos con más vehemencia de la que Andrónico puede tolerar?

—En realidad, Viator lo golpeó.

—¡Oh, ahora veo que esa fue la sentencia de muerte de Viator!

—Parece que ése fue su primer asesinato —concluyó Tiberio con tono abatido—. Un buen puñetazo por parte de un hombre atlético hizo que se convirtiera en un asesino. Tras la agresión a Casiana Clara, Andrónico cayó en extrema desgracia en nuestra casa durante unas semanas —me dijo—. Tulio le advirtió. Esa vez, estuvo muy cerca de que lo echaran para siempre.

—¿Esa vez?

—Tiene un largo historial de problemas de comportamiento. Las reprimendas no surten efecto en él. Nunca reconoce haber hecho nada malo. Si lo presionas, culpa a otras personas. Cuando lo conoces, puedes observar cómo su astuto cerebro inventa excusas mientras se gana tu confianza.

Tiberio hablaba de ello con cara de cansancio: tuve la impresión de que había estado involucrado en el intento de rehabilitación del acusado.

—A Tulio, al que le gusta la vida tranquila, se lo gana con ese encanto suyo.

—¿Y Fausto?

—Lo tiene calado.

—Un día Andrónico me llevó a vuestra casa —confesé, consciente de que Tiberio levantaría una ceja con severidad. Pero en ese momento lo aceptó con resignación—. Me pareció que a los demás miembros del personal les caía bien.

—Así es cómo se sale con la suya —aclaró Tiberio frunciendo el ceño—. Usted y

yo lo vemos como un predador, pero la mayoría de la gente no nota nada raro. Sabe cómo pasar desapercibido. Ha estado ocultando su agresividad y su falta de remordimiento, y eso que estaban a la vista de todos.

—Cuando le dije que su marido había sido asesinado, Casiana Clara sintió mucho miedo de que alguien pudiera ir también a por ella. Entonces me pareció un poco exagerado. Pero ahora me doy cuenta de que tenía razón. Si él teme que ella declare en su contra, lo hará. La gente lo amenaza y él simplemente los borra de la faz de la tierra. ¿A Casiana Clara la enviaron fuera de Roma para protegerla? ¿El edil avisó a su familia?

—Sí. A las dos preguntas.

Era un alivio.

—¿Y qué pasa con Lupo? —pregunté para acabar.

—¿Lupo?

—El chico de las ostras.

Tiberio intervino de inmediato:

—Solemos comprar nuestro marisco de ese puesto. Lupo era un muchacho descarado, lo recuerdo. Le gustaba bromear con los clientes, el típico vendedor ambulante, a veces irritante: sólo demasiado joven para darse cuenta de cuán inapropiados eran sus comentarios. El pórtico está cerca del templo, así que, si nadie más estaba de ese lado del monte y Andrónico estaba en el archivo, lo mandábamos a recoger el pedido. En una ocasión, volvió a casa muy amargado, quejándose de que un chico había sido maleducado. Se lo tomó como una ofensa personal, como hace siempre. Se negó a volver allí.

—Pero, por lo visto, volvió, y a menudo —concluí con tono triste—. Cuando interrogué a la familia, dijeron que no habían visto a nadie el día que fue asesinado, pero si les enseñáramos a Andrónico, podrían recordarlo.

—Podrían.

Tiberio se levantó. El tema lo estaba afectando. A mí también, así que me puse de pie con torpeza. Me sentía entumecida, cansada y desanimada. Comentó que estar encerrados en ese cuartito olvidado durante tanto tiempo no podía ser bueno para nuestros cerebros y propuso que dejáramos el puesto y nos fuéramos a un sitio nuevo para cambiar de aires.

Tiberio se paró en la puerta y me miró de cerca. Veía que era reacia a ir.

—¿Todo bien?

—Sí.

—No lo creo.

—Estaré bien.

Esperó un momento, pero cuando vio que levantaba la barbilla, me condujo al pórtico y nos fuimos andando.

XLVI

A medida que Tiberio y yo cruzábamos nuestra ciudad, recuperé mi valor poco a poco. Llevaba quince años viviendo en Roma, la mayoría de los cuales en el Aventino. Ésas eran mis calles. Decidí que no me echarían de ellas por miedo.

Nuestros pies nos llevaron lejos de la orilla del río, en una dirección que raras veces seguía. Debimos de rodear la arboleda de los Plátanos, un parque público bastante vacío al lado de la calle que llevaba el mismo nombre, pero estaba tan distraída que después no recordaba nada de todo eso. Luego cruzamos la parte sur del monte principal, hasta que emergimos desde el Distrito Trece al Doce, al lado del cuartel general de los vigiles de la Cuarta Cohorte, donde Escauro y sus esbirros me habían entretenido. No llegamos a tocar el tema.

Durante un largo rato nos quedamos en silencio, mientras andábamos sin rumbo por la amplia calle de los Estanques Públicos, en dirección al Circo Máximo. Paramos antes de descender a la pista y, en su lugar, nos abrimos paso por encima de ella, otra vez a lo largo de la parte baja del monte, pasando los dos Templos de Venus y, al final, el del dios de los jardines, Vertumno, recubierto de flores y vegetación. Me acuerdo de que le comenté a Tiberio, acerca del Templo de Venus Verticordia, que sólo en Roma la diosa del amor y de la lujuria podía ser venerada en su advocación de promotora de la pureza sexual.

—Venus, la «transformadora de corazones», exaltaba la castidad como virtud en las mujeres, naturalmente —refunfuñé.

—La fidelidad en el amor —declaró Tiberio, revelando su lado tierno.

—¡Si crees en él!

—¿Usted no?

—Sí, claro. Mi marido me era fiel y yo a él.

—He notado que siempre habla bien de su matrimonio.

—Bueno, ¡fue corto!

—Y hace mucho tiempo. Sin embargo, sigue llevando su alianza.

Error. Léntulo y yo nunca nos habíamos molestado en ello. Le expliqué con ironía que había comprado el anillo sólo unos años antes, en una venta que habían organizado mis padres, y lo llevaba para parecer respetable en mi trabajo. A veces podría haber echado para atrás a los hombres, aunque no tenía ninguna gana de recordarle al mensajero que en alguna ocasión había parecido disponible. Ya era bastante malo que supiera que había llamado la atención de Andrónico.

—¿Alguna vez ha estado casado, Tiberio?

Sólo llevaba un sello cuyo símbolo era un fogoso caballo con cola de pez. Lo había visto al inspeccionar su mano herida.

—Una vez.

—Oh, ¿y nunca más?

—No he dicho eso.

Estaba empezando a sospechar que ese hombre evitaba decir bastantes cosas.

Nuestro paseo nos había llevado a la parte baja del empinado Clivus Publicius. Tuvimos que pasar por la casa donde había vivido el pequeño Lucio Basso, en el punto exacto donde el carro de Metelo y Nepote lo había atropellado. En el muro donde Tiberio había colgado su fatídico cartel que hacía el llamamiento a los testigos, la familia había colocado ahora una placa conmemorativa de tamaño exagerado. Debieron de gastarse todo el dinero de la indemnización que les había pagado el hijastro de Salvidia. Un mensaje conmovedor recordaba a Lucio: «Vivió tres años, cuatro meses y diez días. Una pequeña alma a la que le encantaba jugar ha vuelto con los dioses del inframundo. Las esperanzas de sus padres están destrozadas».

Tiberio murmuró impaciente que la familia Basso habría hecho mucho mejor utilizando el dinero para sus otros hijos. Me sentí obligada a murmurar que a lo mejor la placa les traía consuelo. Él repuso que ese tipo de consuelo estaba sobrevalorado.

Me hizo notar, con mucha rabia, que la puerta de la casa seguía estando abierta. No habían aprendido nada. Cualquier otro niño habría podido exponerse a los peligros de la calle.

—¡Me pregunto por qué nadie se molesta!

—¿Tiene hijos? —pregunté.

—¡No, nunca tuve la posibilidad de desatender a una prole inocente!

* * *

Tiberio siguió caminando y yo iba deprisa detrás de él. Subimos a las alturas, a través de pequeñas callejuelas con mercados y fuentes en los cruces, bajo la imponente mole del gran Templo de Diana del Aventino, pasando por más callejones y caminos apartados, hasta volver a mi barrio. La mayor parte del tiempo que pasamos juntos apenas me daba cuenta de la presencia de mi compañero. Estaba perdida en reflexiones internas: algunas veces eran de éstas sin importancia que sirven para vaciar el cerebro de preocupaciones, pero otras, más frecuentes, eran más oscuras. Caminamos. Estaba reclamando mi derecho a hacerlo, tras una larga noche y una mañana de desazón. Desenmascarar a Andrónico me había afectado. Lo que había hecho ese cruel asesino me había dejado desolada y falta de fe. Peor, antes de tranquilizarme con aquel paseo, había estado profundamente asustada.

Incluso Tiberio quería avisarme de que no fuera complaciente.

—Hasta que no esté encadenado, guárdese sus salidas ingeniosas para sí, Albia. Si ha dicho o hecho algo que pudiera alterarlo...

—¡Soy yo! Por desgracia, lo he abandonado. No me lo perdonará.

No tenía sentido darle más vueltas al final de mi aventura amorosa. Pero sí mencioné que mi hermano había sido peligrosamente impertinente con Andrónico la

noche anterior: tal vez del mismo modo que había despertado su odio el descaro del joven Lupo, un chiquillo que actuaba con naturalidad, sin darse cuenta de que podía ser peligroso para su vida. Tiberio pensaba que Póstumo debía quedarse en casa, sólo para estar seguro.

Para mi caso particular no ofreció ningún consejo. Era un tipo sabio.

* * *

Por todos lados había un alegre pero relajado ambiente festivo. La gente estaba comiendo. No hubo ninguna insinuación de que Tiberio y yo hiciéramos lo mismo juntos. En su lugar, me dejó en El Astrónomo, donde le dije que Junilio cuidaría de mí. Con cara cansada, Tiberio dijo que tenía que irse a su casa. Había sido un gesto amable quedarse conmigo al salir del puesto, aunque sabía muy bien por qué lo había hecho. Él también necesitaba tiempo para prepararse para la siguiente acción.

—Andrónico ha estado en casa, ocupado con tareas para Tulio. Es hora de enfrentarme a él y de llevar a cabo una detención.

Sin querer, pensé en Andrónico, que estaría trabajando sin ganas con el tío del edil, mientras se acercaba su justo castigo. Tulio sabría lo que estaba pasando. Estaría al tanto del registro de la habitación y de las pruebas encontradas. Mientras Tiberio estaba cerrando el caso, Tulio debió de acceder a vigilar a Andrónico. ¿Qué estaría haciendo? ¿Listados? ¿Fechas y precios de alquiler? ¿Revisión de viejos contratos que ahora podían usarse para envolver raspas o simplemente tirados a la basura? Presumiblemente, un emprendedor curtido debía ser capaz de mantener ocupado a su archivero, sin que éste se diera cuenta de que la acusación oficial había llegado a su recta final.

No tenía ganas de ver a Andrónico encerrado ni de saber lo que le pasaría en el sistema judicial. Sólo podía haber un final para un liberto que había sido juzgado culpable de homicidio, sobre todo si dos de los ciudadanos a los que había matado — Viator y Salvidia— habían sido ricos. La pena por el asesinato era la muerte. Él no era tan importante como para que su proceso se prolongara. La acusación sería implacable, su defensa exigua. Era difícil que pudiera contar con los tradicionales testigos de carácter para abogar por él. La justicia sería rápida. Sólo había un posible resultado: lo mandarían a la arena para ser despedazado por las fieras.

Me aseguraría de estar lejos de Roma ese día.

—No deje que le carcoma la mente —dijo Tiberio con dureza—. Se acabó. Ya puede dejarlo en mis manos.

Magnífico, palabras valientes. Una declaración que siempre suena convincente y nunca falla, ¿no es así?

* * *

El Astrónomo me facilitó el sosiego habitual. Muchos clientes solitarios habían

encontrado el olvido allí. Un vaso de vino me ayudó a recobrar del todo la confianza. Un segundo bajó inadvertido. Otro me hizo desafiante en extremo. Creo que es un efecto conocido.

Me fui a casa de mis padres para avisarlos de que debían mantener a Póstumo en casa durante un tiempo. Más fácil decirlo que hacerlo, me informaron irritados. Mi hermano se había sentido fascinado por los rituales nocturnos llevados a cabo durante las Cerealias. Se escabullía cuando le daba la gana. Les dije que se dejaran de tonterías, porque el mocoso había irritado al asesino de las agujas y que, si querían evitar una fatalidad, tenían que conseguir que obedeciera sus órdenes. Podría haber añadido que cuidar de un niño de once años no debía de ser difícil y que me había quedado perpleja por la falta de disciplina con la que se le educaba en aquella casa superficial. Mis palabras se hicieron descabelladas y mi lógica, incomprensible.

Me insinuaron que tal vez sería mejor que me acostara un ratito con tranquilidad, arriba, en el jardín de la azotea.

Extrañamente, acepté. Dormí durante horas. Nadie me molestó. ¿Quién se atrevería?

* * *

Cuando me desperté en el sofá cama, congelada y desanimada, pude adivinar por el cambio de luz que había transcurrido toda la tarde. Los ruidos del río, el jaleo diario de las descargas, los estruendos, los gritos de los estibadores y los chirridos de las poleas ahora se habían reducido. Los sonidos de la calle abajo eran diferentes a los del día: casi ningún cencerro de burro y conversaciones más relajadas. Un mirlo cantaba en un tejado cercano, marcando su territorio.

El aire se estaba llenando de olor a aceite caliente y hierbas, a medida que se empezaba a cocinar en las casas y en las cocinas comerciales. Si hubiera seguido allí mucho más, habría estado obligada a quedarme a cenar y me habrían presionado. Me escabullí, avergonzada, y me escondí en mi propio nido, pasando antes por los baños de Prisca. Por una vez, acababan de abrir. Estaban atareados, lo cual me evitó tener que hablar.

En la plaza de la Fuente no había rastro de Rodan. Me abrí camino a través del piso de la familia Mythembal. Había niños llorando en habitaciones que no podía ver. Oí las protestas nocturnas mientras su cansada madre intentaba lavarlos con agua fría, y cada uno se resistía con obstinación hasta que se dormía en el acto. Ocupados con su desesperado ritual familiar, ni siquiera se dieron cuenta de que estaba allí. Me fui directa a mi habitación al final del pasillo, salí a la pasarela encima del patio, subí las estrechas escaleras y entré en mi refugio. De repente me di cuenta de las ganas que tenía de estar en mi casa, sola, en ese silencio total donde sólo se movían las motas de polvo. Seguí manteniendo mi cerebro vacío. No había nada más que pensar.

En el piso había una pequeña zona donde podía preparar comida. Sumergí un

vaso en un cubo de agua fría y bebí con ganas. Me giré hacia la sala principal, casi sin darme cuenta de que lo estaba haciendo. Me quedé mirando.

Esa estancia estaba decorada con un sofá que servía de cama, su reposapiés con patitas de bronce a juego, un par de elegantes baúles taraceados, una alfombra en el suelo, una lámpara colgante, recuerdos y cuadros en las paredes. En lo alto, tenía dos ventanas cuadradas que daban al exterior.

Esa tarde aún quedaba suficiente luz para poder notar si había algo raro. No faltaba nada. Ninguna de mis cosas parecía haber sido cambiada de sitio. Pero tenía una sensación. Es como cuando los ratones se instalan detrás de la despensa y sientes su presencia incluso antes de divisarlos por el rabillo del ojo, mucho antes de ver los excrementos que los delatan y percibir su olor.

Tenía una fuente de cristal con tres manzanas dentro la última vez que la había visto. Ahora había dos. Mi costurero, que no había tocado desde el día de mi cumpleaños, parecía haberse movido un poquito. La tapa seguía en su sitio, pero cuando me acerqué y la levanté, el trocito de lazo en el que había clavado mi aguja ahora no estaba.

En mi ausencia, alguien había estado en mi piso.

XLVII

Sabía quién era y por qué había venido. Me estaba buscando a mí. Sería su siguiente víctima.

La puerta de mi dormitorio estaba cerrada. Antes de que me entrara miedo de verdad, me acerqué con paso furioso y la abrí de golpe. Podría haber sido una idea estúpida, pero no había nadie en la habitación.

Me entró pánico. Salí por la puerta principal, que normalmente nunca utilizaba. Trepano por encima de las macetas, bajé a una velocidad vertiginosa. Rodan había venido de no se sabe dónde y estaba hablando con dos vigiles. No me sorprendí cuando dijeron que los habían enviado para avisarme: Andrónico debió de intuir que lo iban a arrestar. Se había escapado de la casa del edil.

Cuando les informé de que ya había estado allí, me dijeron que esperara en el patio con el segundo paramilitar, Rufiniano. Ya lo conocía. Fue quien había tomado nota aquella vez que había entrado el otro intruso, el que había apuñalado con el cuchillo de cocina. Rufiniano era un caso perdido, y aun así su presencia me reconfortaba. El otro hombre se llevó a Rodan. Subieron corriendo por las escaleras para ir a registrar primero el despacho y luego bajar planta a planta, examinando los rellanos y cada uno de los otros pisos. Rodan abriría los que estaban vacíos con la llave maestra que le había dejado mi reticente padre. Si nadie contestaba en los que estaban ocupados, sabía que abriría las puertas apoyándose en ellas. Si los inquilinos osaban quejarse, les cobraría la reparación.

Mientras esperaba con Rufiniano, apareció el chico de las lámparas para llevar a cabo sus tareas de la tarde, llevando a rastras una gran ánfora redonda con aceite de oliva español. Le dije que rellenara todas las lámparas que teníamos hasta el borde para que duraran el máximo tiempo posible. Pareció sorprenderse por el cambio de política, pero se puso a ello. Al final las áreas comunes resplandecieron tanto cuanto podían hacerlo las escaleras y los espacios abiertos de un bloque de viviendas alquiladas, lo que provocó el estupor de los inquilinos.

Cuando fue registrado todo el edificio, supimos que Andrónico ya no estaba allí. Me dijeron que Morelo había empezado su turno pronto y que estaba dirigiendo la búsqueda. Rufiniano fue enviado para ponerlo al tanto de la inesperada visita que había tenido.

—Dígale que he perdido otra aguja.

Rodan cerró la reja. Me informaron que, a su vuelta, Rufiniano se quedaría en el patio. Habría guardias toda la noche. Para estar aún más segura, el otro hombre me acompañó a mi piso y lo volvió a controlar todo junto a mí. Me dio los consejos serios que los vigiles suelen dar a los ciudadanos: que cerrase bien los postigos y las puertas, y que no dejase entrar a gente desconocida. Imagino que se dio cuenta de

que, por una vez, alguien le estaba haciendo caso de verdad. Aguantó mi broma de que la persona que tenía que temer era alguien que conocía y después se hizo un lío controlando todos los cierres y las bisagras de los postigos. Le hizo sentir mejor. Pero a mí nada me podía tranquilizar. Cuando me dejaron sola, admito que me quedé temblando en el sofá.

Había oído las estrictas instrucciones de seguridad que habían dado a los demás inquilinos de la primera y de la segunda plantas. Una atención semejante nunca es tan reconfortante como creen las autoridades, ya que hace que todos estén aún más nerviosos. Pero tampoco les creerías si, por lo contrario, te aseguraran que no hay nada de lo que preocuparse. Las palabras «Todo está bien. Por favor, entren en sus casas» hacen que el barrio se asuste enseguida.

Había preguntado si era posible avisar a mi padre de que protegiera a Póstumo.

—Ah, sí, ya ha matado a un niño, creo. —Por lo visto los vigiles sobre el terreno ya habían sido informados al detalle.

Cuando Rufiniano volvió de ver a Morelo, trajo a otros dos hombres. Les bajé bebidas calientes, como una buena anfitriona. Eran muy respetuosos. Creo que sus insólitas buenas maneras fueron lo que más me preocupó.

* * *

No había nada más que pudiera hacer. Me quedé tumbada en la cama toda la noche, totalmente vestida y la mayor parte del tiempo despierta.

XLVIII

Al final me quedé frita. Me desperté más tarde que de costumbre. Lavarme y cambiarme de ropa me ayudó a sentirme más segura de mí misma. Conseguí beber posea y comí lo que encontré: un trozo de pan, una tajada de carne en conserva, un puñado de uvas marchitas.

Me negué a tocar las dos manzanas: se quedarían en ese plato hasta que se pudrieran.

A pesar de sentirme como si estuviera de luto, me puse unos pendientes que me encantaban —mis afiligranadas rosetas etruscas— y un pañuelo colorido. Elegí unos zapatos cómodos y una túnica fuerte de lino pesado, y después me recogí el pelo de manera firme con más horquillas de hueso de lo habitual. Estaba preparándome para entrar en acción.

Un miembro del turno de día, que era para mí un completo desconocido, había dado el relevo a Rufiniano. Me permitió abandonar el edificio, aunque con estúpida reticencia, considerando que le dije que iba al puesto de guardia a visitar a Morelo. El hombre me acompañó, pero le di esquinazo a propósito al final de la plaza de la Fuente. Me dirigí al puesto sola. Me negué a dejarme escoltar por atontados. Si eso era lo mejor que se podía permitir el presupuesto público, prefería que no me escoltaran en absoluto.

Era tan pronto que por las calles no vi a nadie cruzarse conmigo ni oí a nadie detrás de mí. Con Andrónico tenía que tener cuidado con mis espaldas. Caminaba en medio de la calzada en todos los sitios donde la calle era lo bastante ancha para que tuviera relevancia, sin pasar demasiado cerca de puertas o escaleras. De vez en cuando perros callejeros pasaban bostezando. Esclavos públicos tristes barrían el suelo y también vi a un ladrón enfurruñado que volvía a casa decepcionado y con las manos vacías. Un par de bares que se quedaban abiertos toda la noche durante los festivales estaban sembrados de forasteros devastados por la resaca. Se estaban llevando a uno, que no parecía que se iba a recuperar, en el armazón de madera de algún constructor.

Morelo estaba en su cuartito de investigación, recogiendo informes. Andrónico no había sido localizado.

Lo que sí descubrí fue que Venusia había sido llevada allí desde Ariccia la noche anterior. A continuación había llegado una litera cubierta de la que había bajado una mujer descortés, llevando una carta que Morelo no había podido rechazar y que la autorizaba a ver a la prisionera.

—¿Laia Gratiana? ¡Qué pena! —Me compadecí de ella.

—Intenté evitar que los chicos se rascaran los traseros delante de ella, pero ¡Hades, éste es un cuartel operativo, Albia! ¿Qué esperaba?

—¿Qué pasó?

—No pude participar en la conversación. Fue breve y desagradable, a juzgar por el estado de la prisionera después. Tuve que llamar al médico para que le administrara licor de amapola, que se tomó con entusiasmo, naturalmente. La señora también emergió de la celda con pinta de diosa de la guerra, diciendo que había conseguido todo lo que necesitábamos.

—Siendo Laia, seguramente lo dijo como si cualquier idiota hubiera podido hacer el interrogatorio, ahorrándole la molestia.

—¡Exacto! Desde luego, no me lo iba a decir, Albia, porque siendo yo sólo el hombre encargado de localizar al asesino, habría sido demasiado amable de su parte, ¿no es así? Se fue de allí, ordenándome que le comunicara al edil que le daría todos los detalles en su oficina, hoy a media mañana. ¡Qué suerte tenía! Nadie debía ir a su casa a molestarla.

—Podría intentarlo —me ofrecí voluntaria, aunque sin demasiadas ganas.

—No pierda el tiempo —me aconsejó Morelo—. ¿Qué son otras dos o tres horas?

—Lo suficiente para que Andrónico vuelva a matar.

—Entonces, no habrá problema. El siguiente blanco de nuestro amiguito es usted, y está aquí, ¿no es así, querida?

No tenía fuerzas suficientes ni siquiera para ordenarle que no fuera paternalista.

—Bien calentita y segura en mi despacho privado —reflexionó Morelo—. Podríamos acostarnos juntos, si tiene que matar el tiempo.

El gran zoquete fofo intentaba levantarme el ánimo con ese ofrecimiento.

En lugar de acostarnos, me llevó a un comedor aceitoso donde los vigiles comían cuando se les acababa el turno: me sentó en un banco en una esquina, detrás de una muralla de hombres gigantes, y me dio un segundo almuerzo, esta vez de tamaño descomunal. Lo llamaba el romano completo. Tenía la sofisticación y la cantidad de comida que devorarían unos bárbaros antes de irse a hacer estragos durante tres días.

* * *

Tuve que quedarme sentada en el Armilustrio para que el indigesto festín bajara. No vi a Robigo. No había divisado ni un zorro desde la noche en la que había tenido lugar el ritual de las antorchas. Sabía que mi Robigo probablemente había sido sacrificado en el Circo.

A media mañana me acerqué a la oficina de los ediles. Un esclavo preocupado me dijo que Laia Gratiana ya había llegado, pero se había encerrado con Tiberio y no se les podía molestar. Si hubiese sido más soportable, habría irrumpido de todas formas, pero en su caso decidí renunciar a la opción descarada. Esperaría hasta que se hubiera ido la miserable arpía y le pediría la información directamente al mensajero. Ya era bastante malo tener que aguantarlo a él.

No había ningún otro sitio donde habría querido estar, así que esperé en el patio.

Me sentía mal por estar en el cuartel general de los ediles sin Andrónico. Me alegré de estar sola mientras me enfrentaba a ese dolor. Aun así, mataría a un demonio. Ésa sólo era una oficina pública. Al igual que en todas ellas, los muebles estaban mugrientos y los bastardos te dejaban abandonada.

Había rechazado los refrescos ofrecidos, lo cual fue un error, porque pronto empecé a tener una sed terrible a consecuencia del almuerzo de los vigiles. Había comido lonchas de jamón ahumado e incluso las rebanadas de pan estaban saladas: era comida para hombres que sudaban el alma en los incendios. Tras alejar a los mosquitos que solían estar cerca de la fuente, bebí un trago de agua y después, ya que el chorro salía muy flojo, encontré un palo y empecé a toquetear el agujero para que pudiera fluir mejor. En mi familia tenemos la costumbre, vayamos donde vayamos, de mejorar las instalaciones de agua de la gente, nos lo pidan o no. Tienes que asegurarte de no bloquear la cosa del todo por error o, por lo menos, no cuando estén mirando.

Laia y Tiberio debieron de tomar algún refresco, porque mientras estaba inclinada operando mi magia con el agua, un esclavo recogió sus sobras. Al irse con la bandeja, dejó la puerta abierta tras de sí. Entonces pude oír un murmullo bajito. Sabiendo que era información confidencial, intenté no escuchar, pero no me esforcé demasiado.

Morelo tenía encerrada a Venusia en una celda pequeña, vacía y apestosa, donde a sus oídos llegaban horribles ruidos de hombres torturados, gritos de borrachos y otros desagradables sonidos que ni siquiera sabía identificar. El pánico se había adueñado de ella. La mera aparición de Laia Gratiana, haciendo el papel de la señora preocupada que podría utilizar su influencia para liberar a su criada, había sido suficiente para quebrantarla. Entre lágrimas, Venusia había confesado la que, según ella, era toda la historia: Andrónico la había conocido y seducido, y le había tomado el pelo. Hasta había estafado a esa tonta mujer sus ahorros de toda una vida. Laia le dio a Tiberio detalles, horriblemente familiares para mí, acerca de la táctica utilizada por el archivista. Por lo visto, hasta había llevado a Venusia al mismo restaurante donde me había llevado a mí.

Cuando se había dado cuenta de que su amante había empezado a perder el interés, Venusia se había vuelto exigente: lo había amenazado con decir a Laia que estaba fastidiando al edil. Su respuesta había sido el ataque que había matado a Ino. Aterrorizada, Venusia había confesado sus miedos a Laia y, sin hablarle de la relación real que mantenía en ese momento, la habían enviado a Ariccia. Oí el comentario de Tiberio de que habría sido mejor pedir consejo antes, por si la opinión oficial hubiera sido diferente a causa de la investigación. En ese momento alguien, probablemente el mismo Tiberio, debió de ver la puerta abierta y la cerró.

Yo seguí haciendo un trabajo elegante en el mantenimiento de la fuente. No necesitaba oír lo que venía después. Podía divertirme imaginando las respuestas de

Laia a todos los que osaban sugerir que debería haber pedido consejo.

* * *

Al final, la puerta se volvió a abrir. Laia saltó fuera la primera y exclamó:

—No tiene sentido discutir. ¡Lo haré! —como si se refiriera a comerse las pelotas tostadas del mensajero en un panecillo.

Debió de llevarse como acompañante a la criada mayor que yo conocía, porque la vi salir deprisa, puede que para organizar la silla de Laia que había divisado fuera, en la calle, al llegar. Tiberio, hermético, acompañó a Laia hasta el atrio desde donde podía abandonar el edificio. La condujo por la galería que tenía una cierta cantidad de hojas entrelazadas entre las columnas. Yo me quedé al lado de la fuente, en una esquina, y ninguno de los dos se percató de mi presencia. Por lo tanto, fui testigo secreto de su despedida: Tiberio se inclinó y le dio a Laia Gratiana un beso intencionado en la mejilla. Tras un momento de hesitación, ella le devolvió el favor, aunque con un pico rabioso. Entonces, al alejarse, hizo girar sus faldas y se marchó sin una palabra más por parte de los dos.

Eso sí que no me lo esperaba. Era fácil pensar que Tiberio haría de intermediario de confianza, ya que Laia no soportaba a Manlio Fausto. Pero el beso en la mejilla es una formalidad para los íntimos: está estrictamente reservada para compañeros de trabajo, amigos y familiares. Semejantes despedidas no deberían ocurrir en Roma entre una mujer de su estatus, miembro de élite del culto de Ceres, y un hombre que era poco más que el recadero de otra persona.

XLIX

Tiberio se quedó de pie, con los pulgares colgados del cinturón, como asegurándose de que Laia hubiera abandonado el sitio. Cuando se giró y me vio, su cara pareció iluminarse. Yo estaba raspando con inocencia el musgo de la fuente en forma de concha. Dejé caer el palo y me limpié las manos.

—¡Oh, aquí está! —dije como quien no quiere la cosa.

Si temía que hubiera visto su momento con Laia Gratiana, no se sonrojó.

Lo seguí hasta el cuarto donde habían hablado y en el que nunca había estado con Andrónico. Seguramente fue decorado para los ediles. Emocionantes frescos representaban a héroes derramando la sangre de monstruos, observados por inexpresivas doncellas, en varias localizaciones rocosas: una de esas espeluznantes aventuras que la gente se cree que ocurren en el extranjero. Yo he estado en el extranjero y no he visto nada parecido. Ninguno de los personajes estaba totalmente vestido. Los bordes estaban decorados con bonitos follajes y lejanas alusiones al mar. Podía sobrellevarlo. Pero no por elección propia.

Me ofreció un sillón para señoras, aún caliente por el delgado trasero de Laia. Lo dejé y encontré una silla acolchada de tipo tijera. Tiberio se dejó caer en un asiento de piedra para hombres duros. No era exactamente de mármol.

Padre tenía varios mejores en una esquina del almacén de antigüedades.

Me quedé sentada en actitud sumisa, mientras mi compañero me transmitía todo lo que había oído decir a Laia. Inclino la cabeza hacia atrás y me miró de soslayo, como si adivinara que había escuchado a escondidas.

Tiberio suspiró.

—Tenemos un problema.

—¿En serio?

—Andrónico se ha escapado...

—Sí, mientras usted se paseaba por el Aventino, intentando reunir valor, él se estaba comiendo con toda tranquilidad una manzana en mi piso y se apropiaba de mi última aguja.

—Me temo que simplemente salió de nuestra casa con una cesta de viejos documentos, diciendo que iba a tirarlos a la basura. El portero no había sido avisado, porque no queríamos que Andrónico se oliera lo que estaba por venir. Pero debe de haberlo intuido, porque no ha vuelto. Por lo menos, hemos encontrado y arrestado al farmacéutico que le proporcionó el veneno, y hemos avisado a los demás. Por lo visto, Andrónico no tuvo problemas en decir quién era. Decía que necesitaba la droga para ponerla en las flechas con las que iba a cazar ratas en el archivo.

—Todos los envenenadores dicen lo mismo —gruñí—. Pensaba que los farmacéuticos estarían entrenados para informar de locos que tienen problemas con

las ratas.

—Ya lo conoce —contestó cansado Tiberio—. Un par de bromitas ingeniosas acerca del bicho increíblemente tenaz, esa mirada suya tan llena de confianza y convencería a cualquiera.

A mí, por ejemplo.

—Perdone —pidió disculpas Tiberio, a pesar de que no había proferido palabra.

Se hizo más brusco.

—Mire, no tengo tiempo para tener tanto cuidado con su vida amorosa. Debemos hacer planes. Usted no es la única persona a la que ha importunado Andrónico desde que ha huido. Laia Gratiana está en peligro. Tuvo la impresión de que alguien la estuvo siguiendo ayer y, cuando llegó a su casa después de la visita al puesto anoche, vio a un hombre acechando fuera de su piso. Está segura de que fue la misma persona que entrevió cuando atacaron a Ino. Me ha descrito la constitución de Andrónico y su color de piel.

Laia no despertaba en mí ninguna compasión. Por lo menos su acosador no había invadido su piso y no vivía sola. Siempre habría gente a su alrededor y, aparte del amplio personal de su casa, Tiberio dijo que a ella y al hermano se les proporcionaría una protección de día y de noche, ofrecida por el excelente equipo de las cohortes urbanas.

Bueno, ¡fenomenal para el culto de Ceres! Andrónico probablemente ni sabía de la existencia del hermano de Laia. Destaqué que lo único que había tenido yo había sido un par de vigiles casi inútiles. Tiberio me irritó diciendo que era porque me consideraban más diestra.

Pero después descubrí que el «problema» iba más allá de la simple protección de un par de casas hasta que fuera capturado el asesino. Esa noche había un alto riesgo de que Andrónico atacara de nuevo. A pesar de que la hubiesen seguido —presumiblemente porque Andrónico estaba furioso por haber alejado de él a Venusia—, Laia se expondría al peligro. Insistía en querer participar en un ritual nocturno que era el punto culminante de las Cerealias: las mujeres del culto pasearían por el Aventino, vestidas de blanco y con antorchas en la mano, representando la búsqueda de la diosa Ceres de su hija desaparecida. Me imaginé la escena y no podía creérmelo: unas mujeres que no tenían ningún sentido de la orientación, en el mejor de los casos, correrían en todas las direcciones llamando a Proserpina en cada cruce. Había muchos de ellos en el Aventino, la mayoría en zonas sórdidas, poco iluminadas y abandonadas.

—Tiberio, ¡no podemos permitirlo! No pasará nada si por una vez Laia Gratiana no participa y se queda tejiendo en el telar de su casa.

—Se niega en redondo.

Normal, ¿a quién le gusta tejer?

—Haga que su hermano la encierre en su casa.

—No, él cree que tiene un valor y un espíritu dignos de admiración. —El mensajero miró al suelo—. Naturalmente, esto tiene que ver con Fausto.

—¿Ella se ofrece como blanco para vengarse de su infidelidad? ¿Y si le pasa algo, toda la culpa será de él?

—Ella no lo ve de esa manera, por lo menos no de forma consciente. Pero tiene razón: como organizadores, los ediles son responsables de la seguridad de las mujeres del culto. Normalmente su único cometido es mantener a los borrachos lejos de ellas.

Tiberio apoyó su cara en las manos por un momento. Cuando volvió a alzarla, era particularmente satírico.

—Y, a veces, mantenerlas a ellas alejadas de los borrachos... Albia, esto será una pesadilla. Tenía que haberlo visto. Hay un montón de mujeres que no están a salvo manejando las antorchas en llamas y que, en mi opinión, han engullido en secreto vino enriquecido con sustancias dudosas. Corren de manera frenética, como bacantes, gritando como locas y amenazando con quemar toda la maldita región.

Ésa era una revelación deliciosamente íntima acerca de un ritual que la mayoría de la gente considera sosegado. Me reí un poco de su desesperación.

—Si es una fiesta tan loca, yo misma podría participar.

Tiberio se enderezó. Dijo que era la mejor idea que había tenido alguien hasta ahora. Él formaría parte del grupo que controlaba la zona y yo podría acompañarlo. Así podría velar por mi seguridad mientras le echaba una mano.

L

Probablemente sería un fracaso. ¿Poner a una mujer como señuelo para un hombre que ya había enviado demasiados cuerpos prematuramente a la pira? Un desastre anunciado.

Pasé el resto del día en mi casa, se suponía que descansando. Mi escolta de vigiles me había llevado de vuelta a la plaza de la Fuente después de que el atontado me alcanzara. Más tarde me entregó a los baños de Prisca. Me encantaban las amenidades, pero mi objetivo real era hacer una propuesta a dos personas que creía que podían ayudarnos.

Zoé y Cloe, las mujeres que querían ser gladiadoras, se quedaron desconcertadas por la historia que les conté. Les dije la verdad acerca de Andrónico y del peligro que suponía, porque quería ser justa. Les expliqué que iba a por mí y también a por una de las mujeres del culto que estaría brincando por el Aventino esa noche. Había sabido por Tiberio que, para sentirse más tranquila, Laia había decidido ir con su amiga, Marcia Balbila. Y yo quería que tuvieran guardaespaldas.

—Hay dos. Estarán en la cuadriga, porque la sacerdotisa mayor ya es demasiado anciana. Así que siempre sabremos dónde estarán esas dos, aunque todas las demás corran por ahí como ovejas descarriadas. Es una noche sólo de mujeres, naturalmente, así que no podemos llenar las calles de tropas: estaría fuera de lugar. Pero nadie objetaría si los blancos tuvieran dos amazonas armadas.

—Esa cuadriga... —dijo Cloe, la más ingeniosa de las dos—. La he visto otros años. Está tirada por enormes serpientes, ¿no es así? ¿No nos podemos disfrazar de serpiente?

—No. Unos hombres muy fuertes se esconderán dentro de esos disfraces. Podrán arrastrar la cuadriga y ayudar en el caso de que el asesino fuera lo bastante estúpido para acercarse. Si lo hace, necesitamos que seáis rápidas. Recordad, hay que mantenerlo a distancia, no dejéis que os clave una aguja envenenada. O a las mujeres del culto que estarán acurrucadas en la cuadriga —me sentí obligada a añadir, ya que no tenía nada en contra de Marcia Balbila.

A Zoé todo eso le pareció muy sospechoso.

—¿Esas mujeres son lesbianas?

—¡Claro que no! Una está casada. La otra lo estuvo hace tiempo.

—Podría ser una tapadera.

—De verdad, no lo creo, Zoé. Marcia Balbila también tiene hijos, creo. —No podía creer que estuviera teniendo esta conversación con dos fortachonas que llevaban corazas y espadas—. Mira, de todas formas, la hermandad entre mujeres no es nada del otro mundo... ¿Y qué pasa contigo y Cloe?

Zoé se escandalizó.

—Sólo somos buenas amigas.

«Muy buenas», pensé.

—Lo mismo pasa con Laia y Marcia. Y si estuviera equivocada, no os asaltarían, son fieles la una a la otra.

—No queremos ser vistas en compañía de lesbianas. Tenemos que pensar en nuestra reputación.

—¡Eso no os preocupó cuando os dio por ser gladiadoras!

Arrastré a las quisquillosas amazonas hasta la casa de Marcia, donde las mujeres del culto se estaban preparando.

Se estaban poniendo sus vestidos griegos blancos y las falsas coronas de espigas, todas agitadas como si tuvieran que ir a un matrimonio. Como había insinuado el mensajero, las devotas damas hacían uso de unos grandes cuencos de plata, llenos de algún líquido que saturaba el aire de un olor aromático muy fuerte. Y creedme, no era ni tomillo ni romero.

Allí, para mi gran sorpresa, tuve la misma conversación con las dos respetables matronas que ya había tenido con Zoé y Cloe.

—No estén demasiado pegadas la una a la otra —las advertí con malicia—. No querrán que las amazonas se hagan una idea equivocada, ¿verdad? A mí, personalmente, me da igual lo que hace la gente, pero ellas tienen una mentalidad cerrada. ¡Nada de toqueteos!

Balbila y Gratiana parecían molestas, pero al salir oí como les entraba un ataque de risas nerviosas.

* * *

Llegué al templo con una silla de manos alquilada, para tener la reunión que había fijado con Tiberio.

El Templo de Ceres estaba lleno de gente esa noche, pero, en cuanto llegué, se separó de un grupo de hombres y se acercó. Se había afeitado de nuevo y estaba vestido de blanco, pero llevaba un manto negro. Para cumplir la ley, tenía que ir desarmado. Yo en su lugar la habría incumplido, pero, en su calidad de hombre del edil, supuse que no tenía elección.

Yo también iba de blanco. Sólo tenía un vestido blanco de verdad, pero resulta que estaba hecho con un delicado material velado. Por suerte, era lo bastante largo para cubrir mis gruesos botines, unos accesorios inapropiados que llevaban gasas con hilos de plata entretejidos, pero eran excelentes para dar patadas. Al no tener una corona de espigas, me había trenzado en el pelo una gargantilla de oro: me la habían colocado de manera profesional en los baños de Prisca y, ya que había tenido tiempo que perder, una chica me había maquillado y arreglado las cejas.

Mi aspecto acicalado dejó a Tiberio boquiabierto.

—¡Veo que tiene intención de destacar!

—Déme una antorcha y seré igual que las demás.

—Ninguna de ellas cree necesario ir con ropa transparente.

Tenía una gruesa túnica interior —aunque un poco corta, porque me había quedado sin largas— que convertía el vaporoso vestido en decente.

—¡Oh, cierre el pico! No tengo catorce años y usted no es mi madre.

Dejé que el mojigato siguiera mirándome. Habíamos ideado el plan de la ropa blanca para que pudiera perderme entre las mujeres del culto.

Su desaprobación me estaba poniendo de mal humor. Ya que pasaba la mayor parte de mi vida desaliñada por motivos de trabajo, de vez en cuando me gustaba lucir maquillaje y joyas. Admito que madre habría dicho que cuatro gargantillas eran demasiadas, pero ya era tarde: mi pulcro bolsito estaba lleno con dinero para emergencias y una pequeña pero letal arma que podía hacer pasar por un cuchillo para la fruta, en el caso de que alguien preguntara.

Toda mujer debería llevar su propio cuchillito de caza decorativo. Nunca sabes cuándo lo puedes necesitar.

LI

«Salve, diosa, preserva esta ciudad en la armonía y en la prosperidad. Tráenos todos los productos de la tierra, alimenta a nuestro ganado y a nuestros rebaños, obséquianos con las espigas, regálanos la cosecha. ¡Haz que haya paz, para que el que siembre pueda también recolectar! Sé clemente, tú, tres veces rogada, suprema entre las diosas».

Laia Gratiana se lo estaba pasando de maravilla envuelta por el humo del altar. Esa noche era la Ceres rubia. Tras unos solemnes conjuros en el templo, se había subido a una enorme cuadriga, fingiendo sacudir las riendas. Marcia Balbila estaba detrás de ella, relegada al papel de portadora de la antorcha. Mientras Laia se inclinaba hacia delante, chillando de manera acelerada, dos hombres dentro de unos grandes y enroscados disfraces de serpiente arrastraban el vehículo. Era una cosa enorme y pesada, e iba a toda velocidad. Las amigables serpientes tiraban del vehículo gracias a unas cuerdas ocultas, atadas a las ruedas.

Su tarea era conducirlo por el Aventino, parando en cada cruce, para que las celebrantes pudieran gritar fuerte en todas las direcciones. Al día siguiente, Proserpina volvería con su madre desde el inframundo de Plutón, con su granada a medio comer, y esta vez la representación sería mucho más tranquila. Aquella noche, mientras iba en busca de su niña, Ceres dejaba morir los cultivos en invierno.

Cada mujer del culto agarraba una larga antorcha en llamas con la que corría de un lado para otro, quejándose. Se habían hecho vestidos clásicos, con diferentes grados de éxito: la mayoría conseguía hacer un peplo, con la parte de arriba doblada y sujeta con broches en los hombros, mientras que las osadas dejaban los lados abiertos. Por suerte para el pudor, los vestidos griegos son voluminosos, así que, si se hacían de la manera correcta, los pliegues impedían que se asomaran los pechos. Los hombres en las barras de los bares esperaban lo contrario. Algunas mujeres querían ser tan auténticas que se dejaban el pelo suelto e iban descalzas en señal de duelo ritual, pero cualquiera que hubiese caminado antes por las calles del Aventino sabría que por lo menos tenía que llevar sandalias. La mayoría de las mujeres poseían un par de ellas que tenían un conveniente aspecto griego. Nunca sabes si tendrás que ponerte a galopar por el barrio en nombre de la antigua religión, ¿verdad?

Ninguna de las mujeres habría consultado un mapa de antemano. En el laberinto de callejones estrechos y sin nombre, eran propensas a separarse y perderse, con consecuencias funestas. Morelo había colocado vigiles, preparados para devolverlas a la manada como auténticos perros pastores.

Hice un último intento de evitar el fiasco.

—¡Es demasiado arriesgado! ¿No puede, sólo por una vez, renunciar a la representación?

—Es importante —afirmó Tiberio—. Ceres nos sacó de nuestra condición bárbara, educó a la humanidad, nos entregó la civilización. El objetivo es volver a aprender nuestra historia. De este modo, podríamos vivir felices y morir con una mayor esperanza.

Me reí.

—¡Alguien ha estado documentándose! Está defendiendo a su edil.

—No sea sarcástica, Albia. Tiene que gestionar los Juegos con cuidado y reverencia, reverencia a los dioses a través de actos de adoración. La intención es obtener favores por intercesión, hacer que Ceres sea benévola con Roma para garantizar una buena cosecha para la prosperidad de la ciudad.

—¡Buena suerte! —me reí entre dientes.

* * *

Tiberio, con el ceño fruncido, marchaba detrás de la cuadriga; yo, sin el ceño fruncido, caminaba a su lado. Zoé y Cloe se pusieron a los dos lados del carro. Los hombres dentro de los escamosos disfraces de serpiente vigilaban el frente. Laia y Marcia tenían una cierta protección por el mero hecho de que la plataforma de la cuadriga estaba en alto. Otros miembros del culto fluían alrededor, yendo a donde les llevaba su humor. Tenían el aire temerario de las mujeres achispadas, pero me sorprendió lo mucho que se controlaban. Tiberio se dignó sonreír y dijo que las princesas plebeyas conocen sus límites a la hora de beber.

En las carreteras accidentadas, la cuadriga era difícil de manejar. Tenía un fallo en el eje que hacía que se inclinara hacia un lado, otro factor que ralentizaba la marcha. Los hombres que la llevaban también se tenían que inclinar para forzarla a ir en línea recta. Si uno de ellos hacía mal los cálculos, sus altas cabezas de serpiente se chocaban sin querer. Las bestias carnavalescas estaban empezando a parecer harapientas y torcidas. Una había perdido su roja lengua bífida.

Dábamos vueltas por el Aventino, haciendo paradas frecuentes. En cada una de ellas, las mujeres chillaban llenas de ánimo. Al final la procesión se detuvo en una intersección particularmente maloliente donde ya se había reunido una muchedumbre expectante. Un hombre que fingía ser una anciana coja abordó a Ceres con un torrente de bromas asquerosas e insultos. Era parte del ritual: representaba a una antigua sirviente, Baubo, hija de Pan y Eco, la única persona que había conseguido hacer sonreír a la deprimida Ceres durante su búsqueda.

Tiberio se apoyó en una barra y pidió bebidas.

—Tenemos para rato... No sabe, Albia, qué esfuerzo supone contratar a una persona para el papel del insultador. Hasta teníamos una cláusula en el contrato que enumeraba los términos aceptables y cuántas veces está autorizado a usar los peores improperios. Fausto tuvo que quedarse horas y horas escuchando a actores que le contaban chistes vulgares.

—Gestionando los ritos con cuidado y reverencia —le recordé toda seria—. Supongo que si quiere que sea un año memorable, necesitará hacerlo increíblemente obscuro. ¿Es usted el encargado de revisar el escabroso guión? Si hubiese traído mi tableta de apuntes, habría podido hacer el recuento de los «joder» por usted.

—Flavia Albia, pórtese de manera más recatada.

—Como me dijo usted una vez, no soy una jovencita agradable.

—Lo es cuando quiere. Límitese a ser natural, ¿quiere?

—¡Aguafiestas! —murmuré, aunque no lo pensaba de verdad.

Me sentí como un perro castigado, pero con ninguna intención de someterme. Si fuera un perro, sería un terrier de la Britania, obstinado y de temperamento fuerte. A lo mejor Tiberio no los conocía, pero nunca pueden ser dominados. Deciden solos a quién respetar y, una vez escogida la persona, le demuestran una lealtad terca e inquebrantable. Gracias a los dioses, Tiberio y yo nunca tendríamos una relación de ese tipo.

* * *

Dejó su bebida. ¿Qué hombre hace eso?

También me abandonó a mí y tardé un buen rato en descubrir el porqué. La muchedumbre se hacía cada vez más numerosa en aquella intersección, porque los que conocían la escena de Baubo habían acudido adrede. El actor que hacía el papel de la vieja y maleducada bruja se había subido a la rueda de la cuadriga para evitar ser arrastrado fuera del alcance del oído de la diosa por la multitud de fiesteros, mientras que Laia casi seguro que podía oír muy poco de la alcahuetería con esas orejas en forma de concha de las que colgaban, me di cuenta, unos pendientes caros en extremo. Ella y Marcia estaban empezando a preocuparse por la enorme cantidad de gente que había rodeado su vehículo, pero divisé un grupo de hombres —evidentemente los vigiles— que se había puesto de espaldas a ellas y empujaba hacia atrás a los curiosos.

Estaban tan concentrados en controlar a la muchedumbre que no se habían percatado de un peligro mayor: intentando subir como un cangrejo a la rueda opuesta a la de Baubo, había alguien con una cabeza caoba que me era familiar. Tiberio debió de verlo y se estaba abriendo paso de la mejor manera posible a través de la animada aglomeración de espectadores. Nunca llegaría. No tenía sentido intentar seguirlo, así que escalé la barra del bar de manera muy poco elegante y me puse de pie. Empecé a chocar dos jarras de metal encima de mi cabeza y chillé con todas mis fuerzas para alertar a las guardaespaldas Amazonas.

Cloe era la que más cerca estaba. Siendo la más masculina de la pareja, era bajita, ancha e intrépida. Cloe se lanzó encima de Andrónico. Él se agarró a la cuadriga. Ella se le pegó. La decorada cuadriga de Ceres empezó a moverse de manera tan violenta que las dos mujeres que estaban dentro empezaron a chillar y se asomaron por

encima de la carrocería dorada. Todo el mérito fue de Marcia Balbila: agarró bien su larga antorcha ritual y aporreó a Andrónico con el extremo inferior, como una lavandera con un batidor de madera. Creo que apuntaba a su cara, lo cual habría sido perfecto, pero sólo le golpeó el hombro. Hizo que se desprendiera: se cayó al suelo, con Cloe encima de él, aplastándolo. Marcia perdió el valor y empezó a chillar como una histérica. Laia demostró su valentía y la hizo parar con un bofetón, pero le dio tan fuerte que temí que le hubiera roto algún diente. Perdió el equilibrio y se cayó detrás de la cuadriga.

Tiberio había alcanzado el vehículo. Hizo señas furiosas a los dos porteadores disfrazados de serpiente. Oí que les gritaba: «¡Vamos! ¡Vamos!». Empezaron a tirar. La cuadriga se tambaleó hacia delante unos pasos.

Apareció Zoé y se encontró a Cloe haciendo una llave de cabeza a Andrónico, mientras con la otra mano tiraba a Marcia Balbila a sus pies, llena de admiración por su proeza con la antorcha. Marcia dio un traspiés, como si estuviera borracha, y se cayó encima de Cloe. Zoé se lo tomó a mal. Siempre peleona, maldijo y se abalanzó sobre Cloe, que tuvo la agilidad de empujar a Marcia fuera de su camino. Mientras se peleaban con sus espadas de madera, para el deleite histérico de la muchedumbre, Andrónico se liberó.

Huyó y yo intenté gritar a la gente que lo detuviera. Era inútil. Aquello era el Aventino. Siempre que gritas «¡Al ladrón!», la gente se mete instintivamente en tu camino para impedirte pillar al culpable, mientras éste se escapa muerto de risa.

Me bajaron de la barra unos hombres entusiastas a los que les gustaba ver a una mujer con un vestido semitransparente bailar subida allí encima. Estaban demasiado extasiados para que me preocupase seriamente. Me liberé de sus garras y me abrí camino, a través de la gente encantada, hacia el lugar de la acción.

Vi a Tiberio subirse de un salto a la parte trasera de la cuadriga, mientras la oleada de gente avanzaba y ayudaba a empujarla. Tuvieron tanto éxito que salió disparada, traqueteando a la mayor velocidad que había tenido esa noche. Todos se arremolinaron alrededor de ella, excepto yo. Me dejaron sola, en una calle ya oscura y desierta, con la antorcha de Marcia Balbila que estaba a punto de apagarse. La recogí del suelo y la hice girar hasta que la llama se avivó. Sujetándola en alto, seguí con paso firme a los demás, guiándome por una sombra que había divisado: alguien que iba detrás del convoy, acechando con discreción, para que nadie se percatara de su presencia. Sabía que era Andrónico.

Lo perdí de vista. Debió de mezclarse con la multitud.

LII

Cuando conseguí alcanzarlos, vi a Tiberio mirando ansioso hacia atrás desde la cuadriga, como si hubiera vislumbrado a nuestra presa o algún otro riesgo. El vehículo dio una sacudida y se paró de repente. El actor que hacía el papel de Baubo seguía intentando ganarse el sueldo. Ahora estaban representando una escena tradicional en la que la vieja bruja se quejaba como si tuviera dolores de parto — ayudada por la muchedumbre que coreaba «¡Empuja!»—, y después levantaba sus faldas y descubría sus partes íntimas (¿era eso lo que le había parecido tan divertido a Ceres? Debía de tener la risa fácil). Entonces, Baubo paría un hijo para Ceres que esa noche, para obtener un efecto aún más cómico, era representado por un cochinito envuelto en paños. El diálogo era igual de refinado que la representación. Laia Gratiana parecía apenada, pero fue incitada a sonreír por los ruidosos espectadores que no sabían que era demasiado altiva.

Yo tenía preocupaciones más serias. La multitud había aumentado y ahora incluía a un chico que reconocí horrorizada. Se había subido a la columna de un soportal para ver mejor y estaba colgando de ella, sujetándose con un solo brazo. Por lo menos así lo había visto. Póstumo estaba allí, mirando con los ojos como platos y con toda su solemne y curiosa inteligencia. Estaba absorbiendo con mucho cuidado cada detalle y cada obscenidad. Queridos dioses, mi hermano tenía una tableta encerada y un estilo: haciendo caso omiso a su peligrosa posición, se estaba apuntando los chistes. Baubo se había dado cuenta y estaba furioso por el incumplimiento de los derechos de autor.

Alguien más vio eso. Póstumo no había visto a Andrónico, pero Andrónico lo miraba con fijeza. De repente, vi como el archivista empezaba a moverse en dirección a mi hermano.

Estaba demasiado lejos. Intenté gritar, pero había mucho ruido. Empecé a empujar a la muchedumbre, asaltada por olores y manos que me agarraban, y utilizando mi antorcha para abrirme camino. Había poco sitio para blandirla, pero golpeé algunos pies y costillas mientras pasaba.

Vi una mano que agarraba a Póstumo desde abajo. Muerta de miedo, me subí de un salto a una enorme maceta fuera de una tienda y vi que era Tiberio, con Morelo justo detrás de él. Póstumo fue bajado mientras se retorció furioso, porque había perdido su tableta de apuntes. Sentí alivio cuando vi a mi hermano pasar de mano en mano, como una víctima salvada de un edificio en llamas, en la clásica maniobra de los vigiles. En algún momento, al final de esa fila, Póstumo recibiría una reprimenda. Si Morelo hubiera dicho a sus hombres quién era Póstumo, lo habrían escoltado hasta su casa, con la esperanza de obtener una recompensa de nuestros agradecidos padres. Si padre hubiera estado ordenando su bodega, incluso habrían podido recibir un trago

de vino.

Andrónico se había esfumado de nuevo. Empecé a empujar por aquí y por allá, buscándolo. Oí a Morelo gritar a algunos de sus hombres: «¡Seguid buscando al rojo!», y conseguí llegar hasta Tiberio y Morelo. Unos gestos frenéticos indicaban dónde podía estar Andrónico, así que nos abrimos paso en esa dirección. Debió de saltar en medio de la parafernalia que había en la acera delante de una tienda, dando una patada a un enorme tarro lleno de grasa para lámparas. Eso apestaba y, a medida que se desparramaba por la calle, los adoquines se hacían resbaladizos. Ahora la gente también estaba lanzando frutos secos con la intención de hacer daño a otros con esos pequeños y duros misiles.

La cuadriga se hundió y después volvió a ponerse en marcha, ayudada una vez más por la gente. Ahora retomaron el grito de «¡Empuja!» del episodio anterior de Baubo, como si el momento penoso del vehículo hubiera ensombrecido el parto. Era una multitud más grande, empujaba más fuerte y cuando, de repente, el pesado vehículo salió disparado hacia delante, como un bebé que se escurre de las manos de su madre, uno de los hombres disfrazados de serpiente resbaló en la grasa y perdió el equilibrio. Se cayó y gritó de dolor mientras una rueda le pasaba por encima. La cuadriga dio un bandazo de manera espectacular y su eje se rompió.

Laia y Marcia salieron volando. Las Amazonas corrieron a proteger a Laia, mientras que Morelo se acercó, agarró a Marcia y la arrastró hasta el portal de un bloque de apartamentos. Más cerca de mí, Tiberio por fin se dirigió hacia Andrónico. Me precipité, pisando o dando codazos a todos los que encontraba en mi camino. Justo cuando Tiberio lo estaba alcanzando, la bota del mensajero resbaló encima de unos frutos secos. Estaba corriendo tan rápido que no pudo pararse y se derrumbó cuando estaba encima de los adoquines. Andrónico le cayó encima, dándole puñetazos sin parar con toda la extensión del brazo. El jadeante mensajero apenas se podía defender. Aún tenía la antorcha, así que corrí directa a él, blandiéndola como un arma en amplios arcos.

—¡Andrónico! ¿Por qué no te enfrentas a una mujer?

Se fue hacia atrás, lejos de la llama, manteniendo los pies en su sitio. Estaba furiosa y quería que lo supiera. Acicalada en los baños de Prisca y con mi atuendo, debí de ser una imagen impactante. Parecía desconcertado.

Enarbolaba la antorcha, y de verdad tenía intención de quemarlo. Lo habría matado si hubiera podido. Tiberio me paró. Aún en el suelo, me agarró del tobillo y negó con la cabeza. Me liberé de su presa, pero para entonces Andrónico había retrocedido, había maldecido, se había girado y había desaparecido entre la gente.

Tiberio se puso de pie con dificultad.

—Déjelo, ya lo cogemos...

Estaba malherido y tenía un corte cerca del ojo que necesitaba que lo limpiasen.

Verifiqué que Andrónico había desaparecido. Arrastré a Tiberio fuera de la muchedumbre y nos refugiamos en el portal donde Morelo había empujado a Marcia Balbila: un rancio hueco de escalera que conducía al típico bloque de viviendas múltiples y que apestaba a humedad, abandono y orina sin recoger en un enorme contenedor.

—¡Cerberero!

—¡Y con cascabeles en la cola!

Retrocedimos con rapidez. Morelo y Marcia aún estaban allí, atareados, y no exactamente con una discusión sobre el control del orden público. Pensé que tendría que rescatarla, pero luego me di cuenta de que era ella la que hacía la mayor parte del trabajo. Morelo se limitaba a reclinarsse en una barandilla, con los ojos cerrados y pensando que era su día afortunado. Menos mal que había tenido el sano juicio de ponerse a un lado el hacha, porque si no se habría destripado a sí mismo en plena acción. Les dejé la antorcha, por si necesitaban más luz.

Ya se acabó la abstinencia del festival.

* * *

Fuera, Tiberio y yo encontramos sitio cerca de un muro donde nos pudimos apoyar. Se limpió una parte de la sangre con el brazo. Dejamos que nuestra respiración se sosegara. Le di un pañuelo que tenía doblado en mi bolsito y se lo puso en el corte del ojo.

Estuvimos mirando cómo se despejaba la calle poco a poco. La cuadriga destrozada fue remolcada por algunos vigiles. Laia Gratiana debió de ser rescatada y acompañada a su casa. Hasta las mujeres del culto habían dado por terminada la tarde.

Zoé y Cloe estaban cuidando de los dos hombres disfrazados de serpiente: vimos que se iban juntos a un bar. El que había sido atropellado tuvo que apoyarse en ambas mujeres, pero, a pesar de alguna posible costilla rota, estaba claramente preparado para cualquier cosa que le pudiera deparar la noche. Ambos hombres tenían la inocente seriedad de los tipos que se creen que han encontrado a un par de candidatas propicias. Zoé y Cloe los iban a desplumar a bebidas. Bueno, es lo que suponía. ¿Quién sabe?

—¡Curioso cuarteto! —sonrió Tiberio.

—¡Una espantosa oportunidad para malentendidos! ¿Y qué me dice de los otros dos, Morelo y Marcia? —dije pensativa.

El mensajero y yo nos miramos. No pudimos evitarlo: nos doblamos y reímos hasta quedarnos otra vez sin aliento.

* * *

Alguien nos estaba mirando.

Fui yo quien percibió la mirada acusadora. Fui yo quien lo vio primero. Se suponía que teníamos que estar persiguiéndolo, pero ¿cuánto tiempo llevaba observándonos? No podía saber el motivo de la histérica hilaridad que nos hacía agarrarnos los estómagos y reírnos hasta llorar. Me estaba mirando como un hombre que acababa de encontrar a su nueva novia en la cama con su abuelo.

Se había quedado inmóvil delante de una tienda cerrada. Cuando se dio cuenta de que lo había visto, sacudió la cabeza con desprecio y se alejó de nosotros. Me fui corriendo detrás de él, sin darle explicaciones a Tiberio, aunque él ya estaba siguiéndome tan de cerca que podría haberme pisado el borde del vestido y haberme hecho caer.

Estábamos cerca del enorme Templo de Juno Regina, la Juno exótica del Aventino, traída de Veyes cuando Roma había conquistado a los etruscos, no la magnífica versión griega que vivía en el Capitolio. Andrónico corrió bordeando el edificio y luego pasó delante de la fachada del pequeño Templo de la Libertad, supuestamente la biblioteca más antigua de Roma y el lugar donde liberan a los esclavos. Nunca había demasiada gente por allí. Zigzagueó a través de unos grupitos de personas, probablemente sin darse cuenta de que, en todos los sitios donde las linternas arrojaban suficiente luz, su luminosa cabeza castaña revelaba su presencia. Tal vez lo sabía y le daba igual. Disfrutaba de la persecución, porque se sentía invencible. Esa noche, nadie todavía había conseguido atraparlo. ¿Por qué debería temer que lo capturasen?

Se movía más rápido de lo que daba a entender su trote relajado. Nosotros no avanzábamos. Llegó a la calle larga que lo llevaría a los templos de Minerva y Diana. Ahora empezó a dar saltos, a pararse de golpe por culpa de las mercancías apiladas frente a las tiendas y a darles patadas, así que nuestro progreso fue entorpecido por los dueños furiosos que salían corriendo a colocarlas en su sitio. Jarras rodantes y cubos esparcidos se interponían en nuestro camino. Tenderos enfadados nos tiraban de las túnicas, gesticulando en diferentes idiomas extranjeros y pidiendo justicia, mientras nos separábamos de ellos y nos íbamos corriendo.

Se metió en las calles traseras. Huyó por callejones recubiertos de estiércol que estaban llenos de montañas de basura de hacía años. Esquivaba fuentes donde holgazaneaban borrachos harapientos. Desaparecía en portales oscuros y estrechos que podían no tener salida. Las putas a las que había empujado volvían a concentrarse, listas para insultarnos mientras corríamos tras él. Los perros a los que había molestado se desperezaban y consideraban la posibilidad de arrancarnos algún trozo a mordiscos. Tuvimos suerte, porque estaban demasiado ocupados meando para molestarse. Al tropezarme con unos desechos, Tiberio me agarró de la mano. Cuando él resbaló sobre un tramo de cieno, erguido como un patinador en algún paraje congelado del norte, yo lo sujeté.

Andrónico cruzó la calle del Laurel Mayor. Los carros de reparto estaban todos por ahí, ahora que los actos del festival se habían acabado. Nos confundió por un momento, serpenteando entre ellos. Luego se metió en una calle lateral y se fue corriendo, pasando por bares y talleres, y tirando al suelo un puesto de verduras del que salieron torrentes de coles que nos dificultaron el paso.

Salió lanzado hacia el Clivus Publicius, muy por delante de nosotros. Lo perdimos de vista. De repente lo vimos otra vez, ahora encima de una mula asustada que había desenganchado de un carro desatendido. Cabalgaba la bestia aterrada, bajando a toda prisa por el monte y alejándose de nosotros, mientras profería improperios, con la cara radiante de felicidad y una mano hacia arriba, como si estuviera sujetando un estandarte triunfal. Irónicamente, estábamos sólo a pocos pasos del sitio donde el carro había matado a Lucio Basso.

Él sabía que estaba fuera de peligro. Justo cuando estábamos recobrando las fuerzas para seguir, una macabra tropa de la guardia pretoriana pasó de largo. Los brutos altos y togados eran inconfundibles, con botas de soldado que sobresalían de sus túnicas y las espadas debajo de su ropa. Nunca llevan la armadura completa dentro de la ciudad, pero tampoco la necesitan. Probablemente los habían enviado a ejecutar a algún filósofo al que Domiciano se había opuesto por hacer campaña para un mundo mejor, pero nosotros seríamos el aperitivo, justo para ponerlos a tono antes de llevar a cabo su sangriento cometido.

Incapaces de detenernos a tiempo y en la ausencia de pilares detrás de los que escondernos, chocamos contra ese noble escuadrón de la muerte. Los hombretones aburridos se enfurruñaron enseguida por nuestra culpa. La gente jadeante que corre debe de estar huyendo de un delito. La gente que da explicaciones poco convincentes debería pasar un tiempo en una celda para corregir su versión, con la ayuda de una dieta de hambre salpicada de risitas del torturador. Y en cuanto a las mujeres en la calle que llevan vestidos velados, necesitan una buena inspección y aquéllos eran los héroes que se encargarían de ello, uno detrás del otro o varios a la vez, en el caso de que no hubiera tiempo para hacer cola. Si Tiberio pusiera objeciones a mi tratamiento, recibiría una atención similar. En el Campo Pretoriano había un listado de indemnizaciones donde la gente que tenía quejas de malos tratos solía descubrir que no sólo no iba a recibir una recompensa, sino que tendría que pagar por esos viejos mitos militares que eran «insultar a un oficial romano» y «uniformes dañados».

Estábamos metidos en un lío. Supuse que los razonamientos rápidos me tocarían a mí, pero mi cansado cerebro se negaba a colaborar. Por lo tanto, me sorprendí cuando Tiberio se enderezó, apartó al centurión —una bestia lenta y tiñosa—, le dijo pocas palabras, le enseñó su sello y me hizo una seña para que me acercara y me quedara a salvo a su lado. Me estaban enseñando nuevas palabras groseras y me sobaban en exceso. Uno de los hombres tenía un brillante truco: era capaz de quitar la ropa a las

mujeres sin que ellas se dieran cuenta de lo que iba a hacer.

Tintinearón monedas. El centurión dijo con remilgo:

—¡Que tenga entonces una buena noche, señor! —Me miró como si diera por sentado que yo era alguna pieza desaliñada por la que Tiberio había pagado por horas en un salón de belleza.

Ninguno de nosotros tenía fuerzas para ponerlo en su sitio. Estaba demasiado preocupada por mi atuendo. Tenía que recuperar del desagüe uno de los broches que había sujetado mi vestido en el hombro.

Los guardias se fueron a hacer su importante trabajo para el emperador. Nos dejaron tirados en la oscura acera, como dos sacos entregados en el sitio equivocado.

LIII

Sólo mucho más tarde, después de que me acompañasen a mi casa y me derrumbara en la cama, se me ocurrió pensar en lo raros que debíamos de parecer allí, en el Clivus Publicius, y en la suerte que habíamos tenido, después de todo. Tiberio no sólo tenía tos con expectoraciones, sino la cara magullada y cortada, como si hubiera participado en un encuentro profesional de boxeo. Mi tráquea estaba tan dolorida que apenas podía respirar y, de tanto correr, el sudor se me había metido en los ojos y se me había corrido el maquillaje. Él había perdido su manto al principio de la acción; yo nunca había tenido uno. Debimos de parecer incoherentes y agitados hasta a los pretorianos, que están acostumbrados a toparse con todo tipo de malos personajes que les ofrecen todo tipo de excusas baratas.

Gracias a su misteriosa influencia, Tiberio nos había salvado. Nos encontramos con unos vigiles. Me subieron a una silla y me escoltaron hasta la plaza de la Fuente. Un guardia se apostó en la calle. Mi cerebro estaba lleno de imágenes locas de la noche. No obstante, debí de quedarme profundamente dormida.

* * *

Al día siguiente me desperté sabiendo que no teníamos ningún plan. La situación parecía imposible. El día anterior, las mujeres del culto nos habían proporcionado un punto donde concentrar nuestra caza, pero aquel día los ritos tendrían todos lugar en el Circo Máximo. Aunque nuestra presa decidiera ir, en medio de doscientas mil personas, sería invisible. Desde luego, no cometería la estupidez de atacar durante las ceremonias. Por lo demás, Andrónico nos había demostrado que no temía a los vigiles, y con razón. Era ingenioso incluso sin recursos. Si pasara desapercibido en la ciudad, podría evitar la detención indefinidamente. Incluso podría huir de Roma. Teníamos que sacarlo de su escondrijo de alguna manera, y de forma rápida. Mientras intentaba levantarme, lavarme y ponerme ropa para un día normal, no se me ocurrió ninguna idea de cómo hacerlo.

Me fui a El Astrónomo. Tras sentarme muy tiesa en una de las mesas del interior, pedí a Junilio unos panecillos y *mulsum* caliente. Por su cuenta, me trajo los restos del plato principal de carne fría. En un plato grande, juntó lo que quedaba de varios cuencos de aceitunas con las últimas lonchas de salchicha de Lucania y unos trocitos de jamón ahumado, y con todo ello preparó comidas para llevar y tentempiés que colocó en la barra. Mi guardaespaldas se quedó de pie, tomando algo básico. Mientras comía de manera automática, caí en un estado de ensoñación.

Era un día cálido, con brisa, pero no fría. Era media mañana, ya que había dormido hasta tarde. Ningún otro cliente.

La vida parecía horrible. Ninguna esperanza, ninguna solución, ningún sentido.

Sin darme cuenta, Junilio se había metido en la cocina llevándose los platos para lavarlos. En cualquier caupona ésa era la rutina diaria. Se quedaría allí un buen rato, preparando las cosas para el ajetreo del mediodía. El vigil debió de salir al baño y después, siendo un hombre que no se podía quedar callado, empezó a hablar con o, por lo menos, a Junilio. Conmigo no estaba disfrutando ni mucho menos. Lo oía parlotear de las carreras u otro tedioso tema, con ocasionales gruñidos o frases breves de parte de mi primo, en medio de los sonidos de cortar y servir inherentes a la preparación de la comida. No podía verlos. Estaba sola. En mi calidad de pariente, me encargaría del bar en el caso de que entraran clientes y, además, estaba acostumbrada a servirme si quería algo, así que mi primo no se molestaría en asomarse para echar un vistazo. Junilio y el otro hombre estaban fuera de mi vista y separados de mí por unos cuantos pasos, cuando alguien se apoyó en una de las barras que daba a la calle, a poca distancia de mí.

Era Andrónico.

LIV

Extrañamente, incluso en un espacio reducido como aquél, apenas tenía miedo de estar a solas con él. Era más fácil tenerlo delante que sentirme amenazada por una presencia invisible. En cualquier caso, lo conocía. Incluso con un asesino, eso parecía cambiar las cosas. Habéis sido amigos, así que no te hará daño. Creerá que lo puedes ayudar. Una vez lo quisiste, así que no te puede matar. Entre todas las personas a las que amenaza, tú estarás a salvo.

—¡Oh, aquí estás! —exclamó.

Estaba apoyado con el codo encima de esas placas de mármol de forma irregular y color pastel que conforman el diseño loco de la mayoría de las barras de bar. Me estaba mirando como siempre: esos ojos grandes e inocentes, la frente arrugada, la luminosa mirada conspiratoria. Los últimos días podrían no haber existido. Volvía a ser juvenil y voluble, e interpretaba el papel del hombre que me había enamorado. Sólo que esta vez no hubo atracción.

Hablé con voz serena.

—¡Me sorprende verte aquí, Andrónico!

—¿Por qué? No he hecho nada malo.

Siempre estaría convencido de ello. Era la esencia de su locura, la enfermedad de su alma. No tenía remordimientos.

—Sabes lo que has hecho. Has matado a cinco personas, que sepamos. Viator, el chico, Salvidia, la anciana, la criada. ¿Hay más?

Se encogió de hombros. Parecía indiferente.

—¿Admites que mataste a esas personas?

—¿Por qué no? Ninguno de ellos es una gran pérdida. No llores. Esos fiambres se lo merecían.

—¿Hubo otros antes? ¿O empezaste al enterarte de los asesinatos con aguja en la reunión de los ediles? ¿Fue eso lo que te dio la idea?

Como no contestaba, insistí:

—Andrónico, ¿hubo otros?

Se encogió de hombros de nuevo.

—No, solo éstos.

Nunca sabría si decía la verdad.

—Entonces, ¿me lo estás confesando, Andrónico? ¿Cinco personas te ofendieron y por eso las mataste? Sabías que se estaban utilizando agujas envenenadas por toda Roma. ¿Pensaste que podías hacer algo parecido y ocultar de esta manera tus delitos?

—No he sido yo, sólo te estaba tomando el pelo.

—Sí que has sido tú.

—¿Y a ti qué te importa?

—¡Es que odio las injusticias! —le recriminé. Su falta de empatía me exasperaba: no había manera de razonar con él—. La vida de todas esas personas se acabó antes de tiempo y por motivos fútiles. Sólo porque eres un bastardo sin sentimientos, irresponsable y extremadamente insensible. Encantador en apariencia, pero en realidad deshonesto, arrogante y cruel en exceso.

Mi agitación lo desconcertó. Mi pérdida de compostura lo obligó a decir:

—Si eso es cierto, entonces te pido disculpas por todo ello.

Ya podía ver sus pensamientos, buscando excusas, inventando alguna nueva historia que colarme.

—He tenido una vida difícil, Albia. No tienes ni idea.

—Tonterías. Yo sí sé qué es una vida difícil. Nunca fuiste abandonado, privado de comida, golpeado y maltratado. ¿Qué sabes tú del aislamiento y la desesperación? ¿Frío glacial, insultos, miedo constante y miseria? Tú jamás tuviste que pasar por eso. Siempre tuviste un techo y comida, jamás te sentiste inseguro. Comparado conmigo, Andrónico, como liberto crecido en un hogar confortable y que ha tenido todas las oportunidades, fuiste jodidamente afortunado.

Nunca aceptaría mi comparación. Era totalmente egocéntrico.

* * *

Intentaba que no se diera cuenta de que estaba buscando a alguien que me ayudara. Creo que, por primera vez en la historia, nadie venía andando por ninguna de las dos calles en cuyo cruce se hallaba El Astrónomo. Si intentaba llamar la atención de Junilio y del vigil, Andrónico podía alcanzarme con facilidad antes de que entendieran qué quería. Nada en mi mesa podía convertirse en un arma satisfactoria.

—Estoy intentando comprender el motivo, Andrónico. ¿Por qué estás tan resentido e infeliz? Eres simpático y talentoso, haces bien tu trabajo y tienes un buen puesto en un templo prestigioso. —Me sobrevino un pensamiento—. Tengo la impresión de que tu vida se torció cuando Manlio Fausto se convirtió en edil. Tú y él ya habíais tenido un altercado a propósito del puesto de secretario que te había negado. Lo consideras un vago y un inútil, alguien favorecido por su tío y que tiene una buena posición simplemente por ser quién es. ¿No es así?

—Perspicaz, como siempre —contestó Andrónico, que lo convirtió en uno de los piropos que ahora odio—. Lo has clavado, querida Albia. ¿Por qué él? ¿El más respetado de toda Roma? Los ediles están entre los primeros cien empleados públicos. ¿Qué ha hecho él para merecerlo?

—¡Ganar votos y ser eficiente en su trabajo! Así funciona el sistema, ya lo sabes. Creo que lo que más te molesta es que se te resiste demasiado —le dije—. Te tiene calado. Nunca hará lo que tú quieres. ¿Las cosas terribles que hiciste a esas otras personas fueron causadas sólo por los celos que sientes hacia él?

Cuando le hacía una pregunta incómoda, simplemente no me contestaba.

* * *

Sin más recursos para pedir ayuda, me estaba quedando sin temas de conversación. No tenía ninguna gana de hablar con él: para mí era un esfuerzo concentrarme en una discusión con alguien cuya mente funcionaba de manera tan diferente a las demás. No osaba quitarle los ojos de encima. Sabía que era pesada.

—Tengo entendido que encontraste mi piso. Y antes, me quitaste el estuche de las agujas.

—Sólo un recuerdo de ti —declaró Andrónico, como si fuera un trofeo de una amante—. Puedo devolvértelo, si quieres.

Decidida a parar su juego, perdí la paciencia y le dije en tono brusco:

—No mientas. No puedes hacerlo. Ahora lo tiene Tiberio.

Vi cómo Andrónico estaba empezando a reajustar su historia, exactamente cómo me había dicho Tiberio.

—No pasa nada. Nos llevamos bien. Puedo pedírselo en cualquier momento.

—No te lo dará, lo necesita como prueba.

—¡A ti sí que te lo daría! —dijo Andrónico, sonriendo de una manera que me daba igual.

—¿Aún tienes mis agujas?

—A lo mejor no. ¿Quién sabe?

Sí las tenía. Con suerte, no habría tenido la oportunidad de recubrirlas con nada peligroso. Le dije con total normalidad:

—Bueno, te ofrecería algo de beber, pero ya sabes que tengo que vigilarte, por si decides saltar esta barra y clavarme una aguja envenenada.

Me lanzó una sonrisa muy, muy dulce.

—Ya usé la última. Para matar a la zorra.

Otra vez estaba mintiendo, porque sabía que había entrado en mi piso y había cogido la aguja del lazo después de cargarse a la zorra.

—Tuve que ayudarla, ¿no es así? Lo hice por ti, Albia.

—Ya lo sé.

A pesar de mi rabia, me quedé en silencio. ¿Qué sentido tenía decir que preferiría no tener semejante consideración de parte de un asesino? No lo había necesitado. Podía haber encontrado sola la manera de hacer lo que hacía falta. Cuando el zorro herido estaba en el rellano, podía haber sido más valiente, haberlo asfixiado con la escoba, haber llevado a cabo ese gesto humano.

—Sí, ésa fue tu única acción decente.

—¡Y sabes muy bien que fue horrible! Un trabajo inapropiado para mujeres —insistió Andrónico.

Eso me hizo reaccionar. Algunos creen que todo mi trabajo es inapropiado para

mujeres. Odio esa actitud.

—Según tú, una mujer se debería limitar a someterse y admirar con respeto a los hombres. Cierra el pico y abre tu mente.

—Yo nunca te he tratado así, Albia.

—Lo que me hiciste fue peor. No me cazaste con un objetivo particular, como a Venusia, a la que sonsacaste información sobre Fausto y a la que dejaste sin ahorros. Yo te gustaba. Quiero creerlo. Querías ser mi amigo y lo querías de verdad. Sin embargo, me mentiste, me engañaste, me manipulaste y jugaste conmigo.

—¡Eres muy dura conmigo! —sonrió con descaro.

—Por lo menos no me robaste mis ahorros de toda la vida.

Fingió desconcierto. Y luego dijo algo que me dejó sin palabras:

—¿Me estás diciendo que lo nuestro se ha acabado?

—Claro que sí. Sé realista. Nuestra supuesta amistad murió en el momento mismo en el que descubrí tu verdadera naturaleza.

Andrónico frunció el ceño, lleno de celos.

—¿Entonces hay otro?

Nunca cambiaría. La culpa no podía ser suya. Nunca aceptaría que había quedado mal, que se había condenado a los ojos de una mujer astuta. Iría por la vida —por lo que quedaba de ella—, siempre culpando a los demás. Cuando acusaba a alguien con demasiada furia, luego lo eliminaba. Planeaba su destrucción, preparaba en secreto su arma, acechaba, lo atacaba, luego disfrutaba de su muerte, como si de alguna manera hubiera asumido una responsabilidad, no la de vengar sus propios desaires imaginarios, sino la de limpiar la sociedad.

Por rechazarlo, me mataría también a mí, si pudiera.

* * *

De repente, ocurrieron dos cosas.

Junilio hizo aparición llevando una enorme olla de cerámica, llena de los horribles garbanzos que El Astrónomo ofrecía todos los días.

Dos hombres que conocíamos estaban viniendo hacia la caupona: Morelo y Tiberio.

LV

Los tres debieron de percibir mi apuro en el mismo momento. Los tres se dirigieron hacia mí. Oí un silbido, la señal con la que cualquier vigil cercano vendría corriendo. Junilio se apresuró de una manera sorprendente para un chico que tenía los brazos ocupados por una gran carga de vajilla, llena de un estofado que le había costado trabajo preparar. No le habría gustado tirarlo por los suelos. Aun así, siendo el que más cerca estaba, se tambaleó hacia delante y se interpuso con la olla, para que Andrónico, que tenía la clara intención de saltar la barra para llegar a mí, se lo pensara dos veces. Ya había probado los garbanzos de la comida y no querría tener que vérselas otra vez con ese asqueroso mejunje.

Andrónico tenía ahora la opción de escaparse por la otra calle, pero se decantó por el ataque directo. Se giró y corrió hacia los otros. Ellos se separaron instintivamente para ponerlo ante dos objetivos. Eligió a Morelo. Dando por sentado que el corpulento Morelo podía apañarse, Tiberio viró hacia El Astrónomo para comprobar que Andrónico no había hecho daño a alguien allí. Yo ya estaba lista. Morelo luchó brevemente con el fugitivo, pero después Andrónico le clavó algo y le hizo gritar. Consciente de las consecuencias de una aguja envenenada, Morelo se quedó petrificado por el miedo. Andrónico se fugó. Tiberio me echó un vistazo, dio rápido las gracias a Junilio y volvió atrás para ayudar.

Me precipité a la calle y también llegué hasta Morelo. Aún había una aguja clavada en su brazo. Ahora estaba boqueando, presa de un ataque de pánico. Arranqué la aguja, cogiéndola con cuidado por el ojo y sujetándola entre el pulgar y el índice. La dejé caer en una alcantarilla. Entonces, lo único que pude recordar sobre venenos fue un remedio popular contra mordeduras de serpientes y escorpiones: saqué mi cuchillito y corté el brazo enrojecido de Morelo para poder apretar y hacer salir la mayor cantidad de sangre posible. Tiberio lo sostuvo con su brazo, por si se desmayaba.

—Marte vengador, ¡ya estoy listo!

Tiberio y Junilio lo arrastraron a la caupona, donde se le podría atender mejor.

—Ya está, Morelo, sólo ha sido una picadura de mosquito. Albia le ha hecho mucho más daño.

—Sea valiente —lo insté, aunque no se lo podía reprochar—. Luche. Quédese con nosotros, Morelo. Pediré a mis tíos, los abogados, que me denuncien para que pueda obtener una indemnización. Querrá estar aquí el día que se la paguen, ¿verdad?

Sabía que estaba pálida. El mensajero no tenía mucho mejor aspecto. Nuestras miradas se cruzaron, mientras nos enfrentábamos desesperados a la posibilidad de que la ayuda a Morelo fuera superflua.

Ahora había vigiles por todos lados: escuadrones enteros debían de haber estado

estacionados en las calles cercanas, peinando el área en busca de Andrónico. Pronto se reunió una muchedumbre, incluidos los falsos doctores, farmacéuticos, herreros, barberos y todos los demás charlatanes que se atribuyen conocimientos médicos y que esperan sacar algo de dinero de los accidentes que ocurren en la calle. Los portadores de sillas llegaron corriendo, empujando para ser los primeros en la cola para transportar a casa a los heridos y cobrarles un plus por las manchas de sangre en el tapizado. Sólo nos faltaba un informante zarrapastroso que proporcionara consejos legales, pero ya estaba yo. La profesional.

Morelo estaba mascullando algo sobre su esposa e hijos, lo cual indicaba que se había rendido del todo. Junilio le trajo un vaso de agua que rechazó, así que lo bebí yo. Recordé que Andrónico me había dicho que había usado su última aguja envenenada con la zorra. Se lo dije. Morelo se tranquilizó un poco. Encima de su cabeza, Tiberio me estaba transmitiendo el silencioso mensaje de que él no se fiaría de nada de lo que pudiera haber dicho Andrónico, pero lo que más necesitaba Morelo eran palabras tranquilizadoras. Unas palabras cualquiera: por el tipo de trabajo que hacía, estaba acostumbrado a la falsedad. O estaba curado o en breve sentiría una fuerte necesidad de tumbarse y entonces por lo menos sabríamos que se iría en paz.

Decidí que sería mejor que nadie lo dijera.

* * *

Los vigiles empujaron a la muchedumbre hacia atrás y ordenaron a la gente que se fuera a su casa. Mientras organizaban el transporte de Morelo hasta el puesto de guardia, hablé con Tiberio.

—¡Esto ya ha ido mucho más allá de una broma!

—Sí. Quiero atraparlo hoy.

Le conté mi conversación con Andrónico en el bar. Tiberio y yo estábamos apoyados en una de las barras. La gente se apiñaba alrededor de las mesas para vendar y agobiar a Morelo. En la otra barra habían aparecido un par de clientes habituales de El Astrónomo y estaban pidiendo que les sirvieran, como si ni siquiera hubieran notado lo que estaba pasando. No tenían intención de permitir que una emergencia de cualquier tipo interfiriera en sus derechos de clientes habituales. El flemático Junilio les sirvió sus pedidos.

Tiberio recorrió desanimado la historia de Andrónico, intentando encontrar un indicio que explicara su actitud.

—Siempre se le trató de manera especial; a lo mejor ése fue el problema. Tulio lo consideraba inteligente en extremo, lo cual es cierto en muchos aspectos. Se le educó y formó para que fuera un buen oficinista.

—Cuando Fausto llegó tras la muerte de sus padres, ¿cambiaron las cosas para Andrónico?

—A lo mejor desde el punto de vista de Andrónico fue así. Tulio seguía

tratándolo de la misma manera, como un esclavo de primer orden, pero creía que era lo máximo a lo que iba a llegar Andrónico, ya que un sobrino era un sobrino.

—La familia.

De repente, Tiberio se abrió y me confesó:

—Albia, la ironía está en qué la de Andrónico podría ser una reivindicación legítima. ¿Ha notado las orejas tan peculiares que tiene?

Trágicamente sí. Las había mordisqueado. Andrónico tenía unas orejas cuyas puntas se iban de manera insólita hacia delante, casi como si, cuando era un bebé, una niñera estúpida hubiera doblado sus lóbulos.

—El tío Tulio.

—¿Qué?

—Tulio las tiene idénticas —me dijo Tiberio con voz sombría—. Hay varios esclavos en nuestra casa que han heredado ese parecido.

—¿Tulio es su padre?

No era tan insólito. Legalmente, no cambiaría nada, porque en Roma los niños heredaban el estatus de su madre. Algunos propietarios de esclavos reconocían a sus hijos si sentían verdadero afecto por las partes en juego, aunque no existía una obligación. Supuse que Tulio era un hombre duro.

—¡Imagínese la historia que se podía haber montado a partir de eso la mente perturbada de Andrónico! —reflexionó Tiberio.

Pensé que no percatarse de esa posible paternidad indicaba que Andrónico no era tan listo como él mismo se creía. ¿El hijo natural del rico señor? Sus celos hacia el sobrino habrían explotado.

* * *

Se llevaron a Morelo en un carro. Tiberio intercambió unas palabras discretas con algunos de los vigiles y luego volvió conmigo.

—La voy a acompañar a su casa para asegurarme de que llegue sana y salva.

Me sentía débil y estaba tan trastornada por los acontecimientos que no quise discutir.

Nos fuimos andando hasta la plaza de la Fuente, con un par de vigiles siguiéndonos de cerca. No podía evitar mirar nerviosamente a mi alrededor. A pesar de que no vi a nadie al acecho, intuí que Andrónico no debía de estar muy lejos. Caminamos en silencio.

Fuera de la vieja lavandería, el callejón estaba igual que siempre. Las pocas tiendas decrepitas que estaban al otro lado de la calle tenían las persianas abiertas, pero estaban vacías. Las que quedaban un poco más abajo, en el mismo lado, parecían igual de adormecidas. Mantas desaliñadas colgaban de los balcones. Los niños Mythembal estaban saltando en unos charcos —charcos que probablemente estaban hechos de orina de animales—, pero se fueron corriendo cuando nos

acercamos. Hacía un poco de sol, lo cual en un parque sería agradable, pero aquí sólo calentaba el muladar, cocía sus asquerosos contenidos y vivificaba a las larvas. Olores de procesos industriales, raspas y estiércol fresco resplandecían encima del empedrado irregular.

Alguien de fuera consideraría aquel sitio ominoso. Para mí era sucio, frío y húmedo, pero tristemente normal.

Tiberio me dejó delante de la tienda del alfarero. Me dijo con tranquilidad que debería pasar el día en mi propio piso, cerrando las puertas con llave y no dejando entrar a nadie por mi seguridad. Me lo dijo con tono severo y decidió esperar hasta que asintiera de mala gana con la cabeza, para confirmar que estaba de acuerdo con las instrucciones.

—Haga lo que le estoy diciendo, Albia. ¡Quédese en casa!

—Por el amor de los dioses, usted es un tirano.

Escogí sola mi camino para cruzar la suciedad de la calzada. No había señales de vigiles destacados para vigilarme. Vi a Rodan, que por algún motivo estaba sentado en un taburete en el viejo patio: allí habría podido ver a cualquier visitante si sus pegajosos ojos hubieran estado abiertos, pero parecía profundamente dormido.

Al llegar al soportal, miré hacia atrás. Tiberio levantó un arma en señal de despedida y luego gritó:

—¡Es mejor que vuelva al trabajo, muchacha! ¡Ya es hora de que haga algo útil para sus clientes en su precioso despacho!

Un momento antes me había dicho que me debería quedar descansando. De verdad sabía cómo irritarme. Y toda la calle debió de oírlo. Equivalía a una difamación. Me metí dentro murmurando.

* * *

Tiberio estaba haciéndose igual de contradictorio que el archivista. Con sus primeras estrictas instrucciones grabadas en mi mente, la idea de dejarme caer directamente en mi cama tenía un gran atractivo. Sin embargo, rebelde como siempre, decidí hacer antes un salto arriba. Si hubiera algún mensaje en el despacho, podría bajarlo y trabajar en él. Yo decidiría cómo hacer mi trabajo.

Empecé a subir, sintiendo un terrible cansancio en las piernas a medida que ascendía las diferentes plantas. Para mi asombro, el basurero había quitado todas las viejas ánforas del último rellano. Lo había estado agobiando durante años. Me irritó ver que alguien —¿él?— había estado en mi despacho. La puerta exterior estaba abierta. Y no sólo eso: al otro lado de la habitación, la puerta del balcón también lo estaba. Me pregunté si mi padre no habría llamado por fin a alguien para que echara un vistazo a su inestabilidad, ya que las cuerdas ya no impedían el paso. Desde la habitación sólo se podía ver una parte del balcón, la parte cercana a la puerta. Un material extraño ondeaba con la brisa que lo removía sin parar, debido a la altura de

la vivienda. Al ver revolotear esa tela llamativa, pensé que había una mujer sentada allí fuera, hasta que reconocí mi propia estola, una que siempre dejaba en el despacho para cuando tenía frío.

Me acerqué. La estola había sido atada al asa de una de las viejas ánforas. ¡Por Hades! ¿Qué significaba todo eso? Las ánforas, cinco objetos pesados y polvorientos, estaban todas allí fuera. Hasta aquí había llegado el chico con la limpieza. Solamente las había arrastrado fuera. Tendría que volverlas a meter dentro, porque su peso excesivo suponía un peligro. Apuesto que había tenido la intención de empujarlas por allí y dejarlas caer al callejón, pero no lo había conseguido. Sabía que era mejor no intentarlo.

A todos nos encantaba ese balcón. No sabría decir cuántas cálidas tardes había pasado allí con los miembros de mi familia, en grupos de uno, de dos o de tres, simplemente para pasar un rato agradable o como sosiego en los tiempos difíciles. Siempre lo había adorado. Me venció la tentación y puse el pie en él.

Parecía bastante sólido. Es verdad, en los puntos donde estaba unido al edificio había enormes grietas que habrían sido suficientes para horrorizar a padre o al tío Lucio. ¡Oh, pero qué maravilloso sería si alguna vez lo arreglaran! Realmente había echado de menos tenerlo.

Aquello era, y siempre había sido, lo mejor del Edificio del Águila. Las dos habitaciones deprimentes, acurrucadas bajo el tejado, resultaban casi atractivas gracias a su presencia. Podías ver a millas de distancia. La vista era fabulosa. Miré una vez más por encima de los tejados rojos. Por alguna anomalía en los planos, podías mirar a través de un gran hueco entre los numerosos edificios y ver la campiña, más allá del río Tíber. Podías oír el lejano murmullo de la vida en Roma, captar su exótica mezcla de fragancias, sentirte parte de una gran ciudad y, a la vez, aislada en tu casita. La sensación del sol en mi cara era maravillosa.

Me aventuré hasta la barandilla y miré hacia abajo. El callejón estaba lleno de hombres. Uno, al verme aparecer allí arriba, empezó a gesticular de manera vehemente, moviendo con insistencia ambos brazos hacia los lados. Otros empezaron a mirar hacia arriba, señalando y gritando. No oía sus palabras.

De repente, lo entendí todo. Sin querer me había involucrado en un estúpido plan masculino.

Tenía que quitarme de allí. Era peligroso. Estaba arriesgando el plan. Esos tontos, Morelo y Tiberio, deberían habérmelo dicho. Pero, aunque lo hubieran hecho, a lo mejor habría subido a echar un vistazo igualmente. Me conocía muy bien y sabía que no les habría hecho caso. Ahora era demasiado tarde. Teníamos un problema.

En cuanto volví a pisar el umbral de la puerta, una mirada rápida a las cuerdas me lo aclaró todo. Las habían cortado de un tajo, presumiblemente con un hacha.

No debía estar allí. Tiberio me había traído de vuelta a la plaza de la Fuente por

un motivo y debí haber seguido sus primeras instrucciones.

Le habían tendido una trampa a Andrónico. Y me habían utilizado de señuelo.

LVI

Oí unos pasos. Estaba atrapada. Me había puesto a mí misma en peligro, la jugada había salido mal.

A juzgar por los ruidos, el hombre estaba a sólo una o dos plantas más abajo, y subía de prisa. Los apartamentos de las plantas intermedias estaban vacíos y cerrados. No tenía adónde ir.

No tenía armas. No soy una luchadora.

Me decanté por la única maniobra evasiva. Me deslicé rápidamente a la segunda habitación, mi archivo con el tejado agujereado, y me escondí detrás de la cortina. Mi cerebro iba a toda velocidad. Si entrara y no me viera, tendría una posibilidad. Si pudiera salir a sus espaldas, me daría tiempo a bajar. Pero él no tenía nada que perder y era muy rápido. El riesgo de que me cogiera y me apuñalara en la escalera era demasiado grande.

Me quedé quieta. Lo oí llegar. Se paró delante de la puerta abierta. Debía de estar mirando hacia dentro desde el rellano.

Se movió. Sus pasos cruzaron el despacho y lo llevaron hasta la puerta del balcón.

Ahora sabría que yo no estaba allí. Tenía un segundo para actuar. Salí de detrás de la cortina y crucé la habitación. Lo vi, me apoyé con ambas manos en su espalda y lo empujé fuerte hacia delante. El factor sorpresa me dio tiempo. La desesperación me dio fuerzas. Cerré la puerta: yo dentro y él fuera.

Aquello iba a acabar en desastre. Estaba intentando abrir la puerta por la fuerza, mientras yo la sujetaba con desespero para mantenerla cerrada. Tenía una constitución delgada, pero era un hombre contra una mujer y él ahora era realmente violento. El balcón tenía una puerta plegable, ruidosa y con paneles maltrechos. Debía de haber participado en otras luchas en el pasado. Los borrachos se habían chocado contra ella durante años. Lo único que me ayudó fue la tosquedad de esa deteriorada carpintería que siempre se había atascado, negándose a funcionar correctamente.

Oí que me decía algo. A través de la celosía, vi como retrocedía hasta la barandilla. Estaba a punto de arrojarse contra la puerta, lo cual haría que se rompiera hacia dentro. Me apoyé en el marco y empujé la manilla con todo mi peso. Parecía inútil.

Gritos abajo. Alguien estaba subiendo. No llegaría a tiempo.

Andrónico también gritaba. Corrió hacia la puerta, como había planeado. Aun así, conseguí mantenerla cerrada de alguna manera. Estaba tan frustrado que hizo un salto en el aire y aterrizó pesadamente con ambos pies. En su siguiente intento, ya no pude aguantar la puerta y consiguió abrirla en parte. Me estaba mirando directamente a los ojos cuando oímos un tremendo crujido. Sentí las vibraciones en las suelas de mis

zapatos. Un temblor recorrió el muro exterior. Él no entendía. Espero que en ningún momento se haya dado cuenta de lo que estaba pasando, aunque creo que debió de saberlo. Sé que gritó. Sigo oyéndolo cada vez que recuerdo ese instante.

El viejo balcón se desenganchó del edificio. Los soportes debilitados no aguantaron el peso muerto de las ánforas y de nuestra lucha. La antigua construcción se despegó de la mampostería y cayó seis plantas. Andrónico se fue con ella.

LVII

Una nube de polvo invadió la habitación y me envolvió. Me quedé suspendida encima de un espacio vacío. Unas fuertes manos me agarraron antes de que perdiera el equilibrio. Tiberio tiró de mí y me puso a salvo. Uno de nosotros estaba llorando por la conmoción: hasta podría haber sido él.

Oímos unos ruidos terribles cuando el balcón aterrizó con todo su peso. Hubo vocerío abajo en el callejón. Y después, silencio.

El mensajero me giró para inspeccionarme. Pidió disculpas. Pedí disculpas. Él por no informarme del plan y yo por no entenderlo. Eso ya estaba hecho. Ninguno de los dos tocaría más el tema.

Me dijo que tenía que bajar. Comprendí el motivo. Debía seguirlo en cuanto pudiera. Me dejó. Cuando se alejaron sus pasos apremiantes, no pude aguantar estar allí sola y, a pesar de sentirme aún frágil, fui detrás de él.

En la plaza de la Fuente había una montaña de escombros, pero nada terrible para la vista. Los vigiles habían tapado el cuerpo. Por suerte, nadie más había resultado herido. Tiberio vino con rapidez para confirmarme que todo había acabado: fue considerado de su parte.

Me llevaron a casa de mi padre, donde pasé la noche y todo el día siguiente. Incluso después de que el despacho fuera arreglado, pasaría un tiempo hasta que quisiera volver, quizá no lo hiciera nunca. Mi piso también estaba lleno de recuerdos. Necesitaba readaptarme antes de poderme sentir cómoda allí dentro.

* * *

Las Cerealias se estaban acabando, así que esa noche, en el Circo, tendría lugar una gran carrera de cuadrigas. Sería el último evento de los Juegos que tendría que supervisar el edil. Envió entradas para mi familia, pero nadie fue. Me quedé en la casa tranquila hasta el día siguiente después de comer. Todos se iban a ir a nuestra villa en la playa y me iban a llevar con ellos.

Había cosas que necesitaba recoger de mi piso. Fui yo sola, esa misma tarde, recorriendo con tranquilidad las Escaleras de Casio. Primero, pasé por el puesto de los vigiles, donde me dijeron que Morelo estaba tocado, pero que había sobrevivido. Estaba en su casa y, como me dijeron que su recuperación era lenta, le dejé recuerdos y decidí no molestar a su mujer, Pulia. En busca de tranquilidad, me dirigí al recinto vacío del Armilustrio. Me senté en el banco de siempre y me quedé reflexionando un largo rato.

Seguía allí y estaba empezando a aborrecer mi soledad, cuando oí unos pasos. No miré. Una mujer sola debería evitar el contacto visual con desconocidos. Pero eso no quiere decir que el sujeto fuera un desconocido. Conocía al hombre. Sabía

exactamente quién era, aunque nunca antes lo había visto vestido de un blanco tan resplandeciente, con las amplias franjas púrpuras rematando su exuberante toga. Estaba guapo. Muy guapo. Podía llevar togas con confianza. Como era habitual, no tenía guardaespaldas, pero tampoco los necesitaba. En virtud de su alto cargo, su persona era sacrosanta.

Cuando por fin lo miré, sabía que tendría ojos grises y que, al final de su brazo izquierdo, doblado de manera relajada para aguantar los pesados pliegues de la toga, habría una mano con una cicatriz permanente. Él era, como me esperaba, Tiberio Manlio Fausto, el edil plebeyo.

LVIII

Una comisura de su boca se tensó.

—Se había dado cuenta.

—Usted sabía que sí.

—Perdone por el secretismo. Me gusta ver las cosas en primera persona.

—Con lo divertido que es disfrazarse... Descuidado, con barba de varios días y, lo mejor de todo, con los modales vulgares de la calle: así puede ser grosero con todos. —Me lo tomé con calma—. Por suerte lo entiendo, edil. La consigna de nuestra familia es: si quieres que se haga algo, hay gente a la que pedirlo. Si quieres que se haga bien, tienes que hacerlo tú mismo.

Podía oír a mi madre diciéndolo. Mi padre trabajaba así. Helena también.

—Usted sigue la tradición familiar.

—Soy una mujer fiel a sí misma.

Fausto, como tenía que acostumbrarme a llamarlo, parecía admirarme, aunque siendo él, no creo que lo hiciera de manera excesiva:

—¡Oh, Albiola, desde luego que lo es!

¿Albiola?

Mis familiares nunca usaban diminutivos. Incluso el Chico Granjero, que siendo mi marido tenía el derecho a ser sentimental, me llamaba sólo con el impersonal «nena», que era lo mismo que decía a cualquier mula que estuviera cabalgando y hasta a un ratón que una vez tuvo que atraer fuera de nuestro piso. Dicho por el edil, no sabía cómo tomármelo. Se dio cuenta y sonrió un poco. Por un momento estuve a punto de bajarle los humos, pero me resistí. Ya había tenido bastante con su exmujer.

Ahora entendía por qué le había dado a Laia un beso tan explícito el otro día. Puesto que era su exmarido, tenía derecho a una despedida formal. Era como si le comunicara que ya no se sentía intimidado por ella. Había hecho penitencia durante diez años y ahora el sentimiento de culpa se había acabado.

* * *

Me fui para un lado, para que el edil pudiera sentarse conmigo.

—¿Qué quiere, Fausto?

—Estaba preocupado por usted. Pensé que podría necesitar consuelo. —Empecé a negarlo, pero me interrumpió—. La verdad es que yo mismo estoy cansado y deprimido. Odio lo que pasó. Quizá creí que si venía, usted podría consolarme.

Me reí. Lo soportó. Era duro, pero tolerante. Me gustaba ese hombre.

Así que nos quedamos sentados uno al lado del otro, hundidos y en silencio, durante un largo rato. Era famoso por no hablar. Yo no soy una cotorra. Intuí que, disfrazado de mensajero, había aprendido a hablar conmigo más de lo que hablaba

con la mayoría de las personas. Y yo, por mi parte, me había sentido capaz de abrirme con él. Aun así, éramos capaces de comunicarnos sin palabras. Juntos, abandonamos la lucha para permanecer impasibles frente a los terribles acontecimientos. En silencio, compartimos nuestra tristeza, nuestro cansancio, incluso nuestra depresión y la pena por los errores. Cada vez que termina una investigación importante, hay un período de melancolía. Esta vez la aflicción era personal. Por lo menos la estábamos compartiendo.

Le conté las noticias acerca de Morelo. Fausto me dijo que había ido a una reunión de seguimiento después del festival y que le habían dado la enhorabuena por su contribución. Era modesto, pero yo ya sabía que las Cerealias de ese año habían tenido un gran éxito. Para él sería una buena cosa, aunque ahora ya sabía que no había buscado un ascenso personal, sino que había actuado como un hombre devoto. Aun así, pensé que aceptaría los beneficios que pudieran resultar de ello. No le creía cuando afirmaba que carecía de ambición. Me había dicho que quería «vivir feliz y morir con una mayor esperanza».

Para él, la caza a los asesinos de las agujas no iba a terminar ahí. En Roma habían ocurrido muchas muertes aleatorias y las autoridades seguirían buscando. Ahora Fausto era considerado un experto, pero no disfrutaba con esa reputación. Me ofreció una comisión por echarle una mano, pero, como se había imaginado, la rechacé. Demasiado cerca de casa.

Entonces Fausto rebuscó debajo de su toga y sacó algo de su riñonera. Dejó un paquetito en mi regazo.

—El Estado quiere recompensarla, pero quién sabe cuándo y con cuánto... Esto es de mi parte.

Mientras lo estudiaba, miró para otro lado.

Me había comprado un estuche de agujas, de bronce de calidad que no se oxidaría, con el ojo acanalado, en diferentes tamaños que iban desde la costura básica hasta el bordado fino. Le di las gracias, pero estaba triste. Ahora tenía que enfrentarme a ello: mi tiempo con él como mensajero se había terminado. Un edil era diferente. Uno de los primeros cien. Ésa era una despedida.

—Para una sumisa labor de aguja, Albia. Trabajando en su casa, se mantendrá alejada de los problemas.

Me sorprendí, tanto por el regalo acertado como por la broma.

De repente su mano cayó encima de la mía para llamar mi atención. Más allá del altar dedicado a Marte en el centro del Armilustrio, encima del muro exterior, Manlio Fausto había divisado un par de orejas erguidas. Respiré feliz y aliviada. Era mi zorro preferido, Robigo.

Había dejado sobras, sin la esperanza de que viniera ningún zorro. Ahora Robigo estaba allí: vigilante, pero relajado. Casi enseguida después de verlo, decidió

deslizarse por el muro. Nos quedamos observándolo en silencio: sus alegres patitas lo llevaron hasta lo que había dejado para comer y hundió su nariz. Estaba tan cerca que podíamos ver sus ojos color ámbar, su hocico blanco, sus bigotes, la punta negra de su cola. Comió y luego, de manera insólita, se quedó allí sentado, con aspecto relajado. Bostezó. De repente empezó a rascarse el pelo detrás de una de sus orejas negras.

Todo el rato sentía la pesada mano de Fausto encima de la mía, como si hubiera olvidado que estaba allí. La quitó sólo cuando Robigo desapareció como un rayo.

* * *

Había llegado el momento de marcharse. Cuando me levanté para irme, Fausto se puso de pie de golpe y me sujetó por el codo. Esa última tarde, era reacia a dejar su compañía. Quería llevarlo a mi piso. Hoy, era el único hombre al que me alegraría recibir allí. ¿Era porque tenía el aura del poder?

¿O simplemente porque me resultaban atractivas su madurez y su formalidad?

Mi instinto me decía que quería venir conmigo. Sería por motivos inevitables. Quería acostarme con él, hacer ese tipo de amor que te cruje la espalda y te hace gritar fuerte, para borrar el dolor reciente y los recuerdos. Él también quería que lo consolasen, lo había dicho. Podría ser una cosa de una sola vez. Éramos personas fuertes.

—¿Está bien? —me preguntó con intensidad.

—No exactamente.

Le dije que si tenía una necesidad desesperada de sentirse útil, podía acompañarme hasta la plaza de la Fuente.

—Frutos secos, aceitunas, ¿una tarde de deleite?

Estábamos muy cerca el uno del otro. Me gustaba su olor casi imperceptible. De cerca, su loción era tan ligera que casi podía parecer la fragancia natural de la piel limpia.

Apoyó su frente en la mía con delicadeza.

—¡No me tiente!

¿Por qué no?

Se me ocurrían algunas razones. Su historial decía que podía ser pasional, pero que el pasado lo había hecho prudente. Era rico, con una posición de élite, y necesitaba una imagen limpia. Yo estaba en la lista negra de los vigiles. Ningún edil con ambiciones podía permitirse ese riesgo.

Su excusa no fue una que me esperara.

—Sería más que agradable. Pero ya sabe qué ocurriría. Después, nos esconderíamos en los callejones con la intención de evitarnos. Me ha gustado trabajar con usted, Albia. Tenía la esperanza de que pudiéramos colaborar también en el futuro. Sigamos siendo amigos.

Ese horroroso tópico. Cualquier mujer entiende lo que significa en realidad.

* * *

Estoy convencida, hasta la fecha, de que si lo hubiera besado no se habría resistido. Pero sonreí cortésmente y di un paso atrás para liberarnos de la tensión.

Volví a recordar el día que fui a verlo por primera vez, cuando visité el Templo de Ceres y choqué contra Fausto en la puerta de la oficina de los ediles. Me había vestido para impresionar a un magistrado, pensando divertida en lo que decían mis hermanas de que, si te molestabas tanto, seguramente encontrarías a alguien especial...

Su interés por mí era un poco ingenuo. Ya lo sabía. En Roma, no se puede ir en contra de las normas. Aun así, el hombre tenía un buen corazón. Después de todo, se había atrevido a escribir ese cartel, haciendo el llamamiento a los testigos de la muerte del pequeño Lucio Basso. En nuestro mundo desolador, donde la mayoría de la gente y pocos magistrados tenían conciencia, semejante decencia era realmente especial.

Le dije que me iba a ir a la playa. Parecía decepcionado. Le dije que volvería pronto y su cara se iluminó.

—¿Siempre desayuna en El Astrónomo?

—La mayor parte de las veces.

—A lo mejor podría ir a hacerle compañía algún día.

—Bueno, ya sabe dónde está.

No iría. Se estaba engañando a sí mismo, después de un caso que ambos habíamos odiado. La decisión sería suya: cumplir o no su promesa. Trabajar de nuevo juntos sería aceptable, si sucediera alguna vez.

Así que nos separamos en el Armilustrio, tristes y castos. El edil se dirigió a la casa de su tío. Yo me fui sola hacia la plaza de la Fuente.

Nota histórica

Durante este período, algunas personas se dedicaron a untar agujas con veneno y a pinchar con ellas a cualquiera. Muchas personas a las que atacaron de esta manera murieron sin ni siquiera conocer el motivo, pero muchos de los asesinos fueron denunciados y castigados.

Dion Casio, *Historia romana*, Epítome Libro 67



LINDSEY DAVIS. Nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford. Después de escribir con seudónimo algunas novelas románticas, saltó a la fama como autora de originales novelas históricas en las que la fiel reproducción de la vida cotidiana en la Roma imperial se combinaba con un agudo sentido del humor y unas perfectas tramas detectivescas. Su más célebre creación, el investigador privado Marco Didio Falco, la ha convertido en la más popular, leída y admirada cultivadora de novela histórica, al tiempo que le ha granjeado el respeto de los lectores de novela negra. La veintena de títulos de la serie han convertido a Falco en un personaje entrañable para miles de lectores en todo el mundo y le han valido a la autora la *Ellis Peters Historical Dagger* 1998, el Premio *Author's Club First Novel Award* en 1989, el Premio *Sherlock* 1999 y el Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2009, entre otros galardones.